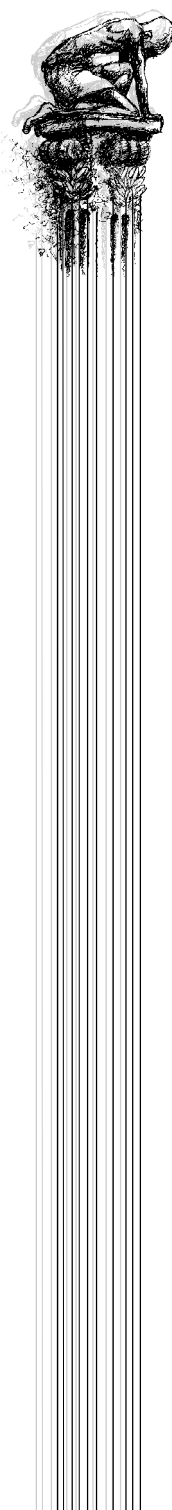


AÑO 92, No. 3-4 JULIO-DICIEMBRE 2001
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ





Año 92/ Cuarta Época
Julio-diciembre, 2001
Número 3-4
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383

Director anterior: Julio Le Riverend Brusone (1978-1993)

Director: Eliades Acosta Matos

Consejo de Redacción:

Rafael Acosta de Arriba, Salvador Bueno Menéndez, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Josefina García Carranza, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Francisco Pérez Guzmán, Siomara Sánchez, Emilio Setién, Carmen Suárez León, Eduardo Torres Cuevas

Jefa de Redacción: Araceli García Carranza

Edición: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Diseño e ilustraciones: Luis Garzón Masabó

Ilustraciones: Fragmentos de obras de Carlos Enríquez

Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros T.

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 81 6224 / 33 5938

Email: revbnjm@jm.lib.cult.cu

En Internet puede localizarnos:

www.lib.cult.cu

Primera época 1909-1912

Segunda época 1949-1958

Tercera época 1959-1993

Cuarta época 1999-

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

Índice General

UMBRAL

ELIADES ACOSTA MATOS

Primer centenario 5

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

[A. M. ELIGIO DE LA PUENTE]

Acta de la colocación de la primera piedra
del edificio de la Biblioteca Nacional 7

FRANCISCO DE PAULA CORONADO

La Biblioteca Nacional: su historia y propósitos 9

RENÉE MÉNDEZ CAPOTE

Recuerdos de la vieja Biblioteca 13

[TOMÁS F. PUYANS NÚÑEZ]

Discurso 23

[MARÍA TERESA FREYRE DE ANDRADE]

Resolución 26

[MANUEL PEDRO GONZÁLEZ]

Manuel Pedro González y la Sala Martí: de un discurso inaugural 29

SALVADOR BUENO

Directores de la Biblioteca Nacional de Cuba 34

MARUJA IGLESIAS TAULER

Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional: tiempos y tonos 39

GRAZIELLA POGOLOTTI

La maravilla en los predios de Boloña 88

CINTIO VITIER

El escritor y la Biblioteca 92

FRANCO SALAZAR

Regla Peraza Sarausa: la estirpe 100

REGLA PERAZA

Mis años felices en la Biblioteca 103

MERCEDES SANTOS MORAY

El caballero de Boloña 105

MARÍA ELENA JUBRÍAS

Primeros años del Departamento de Arte 108

ARACELI GARCÍA CARRANZA

¿Y cómo ha podido ser? 112

LUISA CAMPUZANO	
Juan Pérez de la Riva: confesiones de una secretaria	115
ZOILA LAPIQUE	
Imágenes de un tiempo no perdido	119
LUIS SUARDÍAZ	
En ocasión de un centenario	129
CARMEN SUÁREZ LEÓN	
Revistera de la Biblioteca: una forma de felicidad	134
FRANCISCO PÉREZ GUZMÁN	
Un guajiro en la Biblioteca Nacional	136
ANA CAIRO	
Tertulias en la Biblioteca	139
MARTA BEATRIZ ARMENTEROS	
De mis buenos recuerdos	142
CONCEPCIÓN JAÉN BASTÉ	
Hace diecisiete años...	145
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS	
OLGA VEGA	
Impresos del siglo XIX en los umbrales del XXI: control bibliográfico y custodia de un fondo de carácter patrimonial	149
RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA	
Una enciclopedia de la cultura cubana	160
ALICIA SÁNCHEZ	
El patrimonio documental, difusión, protección y defensa	164
ELIADES ACOSTA MATOS	
Centenario de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba: las lecciones de la historia	166
ARACELI GARCÍA CARRANZA	
Colecciones de grandes figuras de la cultura cubana: Alejo Carpentier y Lisandro Otero (Adquisición y bibliografía)	175
ROSA BÁEZ	
En familia y como hermanos	181
ROBERTO CASANUEVA	
La Biblioteca y el diseño de libros	183
VIGENCIAS	
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR	
Cuarenta años después	186

Primer centenario

Eliades Acosta Matos

Historiador y director de la Biblioteca Nacional José Martí

El 18 de octubre de 1901, mediante una extraña Orden Militar del General Leonardo Wood, interventor militar de la isla de Cuba en representación del gobierno de Estados Unidos, se fijaba salario anual al doctor Domingo Figarola Caneda como director de la Biblioteca Nacional. El hecho en sí mismo hubiese sido irrelevante, si no constituyese la fecha aceptada como la de fundación de nuestra institución que arriba de esta forma, en este octubre del 2001, a su primer centenario.

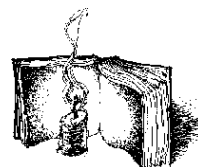
Signada desde su surgimiento por la sombra de una intervención foránea que ha planeado sobre la nación más de una vez en los cien años transcurridos, y también, por la aspiración irreductible de los cubanos a la autodeterminación, la soberanía y la libertad que trae consigo la cultura, sigue siendo la Biblioteca Nacional reflejo y acicate, reservorio y orgullo de todas las generaciones. Y lo seguirá siendo en la medida que sea capaz de renovarse y andar por la misma senda que nuestro pueblo.

No podríamos hoy abrazar a tantos que han hecho posible que lleguemos con honor a este aniversario. Pero podemos asegurarles que continuaremos y

enriqueceremos su obra, y que seguirá teniendo Cuba en los trabajadores de la Biblioteca Nacional motivo de satisfacción y orgullo.

Han transcurrido cien años. Ni Cuba ni los cubanos somos los mismos de entonces. Tampoco la Biblioteca Nacional. Mirando a los jóvenes que atraviezan nuestro umbral, a los padres que traen a sus hijos a iniciarse en el mundo fascinante de la lectura, a los investigadores que tanta gloria traen al país, y a nuestros propios bibliotecarios, tengo la certeza de que somos incomparablemente mejores, como pueblo.

Y siento renovado orgullo por lo que la Biblioteca Nacional José Martí ha aportado y seguirá aportando a ello.





EL ZAPATEADO

Fragmento de un grabado de Federico Mialhe, del siglo XIX, tomado de *Álbum pintoresco de la isla de Cuba*, plagiado por Bernardo May, perteneciente a la colección de la Biblioteca Nacional José Martí

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Acta de la colocación de la primera piedra del edificio de la Biblioteca Nacional*

En la ciudad de San Cristóbal de La Habana, a los veinte y ocho días del mes de Enero del año del Señor de mil novecientos cincuenta y dos, nonagésimo noveno aniversario del nacimiento del Apóstol de las libertades cubanas, José Martí; siendo las cuatro de la tarde, se constituyó en los terrenos situados en el barrio del Príncipe, antigua loma de Tadino o de los Catalanes, adquiridos con objeto de construir en los mismos el edificio en que se ha de instalar la Biblioteca Nacional “José Martí”, la Junta de Patronos de dicha Biblioteca Nacional formada por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Presidente; Aurelio Portuondo y Barceló, Vice-Presidente; Dr. Tomás F. Puyans y Núñez, Tesorero; Ing. Mario Guiral Moreno, Vice-Tesorero; Dr. Antonio M. Eligio de la Puente y García Tejada, Secretario; Dr. Fernando Ortiz y Fernández, Vice-Secretario; y Sra. Lilia Castro de Morales, Dr. Pablo Ruiz Orozco, Dra. Inés Segura Bustamante,

Dr. Ricardo Mestre y Llano, y José Luciano Franco, Vocales, con objeto de dar cumplimiento al acuerdo adoptado por dicha Corporación en junta celebrada el día catorce del corriente mes, de colocar en este día la primera piedra del edificio en que se alojará la Biblioteca Nacional.

Con la asistencia del Arquitecto Director de las obras del expresado edificio, señor Evelio Govantes y Fuertes, se procedió a situar en el lugar adecuado de las fundaciones del mismo, un canto labrado de piedra dura que mide un metro de largo, por sesenta centímetros de ancho y sesenta centímetros de alto, cuyo centro había sido parcialmente vaciado, para colocar en su hueco una caja metálica la cual se cerró después de depositar en ella la presente acta original, un ejemplar de los periódicos *Alerta*, *El Avance Cubano* y *El Crisol* únicos publicados en La Habana, en el día de hoy por ser Lunes; y mone-

* Este texto apareció publicado entre las páginas 25 y 27 del número dos de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* de abril-junio de 1952. [N. de la E.]

das de plata y nickel del cuño cubano, de los diferentes valores en circulación, o sea una pieza de cada una de las siguientes denominaciones: un peso, cuarenta centavos, veinte centavos, diez centavos, cinco centavos, dos centavos y un centavo.

La ceremonia se llevó a cabo en presencia del señor Luis Casero, Ministro de Obras Públicas, Representante del Honorable Señor Presidente de la República, Doctor Carlos Prío Socarrás; de los señores Ministros de su Gobierno; altas autoridades civiles y militares, Cuerpo Diplomático extranjero, representantes de todas las Corporaciones Científicas y Literarias de la República; de la Banca, el Comercio, la Industria y la Agricultura; de las organizaciones obreras; de la Prensa escrita y radiada; y de Mr. Burton W. Adkinson, enviado especial de la Biblioteca del Congreso de Washington a este acto; ante numeroso concurso popular.

El Representante personal del Presidente de la República, el de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional "José Martí", y otras muchas personalidades distinguidas, depositaron a su turno, paletadas del mortero destinado a fijar y consolidar en la posición adecuada el canto referido y la pieza de piedra que cubre la oquedad hecha en el mismo, después de guardado en ella el cofre mencionado.

El Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, a nombre de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, leyó un breve discurso explicando el significado y trascendencia del acto que se realizaba; el señor Burton W. Adkinson, Representante especial enviado por la Biblioteca del Congreso de Washington, leyó igualmente unas palabras de elogio y estímulo dignamente para gloria del hombre insigne cuyo nombre ostenta, y beneficio de la humanidad; y el Representante del Señor Presidente de la República, pronunció algunas palabras ratificando el apoyo incondicional del Gobierno de Cuba, a la fecunda tarea encomendada a esta Junta de Patronos de crear un centro organizado científicamente para contribuir a la más sólida educación del pueblo de Cuba.

Terminado el acto se extiende la presente por el Secretario que da fe, firmándola el Representante del Honorable Señor Presidente de la República, los miembros de la Junta de Patronos presentes, autoridades, personalidades distinguidas y pueblo. [Siguen las firmas].

A. M. Eligio de la Puente,

Secretario.

La Biblioteca Nacional: su historia y propósitos*

Francisco de Paula Coronado

Primer director de la institución

Correspondiendo a invitación gentil de S. E. el señor Ministro de Educación, para que en la noche de hoy presente en esta Primera Feria Nacional del Libro un trabajo breve sobre la historia y propósitos de nuestra Biblioteca Nacional, como director que soy de esta institución de cultura, cumplo gustoso encargo que tanto me honra.

El general Leonardo Wood, siendo Gobernador militar de Cuba, fundó la Biblioteca Nacional a instancias repetidas del señor Gonzalo de Quesada, el 18 de octubre de 1901, y también por recomendación de este patriota insigne, nombró director del nuevo establecimiento al señor Domingo Figarola Caneda.

Antes que el señor Quesada consiguiera del valeroso jefe de los Rough Riders el loable acuerdo de crear la Biblioteca, habíanse hecho con ese mismo propósito, después del cese de la soberanía española, tres gestiones que, a la postre no resultaron infructuosas del todo. Debióse la primera al ilustre bibliógrafo habanero licenciado Néstor Ponce de León, quien al encargarse del Archivo General en 1899, obtuvo del Gobierno la formal promesa de que en breve plazo fundaría la Biblioteca y el Museo Nacionales; pero la muerte inesperada del licenciado Ponce de León y el súbito relevo del gobernador Brooke, que era quien tenía contraído aquel compromiso, impidieron que iniciativa tan generosa alcanzara un éxito inmediato. La segunda gestión fue del meritísimo historiógrafo doctor Vidal Morales y Morales, sucesor del licenciado Ponce de León en la jefatura del Archivo; el doctor Morales recogió el proyecto, que había quedado huérfano, lo hizo suyo, y laboró tenazmente por realizarlo. Y la tercera y última gestión corresponde al eminente médico doctor Diego Tamayo, que en 1901 desempeñaba la cartera de Estado y Gobernación en el Gabinete del general Wood. Prestando, al fin, oídos a las constantes recomendaciones del doctor Morales, decidióse el doctor Tamayo a actuar en el asunto, y puesto al habla con los esclarecidos polígrafos señores

* El autor de este artículo fue director de la Biblioteca Nacional desde 1920 hasta su muerte acaecida el 30 de noviembre de 1946. Muchos de los conceptos vertidos en estas páginas tienen hoy completa actualidad, sobre todo al hallarnos en una nueva fase de engrandecimiento de la institución con motivo de la construcción del nuevo edificio. Por ello hemos creído conveniente publicarlo. [Estas palabras inician el texto que apareció en el número dos, de febrero de 1950, desde la página siete hasta la doce. N. de la E.]

Enrique José Varona y Manuel Sanguily, el primero de los cuales era a la sazón Secretario de Instrucción Pública, y el segundo del Instituto Provincial de La Habana, resolvió con ellos constituir una Junta Organizadora de la Biblioteca y Museo Nacionales de la Isla de Cuba. Como medida previa, que por los acontecimientos posteriores resultó la única adoptada, redactaron en inglés y en castellano una circular, que distribuyeron profusamente dentro y fuera del país, solicitando donaciones de libros. Así las cosas interpúsose el señor Gonzalo de Quesada, haciendo valer su influencia con el general Wood para que este fundara en seguida la Biblioteca y nombrase director de la misma al señor Figarola Caneda, y cuando sólo faltaban siete meses para que el mando de la isla fuera traspasado al presidente que eligieran los cubanos, y cuando estaba desarrollándose un plan patrocinado por dos de los secretarios del Despacho, el Gobernador Militar, por medio de una orden verbal dada al señor Quesada, creó la Biblioteca y lo nombró director.

Donde primero se estableció la Biblioteca fue en una nave anexa al Castillo de la Fuerza, nave que desapareció ya, y allí estuvo hasta julio de 1902, que fue trasladada a una parte de los altos de la antigua Maestranza de Artillería, por la calle de Chacón, permaneciendo en ese local hasta que en 1938, habiéndose cedido la Maestranza a la Policía Nacional para que en su solar construyese el edificio de la Primera Estación, mudóse la Biblioteca al Cuartel de la Fuerza, cedido a ese objeto por el entonces coronel Batista, y donde actualmente se encuentra. Por una iniciativa

del senador pinareño doctor Emeterio S. Santovenia, se ha dotado a la Biblioteca de un patronato constituido por representantes de nuestras principales instituciones culturales y se ha establecido un impuesto de medio centavo por cada saco de azúcar que se fabrique, a fin de reunir fondos para construir el edificio definitivo de la Biblioteca.

A consecuencia de sus achaques de salud el señor Figarola Caneda se retiró con licencia, en 1918, de la dirección de la Biblioteca Nacional, y le sustituyó, interinamente, el bibliotecario señor Fernando Miranda, en los asuntos administrativos, confiándose las labores técnicas, en comisión, al señor Luis Marino Pérez, que era bibliotecario de la Cámara de Representantes. Jubilado por fin el señor Figarola Caneda a mediados de 1920, nombróme en propiedad director, el mayor general Mario García Menocal, a la sazón Presidente de la República, y por indicación de los señores Cosme de la Torriente, Rafael Montoro, Enrique José Varona y Manuel Sanguily.

Mi primera labor fue componer una clasificación que nombré Racional, después de consultar las que rigen en el Museo Británico, de Londres, en la Nacional de París y en la Biblioteca del Congreso de Washington, y luego de examinar detenidamente las populares clasificaciones denominadas de Asuntos, debida al gran bibliotecónomo inglés Mr. Brown, que está muy vulgarizada en Inglaterra; la expansiva, de la que es autor el eminente bibliotecónomo norteamericano Mr. Cutter, y la decimal compuesta por el ingenioso Mr. Dewey, bastante usada en los Estados

Unidos. Con arreglo a mi clasificación Racional, que tiene más de la del Congreso que de ninguna otra, fueron clasificados por materias, clases y subclases todas las obras que constituyen los fondos de nuestra Biblioteca Nacional y colocadas en sus sitios respectivos por riguroso orden alfabético de autores.

Una vez clasificada la Biblioteca, se acometió, con los pocos elementos disponibles, la catalogación de los libros, llegando a catalogarse las secciones de Derecho, Medicina, Historia de Cuba y Literatura española, cubana, francesa e inglesa. El trasiego de empleados, debido a los cambios políticos, interrumpió varias veces la catalogación, hasta que la paralizó por completo.

Hacia 1929 antojóse alguien de las estanterías de la Biblioteca Nacional, y con objeto de llevárselas al Capitolio, entonces en construcción, unos delegados de Obras Públicas vinieron a la Biblioteca, metieron la mayor parte de los libros en cajas y se llevaron estos a una nave del viejo Presidio, en la calle del Prado. Un incendio que allí se produjo destruyó 29 cajas que contenían libros muy importantes, sobre todo de historia de Francia. Este despojo de las estanterías de la Biblioteca, trastornó la clasificación y ocasionó que muchas obras que no habían cabido en las cajas estando sin estantes, quedaran amontonadas en rincones de la Biblioteca. Fue aquel despojo un desastre para el establecimiento.

Pero, a pesar de todo, el daño recibido entonces no fue tan grande como el que causó la mudanza de la Biblioteca de

la Maestranza de Artillería al Cuartel de la Fuerza, porque esta mudanza se hizo precipitadamente, hostigada por el entonces Jefe de Policía que lo que quería era desalojar enseguida el lugar de la Maestranza, llegando hasta comenzar el derribo de los techos cuando los libros estaban todavía en los salones y echándolos en los carros, sin ningún cuidado como si fuesen ladrillos. Esta mudanza acabó de desarticular la clasificación, mezclando unas obras con otras y regando las tarjetas del catálogo. Fue realmente una catástrofe, perdiéndose la labor de dos años y teniendo que empezarse de nuevo.

Con el propósito de que reorganizara la Biblioteca se nombró asesor técnico al señor José Antonio Ramos. La primera labor de este asesor fue suprimir la clasificación de la Biblioteca, sustituyéndola por la llamada decimal, con las modificaciones dichas de Bruselas y algunas de cosecha propia; emprendiendo después la catalogación, con mucho más personal del que nunca tuvo la Biblioteca.

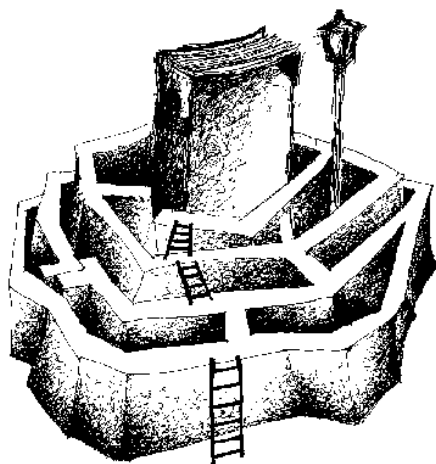
Los propósitos de nuestra Biblioteca, como los de las otras nacionales, son: Primero, reunir toda la producción impresa del país, libros, folletos, opúsculos, revistas y periódicos; segundo, acumular cuantos manuscritos cubanos pueda obtener, lo mismo científicos, que literarios, históricos que artísticos; formar la más rica colección posible de estampas, láminas, grabados, dibujos y fotografías; coleccionar todos los mapas y los planos que le sea posible adquirir; y formar la mejor colección de medallas cubanas, lo mismo conmemorativas que decorativas, militares que bautismales y comer-

ciales, para ofrecer así, al investigador todos los elementos precisos para la erudición, puesto que las Bibliotecas Nacionales son principalmente para los eruditos, ya que constituyen el gran depósito de la producción intelectual de la nación, su tesoro cultural.

Cumpliendo estos fines, la Biblioteca ha prestado verdaderos servicios a cubanos que, hoy son notables figuras de las letras, las ciencias, las artes y la vida pública entre otros los señores Emeterio S. Santovenia, Emilio Roig de Leuchsenring, Jorge Mañach, Raimundo Lazo, José Antonio Fernández de Castro, los hermanos Juan y Herminio Portell Vilá, José Manuel Pérez Cabrera, Francisco González del Valle, Félix Lizaso, José María Chacón y Calvo, Emilio Ballagas, Ezequiel García Enseñat, Enrique Larrondo, etcétera. En la Biblioteca compusieron también sus

brillantes tesis doctorales alumnos notables de nuestra Universidad como las señoritas María Gómez Carbonell, Graciela Barinaga, Fany Azcuy, María Teresa Piñera, María Josefa Beltrán y el señor Humberto Valdivia.

Para concluir diré que una de las formas como la Biblioteca ha contribuido más a la cultura, ha sido suministrando a los escritores las bibliografías de que habían menester y orientándolos en sus investigaciones con las luces del saber y de la experiencia, y de estos son testigos de mayor excepción las personas antes nombradas y otras muchas que sería prolijo enumerar, que con razón ha dicho celebrado escritor argentino que las bibliotecas son a maneras de universidades libres, en las que los lectores son los alumnos, el bibliotecario, el profesor y los libros, los repasadores o adjuntos.



Recuerdos de la vieja Biblioteca*

Renée Méndez Capote

Escritora y periodista

Tenemos que imaginar a una muchachita salida de las páginas de las *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, entrando en el antiguo edificio de la Maestranza de Artillería; subiendo la ancha escalera, de caoba bellamente torneada, con el corazón palpitante porque iba a pasar un rato en un ambiente que la atraía de manera muy especial. Es una niña acostumbrada a los libros; en su casa hay varias colecciones que bien pudieran llamarse bibliotecas: la jurídica de su padre y su hermano mayor; la general, instalada en una alta pieza grande, con siete ventanas y las paredes cubiertas hasta el techo con estanterías de cedro, y en la que figuran obras maestras de la literatura universal, libros de viajes y exploraciones, enciclopedias, historia... La colección del hermano segundo, compuesta casi exclusivamente por libros de marinas mercantes y de guerra; geografía; biografías de personajes re-

lacionados principalmente con el mar. Porque es un niño que sueña con que algún día tengamos una flota poderosa, de barcos comerciales y pesqueros; que no en balde su padre dice que Cuba es un país de costas y tiene un gran porvenir en el mar. Y está la colección de las niñas, con las consabidas *Bibliothèque Bleue*, *Bibliothèque Rose*... y ediciones en inglés de obras maestras universales, adaptadas para niños. Además, guardada celosamente, la colección particular de la hermanita menor, de filosofía, metafísica, música y versos. Y a esto hay que añadir, que como cauterio contra la estrechez mental de la época y valladar contra la cursilería, la gran biblioteca general que campea en la azotea, y a la que se sube por una escalera de caracol, de buenas proporciones, está a la entera disposición de la muchacha que va a buscar en la lectura, sin trabas de ninguna clase, el más preciado de los entretenimientos y la respuesta a inquietudes y curiosidades.



Interiores de la Maestranza de Artillería

* Este trabajo apareció en el número 2 de mayo-agosto de 1981 desde la página 91 hasta la 103 de esta revista. [N. de la E.]

El año 1901 se inauguró la Biblioteca Nacional, el mismo año en que me inauguraron a mí; e inauguración debe querer decir vivir en perpetua mutación hacia adelante, si el que nace viene dotado de fuerza y voluntad de existir. Naturalmente que yo no fui de niñita a visitar la Biblioteca; es cuando la cubanita se queda en el portal de B y 15, viendo partir para siempre a su primer enamorado, cuando empezó a hacer visitas asiduas al viejo edificio colonial, que de no haber sido una víctima más del batistato, hoy sería uno de los más valiosos monumentos de una Habana, que no se ha desnaturalizado totalmente gracias al triunfo sin par de los barbudos de la Sierra.

Yo conocí y traté al primer director que tuvo la Biblioteca Nacional, a Figarola Caneda, casado con francesa, pero mi trato más íntimo fue posteriormente con Francisco de Paula Coronado, uno de esos personajes que merecen estudio, porque junto a una condición que podría en rigor llamarse cinismo, tenía una fuerte personalidad, mucha inteligencia, una vastísima cultura, trato exquisito y un conocimiento de la bibliografía cubana como no ha vuelto a tenerlo ningún otro director de biblioteca. Era tan miope, que se pegaba los libros a la nariz para poder ver las letras aun a través de unos lentes increíblemente gruesos, y también era increíble todo lo que leía. Él no fue mambí, naturalmente, no fue a la Guerra del 95, pero conspiró con don Juan Gualberto Gómez e intervino en muchas incorporaciones de cubanos a las filas insurrectas.

Cuando se preparaba el levantamiento en armas para la “guerra necesaria”,

había una guagüita de mulas que salía de la Plaza de Armas, frente al palacio de los Capitanes Generales, recorría las calles de La Habana Vieja y regresaba a su punto de partida. El cochero era un cubano separatista que tuvo en sus manos muchas vidas. Esa guagüita la tomaron a menudo Coronado, Juan Gualberto, y mi padre del cual se ultimaron en ese vehículo los preparativos para incorporarlo a las filas de Leoncio Vidal; el joven héroe que murió una de esas muertes en las que no se muere, cumpliendo la orden de tomar el parque de Santa Clara, con la ciudad en poder de los españoles.

Coronado, como bibliotecario era fantástico; decía que la polilla no era tan mala como creía la gente; tenía un sistema propio de clasificación, muy particular, que por desidia no aplicó, felizmente, a los indefensos libros. Se llamaba él “sistema Coronado”, Sistema Racional, y empeoraba con el surgir de la inteligencia en el primate y llegaba hasta los últimos descubrimientos científicos que en aquella época eran nuevos y hoy son antiquísimos.

De más está decir que Francisco de Paula me quería y nos permitía, a mi hermanita y a mí, andar por la Biblioteca como perros por su casa. Sara era muy impertinente, y un día le preguntó: –Doctor, ¿Por qué usted no fue a la guerra? –Porque yo casi no veo Sarita. –Pues el “Ciego de los Pasitos” no veía y se mantuvo en ello. Coronado no se molestó.

Yo cogía los libros que me daba la gana, de los propios almacenes, y me iba a un balconcito de madera que

quedaba encima del mar, porque entonces el mar llegaba hasta los muros de piedra de la Maestranza, y allí me sentaba a leer. El balconcito era peligrosísimo, se estaba cayendo de puro carcomido e histórico, y María Villar Buceta, que trabajaba con Coronado, se sentaba conmigo y nos enfrascábamos en largas charlas, en las cuales mucho aprendí con la más paciente y dulce de las mentoras.

Había, junto al director, un grupito de palomas mensajeras que andaban entre los libros caprichosamente colocados, y encontraban de milagro lo que pedían los lectores, que, afortunada o desgraciadamente, no eran muchos. Entre estas palomas había un palomo verdaderamente notable y con un amor a una institución a la que dedicó toda su vida, y que merece un perenne recuerdo emocionado: Carlos Villanueva. Lo acompañaban excelentes compañeros; no cito nombres porque me dolería omitir, involuntariamente, alguno.

Pues nuestra primera Biblioteca Nacional iba tirando, en el vegetal en que estaban sumidas todas las instituciones culturales de unos tiempos, en los cuales sacar una edición de quinientos ejemplares no era raro, y de mil se consideraba una edición masiva. Eran ejemplares de libros pagados por el autor, que había que regalarle a los amigos y comerse el resto, porque nadie compraba libros cubanos. Bien es verdad que existían sus excepciones como créditos que votaba el Senado para imprimir las obras de quien no había escrito nada; pero eso era *peccata minuta*, en la política al uso. Los pe-

riodistas tenían que vivir, como los políticos, pero mucho más modestamente, de unos cuantos puestos en las nóminas oficiales, y, los más descarados del chantaje. Los honrados, escritores y periodistas, podían alimentarse soñando con tiempos mejores.

No doy datos concretos sobre la Biblioteca, en cualquiera de sus fases, porque para eso están los historiadores y los investigadores nuevos, sacados del limbo, o del nirvana, como quiera llamársele a la indiferencia gubernamental que padecieron las instituciones *reputicanas* hasta el enorme primero de enero de 1959.

Pues así las cosas, un buen día, ya en pleno poder militar, el perínclito “Pimeo”, (yo soy un Pimeo, había dicho Batista en uno de sus “colosales” discursos, lo que no le impedía tener apetito de gigante) se le ocurrió levantar castillitos de cartón-piedra, para albergar a las siniestras casas de tortura llamadas estaciones de policía; y precisamente para una de estas, escogió el mismísimo lugar que ocupaba la Maestranza de Artillería. En cuanto alumbró en su caletre de pimeo la brillante idea, mandó meter los libros en cajones y trasladar la Biblioteca Nacional para los sótanos y bastiones del Castillo de la Fuerza, y asestar la piqueta demoledora a lo que hoy sería espléndido monumento colonial restaurado y conservado, como parte de las raíces que los yanquis por poquito nos arrancan completamente junto con meternos los letreros en inglés, la ladronera (oficial y privada) entronizada y ostentada, el robo de las tierras e industrias, la dependencia política y económica, la

coca-cola, la mascadera de chicle y la mafia.

(A lo mejor la mascadera de chicle fue lo que les desarrolló a los auténticos el apetito de “adquirir”...).

Pues señor yo iba desenvolviendo mi agitada vida, tan llena de pequeños y grandes cambios: había abortado la “Revolución que se fue a bolina”, se había producido mi pase de vida regalona de burguesa adinerada a la vida dura de la trabajadora; había sobrevivido al naufragio del *Morro Castle*; había tenido lugar la huelga revolucionaria de marzo de 1935, y yo había conocido por dentro la cárcel de mujeres; habían transcurrido dos años y cuatro meses de vida precarísima en compañía de mi segundo marido; fui madre... y gracias a uno de esos golpes bajos que se asestaban nuestros políticos, enganché de nuevo un trabajo. Por circunstancias de íntimas amistades familiares, tuve oportunidad de escoger “lo que quisiera”, y para no ensuciar mi expediente revolucionario, acepté un puesto de oficial clase 5ta. en el Fondo Especial de Obras Públicas, y pasé a hacer las recaudaciones municipales de Las Villas y La Habana. Sudé tinta china, los números no me cabían en las casillas del papel cuadriculado y yo, que odiaba la aritmética, tuve que sumar, restar, multiplicar y dividir a pura cabeza, porque no se usaban, en las oficinas públicas, las máquinas de calcular.

Hasta que un buen día, otros dos años después, me encontré una mañana en la calle al ministro de Educación, Aurelio Fernández Concheso. Me preguntó dón-

de me escondía que no se me veía por ninguna parte y cuando le dije el tipo de trabajo que hacía, se cayó para atrás: ¡Qué barbaridad! Ve por Educación. Y pasé a trabajar, en comisión, a la Biblioteca Nacional del Castillo, junto con las palomas mensajeras y el elemento flotante constituido por los botelleros, que iban y venían siguiendo los vaivenes de sus respectivas palancas, y en la compañía, los días de tormenta, del amable fantasma de doña Isabel de Bobadilla, que la conseja popular había trasladado a la “nueva fortaleza”, sin ocuparse para nada de la verdad histórica.

Entre estos elementos, tan típicos del oleaje oficial de aquella época, merece recordarse al hermano de un senador, que decía con un cinismo deliciosamente ingenuo, que él tenía cuatro mujeres, pero eso sí, mujeres decentes y de casas respetables. Y hasta gozamos la compañía de un célebre babalao, cuya presencia alborotó a muchas de las mujeres, y el cual, al ver que yo no creía en su, a ratos, segura profesión, me trató con muchísimo respeto. Y había también una palomita torcaza, a quien su “protector” mandaba periódicamente a México, a traer pieles finas, de contrabando, para que las vendiera y la pobrecita “se ayudara” y no pesara más de la cuenta sobre el erario público. Me mantuve en comisión de servicio hasta que un jefe de 6ta. clase de la Dirección de Enseñanza Primaria renunció a su puesto para ir a ocupar un aula en Cienfuegos. Era el último de los jefes administrativos, con 125 pesos de sueldo, pero ya de nuevo en el Ministerio que me correspondía.

Cuando me mandaron para la Biblioteca encastillada, fue como un destierro benigno, porque todavía mi fama de “comecandela” no se había debilitado; casi me da vergüenza confesar, a fuer de sincera, que era una fama completamente inmerecida.

Me alegré de ir para la Biblioteca, pues mi innato amor por este tipo de institución sí que no se había debilitado, y no me abandonó nunca. Cuando fundamos el Lyceum en 1929, escogí el cargo de vocal de biblioteca, con la ilusión de crear una biblioteca circulante en el Vedado; y cuando en 1933, a raíz de la caída de Machado, Grau me nombró directora de Bellas Artes, entre otros proyectos, aprobados todos y ninguno realizado, figuraba la inauguración de salas populares de lectura, en modestos locales asequibles al hombre de la calle, donde pudiera leer los periódicos y revistas y libros de fácil lectura.

En aquella época turbulenta, todo se quedaba en el papel; Había que tener la grandeza de Antonio Guiteras para nacionalizar la Havana Light and Power Company.

En la Biblioteca Nacional del castillo, me sucedió una de las cosas más constructivas de mi carrera de funcionario público venido a menos: colaboré con el tipo más notable, más inteligente, más original, más limpio de mente y más entusiasta del trabajo, que he conocido en mi ya tan larga vida.

Ese tipo fue José Antonio Ramos, comunista de cuerpo entero, trabajador incansable, escritor ilusionado, compa-

ñero de labor entrañable y enamorado perdido de su Josefina de Cepeda.

De más está decir que era un bibliotecario chiflado; estaba escribiendo, y escribió y publicó, un *Manual de biblioteconomía*, con un sistema caprichoso, porque de biblioteconomía no sabía nada. Pero lo habían nombrado asesor de la Biblioteca Nacional. Yo pasé a trabajar directamente con él, en calidad de *clasificadora general*. ¿Puede imaginarse lo que es una clasificadora general? Una barbaridad, claro, pero yo era tan bárbara como Ramos y acepté entusiasmada la disparatada encomienda. La cantidad de barbaridades que cometí, puede suponerse; con decir que en cuanto veía un diente o una muela clasificaba el bicho en mamíferos...

El sistema de Ramos era una combinación de Dewey y Ramos, y tenía reminiscencias del de Bruselas y hasta del de la Biblioteca Médica de Yanquilandia. ¡Pero cómo trabajábamos! Limpiábamos, sacudíamos, barríamos, colocábamos en estantes de pinotea los libros que sacábamos a sudor y lomo de los cajones, empeñados en que no se perdiera el acervo de la Biblioteca, y la humedad del Castillo no lo destruyera, y ensayábamos la ejecución de un catálogo por materias y otro por orden alfabético de títulos y autores.

Nos pasaban cosas graciosísimas, porque Ramos era muy alegre y chistoso: Una vez, un lector muy impertinente llegó a desesperar y atolondrar a la bandada de palomas mensajeras, que se esforzaban por servir todos los libros pedidos –ya el número diario de lecto-

res empezaba a crecer considerablemente; ¿te acuerdas, entrañable y juvenil Manolo Moreno Fraginals?

Pues las palomas vienen a quejarse al asesor, de la impertinente exigencia del susodicho lector, primero con suave batir de alas, y después con revoloteo desesperado; y Ramos sale para la sala de lectura con violento batir de alas de gavilán, de la larga bata que usaba –un viejo guardapolvo de la época en que se endosaba ese atuendo para andar en automóvil– y regresa para la oficina muy satisfecho.

–Ya lo puse en su lugar. Le dije: “Óigame, amigo, ¿por qué no vuelve usted para su lugar de origen?”

–Y cuál es ese lugar, Ramos?

–El c... de su madre, hija.

Otra vez se vio enredado con un grupo de viejos veteranos de las guerras de independencia, que querían batirse con él en duelo al machete “hasta el derramamiento de sangre”, porque al referirse a ellos, que escenificaba no recuerdo qué protesta, había dicho: –¡vaya, se alborotó el cotarro!

Yo intervine, con mi prestigio de hija de general, y pude salvar a Ramos de la acometida de los viejos enfurecidos, convenciéndolos de que la intención de Ramos no había sido despreciar a los mambises, sino usar inocentemente una frase muy castiza, para expresar su admiración por el alboroto que había armado; y les recordé que el suegro de Ramos había sido el coronel Cepeda, cuya memoria el yerno respetaba, y que

al fin y al cabo decir “se alborotó el cotarro” no era en lo absoluto llamarles pájaros o cotorras como ellos aducían.

Cuando José Antonio Ramos concebía una obra, novela o teatro, la concepción era muy buena. Se sumergía en un mundo maravilloso. Me decía entonces:

–Ni me hable, ni me hable. Estoy en mis momentos de “¡pobre Guillermito!”. Se refería a Shakespear. Pero cuando la obra estaba terminada, él que era muy inteligente y crítico implacable de sí mismo, venía todo alicaído y me decía:

–Léala, hija; no me salió corno yo la concebí. Ahora estoy en la triste fase de “¡pobre José Antonio?”.

¿Qué gran hombre era Ramos, qué firmeza en sus convicciones, qué fe inquebrantable en un porvenir que todavía sabía lejano? Tenía una buena biblioteca particular, y había dispuesto que a su muerte se le entregara la Central de Trabajadores de Cuba. La última vez que lo vi fue un día muy triste, en que vino a la Biblioteca con Josefina. Estaba enfermo y su visita fue una despedida; estoy segura de que él sabía que iba a morir. Yo seguí corto tiempo en la Biblioteca, vacía sin Ramos.

En los años en que trabajé en la institución, Coronado era el director; se llevaba muy bien con el asesor, estaba resignado a que su *sistema racional* no se aplicara: aunque pensaba que el sistema de Ramos era disparatado, nunca hizo la menor tentativa por defender su propio sistema, y yo llegué a la convicción de que él bien sabía que aque-

llo era un galimatías, y hasta llegué a sospechar que lo hizo por diversión.

Yo gozaba de la confianza de Coronado, a causa de nuestra vieja amistad, y un día memorable en el cual me dejó poner un poco de orden en la montaña de papeles que ocupaba su buró y atascaaba sus gavetas, me encontré cartas sin abrir desde hacía diez años, y giros postales viejísimos que nunca habían salido de sus sobres amarillos. Hice lo que pude por darle buenos consejos: –Doctor Coronado, pélese y aféitese la bata; cuando se decida a tumbarse esa maraña de pelos, va a coger catarro... y córtese las uñas, y mande a lavar y remendar lo bata. Tenía en la solapa de una bata que usaba, (sobre todo en su casa pero que a veces vino a dejarse admirar en la Biblioteca) para andar entre el montón de libros de su propia biblioteca, que estaban por todas partes: sobre sillas, estantes, suelo y hasta trepando en montañas hasta el techo, una corbata negra de etiqueta, prendida con un imperdible de aquellos que se llamaban “de criandera” en el año mil, y que estaba fijo allí para siempre, a causa de la herrumbre; a la bata le faltaba medio faldón por detrás y tenía un montón de desgarraduras, amén de manchas de grasa, de café, de goma de pegar, y hasta colores de pintura de aceite. Él no se ofendía conmigo, y seguía con su bata, su pelambrea y sus uñas increíblemente largas. Pero, ¡qué hombre tan culto, qué trato encantador, qué don de gentes! Y cuando hablaba por teléfono con una mujer desconocida, que lo llamaba todas las tardes desde hacía años y a la que nunca conoció personalmente, había que oír aquella

deliciosa voz y la manera fina y sutil con que mantenía una amistad amorosa tan romántica y tan bella.

Su dominio de la bibliografía cubana no tenía paralelo, y conocía a fondo la española, la francesa, la inglesa, la italiana... ¡Qué tipo más curioso!

En esa vieja Biblioteca Nacional atropellada, dejada de la mano de gobiernos venales, que no respetaban para nada nuestras raíces culturales, pasé la vergüenza más grande de tu vida.

Siempre que venían extranjeros que hablaban francés, inglés o italiano, los compañeros de la sala de lectura me llamaban a mí para que atendiera en principio la visita, que yo les pasaba a Coronado y a Ramos si se trataba de alguien más importante que un simple curiosos o turista. Pues una buena mañana se presenta un norteamericano muy sencillo y cordial. Era un experto en arquitectura colonial hispanoamericana. Traía un bellissimo libro editado por la Yale University Press, si mal no recuerdo, impreso en magnífico papel, con un tipo de letra preciosa y espléndidas fotografías voladas, a toda página. Ya iba yo a avisarle a mis jefes, cuando el autor, insiste en enseñarme su obra. Traía todo un largo capítulo dedicado precisamente al edificio de la Maestranza de Artillería de La Habana. La escalera, las puertas, los clavos de bronce cincelados, los llamadores... todo estaba fotografiado y detallado minuciosamente. El hombre estaba consternado, asombrado, con la sincera angustia de quien se considera que se ha perdido uno de los mejores mo-

numentos de arquitectura colonial hispanoamericana.

—¿Pero, qué han hecho con ese edificio que merecía ser tratado como una joya; tan importante como el antiguo Convento de San Francisco? ¿Dónde están las puertas, los clavos, los llamadores, de los más bellos que tenía vuestra vieja arquitectura? Lleno de ilusión fui al lugar donde estaba ese monumento, y me encuentro un espantoso castillo que parece de cartón; un marmarracho. Han echado abajo un tesoro, para levantar en su lugar una cosa indigna. Dígame, por favor, en dónde están esas puertas, esos clavos, esos llamadores... yo les dedico en mi libro la importancia que merecen, y ahora me encuentro que han desaparecido... Yo tuve que tragar saliva antes de contestarle, pero tenía que decirle la verdad. Le dije que teníamos un salvaje al frente del país, que el gobierno se reía de los monumentos nacionales, y que ese gobierno estaba protegido por su país; que podía comprobarlo viendo la Biblioteca Nacional metida en un local absolutamente dañino para la conservación de los libros; y que las puertas, la escalera, los llamadores y los clavos, debían estar adornando, en el mejor de los casos, las fincas de algún personero del régimen, o tirados por un depósito de cosas inservibles.

—¿Y qué hago yo ahora con mi libro? ¿Qué hago con el capítulo dedicado a la Maestranza?

Yo le pedí que dijera la verdad, que así contribuiría a que en su país, tan generoso con los malos gobiernos de esta menospreciada América Latina,

se conociera parte de la triste verdad cubana.

Han pasado muchos años, y todavía me duelen la escalera, las puertas, los llamadores y los clavos de la antigua Maestranza de Artillería.

Entre los personajes inolvidables de la vieja Biblioteca Nacional, se destacaba María Villar Buceta.

Unos ojos azules grandes, muy abiertos, con una chispita alegre en el fondo, y una luz de sorprendente penetración, iluminados por una inteligencia profunda. Una boca muy fea, de dientes grandes y una encía rosada más presente de lo necesario, pero una boca siempre dispuesta a la risa cordial. Dos gruesas trenzas rubias, largas; las trenzas que yo soñaba. Un cuerpo bien formado y esbelto, rematado por dos piernas perfectas, de las que ella, muy femenina, callada e íntimamente se enorgullecía.

Una adolescente huraña al principio y después de una sinceridad total y una bondad sin límites; capaz de darse con toda su alma a la causa que amara y a todo ser necesitado o desvalido; una capacidad de ternura infinita. Un carácter altivo y digno, que rechazaba toda humillación; que odiaba la lástima de sí misma y no admitía el anteponer ninguna necesidad propia a la ajena. Una entrega a los suyos completa: al padre borroso y callado que se apoyaba en ella, al hermano estafalario, a la hermanita menor, al hermano talentoso.

Un temperamento totalmente tierno, guardado celosamente, porque María se

consideraba, en el fondo de su ser, la niña fea y escondía los justos reclamos de sus sueños y sus legítimas ansias, debajo de un disfraz de indiferencia, de mujer que no necesitaba el amor físico, porque tenía el amor sublime de una militancia que la absorbía. María hubiese sido una madraza, si no se hubiese entregado totalmente a la lucha social y política

María era total, en ella no había grietas ni debilidades, era en verdad la mujer fuerte, y sin embargo, nunca menospreciaba ni mucho menos ofendía al débil, no excusaba imperfecciones, pero en el fondo de su alma buena sentía lástima por el que no sabía superar su debilidad, y estaba siempre dispuesta a prestarle su propia fuerza para ayudarlo a redimirse. Nunca la oí condenar a nadie, con excepción del traidor; para este era implacable.

Aquella dulzura de María por los viejos y los niños, por los gaticos abandonados en los solares yermos; aquella generosidad que no medía el sacrificio, la hacían un ser excepcional. Yo nunca me he visto frente a una bondad como la suya. María era una muchacha como todas las muchachas, salvo que ella era muy superior a todas las demás.

Nos conocimos casi niñas, vino a operarse de la garganta a la clínica Fortún-Souza, y Benigno Souza nos dijo a mi hermana Sara y a mí, que venía a buscarnos porque tenía “una güajirita portentosa” y quería que nos conociéramos. Al principio, María y Sara ligaron inmediatamente, porque eran caracteres muy afines y tenían las mismas cualidades; a mí, de entrada me rechazó, porque yo

era demasiado turbulenta; la puso celosa mi exceso de vitalidad, pero cuando a través del trato penetramos en las almas la una de la otra, llegamos a ser tres hermanas. Y yo sé que a María mi exceso de vida le hacía bien, como a mí el profundo torrente, que corría debajo de sus aguas, tranquilas en la superficie, pero capaz de horadar la roca. Yo la alegraba cuando ella, demasiado altiva para aceptar la compasión, tenía alguna preocupación que empañaba el brillo de sus ojos; y ella atemperaba mis ansias, desbordadas en mi afán de apurar la vida.

Y María era alegre, a menudos íbamos a almorzar sobre la hierba en pleno campo, ahí donde encontrábamos un espacio abierto en el que crecían flores. Nos acompañaba mi tía Rita Chaple, mujer mayor, pero alegre como una joven y un chofer que era hombre de toda confianza; comíamos toda clase de golosinas, tomábamos té frío, y María se divertía como una chiquilla en vacaciones, corríamos, saltábamos y hacíamos diabluras, como una vez que simulamos soltarle la vaca a un campesino, que primero renegó de las habaneras y acabó comiendo con nosotras. María olvidaba por unas horas la carga que sobre sus espaldas juveniles había echado la muerte prematura de la madre.

Andando la vida nos ligó a María y a mí una amistad fraternal inquebrantable.

Tardes inolvidables en la vieja Biblioteca Nacional, entonces alojada en la antigua Maestranza de Artillería, cuando llegando el final de la tarde, íbamos Sara y yo a ver a María y darle lata a

Coronado, el cual nos dejaba pasar a los almacenes donde estaba trabajando nuestra amiga y nos sentábamos en el balconcito de madera carcomida que amenazaba caerse encima de los acantilados a orillas del mar, le llevábamos a la amiga, hermana mayor, dudas, ignorancias, vacilaciones, y ella era entonces mentora que encauzaba vocaciones, recomendaba lecturas y resolvía problemas sentimentales, y abría caminos a un enfoque justo de la calidad política, y muchas veces nos devolvía la paz, alterada por prematuras ambiciones literarias.

Muy a menudo íbamos a pasar la mañana en casa de Enrique José Varona. El querido viejo nos recibía en un rinconcito amable de la sala familiar, y nadie nos molestaba. Los hijos de Varona eran mayores que nosotras, la hija menor era una muchacha alta, rubia, muy bella, pero no le interesaba la amistad de tres muchachitas abrasadas por la fiebre de saber, y, aunque muy gentil, nunca fuimos amigas.

María era ya una gran poetisa; Sara, modestísima, era una precoz pensadora profunda; y yo tenía ya sembrada la semilla de una narradora de memorias. María escribía unanimismo y Sara se lo publicaría con fraternal devoción admirativa; y yo era ya la rebelde que en un futuro rompería con la clase en que había nacido y conocería la diversidad de situaciones

y ambientes que hoy me permite escribir tantas cosas.

Llegábamos temprano, con un ramo de rosas rojas para el maestro, que adoraba las flores y prefería las rosas rojas. Y durante dos o tres horas, al bondadoso anciano le llovían preguntas, ansiedades, ambiciones, ilusiones y sueños. Nos escuchaba con una paciencia sin límites y al despedirnos decía:

—No dejen de volver la próxima semana, que ustedes traen un hálito de juventud que me refresca.

Mi inolvidable María era una mujer muy femenina, repito que en ese aspecto era una muchacha igual a otra muchacha, sólo que muy superior a todas las demás. Su último rasgo de femenina coquetería, fue en una operación que duró más de tres horas, se hizo recortar las encías, y se convirtió en una vieja muy bonita, porque lo único que la afeaba era la boca.

Yo le dije: —Coquetería... eso es lo que te ha hecho soportar la operación.

Y ella me replicó, ocultando la satisfacción que le producía verse bonita: —Comprenderás que no lo hice por ser bella, a mi edad... Lo hice porque tenía que ponerme los dientes postizos, y eso era imposible con aquella enorme encía... y a mí me gusta mucho comer...

[Discurso]*

Tomás F. Puyans Núñez

*Tesorero de la Junta de Patronos de la
Biblioteca Nacional*

Señores presidente y compañeros de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional,

Señores bibliotecarios invitados,

Señora directora de la Biblioteca Nacional,

Señores bibliotecarios cubanos,

Señoras y señores:

Por mandato de nuestra Junta de Patronos, que acato como un honor, me hallo en el delicado trance de dirigirme a este amable y benévolo conjunto de amigos, compuesto en su inmensa mayoría de mujeres cubanas, que han venido a esta casa a cumplir una delicada y enaltecida misión.

Estoy entre bibliotecarios, y *a fortiori*, debería acomodar mis palabras al medio ambiente. Esta última circunstancia trae a mi memoria la siguiente historia, que alguna vez he referido: vivían en Santiago de Cuba dos pobres de espíritu, nombrados Juan Tomás y Bocacio, y muy conocidos de todo el pueblo; el

Bocacio pasaba sus días bajo los frondosos laureles de la Plaza de Armas, frente al Ayuntamiento, esperando que saliera para algún acto la Banda Municipal, porque él tenía que seguirla a retaguardia con un carro de mano atestado de atriles, instrumentos, etcétera.

Cuando Bocacio tomaba la palabra entre sus pintorescos corifeos, no dejaba de repetir “Nosotros los músicos”.

Salvando desde luego las distancias no cometeré la osadía de parodiar a Bocacio, ni me vestiré, como el pavo de la fábula con el irisado plumaje del pavo real, para decirles “nosotros los bibliotecarios”...

No les habla pues un bibliotecario, ni un técnico, ni siquiera un bibliófilo aficionado; aunque en mi lejana adolescencia solía “bouquiner”, o registrar con curiosidad, entre las famosas tarimas a orillas del Sena, en París, donde tantos tesoros, legítimos y falsos, han descubierto algunos coleccionistas y también turistas con tiempo suficiente para semejantes aventuras.

Tampoco me atreveré a hablaros de libros, porque llevamos varios días en esa actividad y hemos oído muchas cosas bellas y enseñanzas provechosas sobre lo que significa el libro en sus variados aspectos.

Sólo he de referirme a lo que para este modesto hombre de leyes por profesión,

* Discurso pronunciado por el doctor Tomás F. Puyans Núñez, tesorero de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, aceptando a nombre de esta última el donativo de la Asociación Cubana de Bibliotecarios, con ocasión de la inauguración de la Biblioteca Nacional José Martí, el día 24 de Febrero de 1958. [Este texto aparece como título en el número cuatro correspondiente a octubre-diciembre de 1957, desde la página 45 hasta la 50 de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. N. de la E.]

pero campesino por vocación y destino, significa el gesto generoso, estimulante y ejemplar de bibliotecarios, donando una valiosa colección de libros a la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, para testimoniarle sus parabienes con ocasión de la inauguración de este esplendoroso palacio, y para enriquecer su acervo en forma objetiva y útil.

Viniendo de una clase genuinamente cubana, compuesta de una selecta y refinada categoría profesional, el donativo, cualquiera que sea su valor intrínseco, significa para mí, y seguramente para mis compañeros de la Junta, el reconocimiento espontáneo de esta juventud estudiosa, henchida del más puro anhelo de superación, y animada de un elevado concepto del sacrificio y de la abnegación; juventud que forma una pléyade ansiosa de servir, de educar y de realzar el nivel de cultura de nuestro pueblo por medio de la lectura.

Viene también este grupo de cubanos inteligentes a demostrar con hechos positivos su satisfacción y regocijo frente al paso gigantesco de adelanto y progreso que acaba de dar nuestra Junta de Patronos, gracias a la generosa contribución de los sectores de la industria azucarera, colonos y hacendados, y a la cooperación del Gobierno, hábilmente coordinadas, gracias a la sabia y perseverante gestión de quien ha demostrado durante toda su vida su amor entrañable al libro y a la Biblioteca, mi querido compañero y viejo amigo doctor Emeterio S. Santovenia.

Emotivo es este acto, y al propio tiempo estimulante y ejemplar; y la Junta de Patronos ha de atribuirle la trascenden-

tal importancia que el mismo reviste, porque al culminar sus anhelos después de diecisiete años de pacientes e imperturbables esfuerzos, ha podido ver realizado lo que nos parecía una utopía y casi un imposible. Cuántas horas, días y meses de preocupación, de desesperanza, han agobiado a la Junta en esos años; pero la serenidad, la confianza y el tesón de Santovenia destruyeron todo pesimismo y nos contagiaron con su inquebrantable seguridad en el éxito de la empresa.

Ese esfuerzo ingente es el que, a mi juicio, viene a reconocer y exaltar hoy la clase cubana de bibliotecarios, aquí congregada como ante un altar, donde se consagra el triunfo de la voluntad y del decidido propósito de realizar una obra de tanto valor espiritual como la que acabamos de inaugurar, y que entregaremos dentro de breves horas al servicio de nuestro pueblo, tan ansioso de superación y de progreso; y este acto es ejemplar porque precisamente una valiosa y dinámica representación de la clase bibliotecaria ha compartido con la Junta de Patronos las horas de intranquilidad que hemos vivido, triunfando ella como triunfó la Junta; me refiero a Lilia Castro de Morales, la directora de la Biblioteca Nacional; cuyo ejemplo me complace en destacar ante sus compañeros de profesión, con la esperanza de que sigan su misma trayectoria; y siendo el que habla un testigo de mayor excepción, quiero aprovechar esta oportunidad para reconocer la cooperación eficaz del reducido grupo de modestos y esforzados empleados de buena voluntad, entre los que contamos bibliotecarias graduadas y próximas a graduarse, que, bajo la dirección de Lilia

Castro, realizaron el milagro de trasladar para esta casa, instalar y organizar aquella complicada montaña de libros, folletos y papeles que estaban acumulados en el vetusto e inadecuado Castillo de la Fuerza.

Este acto nos animará de modo extraordinario en la nueva y gloriosa etapa que tenemos que emprender desde hoy; esa próxima jornada será quizás la más difícil, la más larga y la que le dará a esta obra su verdadera función educadora, su verdadera función social, y su verdadero destino, que es el de servir mejor a nuestro país.

De ahora en adelante, se requerirá toda la capacidad, toda la dedicación y entusiasmo de los bibliotecarios, si es que vamos a cumplir a plenitud la ingente misión de dotar este bello recinto de los mejores libros, de los mejores equipos y principalmente de los mejores elementos humanos para que esta institución pueda señalar con certera visión los derroteros de nuestra cultura.

El edificio luce grande, espacioso, y algunos creerán con error que pasarán muchos lustros para que sus depósitos de libros se vean plenamente nutridos; pero nunca es demasiado grande una casa de esta naturaleza, y llenarla de libros es quizás una labor material; lo

que importa es que los libros sirvan y rindan su cometido; y para eso están los bibliotecarios cubanos, que sabrán poner al servicio de esta institución todo su saber, toda su inteligencia, toda su capacidad, y también todo su espíritu de sacrificio, toda su devoción y abnegación, porque su profesión es algo más que un título que capacite para el trabajo, es un apostolado que sólo pueden cumplir los buenos y, entre los buenos, los mejores.

Al agradecer en nombre de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, el donativo de los bibliotecarios cubanos, séanos permitido elevar al cielo nuestros más fervorosos votos por el auge del libro cubano, y de todos los países cultos de la Tierra, por la unión y confraternidad de todos los que aman, respetan y enaltecen vuestra noble profesión; y que nuestros hijos y nietos, al entrar en este recinto, donde se atesora una parte del saber humano, lo hagan con veneración y orgullo, recordando no solamente a los que pudieron materializar un bello ideal, como esta Biblioteca, sino principalmente a los que ostentaron esos nombres ilustres y gloriosos, grabados para la posteridad en los muros y columnas de esta Biblioteca, y que tanto hicieron por la humanidad y por Cuba. Muchas gracias.

Resolución*

Cincuenta años de atraso, reflejo sin duda de la organización económica, social y política del país hacen sentir hoy su peso sobre nuestras instituciones culturales. Años de incuria determinaron la paulatina decadencia de la investigación, tarea indispensable para la formación y el mantenimiento de una conciencia nacional, pero al mismo tiempo –y esto tiene quizás mayores y más graves alcances– se resquebrajaron los instrumentos destinados a echar las bases de una educación sólida que pudiera extenderse a todas las clases sociales.

Todo ello se tradujo en la rápida decadencia de la instrucción pública que tan altos niveles había alcanzado en los primeros años de nuestra república; en la escasez de bibliotecas –verdadera penuria, pues faltaba en ellas el personal técnico–, no se adquirían libros y no existió jamás una política que tuviera en cuenta el crecimiento de la población y los nuevos intereses surgidos de la realidad cambiante ni en la crisis progresiva de las instituciones de alta cultura

Corresponde a la Biblioteca Nacional, en esta etapa revolucionaria, una tarea de importancia suma a la que ha dedicado la nueva dirección sus mayores cuidados: ofrecer a los investigadores

un amplio acopio de documentos relacionados con los antecedentes históricos, artísticos y literarios de nuestra actual cultura. Y, al mismo tiempo, estimulará la investigación, tan descuidada por las nuevas generaciones cubanas.

Ambas son tareas urgentes, inaplazables. Porque en el estudio y la interpretación de nuestro pasado se sentarán las bases firmes y sólidas de nuestra conciencia nacional.

Sin embargo, la Biblioteca Nacional ha querido contribuir a este momento creador de nuestra historia asumiendo otra responsabilidad y ha puesto al alcance de los niños y adultos libros y reproducciones de arte, en un esfuerzo por hacer llegar la cultura a capas más amplias de la población, de acuerdo con la política del Gobierno Revolucionario y de acuerdo con esa tónica, el 3 de diciembre de 1959 se dictó la siguiente Resolución:

Diciembre 13, 1959.

“Año de la Liberación”

1- POR CUANTO: es función de la Biblioteca Nacional “José Martí” recoger, conservar y organizar el patrimonio cultural de la Nación con el fin de ponerlo al servicio de los estudiosos e investigadores.

* Esta Resolución aparece en el número de enero-diciembre de 1959, de la página cuatro a la ocho de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. [N. de la E.]

2- POR CUANTO: el folklore nacional, así como la música culta de los compositores cubanos forma parte principal de ese patrimonio cultural.

3- POR CUANTO: muchos documentos de gran importancia para nuestra historia se encuentran fuera de Cuba, ya que algunos fueron sacados del país al terminar la dominación española, otros se encuentran en el Archivo de Indias, en el de Simancas, en el de los Estados Unidos de Norteamérica, en Francia y en otros países más; otros se encuentran en diversas bibliotecas extranjeras debido a la incuria de los gobiernos que han regido la nación en épocas anteriores, los que jamás se preocuparon de adquirirlos cuando los particulares que los poseían los pusieron en venta.

4- POR CUANTO: hoy día es posible recuperar todos esos documentos organizando debidamente su selección y reproduciéndolos en microfilm.

5- POR CUANTO: Cuba es un país subdesarrollado en lo que respecta a su organización bibliotecaria.

6- POR CUANTO: es un hecho comprobado y admitido por las naciones más cultas que sin la existencia de un buen servicio de Bibliotecas Públicas es difícil mantener en el pueblo un alto nivel de cultura, ya que estas Instituciones son llamadas a poner el libro al alcance de todos y llevar adelante una campaña técnicamente planeada, para fomentar el hábito de la lectura, que alcance a la totalidad de la ciudadanía.

7—POR CUANTO: la Biblioteca Nacional “José Martí” cuenta con perso-

nal idóneo y reúne las condiciones requeridas para prestar, tanto el servicio que es propio de la Biblioteca Nacional como aquellos que incumben a una Biblioteca Pública moderna, a saber: fomentar el amor por la lectura; facilitar al público en préstamo tanto libros como reproducciones de buenos cuadros, poner al alcance de sus visitantes buenos discos, organizar cursillos y otras actividades tendientes a despertar el interés por distintos temas, facilitando bibliografías sobre los mismos, confeccionar listas de libros sobre diversas materias para aquellos que deseen ser aconsejados en sus lecturas, ya sea de manera colectiva o de manera individual, depositar en los distintos centros de trabajo colecciones de libros debidamente seleccionados, ofreciendo charlas que inciten a leerlos, trabajar con los niños en el salón juvenil, ya que la niñez es la etapa más propicia para inculcar y arraigar el hábito de leer, ofrecer en préstamo a los maestros, en ese mismo departamento las láminas que puedan serle útiles en e aula

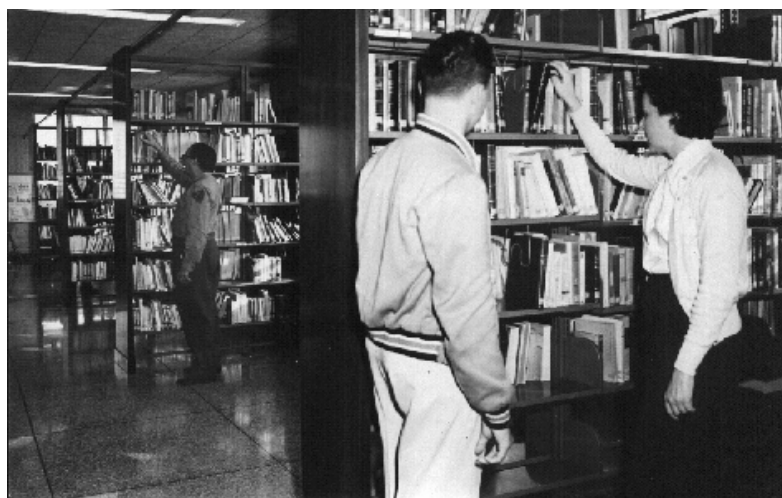
8—POR CUANTO: la Biblioteca Nacional José Martí al mismo tiempo que realiza esa labor de Biblioteca Pública puede servir de guía a otras bibliotecas del país que deseen ser auxiliadas en su labor, así como adiestrar a los bibliotecarios que trabajan fuera de La Habana sin haber tenido la oportunidad de trabajar en sus distintos Departamentos bajo la supervisión de personal técnico: RESUELVO: Que la Biblioteca Nacional José Martí trabaje de la siguiente manera: Primero. Cumpliendo a cabalidad su función de Biblioteca

Nacional, para lo que recogerá, organizará y pondrá a la disposición del público todo el tesoro bibliográfico y musical de la Nación, y llevará a cabo, al mismo tiempo, una labor sistemática de recuperación, por medio de microfilms de todos los documentos históricos de interés nacional que se encuentran fuera del país, según se ha expuesto en el POR CUANTO N° 3 de esta Resolución. Segundo. Que en atención a lo expuesto en el POR CUANTO N° 6 de esta Resolución, la Biblioteca mantenga su personal idóneo y la debida organización departamental para llevar adelante las labores de una

Biblioteca Pública, tomando este término en la acepción y alcance que le confiere la más moderna ciencia bibliotecológica, y cumpliendo todo lo enunciado en los POR CUANTO Nos. 7 y 8 de esta Resolución.

Y para que quede constancia expido esta Resolución el día 13 de diciembre de 1959, año de la Liberación, víspera de la inauguración de todos estos servicios que en este escrito se mencionan.

La Habana, María T. Freyre de Andrade de Velázquez. Directora.



Dpto. de Circulante

Manuel Pedro González y la Sala Martí: de un discurso inaugural*

Nos hemos congregado en este augusto recinto para inaugurar el único monumento digno de Martí que Cuba le ha erigido hasta ahora. Porque la verdad sea dicha: Martí ha sido muy poco afortunado con los tres monumentos que se le han dedicado en las dos ciudades más importantes de Cuba. Ni el “pisapapel” del Parque Central, como lo llama Raúl Roa, ni la tumba o mausoleo de Santiago de Cuba, ni la “raspadura” que afea esta plaza, guardan armonía ninguna con el magno espíritu, el genio y el refinamiento artístico de aquel grande que no lo fue de España, pero sí de América y empieza a serlo del mundo. En cambio, este todavía modesto que hoy le consagramos, sí es digno de él.

Con estas palabras inició Manuel Pedro González, profesor de Literatura, escritor, martiano distinguido, el discurso de inauguración de la Sala Martí, en la Biblioteca Nacional, el 28 de enero del año en

curso. Después de expresar reconocimiento a cuantos contribuyeron a que esta sala fuera posible continuó diciendo:

Habéis designado para decir unas fervorosas palabras en este acto que honra a Cuba, a un humilde martiólatra –el más humilde, pero no el menos devoto. Quien en este instante tiene el alto honor de hablaros, ni siquiera nació en Cuba, pero en Cuba transcurrió su adolescencia y su juventud, aquí recibió la muy poca preparación académica que posee y aquí echó raíces sentimentales que se mantienen vivas todavía. Por aquellos años de 1910 a 1920 en que yo era estudiante en La Habana, prevalecía en esta capital una increíble esterilidad en los estudios martianos. El culto al héroe se reducía a pomposas alusiones en discursos de políticos de muy escasa ejemplaridad y notas periodísticas en aniversarios de nacimiento y muerte. Gonzalo de Quesada y Aróstegui publicaba cada dos o tres años un volumen con escritos del Maestro que nadie leía ni se comentaban en la prensa. Él mismo se dobió amargamente en algún prólogo de la indiferencia glacial con que el ambiente premiaba su noble esfuerzo. Néstor Carbonell, que también soñó con hacer una edición de obras completas, recibió idéntica recompensa. Si la memoria no me traiciona, el más tenaz propagador de Martí por aquellas calendas creo que era Arturo R. de Carricarte,

* Texto aparecido en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, número 1 de enero-abril de 1968 desde la página :93 hasta la 98. [N. de la E.]

pero la suya era una *voce clamantis in deserto*. Yo mismo llevaba varios años en Cuba y apenas tenía noticias de él. Recuerdo que mientras trabajaba en una bodega en San Antonio de los Baños, cayó en mis manos una insignificante biografía novelada de Martí publicada anónimamente. Muchos años después Pancho Coronado, siendo director de esta Biblioteca, me aclaró que el autor de la consabida biografía novelada era el tradicionalista Álvaro de la Iglesia. La lectura de aquel humilde libro –lo primero que de o sobre Martí leí– torció el rumbo a mi destino, porque despertó en mí la vocación de cultura. Con setenta y cinco pesos que había logrado ahorrar, decidí venir a estudiar a La Habana. De no haber tropezado a tiempo con Martí, es probable que hubiera seguido trabajando en el giro de abarrotes, habría permanecido analfabeto, me habría hecho bodeguero y acaso habría llegado a ser rico. Este primer contacto con Martí me reveló la verdad evangélica que no sólo de pan vive el hombre. Desde entonces –y hace de esto más de medio siglo– su sombra bienhechora no me ha desamparado nunca ni su memoria ha dejado de endulzar y confortar mis desdichas y tristezas. Perdonen ustedes esta reminiscencia personal. La anécdota carece de trascendencia, pero es reveladora del milagroso influjo que el contacto con el espíritu de Martí puede ejercer sobre las almas ganosas de superación. Estoy seguro de no haber sido el único en quien Martí ha operado este tipo de conversión o revelación de un destino más alto y noble.

Martí es, *nemine discrepante*, creo, el espíritu más puro, generoso y genial que América –Norte y Sur– ha producido. Como afirmó hace años el gran crítico español Federico de Onís, es también el escritor de nuestra lengua que más ha crecido en los últimos setenta años, y previó que seguiría creciendo. La profecía se está cumpliendo al pie de la letra. Igual crecimiento podemos augurar a esta “Sala” que hoy inauguramos. Antes de inmolarse en Dos Ríos ya se había convertido en el pensador y prosista más leído y acatado del continente americano. (Los dos únicos países del ámbito hispano en que no se leía ni se le conocía eran precisamente Cuba y España). Fue también el renovador del arte de escribir, prosa y verso, en nuestra lengua. Porque a despecho de lo que algunos insisten en negar, Martí fue el auténtico innovador e iniciador del Modernismo americano, pues se anticipó a Rubén Darío en el empeño novador en más de seis años. El mismo portalira nicaragüense le debe mucho más de lo que nunca admitió públicamente. Sin embargo, la devoción de Darío por Martí era fervorosa y se acrecentó con los años. La influencia del ínclito cubano es la única que permanece en la obra de Rubén Darío hasta su muerte. En los últimos años, el prestigio y la gloria del Apóstol han traspasado las fronteras continentales para convertirse en figura universal, lo cual demuestra la universalidad de su pensamiento. Prueba de ello es el crecido número de antologías y estudios críticos de tamaño mayor que en múltiples lenguas y países se

han publicado en torno a su ideario, su verso y su prosa única.

Ustedes me excusarán si traigo a cuento aquí otro elocuente caso reciente de catequización o conversión martiana de máxima ejemplaridad. Es, junto al caso de Gabriela Mistral, la prueba más eminente de la valía y capacidad de seducción y proselitismo que encierran el espíritu y el pensamiento martianos. El año pasado se publicó en La Habana el estudio más erudito, apasionado, apasionante y extenso que la personalidad de Martí ha inspirado hasta ahora. Refiérome al *Martí revolucionario*, del gran ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada. Sólo conocemos el primero y el tercer tomos de esta obra, porque el segundo permanece inédito. Es un estudio de proporciones gigantescas, arrebatado, frenético, ditirámico siempre, complejísimo y de ardua lectura a ratos. Este heroico esfuerzo consumió las últimas energías del autor y precipitó su muerte. Sin embargo, he notado que esta magna obra ha tenido un eco poco menos que nulo en Cuba. Sólo tengo noticias de dos reseñas: una de Federico Álvarez en *La Gaceta de Cuba* y otra del poeta Ángel I. Augier en *Casa de las Américas*. Esto revela increíble indiferencia y hasta ingratitud por parte de los martistas. ¿Cómo es posible que el más famoso ensayista que en América había dedicara íntegros los cuatro últimos años de su gloriosa vida, trabajando de doce a catorce horas diarias para escribir este monumental estudio caracterológico y que la aparición de esta *Summa*

martiana no tenga resonancia prácticamente ninguna en la patria de Martí? ¿Qué significa o qué misterio esconde este silencio injusto? ¿Es displicencia? ¿Es ignorancia? ¿Es desgano, desidia o apatía ante una obra tremendamente erudita, compleja, barroca y de no fácil lectura? Porque lo indiscutible es que en torno a ella prevalece una “conjura de silencio” que lo mismo pudiera significar una actitud peyorativa que hostil, incapacidad mental para digerir un libro denso, cultísimo y hasta culterano y a ratos poco entretenido, que indiferencia irresponsable, frivolidad o despreocupación. Porque lo cierto es que ni siquiera se ha negado ni atacado por sus muchos errores y defectos. En tanto, engendros anémicos, sin valor artístico ni originalidad valedera son profusamente aplaudidos por cofrades y amigos de los autores, *Martí revolucionario* no provoca comentario ninguno, ni siquiera para atacarlo y destruirlo. Tal recepción implica injusticia imperdonable.

Al analizar las circunstancias en que Martínez Estrada escribió este libro póstumo, el profesor González explica:

[...] fui amigo de Martínez Estrada y testigo del fervor con que trabajaba a pesar de lo precaria que era ya su salud, y me duele la indiferencia con que Cuba ha recibido esta obra monumental. No me arredra el adjetivo y menos los comentarios peyorativos que he escuchado de labios cubanos. A despecho de errores y fallas, que conozco porque he leído con suma atención ambos tomos, no titubeo en proclamarla mo-

numental. Ya sé que los especialistas y los hombres de saber académico no verán en este libro más que los lunares que lo afean y no sus luminosidades, sus intuiciones geniales y sus grandezas; pero con todas sus deficiencias y errores, ¿cuántos de nosotros somos capaces de escribir un libro del calibre de este y, sobre todo, cuántos tenemos el fervor y la capacidad de sacrificio demostrados por el genial argentino?

Volviendo a su tema central, hace estos señalamientos y pronósticos:

Esta Sala a cuya apertura asistimos, debió haberse creado hace cincuenta años, pero de la desidia de aquellos gobiernos mediatizados y corrompidos no podía esperarse iniciativas de esta índole. La Biblioteca Nacional fue símbolo perfecto de la Cuba que la Revolución canceló. Era una institución ambulante, sin hogar propio ni dirección postal segura. Unas veces se albergaba en la Maestranza, otras iba a parar a los sótanos de la antigua cárcel, donde valiosísimas colecciones de periódicos y revistas fueron destruidas por una inundación; y por algún tiempo fue huésped de la fortaleza militar de la Plaza de Armas. En realidad era una desvalida huérfana, sin protección, ni hogar, ni valedores. En una época se formó el grupo protector llamado “Amigos de la Biblioteca Nacional”, al cual me cupo el honor de pertenecer, compuesto por el capitán Llaverías, Emilito Roig, el benemérito Francisco González del Valle, etcétera. Todas nuestras gestiones se estrellaron contra la indiferencia y la

apatía oficiales. ¿Cómo pretender o esperar que de tal incuria salieran iniciativas como esta Sala? Y no obstante es una gran pérdida la que se ha sufrido por no haberla fundado a tiempo. ¡Cuánto libro o folleto publicados en Cuba o en otros países hoy incontrables en el mercado que no encontrarán albergue en este fiel recinto! ¡Cuántos estudios de calidad que no enriquecerán esta colección! Pero no debemos cejar en el empeño. Si en el mercado de libros no es posible obtenerlos ya, estoy seguro de que en las bibliotecas y archivos privados se encuentran muchos de estos libros y folletos que nunca llegaron a la Biblioteca Nacional. Hay que realizar una campaña intensa y persuadir a quienes posean estos tesoros de que, si como Martí dijo el lugar de un hombre está allí donde pueda ser más útil, el lugar donde un libro puede rendir máxima utilidad es la biblioteca pública. En La Habana, igual que en las otras principales ciudades de Cuba, hay centenares de bibliotecas privadas que seguramente contienen libros y folletos de o sobre Martí inexistentes en las librerías. Creo que una campaña publicitaria apelando al patriotismo de estos bibliófilos produciría óptimos resultados. En esta campaña debe utilizarse la radio, la televisión y la prensa. En esta debiera insertarse un anuncio permanente, en primera plana a ser posible, solicitando la donación a esta Sala, o por lo menos la venta, de todo lo que la Sala no tenga. Esto es factible y no erogaría costo ninguno. Es cuestión de movilizar el interés cultural y el patriotismo de los dueños de estos tesoros.

La biblioteca que hoy se inaugura es absolutamente única en el mundo y honrará y servirá a Cuba durante las generaciones venideras, porque cuantos martiófilos vengan a investigar en ella, trabajarán para Cuba sin siquiera percatarse de ello. Martí es nuestro gran valor universal, acaso el único de este rango que América ha producido, y el interés por él crecerá con el tiempo en muchos países. No hace mucho vinieron a Cuba dos eminentes mujeres –una rusa y la otra alemana– a completar sus investigaciones sobre Martí para terminar sus respectivas tesis doctorales a él dedicadas. Otra mujer de talla intelectual, profesora agregada de la Sorbona, trabaja desde hace años en su tesis doctoral también sobre el estilo martiano. En los Estados Unidos se han escrito ya unas ocho o diez tesis doctorales sobre el Apóstol que cuentan entre los estudios más prolijos, especializados y agotadores que sobre él se hayan escrito y se escribirán muchas más porque Martí interesa enormemente a la gente joven allí. Pláceme dejar constancia aquí de dos eminentes martistas que han salido de mi cátedra y son ya no sólo martiólogos entusiastas, sino especialistas muy peritos: los profesores Isis de Galindo e Ivan A. Schulman. Sus respectivas tesis hay que colocarlas entre los estudios de estilística martiana de mayor significación hasta el presente escritos.

Luego el distinguido disertante se detiene en lo que llamó “aspectos ‘programáticos’, organizativos y hasta prosaicos”: la necesidad de que la Sala

Martí publique un boletín anual conteniendo, entre otras cosas, la bibliografía martiana activa y pasiva aparecida durante el año; una selección de artículos publicados durante el período en lenguas extranjeras, una sección bibliográfica de carácter crítico que informe al lector extranjero sobre ciertos estudios, cualquiera sea su carácter –tesis académicas, libros, folletos y artículos de alta calidad–; una sección que incluya nombre y dirección de los más significados estudiosos de Martí en todas partes.

Huelga añadir que el boletín debe gestionar el envío a la Sala Martí de todo lo que sobre el Apóstol se publique en todas partes, así como las ediciones que de él se hagan. Los agregados culturales de las embajadas acreditadas en La Habana pueden ser auxiliares muy eficaces en este empeño.

Al concluir, Manuel Pedro González evoca a la “figura hispana que mayores afinidades idiosincrásicas mentales y morales tiene con Martí”, Miguel de Cervantes Saavedra. “Estos dos máximos espíritus de nuestra lengua se disputan la preferencia del mío”, dice antes de citar las palabras finales de un ensayo de Jean Cassou sobre Cervantes.

Esta, más conversación que conferencia, franca, directa y emotiva, fue acogida con simpatía por el público asistente, que la aplaudió en el Salón de Actos de la Biblioteca Nacional José Martí.

Directores de la Biblioteca Nacional de Cuba

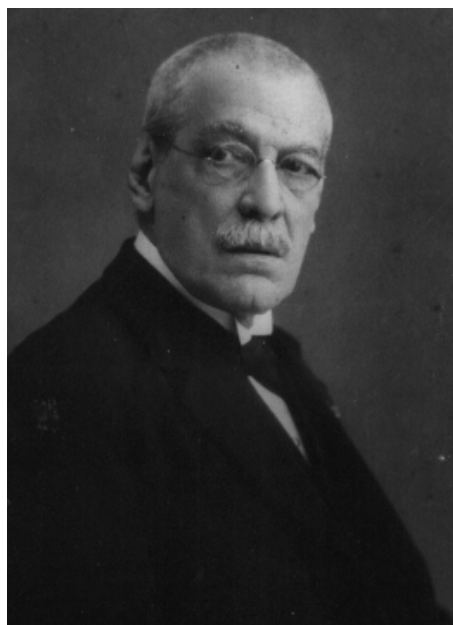
Salvador Bueno

*Ensayista y profesor de la Universidad
de La Habana*

Dentro de la política de los gobiernos españoles hacia su principal colonia antillana, nunca estuvo la fundación de una gran biblioteca en su capital. Al ocurrir la ocupación militar norteamericana en 1898, que se extendió “oficialmente” hasta el 20 de mayo de 1902, los patriotas cubanos iniciaron a poco gestiones para lograr la creación de la Biblioteca Nacional. Ninguna atención prestó el primer gobernador militar, general Brooke. El segundo, general Leonard Wood, fue más accesible. Gonzalo de Quesada y Aróstegui encabezó las iniciativas. Por fin, el 18 de octubre de 1901 fue firmado el decreto, por supuesto en inglés, que nombraba a Domingo Figarola Caneda, director de la recién constituida institución.

La primera decisión del director fue donar unas tres mil piezas, la mayoría con temas cubanos. Durante los primeros años entregó parte de su salario, \$125.00 mensuales, a la compra de libros y revistas para la flamante institución. El exiguo presupuesto de que

disponía el establecimiento no permitía la compra de libros, aunque hubo valiosos donativos como el ofrecido por el ilustre bibliógrafo Néstor Ponce de León y también por el conde de Lagunilla. Cuando advino la república, la Secretaría de Instrucción Pública fue instalada en la llamada Maestranza de Artillería donde se concedió a la Biblioteca la mitad del primer piso.



Nacido en la ciudad de San Cristóbal de la Habana, el 17 de enero de 1852, Domingo Figarola Caneda disponía de una hoja de servicios como patriota e intelectual intachable. Viose obligado a emigrar por sus ideales independentistas. Por la causa de la liberación publicó en París el periódico *La República Cubana* en español y en francés. Al regresar a la patria, tras desaparecer la dominación española, fue designado delegado oficial de Cuba en el Congre-

so Internacional de Bibliografía y de Bibliotecarios, celebrado en París, en 1900. Sus estudios de biblioteconomía los incrementó en Londres.

Cuando pasó por New York, conoció a José Martí quien, en un ejemplar de su traducción de la novela *Ramona* de Helen Hunt Jackson, escribió: “Para Domingo Figarola Caneda, que tiene su fuerza en el corazón”. Con este aval, debemos justipreciar la vasta obra realizada por el director de nuestra Biblioteca Nacional. Relevancia conquista don Domingo con las compilaciones bibliográficas que realizó durante su fecunda trayectoria vital. Debemos subrayar, lo que no es nada superfluo, su absoluta honestidad. No se benefició con las obras que poseía la institución que dirigía. Su biblioteca personal no disponía de ningún libro que no se encontrase en la Biblioteca Nacional.

Recordaba Emilio Roig de Leuchsenring, que le decía: “Mira [...] ¿Ves todas esas cajas?, pues contienen fichas sobre el asunto de que tú quieres escribir. Las pongo a tu disposición si no eres una mariposa”. Él llamaba “mariposa” a los que sólo libaban unas cuantas gotas, saltando de tema en tema, sin profundizar en ninguno, –y agrega– “así me calificó a mí cuando en los comienzos de mi carrera periodística le pedía algún dato insignificante para artículo de ocasión”.

Fundó la *Revista de la Biblioteca Nacional* (1909-1912), que podía publicar gracias a la imprenta que donó doña Pilar Arazoza de Morales. Allí dio a conocer, entre otros materiales valiosos, cartas de Domingo del Monte a José

Luis Alfonso y más tarde, las “Memorias inéditas de la Avellaneda” con anotaciones, etcétera. Editó las bibliografías de Ramón Meza, de Luz y Caballero y de Enrique Piñeyro. Uno de sus aportes de mayor calidad y de paciente investigación fue su *Diccionario cubano de seudónimos* (1922). A su cargo estuvieron los tres primeros tomos del *Cantón epistolario* de Domingo del Monte, empresa que acometió la Academia de la Historia y que en total fueron siete volúmenes.

Después de su fallecimiento, ocurrido el 14 de marzo de 1926, su viuda, Emilie Boxhorn, de origen polaco, dio a la imprenta en París su amplia investigación sobre María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, la reconocida escritora habanera, condesa de Merlin, y de Gertrudis Gómez de Avellaneda. No debo olvidar la mención de *Plácido (poeta cubano)* (1922) que ofreció una muy variada información sobre la vida y obra de Gabriel de la Concepción Váldes, donde hace algunas precisiones sobre la biografía del bardo que publicó Pedro José Guiterras en 1874.

Frente a la situación aflictiva de una institución que tenía sobrado prestigio, el patriota e historiador Enrique Collazo declaraba:

La Biblioteca Nacional, por su significación debía ser una institución que debiera contar con el apoyo del gobierno para su desarrollo. Veo que, por el contrario, no es ya siquiera ni esta enmienda que se propone, ya que lo que se trata es matarla, en vez de ayudar al desarrollo de la Biblioteca, se trata de acortar cada

presupuesto y así los recursos que se dan para que eso pueda tener desarrollo. Una Biblioteca Pública es un centro de instrucción en el que cual el gobierno debe poner empeño en su desarrollo, aquí sucede lo contrario [...]. –continuaba– Si se quiere matar la Biblioteca, mátese de una vez, pero no se la haga morir de inanición, quitándole fibra a fibra y pelo a pelo, lo único que puede tener para poder vivir.

Con las palabras del bravo patriota deseo resumir las muchas opiniones adversas a las condiciones que pesaban sobre un establecimiento que representaba la cultura nacional.

Cincuenta y ocho años después de la fundación de la Biblioteca Nacional ocurrió la victoria de la Revolución Cubana. Antes de 1959, era deplorable el estado de las bibliotecas públicas del país. Acababa de instalarse la Biblioteca Nacional en un edificio enorme e imponente después de haber estado en las décadas precedentes situada en el Castillo de la Fuerza, cercano al mar. Existían 175 bibliotecas públicas en el país, pero en este número se incluían las de universidades, centros culturales y sociedades de recreo. Las bibliotecas municipales eran deficientes, salvo las de La Habana, Marianao y Matanzas.

Para ocupar la dirección del importante establecimiento fue designada por el Gobierno Revolucionario la doctora María Teresa Freyre de Andrade: debía emprender la institución nuevas tareas. Nació en 1896, en San Agustín de la Florida adonde se trasladó su padre, Fernando Freyre de Andrade, para des-



de allí incorporarse a las fuerzas del Ejército Libertador. Su ancestro mambí la impulsó a un firme quehacer patriótico, pero igualmente a la necesidad de forjarse como una excelente profesional. Requirió salir de su patria tras el asesinato de sus tíos Gonzalo, Leopoldo y Guillermo por los esbirros de la dictadura machadista. Llevó a cabo en París una intensa campaña contra la tiranía que asolaba al país, organizando el Comité de Jóvenes Revolucionarios Cubanos que publicó *El terror en Cuba* atrayendo el apoyo de prestigiosas personalidades e instituciones.

La vuelta a Cuba produjo pronto el regreso a Europa donde obtuvo el título de profesora de francés y el diploma de técnica bibliotecaria, en la Universidad de París. Ya de nuevo en La Habana publica en el *Boletín Bibliotecario* que de ningún modo consideraba la biblioteca como un mero lugar para guardar libros. Intervino en la Asamblea Nacional de Bibliotecas (1938) de la que brotó la Asociación Bibliotecaria Cubana la cual promovió la Escuela de Servicio de

Bibliotecas, en la que asumió la asignatura de Referencia. Formó parte del claustro de profesores de los cursos de Técnica Bibliotecaria en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana. Fue cofundadora de la Escuela de Bibliotecarios de la propia institución.

Utilizó la sección “Bibliotecas” que la Asociación Bibliotecaria Cubana publicaba en el periódico *El Mundo*, llamado por entonces *El Nuevo Mundo*, para difundir valiosos artículos sobre aspectos relacionados con su especialidad. Además en otros periódicos y revistas dio a conocer más artículos sobre los mismos temas. Ofreció por radio, en 1940, una exposición sobre “El panorama bibliotecario nacional”. Preparó un folleto donde recogía los más diversos aspectos de la profesión: *El servicio de bibliografía y referencia y la adquisición de libros en una biblioteca*, esclareciendo cuestiones poco conocidas por entonces. María Villar Buceta, poetisa y bibliotecaria reconocida ya, comentó: “Tan largo de título como nutrido de ciencia”. Hasta en aquella sociedad prerrevolucionaria, planteó que los trabajadores debían recibir los beneficios del servicio bibliotecario en su artículo “El sindicato como punto de partida para las bibliotecas populares”.

Siempre manifestaba su preocupación por la carencia o escasez de los servicios bibliotecarios. Así ofrecía conferencias, charlas, seminarios destinados a superar aquella situación denigrante para la cultura cubana. En las Memorias o Informes de las Jornadas Bibliográficas Cubanas se encuentran sus

aportes sobre las bibliotecas escolares universitarias e infantiles. Ponía especial énfasis en el trabajo que se debía hacer con relación a los niños.

Sólo en 1942 fue inaugurada la primera biblioteca pública de estante abierto patrocinada por la sociedad cultural femenina Lyceum. La doctora Freyre de Andrade fue designada su directora. Y en ese mismo año intervino en el Primer Congreso Internacional de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe que se realizó en la capital cubana. En la Universidad de La Habana no sólo se desempeñaba como profesora, sino que dirigió el Departamento de Hemeroteca de nuestro más alto centro docente. Ya se la reconocía en el extranjero, la UNESCO la contrató como bibliotecaria consultante por lo que pudo viajar a diversos países y adquirir más experiencias y conocimientos que, como siempre, transmitía ampliamente entre sus colegas nacionales.

Debo destacar que fue cofundadora de la Asociación Nacional de Profesionales de Bibliotecas que vendría a ser en 1955 el Colegio Nacional de Bibliotecarios Universitarios. Órgano oficial de ambas corporaciones era *Cuba Bibliotecológica* en cuyas páginas fueron incluidos diferentes textos de una personalidad tan relevante no sólo en el campo de sus estudios específicos. No era, de ninguna manera, una intelectual encerrada en su torre, sino que se preocupaba por los problemas nacionales, por lo que se opuso a los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarrás. Como consecuencia, después del cuartelazo de Fulgencio Batista en

marzo de 1952 se colocó abiertamente contra la nueva tiranía y tuvo que trasladarse al extranjero.

Con la victoria revolucionaria del primero de enero de 1959 comienza una etapa de transformación en todos los ámbitos de la nación. La doctora María Teresa Freyre de Andrade fue designada directora de la institución que apenas se había trasladado a un hermoso edificio de grandes dimensiones, pero que estaba vacío y sin orientaciones precisas.

Tantos cambios radicales en la capital del país no debían quedar reducidos al perímetro capitalino. Fue creada la Red Nacional de Bibliotecas Públicas. Con frecuencia realizó visitas a muchas de dichas instituciones. Recuerdo haberla acompañado a Cienfuegos y a Trinidad y resulta inolvidable recordar su movilidad y su afán de servicio. Era frecuente observar en muchas librerías habaneras cómo se agrupaban montones de libros destinados no sólo a las bibliotecas existentes, sino también a las nuevas que surgían por doquier.

La Biblioteca Nacional José Martí se llenaba con nuevos departamentos y secciones, como la Sala Técnica y el Catálogo Colectivo de revistas. Nos llenaba de alborozo contemplar las continuas visitas al Departamento Circulante, las investigaciones de variadas características que se iniciaron. Con razón nuestro Comandante en Jefe declaraba: “No le decimos al pueblo cree, le decimos lee”. No se pasaban por alto otras actividades y funciones. La Bibliografía Nacional fue iniciada con todas las atenciones que resultaban imprescindibles. El año 1964 abrió los

quehaceres relacionados con la Campaña Nacional por la Lectura: se visitaron centros docentes, talleres y fábricas y algunos Comité de Defensa de la Revolución que presentaban las mejores posibilidades de realizar una labor fructífera en este sentido.

Dadas las condiciones que afrontaba la nación, la Biblioteca Nacional José Martí debió asumir, y ha tenido que conservar ese carácter de biblioteca pública. Resulta indudable que tales caracteres se han debido obviar y resolver de la mejor forma posible. Por una parte, las Salas de Colección Cubana impulsa indagaciones de variado perfil; la *Revista* niveles que hasta entonces no había disfrutado. Ciertos acontecimientos de nuestra ya larga historia han provocado ediciones de variado cariz, como fue el bicentenario de la toma de La Habana por los ingleses. Subrayamos la importancia del Salón de Actos. Ha habido allí ciclos de conferencias, audiciones musicales y actos públicos de tanta trascendencia como las reuniones durante tres días de los más altos dirigentes de la Revolución, encabezados por Fidel Castro Ruz, durante 1961, que culminaron con el célebre texto: *Palabras a los intelectuales*.

Preparar personal técnicamente condujo a la fundación de la Escuela de Capacitación Bibliotecaria que se transformó más tarde en la Escuela de Técnicos Bibliotecarios. De ella egresó el personal requerido con una base no sólo técnica, sino humanística.

De su sabiduría y comprensión emergió el sendero que ha seguido la trayectoria de la Biblioteca Nacional José Martí.

Re-nacimiento de la Biblioteca Nacional José Martí: tiempos y tonos

Maruja Iglesias Tauler

Exsubdirectora de la Biblioteca Nacional José Martí



Doctoras Maruja Iglesias Tauler (a la derecha) y María Teresa Freyre de Andrade

Para bien o por adversidades, suceden naturalmente acontecimientos que marcan el curso de una vida, y yo no soy la única que está llena de marcas, que no son del caso comentar. Sin embargo, les será fácil descubrir algunas si leen la especie de ajiaco –dicho con el mayor respeto a uno de nuestros platos más criollos– de unas y otras, pero sin el estrecho orden del tiempo y mucho menos al tono particular que tienen cada uno de sus incidentes.

Por supuesto, la marca mayor fue el triunfo de la Revolución y las albricias de sus primeros años. En ella va mi cariño y respeto a la Biblioteca Nacional José Martí, su devenir entre avatares y gozos en su re-nacer.

Cuando el licenciado Eliades Acosta me llamó para conversar de esos primeros años, llegó a insinuarme que tratara de escribir, yo quedé sorprendida, pero debo confesar que siempre fui –y de ahí mi horror– una escritora frustrada. Estudié letras y filosofía con la única e increíble pretensión de escribir; tenía fuerte vocación, pero también era fuerte la atmósfera de la rutina, y las propias fantasías, sin voluntad de llevar algo al blanco y negro. Problemas familiares –inclusive de carácter económico– pasaban mis deseos y pesaba también mucho la imperante situación político-social. Un día, cuando tenía inmovilizada la voluntad, llegó la hora de venir a la Universidad de La Haba-

na y empecé a vivir en participación constante de todo lo que no tenía antes; al acabar con los sueños fantasiosos, empecé a participar activamente en el propio seno del Alma Mater.

Allí estuve presente en los seminarios de algunas asignaturas con el propósito de combatir mi terror escénico; y sin perder las asambleas donde Alfredo Guevara ya hacía gala de su convincente dialéctica.

En la actual situación, de pronto me vi ante un compromiso con la historia y la posibilidad de reintegrar a su justo valor el papel de la Biblioteca Nacional en el seno de una Revolución triunfante, pero bajo la condición de que no fuera de carácter histórico solamente; tampoco quería una crónica con sus contrastes y llena de elogios; ni tampoco un anecdotario y mucho menos un simple inventario. Cuando mis amistades me preguntaban qué estaba haciendo, les respondía que no lo sabía y era verdad –aún no había descubierto lo del ajiaco criollo. Ahora me encuentro que lo tengo y no niego que me preocupa su acogida... de todas formas, recordar, tuve que hacerlo y frecuentemente los recuerdos venían solos, pero necesitaba constatar lo que me venía a la mente. Entonces empecé a llamar a mis gentes de aquella época, sobre todo después que Tomasito Fernández Robaina vino a hacerme algunas preguntas para completar el estudio histórico que él realizaba. Quedé abrumada porque él traía información que yo desconocía y otras que yo recordaba fielmente, y la lejanía de los hechos la habían transformado.

Entonces se me ocurrió buscar papeles propios de mi antigua oficina y aparecieron actas e informes que realmente tampoco recordaba; y que esclarecían detalles. La búsqueda continuó y en otra carpeta encontré otros. Ya la intención primera se convirtió en obsesión y entonces comencé a llamar a las compañeras que estaban en la Biblioteca cuando yo llegué a ella como Caridad Lara, Juana Hernández y Blanca Patallo más Raúl Carballea, y después a María Álvarez que había trabajado directamente conmigo al igual que Adelina López Llerandi, ambas me aclararon y completaron detalles de otros compañeros y compañeras que inclusive no recordaba, así como también lo hizo Emilio Setién. También me ayudó Regla Peraza tanto como María Elena Jubrías, María Teresa Linares y Zoila Lapique, sin descontar algunos consejos de Graziella Pogolotti y de Carlos Lechuga. La verdad que los momentos críticos o álgidos los tenía tan claros como los viví. Todo ello me dio la oportunidad de analizar esos determinados momentos críticos y del medio siglo que acaba de cerrar, media centuria que también me ha llevado a pensar en la próxima, porque pertenezco a tres de ellas por lo que heredé, lo que me contagiaron y lo que ya vivo en el preñado siglo XXI.

El día primero de enero de 1959, a las diez y treinta antes meridiano, una brigada del Movimiento 26-7 ocupó la Biblioteca Nacional José Martí e impedía la entrada hacia las oficinas de su dirección y a la de los directivos de la Junta de Patronos.

Días después, exactamente el 16, la compañera Thelvia Marín, de parte del ministro de Educación, el entonces joven

abogado, Armando Hart Dávalos, me plantea por teléfono que si yo estaba dispuesta a ser la delegada del doctor Hart ante la Biblioteca Nacional. Susto y audacia se conjugaron y respondí que iría a verlo, y no recuerdo si fui enseguida o al otro día, pero mi designación como delegada tiene fecha 16 de enero. En mi primera entrevista con el Ministro estaba presente Haydée Santamaría. Un acta de la toma de la Biblioteca Nacional del día 19, recoge la firma de los miembros de la Brigada vinculada al M 26-7, así como del soldado rebelde –custodio del edificio. Firmaron a su vez dos bibliotecarias universitarias vinculadas a la Asociación de Profesionales Bibliotecarios que cooperaba con la “Resistencia Cívica”, el abogado asesor y la delegada.

En la prisa, el nombramiento como delegada se había hecho directamente a la Biblioteca Nacional lo que exigía una ley para anular la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional José Martí, dando lugar a que el Banco de los Colonos congelara la cuenta: cuando la delegada fue a sacar la cantidad de dinero necesaria para pagar la plantilla que, aparte de la que correspondía al Ministerio de Educación, tenía la Junta, sólo podía extraerla su tesorero, el señor Tomás Puyans, esta se percató de la realidad.

Del soldado rebelde, ahora custodio provisional, Santana quien firmó el acta, habría que decir algo ahora, porque representó en su momento al hombre del pueblo, listo por sus picardías, que se despidió unos meses después y no volvimos a verlo. El solo hecho de llamar a la Biblioteca “La tumba del faraón” sorprendió a todos convirtiéndose en el

primer “personaje” que hacía entrada en la Biblioteca Nacional en su novísima etapa.

Es de recordar que cuando el ministro Armando Hart y Haydée Santamaría la visitaron en esos días, sentí que estaban en “La tumba del faraón” por la suntuosidad del edificio y la inesperada y compleja responsabilidad aceptada: auditoría, cuenta bancaria, trabajadores sin cobrar enero y se acercaba febrero en iguales condiciones; en tanto el edificio me era frío y solemne, a pesar de sus vitrales, sus luces y el brillante recubrimiento de sus mármoles.

La precariedad del movimiento humano no apagaba del todo el ruido del tránsito. Fuera de sus columnas de entrada se sentía el bullicio de otros organismos, o de nuestras calles, a pesar de que la Avenida de Boyeros era vía hacia el aeropuerto. Sin embargo, en la oficina de la dirección había un pequeño equipo afiebrado en su quehacer.

El abogado Manuel Iribarre fue solicitado al recién estrenado Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados; nos acompañaba como perito un contador público de la firma “Manrara y Pérez Daple”, y una secretaria voluntaria. Con ellos se hizo el proyecto de ley que llevé al Ministro. Él aseguró proponerla enseguida; corrían los días 19 o 20 de febrero.

En racimos salían publicadas diariamente en la prensa todas las leyes y decretos del Gobierno Revolucionario. Nuestra ley tenía que salir el día 21 y temprano supe lo contrario. Otra compañera (María) que trabajaba en la Ofi-

cina Presidencial me facilitó la entrada a Palacio. Sus salones eran un hervidero, pero de inmediato vi que Fidel venía hacia mí y al reconocerme me dijo: “Quiero hablar contigo, ya sé, la ley no salió, necesitamos a Hart”, y en una vuelta lo vio y Hart llegó a nosotros. Fidel le pidió que trajera el proyecto y señalándome algunos párrafos me explica los que había rectificado, con su propia letra; y lo que más me impresionó fue cuando me alertó que “no era necesario zaherir a las personas de la Junta de Patronos nombrándolas...”.

Dos días antes habíamos terminado el proyecto de ley sobre la Biblioteca Nacional que no salió porque faltaba el nombramiento de la dirección de la Biblioteca. Para mí ese hecho fue inolvidable.

Del final de ese encuentro con el Comandante, recuerdo:

—¿Tú crees que María Teresa acepte irse de embajadora para Italia?

—Ella me dijo hace dos días a su regreso del exilio que no saldría de Cuba por ahora ni en mucho tiempo por nada del mundo, y para la Biblioteca Nacional José Martí, su aval es cultura y experiencia, ella fue mi profesora.

—Entonces, tu serás la subdirectora.

Por supuesto, al día siguiente, la prensa publicó la ley de disolución de la Junta de Patronos y las designaciones de ambas por decreto.

En la cuenta bancaria no apareció malversación y se recomendó en el informe una auditoría a fondo. Uno de los patronos eran colono y el otro hacenda-

do. El impuesto de medio centavo por cada saco de azúcar de 325 libras, dejó dividendos, inclusive después de terminado el edificio. Hasta ese momento el impuesto no se había cancelado, sin embargo no hubo preocupación por adquirir libros, aunque en verdad no encontramos dilapidación, la cual reinaba en los gobiernos a lo largo y ancho de la isla de Cuba, donde un alto porcentaje de los presupuestos eran malversados en “perchas”, “botellas” y las “preferencias políticas” que eran más importantes que cualquier obra a realizar.

La entrega del edificio terminado, en los peores momentos de la sangrienta tiranía de Fulgencio Batista a 58 años de la tercera guerra independentista que convocó José Martí, quien proclamara en 1891 “con todos y para el bien de todos” llegó hasta Fidel Castro Ruz. A su vez, a poco más de otro medio siglo la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional no pudo por menos que honrar también al Apóstol y Maestro al poner su nombre a la institución imprescindible para todo país que se precie a sí mismo, en su frontispicio y en ella quedó para siempre imborrable, el nombre de José Martí.

Todo mezclado: en uno de los primeros días, Santana en el curso de una interminable jornada en la oficina —sin almuerzo posible— nos trajo sandwich y cerveza. Estábamos reunidos con el abogado Iribarri, el auditor, revisando papeles, la secretaria tecleando el proyecto de ley, y, en esos momentos nos acompañaba el soldado Santana. En un respiro mientras deglutíamos la suculenta merienda aproveché para pregun-

tarle qué había pasado la noche anterior fuera de la Biblioteca en lo que él había intervenido y yo desconocía por qué él estaba involucrado.

Con gran naturalidad respondió de inmediato “que sí había intervenido”, entonces le pedí información y sin ningún titubeo dijo: “No había nadie que atendiera el tránsito y lo hice”. Estaba orgulloso de ello, pero añadió que “dando vueltas al edificio de la Biblioteca había notado que un carro estaba parqueado en la mayor oscuridad en una esquina de la parte de atrás próximo a la zona de parqueo, donde él vislumbró un hombre dentro y al acercarse, dióse cuenta que también había una joven y, señores, hay que luchar por la moral pública (sin respirar repetía) no se podían tolerar las inmoralidades, ahora las cosas serán distintas” y sacó de su camisa un papel doblado que abrió y nos dijo: “Hice un acta para el juzgado...”. Interrumpido por mi asombro le expresé que su responsabilidad nada tenía que ver en absoluto con el tránsito y tampoco que estuviera fuera de la Biblioteca, pero él volvió a tomar la palabra y muy orgulloso de sí mismo leyó: “En la ciudad de La Habana a los tantos días... el ciudadano tal y la señorita tal... vecina de...”. El lenguaje era realmente de un acta del acusador en un juzgado correccional y seguía, seguía leyendo hasta volver al atentado a la moral pública. Ya en voz más firme le pregunté: “¿qué tiene usted que ver con eso... su responsabilidad es la Biblioteca...”. “No, señora, usted no entiende, para algo sirve la linterna” y vuelve con la lectura y termina ...“tenían el cuerpo del delito al aire...”. Y, por supuesto, casi nos aho-

gamos atragantados por las desesperadas mordeduras al sandwich.

A este soldado improvisado que entró en La Habana siguiendo a la caravana tras el ejército rebelde que seguía al Comandante Fidel Castro desde Santiago de Cuba, y que en cada tramo de carretera se sumaba más pueblo, tuve que perdonarlo. Ya él me había expresado que en su guardia día y noche, encerrado en aquel edificio, durmiendo a ratos en los bancos del vestíbulo, se aburría mucho. En la noche –horas de mayor silencio– a él no le gustaba oír los más imperceptibles sonidos... “con extraña musiquita”. Sonaban los tic, tac de los relojes de las Salas de lectura; también las grandes cortinas venecianas; oía “el airecito que las movía” y a él eso, “le parecían cosas de espíritus... además se aburría muchísimo”. Así me conmovió y le llevé para su compañía mi pequeño radio.

La estación de policía más cercana que nos lo había situado, no tenía cómo enviar otro para rotar jornadas.

Santana se incorporó a trabajar en la Biblioteca porque nos llegó una información: un compañero que estaba trabajando en la cancillería vino expresamente a decirme que a la oficina del Ministro de Estado, Roberto Agramonte, había llegado la antigua directora de la Biblioteca Nacional, acompañada nada menos que de Fernando Ortiz, miembro de la Junta de Patronos, con la intención de presionar o para que influenciara en que la señora Lilia Castro no fuera removida de su cargo. Al día siguiente se presentó una compañera trabajadora de la Biblio-

teca muy seria y bien informada, María Victoria Bru, especialista de restauración, quien me traía un nuevo mensaje: otro miembro de la misma Junta, el señor Tomás Puyans, trataba de amedrentar diciendo que los rebeldes amigos a quien había apoyado “vendrían a sacar de allí, a la delegada del Ministro”, por eso fui a la estación cercana donde resolvieron enviar a ese “rebelde”.

De esa forma, entre dicharachos como los que aquí se exponen, el custodio preservó a su manera la integridad de la Biblioteca –a tiempo completo– hasta reincorporarse uno de los custodios que tenía antes el edificio.

A esta fecha pienso que el joven rebelde de aquellos primeros días de 1959 y conoedor de “los faraones” –sin duda con aguda inteligencia–, haya seguido estudios como tantos y dejado atrás “las moralinas inquisidoras” que en el siglo XIX aún rezumaba la metrópoli, se contagiaba a las excolonias y se heredaban en “la república” de la mitad del siglo XX.

Sin lugar a dudas, Martí el intelectual y por excelencia Maestro y Apóstol, en la lucha por la libertad de nuestro país, seguiría vivo en la Biblioteca Nacional, y en el país. Mucho había sembrado en su corta vida, fue el primero en alertar a toda Cuba, a toda América y al mundo lo que también era ya, el signo del poder imperial. Este, desde 1808 irradiaba su expansiva e incontrolable ambición y nadie mejor que José Martí dio el alerta en los años que convocaba y daba inicio a “la última guerra” independentista de Cuba (1895-1898).

Él supo y anunció también su grandeza, pero no se equivocó sobre el llamado de la “fruta madura”. Él fue compendio histórico del siglo XIX y da continuidad, sin dejar de analizar a fondo, a Félix Varela y José de la Luz y Caballero. Estos hombres ofrecen las primicias de la conciencia nacional a tres siglos de colonización que emergía del mismo corazón de la metrópoli y la esclavitud, frente a las generaciones nacidas en Cuba, criollos blancos, criollos negros y mulatos. Él se adelantó a los grandes y parciales admiradores de los Estados Unidos de América deslumbrados por el adelanto de la democracia americana, aunque su grandeza fuera apocada primero por México. A fines de siglo en Cuba con su amañada “Joint Resolution”, la intervención en la guerra cubana contra España, la “Enmienda Platt” (el derecho a intervenir cuando allí se entendiera pertinente) y “los tratados de reciprocidad” (antecedentes de la globalización actual), que condicionaron la República y la convierte en una manejable “neocolonia”, es decir mediatizada y corrompida, que así lo fue por los espurios manejos de los partidos políticos que subían y bajaban de los sucesivos gobiernos, mientras se contemplaba cómo las riquezas de Cuba se evaporaban en sus trajines, en tanto no dejó de haber hambre, opresión y muertos en números estadísticos escandalosos: en épocas de tiranías, como las de Gerardo Machado, ocho años, y la de Fulgencio Batista en tres etapas que duraron diecisiete años, en medio de toda la corrupción.

La nueva situación abría los caminos a inusitadas oportunidades; el pueblo en general: trabajadores, profesionales, in-

telectuales, patriotas y revolucionarios o de ambas facetas a las vez, tenía abiertas las expectativas previsoras; como nunca antes se dio tanto a las bibliotecarias y bibliotecarios de oficio como a las bibliotecas.

Ni la ansiedad ni la responsabilidad impidieron que soñara en esos momentos que la Biblioteca sería abierta a las corrientes contemporáneas de acuerdo a su ser y su quehacer, que procedía de su propio nombre: José Martí, quien igual que sus antecesores y sucesores están adheridos en pensamientos y acción a las corrientes filosóficas y tecnológicas de la contemporaneidad. Por tanto, en mitad del siglo xx el hacer debía ser el de ese siglo en función del siguiente.

Ahora se podía abrogar leyes y hacer proyectos para las leyes sustitutas. Para mí, ahora delegada de un ministro, sin conocer el lenguaje jurídico e intervenir en él, era si vamos a ver, una extravagancia que sólo pude resolver con un abogado “a pie de obra”. Eso sí, ahora con la energía necesaria que requería esta noble institución, la Biblioteca Nacional José Martí. Y para suerte de Cuba el fervor hervía desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio –extremos de la isla.

Presente en la Biblioteca desde el 24 de febrero, la doctora María Teresa Freyre de Andrade empezó la incorporación de personal especializado. Ella entró con la idea fija de que no sólo íbamos a ser Biblioteca Nacional, sino que la promoción debía ser constante y bien estructurada, y se empezó por la exposición de los libros nuevos en las

vitricas del vestíbulo en lo que se hizo experta Elena Giraldez hasta el infarto de 1989, después de una trabajosa exposición, para gran consternación de todo el personal. De ahí se pasó a que todo el movimiento cultural de la institución se anunciara.

Por otra parte se asumía la responsabilidad de la bibliografía nacional bajo un sistema hasta ese momento fraccionado en etapas, y entre etapas y etapas los tiempos vacíos, llamábamos años huecos.

Tendríamos investigadores para escarbar y dar a conocer los fondos de todo aquello que diera lugar en beneficio de nuestra historiografía. La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* se regularía y no iban a faltar otras ediciones de la institución como consecuencia natural de las investigaciones. Junto a bibliografías activas y pasivas de nuestros escritores aparecía un boletín y los manuales técnicos para el uso de las pequeñas bibliotecas, sin descontar las narraciones y adaptaciones de textos destinadas a los pequeños con la debida orientación metodológica para las otras bibliotecas. Esta última labor estaba directamente a cargo de la directora y del poeta Eliseo Diego, cuya conversación –terminada cualquier reunión– es aún de muy grato recuerdo.

Conciertos, conferencias y exposiciones de libros o lo que fuere, se sucedían porque para algo se tenía un buen Salón de actos y una buena sala y vestíbulo que podría usarse para exposiciones variadas. La realidad posterior a estos propósitos demostró el aserto.

Algunas bibliotecarias de experiencia, tenían trabajos de media sesión y mucho menor salario. También otros quedaron sin empleo. Hubo casos que solamente venían a visitar y saludarnos y se iban aceptando la proposición; así fueron Graziella Pogolotti, Juan Pérez de la Riva y Renée Méndez Capote, quien en otro momento de su vida había trabajado en la Biblioteca cuando estaba ubicada en el Castillo de la Fuerza.

María Teresa, por supuesto, prefería de sus alumnas a las más brillantes, y entre los otros profesionales los que se hacían valer por sus lecturas e inquietudes culturales.

El personal anterior en la institución –salvo excepción– se mantuvo en un 98%. Entre ellos, especializados, se mantuvieron Carlos Villanueva –por experiencia– e Hilda Miranda, técnica joven y eficiente. En la catalogación y clasificación también laboraban las técnicas Caridad Lara y Juana Hernández, que como Hilda, sólo salieron de la Biblioteca cuando se jubilaron, al igual que los demás compañeros, inclusive el propio Carlos Villanueva fallecido el 22 de abril de 1982. Se había jubilado el 31 de octubre de 1969 después de 66 años de labor, y que en la vieja plantilla figuraba como subdirector, pero a la verdad, antes allí disponía de todo, la Junta de Patronos.

A mí me tocó sustituir en el cargo a Villanueva que se mantuvo como jefe del Departamento de Hemeroteca con su mismo salario. Tantos años tenía en el organismo, que era capaz de encontrar –por su experiencia– lugares y vo-

lúmenes o documentos en aquellas partes en que no había orden alguno. Esta habilidad le valió el agradecimiento de no pocos y destacados intelectuales e investigadores. Él mantenía al día el libro de registro cronológico de publicaciones periódicas y su orden en la estantería.

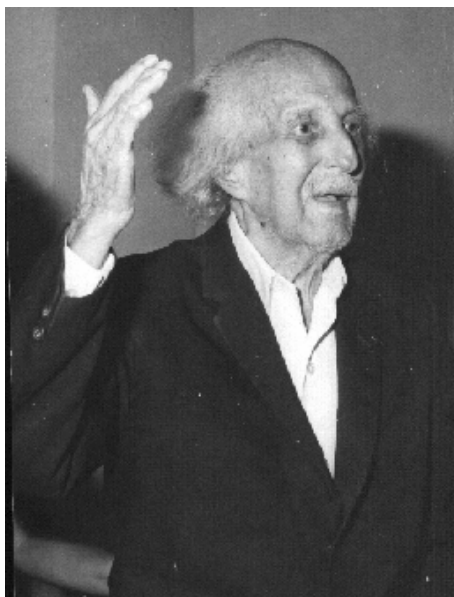
Una de las primeras medidas orgánicas, en la Hemeroteca fue la introducción de un kárdex que permitía un orden más racional desde la misma entrada de los materiales, lo que no afectó en lo absoluto la labor de Villanueva a quien para ese tiempo ya se tenía como anciano. Su labor callada y efectiva en la localización de materiales –en esto competía con él Rosina Carone– fue cotidiana y conocida desde larga época atrás, tanto así, que hace poco supe por Lilia Esteban, viuda de Alejo Carpentier, cómo cuando el escritor comenzaba su primer libro *La música en Cuba*, y buscaba artículos de revistas cubanas, documentos y partituras musicales, Villanueva lo ayudó a encontrar en cajas y cajas, papeles y papeles lo que a él le interesaba.

Pero, al referirme a Villanueva debo retrotraerme a un asunto que le era colateral a María Teresa y al ahora viejo y nuevo jefe de Hemeroteca.

Cuando aún estaba como delegada del ministro Hart, me sorprendió una llamada telefónica de un profesor de la Universidad que respetaba mucho. Paradójicamente él fue quien en sus clases nos dio a conocer las garras de la expansiva potencia imperialista vecina... Para mi asombro, desde que se fue de Cuba y hasta su muerte se man-

tuvo expresando sus ideas llenas de un extremismo insano, ridículo y estridente por la radio Swan, enemiga de la Revolución Cubana.

El caso es que me llamó por teléfono y me pidió que hiciera todo lo posible para que no nombraran a María Teresa Freyre como directora, con lo que me desconcertó, demostrándome que su antagonismo hacia ella era absurdo, porque no era comunista, eso sí de lejos le venía la estirpe de cubana y patriota y algo más que burguesa en su quehacer, al punto de tener que exiliarse cuando Machado y cuando Batista.



Carlos Villanueva en 1981

Pero hay algo más importante: días y días después, mientras María Teresa estaba instalada ante su mesa de trabajo y no puedo recordar con quién más frente a ella, entra alguien y nos dice que en la última revista *Bohemia*, había salido una pequeña nota perdida en

no recuerdo cuál página, firmada por Herminio Portell Vilá que informaba la caída y muerte de Villanueva desde la azotea de la Biblioteca Nacional debido a los maltratos que le daban en la institución. Pero, por supuesto, Villanueva estaba inocente en su puesto de trabajo. ¡Qué caso!, el mismo profesor que me había pedido que impidiera la designación en la dirección de la Biblioteca, a María Teresa.

Precisamente por esos días nos llaman de información y nos dicen que el día anterior habían firmado el libro de entrada, cincuenta usuarios, y bajamos a ver las firmas. Para gran sorpresa uno de ellos había firmado como Miguel de Cervantes y Saavedra, broma que por supuesto no tomamos a mal y más bien nos divirtió.

En 1960 ya “los servicios prestados –según información de Emilio Setién– sextuplicaron los mejores índices de todo el período anterior[...]”.

Durante las reuniones de la dirección se sugerían temas a desarrollar, así como actividades de todo tipo como exposiciones, conciertos, conferencias o cursillos. La rutina, sin proponérselo, estaba erradicada del todo y siempre por medio de libros, y entre contrastes, el trabajo interno. Ese estilo de trabajo –obra al fin humana– con impaciencia de hacer lo que nunca en 58 años se había hecho, contrastaba con lo que por obra y gracia de la desidia oficial, no había llevado al país a un desarrollo equilibrado, porque se dilapidaban fortunas en indigno peculado.

María Teresa asumía el enfrentamiento a la lucha contra el burocratismo como una racionalización, y esta palabra venía de la razón, y su razón era, en vez de ajustar la plantilla, aumentarla, debido a los documentos acumulados en los fondos de la Biblioteca, que no se habían atendido nunca en forma extensiva, pues no tenía el personal adecuado, ni existía voluntad oficial de presupuesto para ello. Ese cúmulo del pasado llegó a cuantía mayor al recibirse unas cuantas docenas de camiones cargados de libros recuperados que, por abandono, dejaban atrás los que se iban del país a cuenta de la solución que esperaban de la reacción y del gobierno norteamericano.

La masa de obras sin registro ni catálogo aumentó en proporción geométrica. Para su tratamiento, el solo reconocimiento entre lo realmente valioso era irrealizable por las tareas que la institución se había impuesto porque tampoco era justo atenderlo más que lo que correspondía a la contemporaneidad. Para la directora una de sus ideas fijas era aumentar el personal aunque hubiera que entrenarlo y así solucionar ese problema de una vez y por todas, pero las causas de las medidas que se le oponían quizás tenían propuestas a más largas luces para acometer el ímprobo empeño, pero no se lo quisieron explicar. De todas formas nadie puede negar que esa etapa fue emblemática por la puerta abierta que facilitó la Revolución. Actualmente, –al margen de medidas radicales y hasta traumatizantes en momentos coyunturales– la diversificación de justas y adelantadas especialidades como las nuevas tecnologías, han condicionado un perfil más estricto al

papel de la Biblioteca Nacional José Martí.

La doctora María Teresa Freyre de Andrade, falleció en La Habana en 1975, y hasta la llegada de los peores días de sus antiguos padecimientos, se mantuvo –jubilada– en condición de profesora consagrada, sin dejar de promover y orientar los servicios de centros de información de la industria en desarrollo junto a la compañera Regla Peraza que bajo su dirección en la Biblioteca era la jefa del Departamento de Información Científico-Técnica; y así va mi tributo y reconocimiento a la tenacidad de ambas que no pueden olvidarse, como tampoco olvido cuando la directora decía: “la locomotora marcha aprisa, pero yo me subo aunque sea para mí el último carro...”.

No todo era “miel sobre hojuelas”, las contradicciones no faltaron con respecto a algunas tácticas y manifestaciones de intolerancia o tolerancia excesiva de otras. Apresuramiento en algunos trabajos que requerían tiempo de maduración y me abstengo de la señalización de las partes porque el tiempo se ha encargado de irlos rectificando. ¿Cuál tiempo fue o ha sido de acerto absoluto? Ninguno, porque la contradicción es constante y humana. En un río bañándonos –como dice Heráclito desde la Grecia Antigua–, el agua que no se estanca no puede medirla el propio tiempo... tiempo y río hacen el cauce en medida siempre infinita y siempre veremos el agua clara.

María Teresa a veces se llenaba de impaciencia –se sabía fuera de la generación actuante– pero en ella

predominaba el espíritu creador en la profesión a la que se había consagrado inclusive magistralmente. A veces, se revertía en terquedad cuando surgía lo inesperado, o una idea que no cuajaba, entonces recordaba la siguiente estrofa:

*Las penas que a mí me matan
son tantas que se atropellan
se agolpan unas con otras
y por eso no me matan...*

Un día, un grupo de su equipo le regaló una pequeña bandeja de plata que tenía grabada la estrofa de la canción de Síndo Garay que tanto le gustaba, y para su solaz, la colocó enfrente de ella –parte central del escritorio– y pienso que pudo ser lo único que se llevó.

Poco antes de mediados de 1959, llaman por teléfono de Información a la directora para decirle que el “bachiller Guillén” deseaba hablar con ella –inevitable desconocimiento del asistente. El poeta venía a saludar a la nueva dirección de la Biblioteca Nacional y desearle los mayores éxitos posibles. Buen rato de humor nos proporcionó; sin dudas fue de su parte una muy amable atención.

En esa oficina conocí a la mayoría de los escritores e intelectuales cubanos y no cubanos que empezaron a descubrir de lo que éramos capaces de introducir en una biblioteca en medio de una Revolución cuando había comenzado la enemistad del “vecino poderoso”...

Para 1962, la Biblioteca Nacional ya tenía más crédito y valores conquistados a puro trabajo de todos. Ese año era el sesenta aniversario de Nicolás



Guillén; al saberlo nos propusimos celebrarlo en la Biblioteca. Recordar de quién fue la iniciativa, no puedo, solamente sé que desde mi oficina, en frecuente contacto con Ángel Augier, se planteó el proyecto: primero, la exposición de libros editados en Cuba y en el extranjero, que eran muchos más en distintos idiomas; segundo, hacer un catálogo con su foto y nota de presentación; tercero, la apertura del acto.

Cuando se enteró del plan, Nicolás pidió algo más, quiso que allí estuvieran expuestos los regalos que le habían hecho en los distintos países visitados... y eran muchos... No dejó de suponer, que aquí, en su país, eran muy pocos los reconocimientos, mientras fuera sí se los ofrecían. Por supuesto, su deseo era el nuestro y se cumplió el compromiso.

En verdad, la exposición –en la sala habilitada ya para eso– ahora, “El reino de este mundo”, fue muy colorida; era como una muestra extraordinaria por su variedad, donde aparecía el lugar de cada donante, sobre todo la riqueza y original artesanía de América Latina. Lo mismo había cerámicas en distintas formas, como telas y pinturas “primitivas”, figuras humanas en yeso pintadas

y hasta animalitos en todos esos materiales o fibras. En el vestíbulo, las vidrieras empotradas y las mesas con cristal, guardaban su obra hasta ese momento conocida.

En su agradecimiento, el generoso fue él, porque en el sencillo catálogo que se hizo al efecto, escribió el mensaje:

Estuve aquí con Augier que me dio ánimo.

Maruja: Pensé que de 2 a 3 de la tarde había menos público que en el resto del día, y así vine a las 2. Al fin pude ver la exposición a mi gusto, pues el día de la inauguración fue imposible, y menos en los días que vinieron luego, por las normas que todos conocemos. ¡Cómo le agradezco todo, pues sé el interés que usted se ha tomado en esto! Y a Ma. Teresa y René [Freyre de Andrade y Méndez Capote], sin cuyo concurso no se habría llegado a tanto. Solo que –sin falsa modestia ni verdadera hipocresía– todo me parece demasiado. ¿Y cuando yo me muera?

Mi cariñoso saludo y la amistad muy sincera de Guillén.

Hab

Nov. 6/62

A: Maruja Iglesias

Varias veces visité a Conchita Fernández –secretaria del Comandante Fidel Castro– en el Instituto Nacio-

nal de la Reforma Agraria (INRA). La conocía desde los tiempos del inicio del Partido Pueblo Cubano (Ortodoxo). En una de esas ocasiones no me di cuenta que detrás de mí pisaba mis talones el Comandante Ernesto –Che– Guevara, que entró también en el ascensor. Yo, por supuesto –sin tribuna por delante– no era tímida y no tardé en saludarlo. Con todo respeto le dije cuánto apreciaríamos una visita suya a la Biblioteca Nacional José Martí, cuyas transformaciones empezaban a notarse. Llegué inclusive a referirme especialmente, al Departamento Juvenil... y con su “humor argentino” me preguntó: “¿Tienen ahí muchos monitos...?”

Monitos se les decía en la provincia de Oriente a los famosos “muñequitos” y le contesté que “monitos” no había, que sí había muchos libros infantiles y para jóvenes, y que asistían muchos lectores... Y salió rápido del ascensor haciendo una señal de despedida.

No creía en absoluto que recordara mi invitación, cuando el día 5 de febrero de 1964, María Teresa Freyre recibe una llamada telefónica de la oficina del Che Guevara anunciando que él podía ir esa tarde a visitar la Biblioteca, si ello era oportuno. María Teresa y su más cercano entorno, verdaderamente todos, nos alborotamos.

Una de las más queridas iniciativas de María Teresa fue el Catálogo Colectivo que luego se llamó Departamento Metódico, y eso fue lo que el Che marcó como su primer interés en la visita.

Las primicias del Catálogo Colectivo fue una reunión en la Biblioteca para analizar el lenguaje que requerían los catálogos en ciencias y en humanidades, así como las directivas que podían emprenderse en las investigaciones en función del desarrollo del país.

De los invitados recordamos a Raúl Cepero Bonilla, Salvador Vilaseca y Julio Le Riverend, más otros cuyos nombres no recuerdo, planteándose el papel que habría de regir el Catálogo Colectivo y su metodología en la constante información que requerían los centros interesados en el país.

Por una visita mía a Regla Peraza, logré más precisión del inicio y desarrollo del referido servicio. También me nombró a dos profesionales que visitaban mucho el Departamento: el ingeniero Francisco Betancourt, del Centro de Investigación y Desarrollo de la Caña de Azúcar (ICIDCA) y el arquitecto Julio Casal, del Ministerio de la Construcción. Los contactos con el Centro Universitario Julio Antonio Echeverría (CUJAE), la biblioteca del Ministerio de Industria y Edith Escalante, su directora, y otros profesionales de ese ministerio eran constantes. Los centros respectivos intercambiaban con el Catálogo Colectivo la información que les llegaba, y esta se sumaba al catálogo central de la Biblioteca Nacional. Las visitas eran mutuas y se llegaron a visitar con ese mismo fin las universidades de Santiago de Cuba y Las Villas. Todos entre sí tenían de ese modo las altas y las bajas de la información y sus documentos o publicaciones, libros y sobre todo de revistas, así como de los servicios de fotocopia. Regla, al explicarle al

Comandante estos detalles, llegó a decirle como excusa, que ellas mismas habían tenido que improvisar el archivo “primitivo y rústico” que le enseñaban, porque no habían logrado conseguir otro más decente, a lo que rápidamente el Che contestó a media risa: “¿Nos está haciendo una crítica velada...?”.

El recorrido con María Teresa por otros departamentos llegó hasta Selección y Adquisición, cuyas oficinas colindaban con la dirección de la Biblioteca. En la primera estaba Graziella Pogolotti ante un escritorio lleno de catálogos de editoriales, el periódico del día, algunos libros y files y se le ocurrió a ella decirle como excusa, lo revuelto que estaba todo, el Che no quedó callado: “Eso quiere decir que usted trabaja...”.

Se había dado cuenta además de que todo el personal estaba en expectativa por su visita...

Y Regla me confirmó que al despedirse del Departamento Metódico se refirió a que seguiría de cerca la evolución del trabajo que realizaban.

Se había trabajado mucho para la inauguración de nuevos departamentos en la Biblioteca Nacional. Todo relucía y se distribuyeron arecas y malangas por las partes que lo merecían. María Teresa lo supervisó todo muy temprano y ella misma intentaba mover de aquí o de acullá una planta por otra o buscar el lugar mejor.

De momento, la llaman por teléfono de la Presidencia: el presidente Dorticós le dice que si ella consideraba posible que él fuera a la inauguración anunciada. Por supuesto, ella le respondió que su voluntad era muy bien acogida, pues él nos atendía cuando había que consultar algo delicado, ya que aún la institución todavía era autónoma.

La campaña de promoción que se hizo por la prensa fue muy efectiva y estuvo dirigida por Marta Vesa. Cada día de una semana salía uno de los siete departamentos novedosos: Colección Cubana, Referencia en las salas, departamentos de Arte y de Música; en el sótano, el de Juvenil y el Circulante de Adultos, y Extensión Bibliotecaria para los obreros.

Ahora pienso que ni a la dirección de la Biblioteca, ni a Marta Vesa, de chispa siempre encendida, se nos ocurrió hacer una invitación... aparte de la convocatoria pública.

El caso fue tremendo, porque casi se caen las columnas de la entrada en el edificio, como la directora pronosticaba que le gustaría que pasara por el acoso del público en busca de su Biblioteca, antes que no tener lectores. Sin exagerar, alrededor de las cuatro de la tarde, cuando llega el presidente Dorticós había entre doscientas y trescientas personas esperando e iban abriendo espacio cuando lo reconocieron.

Esa tarde tampoco la olvido, porque una parte de aquel público siguió al Presidente con todo respeto, y la otra observó cuidadosamente todo lo que se veía según avanzaba la multitud a pasos cortos.

En un apartamento de estudiantes universitarios de la calle L esquina a 25, en el Vedado, conocí a Fidel Castro. Yo, provinciana oriental, como una rezagada pero pretenciosa muchacha, usaba turbante para diferenciarme de las jovencitas seguramente más adiestradas. Empezaba, tardíamente, mi primer año en nada menos que Filosofía y Letras.

La anfitriona era la señora Lolita, que a su vez tenía tres hijas. Poco duramos en aquel apartamento porque el edificio habría de demolerse; tan moderno entonces, como el que continúa frente a la esquina de L y 25, actual Habana Libre. Los jóvenes eran, uno aspirante a dentista, otro a químico y otro a la abogacía: Fidel. Dos de las hijas eran aspirantes, una al doctorado de Filosofía y Letras como yo, y la otra de Estomatología. Cada uno andaba por su lado y tenía sus propias amistades. El ambiente era agradable y la comida buena, pero tuvimos que mudarnos.

Siempre ignoré y me pregunté cómo la “dueña” de casa logró que la mudada fuera para un apartamento –de lujo– mucho mejor con terraza grande, dos cuartos más, con tres baños y mucha amplitud en general en un edificio de tres pisos en la calle 21 entre L y M. A nuestro lado vivía una norteamericana cargante y exclusiva que le molestaba que yo subiera a la azotea a la sombra del tanque de agua cuando recibía una visita, o sencillamente leía o estudiaba allí. Llevaba un pequeño balancín donde alguna que otra vez al moverme molestaba a la yanqui. Uno de los vecinos de la planta baja, era nada menos que un politiquero de la época de quien no recuerdo su nombre,

a pesar de que era famoso en los chanchullos políticos, y que, en aquel momento, era nada menos que ministro.

Allí había jovencitas y jóvenes. La comida fue de mal en peor porque hacerla de calidad no hacía negocio. Más familiarizadas las unas con los otros, en horas de descanso, llegamos a tener un pequeñísimo grupo musical: “el dentista”, usaba una silla de “renacimiento español” de cuero duro y tenso como tambor; el “científico” tocaba la guitarra y realmente se podía oír; yo tocaba las claves tan desafinaba como cantaba, y lo disfrutaba. Fidel nunca nos oyó, aunque había hecho más relación con la hija mayor de la “dueña” y conmigo. Convivía con los demás jóvenes, pero no eran sus amigos.

Antes de llegar los exámenes y las vacaciones en algún momento le dijimos que, como no estudiaba, iba a perder el primer año y él se rió. Un día se nos apareció con un libro grueso y de tapa azul, y dijo: “Miren, ábranlo y elijan unas páginas...”. Lo abrimos y lo tomó en sus manos por las páginas que nosotros señalamos porque estaban cerradas y el librote era nada menos que un texto de derecho administrativo o algo así... y leyó para sí unos dos o tres minutos y lo devolvió. Entonces comenzó a decirnoslo tal y como lo podría estar leyendo en voz alta, mientras nosotras, con el libro abierto, constatábamos lo que él leía. Después lo recogió y se fue riéndose de nosotras.

En ese mismo año, estoy una noche muy tarde leyendo sola en el comedor cuando se me acerca y me dice: “¿Quieres oírme lo que voy a decir ma-

ñana?”. (27 de noviembre en la recordación a los estudiantes ejecutados un día como ese en 1871). De verdad que me molestó, porque yo estaba robando tiempo al sueño y era tarde y sólo hice el gesto afirmativo con la cabeza. En realidad yo lo tomaba desde mi petulancia como pretenciosa adulta.

Empezó y terminó su discurso de unos quince minutos y me dijo “¿Qué te parece? Tremenda arenga contra el régimen político”. Y con un gesto más petulante aún, le contesté: “Bien... pero lo dijiste desde aquí –y me señalé la cabeza–, lo tienes que decir: de aquí”, –y me toqué el pecho. Antes, de esta escena hubo otra que lo superó todo. Estábamos ante los exámenes de fin de curso; nosotras estudiábamos en el comedor y Fidel entra con un paquete que sujetaba bajo su brazo doblado y pegado al cuerpo: “Aquí llevo 17 libras de economía política”, y le reímos la ocurrencia. Esa tarde estábamos en la misma posición y él volvió a pasar y salió triunfante al decir: “Muchachas, ya me aprendí dos y media libras de economía política...”. Y la aprobó.

En el cuarto año de mi especialización, yo estudié, la economía política y la suspendí. No estaba preparada para el examen oral, y mucho menos en esa asignatura, y guardaré para otra ocasión lo que era un examen oral con el profesor, doctor Guillermo Portela.

Fidel se mudó de casa, se casó y estuvo de viaje. A su regreso pasó por la Escuela de Derecho donde ya yo tenía mi “plaza” de bibliotecaria por cincuenta pesos mensuales, porque no era plantilla. Un día se apareció en esa

biblioteca y nos trajo a su mujer y a su hijo Fidelito de unos siete u ocho meses, que estaba hermosísimo. Reinició sus rápidos estudios de las asignaturas pendientes en tiempo récord. Los libros que no se podían prestar se los facilitaba María Teresa González del Valle, la empleada de Derecho. Otro día vino a verme y tantear si yo podía contribuir al trabajo político del Partido Ortodoxo. Él aspiraba a representante junto a Leonardo Fernández Sánchez, que iba como senador; yo estaba ya comprometida con mi profesor de filosofía, doctor Jorge Mañach, que aspiraba también a senador. Así lo dije a Fidel. Él había terminado sus doctorados (si no recuerdo mal en Derecho y en Ciencias Sociales), en el menor de los tiempos y con magníficas calificaciones. Dejé de verlo y llegó el segundo o tercer cuartelazo—como yo lo llamo— de Batista el 10 de marzo de 1952. Alguna que otra vez lo vi de lejos en la sede del Partido Ortodoxo, sin que hubiera otro encuentro hasta el triunfo de la Revolución.

Días después, antes de ser nombrada delegada del compañero Ministro de Educación, acudí a saludarlo al Hotel Habana Libre donde había tenido una reunión con los Rotarios o Leones. Yo estaba convaleciente de una gripe de cuarenta grados después de dos días—día y noche— con un frío escalofriante, sin abrigo, que había pasado en una de las comandancias de la Revolución triunfante en el Palacio de los Deportes, donde hoy está el Instituto Nacional de Deporte, Educación Física y Recreación (INDER). Allí se vigilaba también a los esbirros que se apresaron y estaban sujetos a juicio.

Cuando me vio, desaparecidos los con él antes reunidos, bajó de la tarima donde estaba y nos dimos un abrazo. No hablamos mucho y no volvimos a vernos hasta días después en el Palacio Presidencial.

Junto a María Teresa Freyre de Andrade y a otros compañeros de la Biblioteca Nacional recorrimos en más de una ocasión las primeras marchas convocadas por el Jefe de la Revolución, y recuerdo muy bien nuestro paso en unión de un pueblo abigarrado y entusiasta, por el Malecón. No recuerdo si una de estas marchas fue la de octubre de 1959, cuando en noche cerrada suenan unas bombas, y como respuesta a esos elementos contrarrevolucionarios el Comandante Fidel crea, desde su Tribuna del Palacio Presidencial, las milicias de los trabajadores. Al otro día, muy temprano, antes de cumplir con el inicio del trabajo, fuimos juntas a comprarnos el uniforme.

En esa época, yo vivía en el edificio Alaska frente al actual Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), en 23 y M, y me colaba en casi todas las audiciones de entrevistas al Comandante con alguna amiga; y un día, muy especial por cierto, fui con la doctora Freyre. En esa ocasión fue en un pequeño estudio de la calle N o P, casi esquina 23. Allí había, un poco apretadas en sillas endebles de tijeras, de ochenta a cien personas. Nosotras estábamos sentadas más o menos en la mitad de la salita. Fidel no me acuerdo si responde o habla con los periodistas, y de pronto, en el silencio de aquel público expectante se siente que alguien, como un “miura”, arrasa

lo que encuentra en el pasillo estrecho; yo estaba un poco más allá de la hilera y casi me saca de la silla. Dos de los guardias personales van caminando detrás y casi llega hasta el pequeño escenario donde lo acorralan e intentan sacarlo por el pasillo del otro lado. Los asistentes vociferan, mientras de la tarima se dice “¡Calma! ¡calma! Está controlado”.

Las mujeres se encaraman en las sillas o se empujan para darle en la cabeza con el tacón del zapato, otras lo intentan con carterazos. Él bufa, jadea y suda... yo también me encaramo en la silla y grito: “¡No lo provoquen más! ¡no caigamos en la provocación!”. Y muy cerca de mí, por el otro pasillo más estrecho aún pegado a la pared, lo van sacando hasta llevárselo a su casa. Él es el marqués de Logendio, embajador de España, con antecedentes de agresividad que rompen el protocolo diplomático. El “miura”, en base a una opinión que a nadie podía provocar por sabida y manida, intentaba cortar la libre expresión del Comandante.

De pasada, tuvimos algunos encuentros sin ocasión de establecer conversación. Nunca supo acerca de nuestra experiencia de la noche del marqués.

Yo veía a Conchita Fernández de cuando en cuando y un día uno de los informes sobre el trabajo de la Biblioteca resultó tan elocuente y positivo que se me ocurrió hacérselo llegar mediante ella. Esa noche él estaba en la Televisión y lo vi desde la casa. Él habla y habla de muchos resultados alentadores y de momento enarbola unos papeles blancos y dice “Aquí tengo también

los de la Biblioteca...”. Al mismo tiempo lo interrumpe un periodista que le nombra un problema álgido de la coyuntura internacional. Baja los papeles y continúa refiriéndose al asunto del periodista. Por supuesto, yo me sentí muy defraudada.... ¿qué más puedo decir?

Al fin, un día de junio de 1961, él vino a la Biblioteca. Y aunque específicamente no fue para visitar la institución, la subdirectora esperó la oportunidad para actuar... y esta se presentó. Allí expresó uno de sus discursos de más repercusión en el mundo de la intelectualidad. Lo dijo en la Sala-teatro de la Biblioteca Nacional José Martí. Había reunido a los intelectuales por el resultado de un conflicto entre cineastas y nada menos que la libertad de expresión. El salón estaba repleto y todos hablaron. Me di cuenta que salía a refrescarse después de oír pacientemente casi toda la historia de Grecia entre otras cosas y llegué hasta él: “¿No te parece que es hora de que visites la Biblioteca...? Al fin la vio. Eso me costó que a María Teresa se le desatara el celo, pero yo no podía perder aquella oportunidad, ni ese momento.

Le dimos la vuelta a todo el edificio; empezamos por el Departamento Juvenil y terminamos en el Departamento de Colección Cubana y enfrente el Departamento de Arte. Inclusive llamé a María Elena Jubrías, la jefa, para que le hablara de su *modus operandi*, y él se quedó mirando desde el mostrador la exposición muy variada de las reproducciones de la vanguardia de pintura europea y expresó cuánto sentía que no le hubieran enseñado la apreciación de las artes.

De aquellas *Palabras a los intelectuales* se desprendió la firmeza de la ley que garantizaba el funcionamiento de la Imprenta Nacional; la adquisición de libros y los materiales que han preocupado a los escritores y artistas; la reintegración de la Orquesta Sinfónica; se refirió al Ballet de Cuba y al Conjunto de Danza Moderna; antes de llegar a la industria del cine, dedica dos párrafos a la institución:

La Biblioteca Nacional por su parte está desarrollando una política en favor de la cultura, empeñada en despertar el interés del pueblo por la música, por la pintura. Ha constituido un Departamento de pintura con el objeto de dar a conocer las obras al pueblo. Un Departamento de música, un Departamento juvenil, una sección, también, para niños.

Nosotros, poco antes de pasar a este Salón, estuvimos visitando el Departamento de la Biblioteca Nacional, para niños; vimos el número de niños que ya están asociados, el trabajo que se está allí desarrollando y los adelantos que ha logrado la Biblioteca Nacional constituyen un motivo para que el Gobierno le facilite los recursos que necesite para seguir desarrollando esa labor.

De ahí regresamos a la reunión.

Al fin los tres días aquellos, 16, 23, y 30 de junio de 1961 fueron rememorados cuarenta años después en el mismo lugar. El acierto de aquella reunión y la importancia de las *Palabras a los intelectuales*, que garantizaban el norte y camino de nues-

tra cultura y su desarrollo, fueron recordados por el poeta Roberto Fernández Retamar, a quien le tocó impartir la conferencia magistral en esa actividad.

Cuando Fidel se despedía, se me ocurrió hacerle una petición, pues aspirábamos a que la Biblioteca Nacional tuviera la oportunidad de disponer de bibliotecas viajeras para poder llevar libros a los campos cercanos, y aprisa le dije: “Necesitamos cuatro chasis de camiones para adaptarlos como bibliotecas viajeras; tenemos los diseños para adaptarlas y dónde se puede hacer ¿qué tu crees?”.

Llamó a su ayudante y le dijo que nos mandaran cuatro camiones, y vinieron tres que ya no fueron para las proximidades de La Habana, sino para el plan nuevo que en 1962 empezó a llevar bibliotecas al campo de Cuba. Cienfuegos, Trinidad (donde todavía había bandidos), y Camagüey fueron las primeras, que perduraron años después, hasta que hubo menos recursos para mantenerlas, sustituirlas y aumentarlas.

En marzo de 1959 se firmó en la Sierra Maestra la Ley de Reforma Agraria y, por supuesto, enseguida se incrementó la campaña contra Cuba que se unía a la iniciada con el pretexto del ajusticiamiento de los esbirros, asesinos y torturadores que no habían alcanzado los aviones del 31 de diciembre de 1958 a las doce de la noche, como les pasó a los americanos que salieron de Viet Nam agarrados a los helicópteros al terminar la guerra. Por

ello se quedaban en Cuba “sus tierras”, la productiva explotación de las tierras que habían comprado barato, aprovechando una hipoteca, robado y expropiado a porque sí, con la guardia rural, y explotado y denigrado por el despojo a los campesinos pobres del país. La presión del norte, logró ablandar algunos de los elementos del gobierno provisional porque según el decir del pueblo “habían querido Revolución, pero no tanta”.

Es verdad que algunos norteamericanos y sus empresas fueron afectados, pero la Ley también traía la compensación correspondiente que ellos negaron con tal de no reconocer la independencia y derecho que traía la Revolución.

Para agradecer esa Ley, cien mil campesinos llegaron a La Habana para el 26 de julio. La Reforma Agraria, traída y llevada sin serlo en las promesas de la politiquería de una república mediatizada que llegó a estar programada en la plataforma de la Constitución de 1900 y sólo salía a relucir –como se dice ahora– de una plataforma “virtual”...

Por supuesto, la Sierra Maestra de la entonces provincia oriental era el símbolo de la rebeldía en el espíritu independentista de los treinta años de guerra en los últimos meses del siglo XIX y de las luchas y muertes por el asesinato de campesinos y otros que no lo eran en la primera mitad del siglo XX. De la Sierra Maestra y sus alrededores, salió lo que comenzó en 1956 con el desembarco del Granma: la guerra. Anteriormente, en 1953, en su autodefensa, conocida como *La historia me absolverá*, Fidel Castro señaló

que José Martí era el autor intelectual del asalto a los cuarteles Moncada de Santiago de Cuba y el de Bayamo; allí plantea la plataforma política y social de la Revolución. Después de cinco años de opresión, represión, clandestinaje se logra la independencia sin interventores ni padrinos.

Sin lugar a dudas los más explotados habían sido los campesinos cubanos que ahora acompañados de sus atuendos más emblemáticos: el sombrero alón de yarey con banderita cubana al frente, pañuelo rojo al cuello y el machete a su cintura colgado –igual que los mambises de las otras guerras y no para responder a la orden del “degüello” sino “al chasquido” agradecido de los machetes.

El recibimiento a ellos fue universal en toda la ciudad de La Habana; fueron atendidos en casas de familia, hoteles, organismos centrales, escuelas, inclusive las religiosas, los sindicatos y también en la Biblioteca Nacional donde su sindicato acogió a unos treinta. Habría que reconocer además que el *Diario de la Marina* albergó cincuenta, todavía no habían tomado el camino de Villadiego.

Pero hubo algo más. El monumento a José Martí, aún no se había estrenado y algún elemento impedía la concentración en la entonces llamada Plaza Cívica después Plaza de la Revolución. El espacio de los jardines y la Avenida de las Misiones frente al Palacio Presidencial no tenía el suficiente terreno para la millonada que se esperaba, porque de todas las provincias llegarían a La Habana en trenes, en ómnibus y camio-

nes, a pie o en carreta los del interior de La Habana, y el comandante Camilo Cienfuegos entraría con toda una caballería montada... únase a eso el pueblo de la capital.

La mayoría de ellos –a pesar de que nuestro país es un archipiélago y la isla grande es larga y estrecha, el campo cubano está lejano de las costas– nunca habían visto el mar y costaba trabajo sacarlos del Malecón habanero.

En la tribuna improvisada estaban los principales héroes de nuestra odisea que ahora eran el gobierno provisional de los invictos en la guerra; y entre ellos el presidente de la Reforma Agraria y promotor de la Campaña de Alfabetización en 1961 tanto en las ciudades como en el llano y las montañas.

La concentración en la Plaza llegó a desbordar por completo sus límites en abigarrada y aguerrida actitud de los hombres del campo junto a un pueblo decidido a no torcer la esperanza.

En esos momentos había una complicada situación política que puso en crisis al gobierno, y en el inusitado escenario de aquella plaza se disolvió. El presidente provisional Manuel Urrutia no estaba presente.

Pronto supe, “in situ”, cómo era aquella “tribuna” para la presidencia en el primer año de la conmemoración del Asalto al Cuartel Moncada después del triunfo de la Revolución: una baranda rústica de tablonos se había instalado alrededor de la cúpula vitral y luminaria del vestíbulo de la Biblioteca que daba a su entrada en el piso

bajo. Allí fue necesario reforzar los señalamientos para el paso de uno en uno a sus asientos portátiles, en el límite correspondiente a la zona que, arquitectónicamente, era más débil y había que proteger. Algo más ocurría con aquella improvisada tribuna. En la azotea que pertenecía a las grandes salas de lectura –tercer piso (quinto en la estructura de la torre y sus almacenes)– empezaron a aterrizar helicópteros para llevar algunos invitados a la que vamos a llamar la presidencia del acto; no puedo precisar cuántas veces se produjo. Desde allí se podía pasar a los almacenes y a la presidencia. Así llegaron algunos participantes e invitados, pero no recuerdo por dónde lo hicieron el expresidente de México, Lázaro Cárdenas, y su hijo Cuahémoc. A Fidel lo vimos llegar por el ascensor interior de los almacenes. Recuerdo también al comandante Juan Almeida, pues yo quedé junto a él en las filas intermedias. El comandante Almeida cada vez que se acercaba un helicóptero se ponía las manos en la cabeza y llegó a decirme que esos ruidos le aumentaban mucho su dolor de cabeza. Quise ayudarlo y me dijo que no se podía hacer nada. Para cualquiera de nosotros, los que venían de la guerra eran verdaderos héroes dignos de todo respeto y verlo sufrir me alarmó mucho. Ese día supe que aún tenía una bala, a consecuencia de uno de los combates, que no le pudieron extraer en aquellos momentos y, a siete meses del triunfo de la Revolución, pienso que no había tenido tiempo de resolver su gran problema, lo que me valió para respetar más su coraje.

A aquel acontecimiento le he tenido siempre una especial remembranza y no lo olvidaré nunca. Allí se anunció la salida del presidente Urrutia y el nombramiento de Osvaldo Dorticós Torrado como presidente, quien había sido hasta ese momento el hombre encargado de la nueva legislación. Por otra parte al salir del conflicto el Comandante, doctor Fidel Castro Ruz, asumía el cargo de Primer Ministro como respuesta a aquel torrente de pueblo, cargo que hasta ese momento había correspondido a Miró Cardona. Y, como si lo oyera ahora mismo recuerdo vivamente el tronar como de verdadera percusión metálica, los chasquidos producidos entre cien mil machetes, y las voces de un pueblo entero que repetía: Fidel, Fidel...



De esa forma, se dio tajo abajo como a las yerbas malas, a la miseria de los campesinos, “al vara en tierra”, a los despojos de la guardia rural, de una vez y para siempre. Mejor plebiscito o sondeo político ¿hubo igual en nuestra historia? ¿A quién se le puede ocurrir pensar que desde la azotea de la Biblioteca Nacional alguien diera la orden, o

mandó a que los campesinos y el pueblo de la capital hicieran cantar a sus machetes, aplausos, voces... todos juntos en concierto inusual? ¿Quién ha podido en cuarenta y dos años callarlos? Entonces fueron, de seis millones, más de un millón. Ahora, de más de once millones ¿cuántos más?

Tengo vivas algunas referencias del campo. En la primera juventud tuve la oportunidad de hacer algunas giras campestres. Recorrí a caballo, por placer, algunos cañaverales. Fui feliz en esos momentos; me sentía fuerte por la fuerza de la bestia. Bastante inconsciente todavía, sólo estuve a la puerta de miserables bohíos. Uno de los hijos del encargado de la finca era enjuto, feo, sin dientes y sucio. No tenía más de cuarenta años. La guajira era joven y linda. Para mi asombro, ante tal pareja, alguien despreciativamente me dijo: “ahí no hay besos, se juntan como bestias...”.

Durante años se acumularon la soledad, explotación y pobreza en el campo, principalmente, pero cuando llegó el vuelco social, en cada rincón –poco a poco– se pudo hacer justicia. Despierta, para la mayoría, la conciencia de sus derechos.

Parece que en el campo aislado cuesta más. Pero, para otros, el paisaje deja de ser regocijo propio o naturaleza muerta y en esos momentos se mira hacia el futuro y se piensa en lo primero: la escuela.

La Biblioteca Nacional José Martí apadrinaba dos escuelas. Una en Matanzas, otra entre un lomerío de Pinar del Río. A esta última fui. Probablemente por ser un lugar aislado, se llamaba El Cayo; quince casas perdidas unas de la vista de otras, entre las lomas, pocos árboles, yerba pobre y cascajo por tierra. Única cosecha y principal alimento, la misma yuca que amasaban nuestros indios.

Un grupo de unos treinta trabajadores, visitó a una sola familia, la que vivía cerca del bohío-escuela. Llevábamos lápices, libretas y algunos textos, además dulces para los niños, también retratos de algún patriota, sin faltar la desconocida bandera cubana.

Horas duró la búsqueda de aquel punto perdido. Faltaban algunos de los que allí debían recibirnos. ¿Cómo anunciar en ese lugar una visita, una reunión con gente de la capital?

Presente sí, el verde amarillento de aquel suelo vetado del blancuzco cascajo; los árboles tan aislados, el riachuelo raquíptico muy abajo. Aquellos niños tristes, sucios, espantados, de cabellos duros como de perro lanudo que nunca peinan. Eran ocho, diez, no recuerdo; pero sí recuerdo la niña de catorce años también sucia; de piernas torcidas (herencia tuberculosa) y la madre, extenuada de partos y de andar entre lomas. A un lado del bohío, sobre tablas unidas para arrastrar con sogas muy gastadas, estaba el único recipiente de agua: un tronco ahuecado de palma barrigona que debía subirse lleno de agua por la ladera de la loma, desde el riachuelo, allá abajo. Vida absurda ¿cómo podrían ser limpios? / ¿cómo podrían vivir de yuca? / ¿Por qué resignar-

se a aquel páramo pobre, aquellas quince familias todas de la misma sangre?

El padre moría de tuberculosis en un hospital. Alguna vez vino a la casa y había dejado un nuevo hijo.

En poco tiempo comprendí como nunca antes que allí no podía haber nuevo aliento de vida real si aquellas gentes se aferraban a la tierra propia, pero pobre y no renunciaban en ella a su pobreza. Tiempo era para ello, pues en ese momento lo importante era ayudar a la escuela, alertar al maestro, hospitalizar a la niña. Todo se pudo hacer. Había que despertar aquellas mentes. Lo primero la escuela. Ya nos íbamos. Había que hacer esfuerzos para despedirse y de repente no hubo voces y miramos a lo lejos. Atardecía sin que se percibiera movimiento alguno, ni un ave o bestia bajo aquel cielo claro, infinito. Nunca antes había sentido tanto el silencio.

Me laceró el silencio y la incomunicación de tanto tiempo en aquellas gentes al parecer muertas, y que aún no se daban cuenta que entre los relámpagos y truenos vendrían a sacarlos de su casi tumba, de su perenne sueño las nuevas leyes.

En otra ocasión fuimos a la cooperativa de la provincia de Matanzas donde se apadrinaba la otra escuela. Más accesible, relativamente cercana a esa ciudad. Se había construido un poblado nuevo y los campesinos invitaron a que se conocieran sus casas nuevas. Uno de ellos le dijo al chofer del ómnibus “alitraga”, y como el chofer no sabía a que se refería, fue invitado a entrar al baño: entonces el campesino le demostró cómo se descargaba el inodoro.¹

Las amenazas del enemigo no cesaban cuando se realizaron los bombardeos a los aeropuertos de San Antonio de los Baños (La Habana) y Santiago de Cuba, que fueron adelantos de mayores intenciones que no tardaron más de dos días en hacerse realidad: la invasión de mercenarios por Playa Girón. Como es natural, absolutamente todos nos sentimos involucrados, inclusive la Biblioteca Nacional José Martí, donde se establecieron entre veinte y treinta soldados del Ejército Rebelde con su propio mando, quienes convivieron con nosotros durante esos días. Salvo aquellos que tenían problemas familiares serios, muchos de nosotros nos quedamos acuartelados. En la azotea, en constante vigilia, se emplazaron ametralladoras. Recibimos clases de arme y desarme, y las guardias eran de día y noche hasta el 19 de abril cuando se alcanzó el triunfo total

Mas, para abundar en lo mismo me voy a referir a algo de lo que no he hablado... Después de la derrota de Playa Girón, fueron apresados más de mil invasores mercenarios del gobierno del presidente Kennedy. Entre ellos venía un hijo del politiquero de “grandes vuelos”, y vicepresidente del gobierno de Carlos Prío Socarrás que sufrió directamente el cuartelazo último de Fulgencio Batista en 1952, el abogado y culto Alonso Pujols. Como se sabe, el Comandante Fidel Castro decidió que, en vez de gastar comida para la preservación de aquella mezcla de politiqueros, algunos pastores, “cocineros”, “burguesitos” y esbirros –menos estos últimos que fueron juzgados, sancionados y ejecutados aquí– estos fueran cambiados por compotas y medicinas

para los niños de Cuba, a quienes ya les faltaba la atención debida a causa de la pérdida del mercado cercano al país y las medidas impuestas para impedir todo su comercio exterior.

El doctor Pujols al ver a su hijo preso por invasor al amparo de Estados Unidos, quiso que lo liberaran mientras se hacía efectivo el intercambio –de las compotas por mercenarios–, y bien lo pagó, pero también quiso ver sus libros que sabía estaban en la Biblioteca Nacional. “Muy bien acompañado” llegó a esta sede, subió en sus ascensores hasta el piso donde estaban; recorrió “su” estantería y se dio cuenta de que estaban limpios y cuidados, los reconoció, aunque no en el orden que tenían en su biblioteca. No había dado tiempo.

Sin Olimpo al que reclamar... el fuego también pudo hacer trizas “de tinta” a nuestra Biblioteca Nacional. Peligro mayor lo sufrió en su corta estancia en la cárcel de Prado en 1938, donde los libros estaban en cajas unas sobre otras, porque los estantes se habían llevado al Capitolio en 1929. En aquel mismo año la volvieron a trasladar al edificio de la Maestranza de la Artillería donde había sobrevivido en su primera etapa. Allí estuvo hasta la ocasión que el gobierno “civil” de Fulgencio Batista decidiera derrumbarla para construir una estación de policía. Así que nuestra muy querida institución no conoció más techumbre que tres unidades de carácter militar de la metrópoli española, porque volvía de nuevo al Castillo de la Fuerza que, mar y bahía por medio,

queda frente a El Morro para bien identificar a La Habana.

Pero el caso fue que la Biblioteca estuvo justo a punto de perder por completo la colección matriz por el fuego cuando estuvo en el presidio, pérdida que pudo haber sido total, aunque no a la misma escala –sobre todo en fama– de la de Alejandría. La nuestra tenía buenos libros, aunque Cuba en la historia era –para Europa– de cuatro y medio siglos nada más, pero era de verdad gran parte de nuestra historia, y no puede dejar de decirse que contaba sólo con una cuarta parte en catálogo, y ¿cómo no acordarse entonces de las otras tres cuartas partes que además, tampoco contaban con la gracia de Dios? Sin esa “gracia”, en octubre de 1962 casi alcanzamos el holocausto por causa de la crisis de los misiles soviéticos desatada por esa presencia, que era a su vez barrera para detener a los vecinos norteamericanos en sus ataques, viejas agresiones y amenazas a la integridad de la nación. En consecuencia, el Consejo Nacional de Cultura (CNC) cita a una reunión en su sede a todas las direcciones que cubren su área tarde en la noche.

La dirección de la Biblioteca Nacional estaba a su vez reunida en su sede con un grupo de soldados rebeldes seleccionados para recibir un entrenamiento elemental para manejar las pequeñas bibliotecas de sus respectivas unidades, y se da el caso que, cuando ellos reciben su llamado urgente para regresar a su punto de partida, María Teresa y yo recibimos la citación del Consejo. Allí nos situaron en el patio del edificio a esperar a que la presidenta, Vicentina

Antuña, regresara de la llamada que había recibido del presidente Osvaldo Dorticós. A su regreso, la confirmación fue escueta y precisa: el momento era crítico, grave, a pesar que existían ciertos encuentros al respecto para discutir un peligro de ataque (y no recuerdo si se dijo nuclear) que podía ser inminente; la armada yanqui rodeaba nuestras costas y estaba a la vista: la amenaza era el bloqueo total por el momento.

El patrimonio nacional había que salvarlo. En nuestro caso teníamos que salvar por lo menos los libros más valiosos, y llevarlos al lugar más seguro posible... Parte de esa misma noche y desde muy temprano, la directora y a su lado todo el que pudo de Colección Cubana y de Mantenimiento prepararon el amarre de los libros que se seleccionaron en grandes o pequeños grupos y se guardaron en el interior del equipo de fumigación situado en el sótano.

Para darme idea de cuántos libros pudimos preservar, fui en estos días que escribo, al lugar donde estaba empotrado el nombrado equipo de fumigación y contando por el alto y ancho de donde estaba el equipo, más la capacidad de una zorra, llegué a la conclusión de que pudimos ¡resguardar! de quinientos a ochocientos libros apretados que se pudieron seleccionar, porque más no cabían... Me pregunto, ¿dónde cabría la prensa, dónde las obras que no habían tenido tiempo de más valer con más años? Todo pudo haberse perdido y tres cuartas partes todavía sin el catálogo indicador para que en el futuro se pudiera rehacer un fondo igual o semejante.

Sin embargo, llega la noticia de “los cinco puntos” con los cuales el Comandante Fidel Castro responde al acuerdo tomado entre la URSS y Estados Unidos de modo que “la paz” fuera justa y honorable para Cuba, lo que a mí me recordó la Protesta de Baraguá de 1878 y al Mayor General Antonio Maceo: Seguiremos luchando y así ha sido; no hemos dejado de cumplir con lo que actualmente se añade: la demanda justa de los daños a vidas, y daños y perjuicios a la economía del país. “Yo quiero que la Ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”, es la idea que llega a ser el signo de nuestra Constitución, proclamada en 1976, la cual contiene las reformas aprobadas por la Asamblea Nacional del Poder Popular durante el oncenso período ordinario de sesiones de la Tercera Legislatura celebrado los días 10, 11 y 12 de julio de 1992. Este pueblo está compuesto por hombres que se niegan a perder su dignidad y se comportan a su vez en eterna lucha desde antes que Martí lo reafirmara.

Y Fidel Castro le da continuidad con los cinco puntos:

- 1- Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica contra Cuba.
- 2- Cese de actividades subversivas.
- 3- Cese de ataques piratas.
- 4- Cese de las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval.

5- Retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución del territorio ocupado por Estados Unidos.

En uno de esos tres días, Juan Pérez de la Riva me trae a la oficina un profesor de Grenoble para que le explicara nuestros planes. Al parecer se conocían de cuando Juan fue profesor de geografía en esa misma universidad francesa. El hombre estaba muy preocupado por todos los cubanos. En perfecto español expresaba su terror, con su mente puesta en el poderío de Estados Unidos. No entendía que hubiera hombres armados en todas partes, inclusive en las puertas del Hotel Riviera donde se hospedaba.

Por más que traté de llevarlo a nuestra historia y explicarle las medidas tomadas ahora, y lo que nos significaba la Revolución, el pobre hombre no entendía nada. Le llamaba la atención el que, al parecer, no dábamos importancia a lo que podría pasar, a causa de nuestras demostraciones... hasta llegar al momento que le dije:

La situación aún es oscura, no se sabe todavía como terminará, pero todo el mundo ha ido a su trabajo. Las armas están controladas tanto por los soldados del ejército como por las milicias, la cual tiene su disciplina y organización de los mandos. Hay armas por todas partes, pero también hay tranquilidad en todas partes y eso no era inconsciencia. Hay la confianza absoluta en nuestros dirigentes. Fíjese en el propio ambiente de la Biblioteca Nacional. Su público es el de todos los días, ningún empleado ha faltado tal

como ha pasado en las escuelas, el comercio y todos los centros laborales –y con tal que se riera le riposté– yo también estoy armada...

y le saqué un enorme revólver 45 que tenía en el escritorio, de uno de los viejos custodios del edificio que ya se había jubilado. No dudo que estuviera con mi uniforme de miliciana, todos estábamos así.

Por supuesto, terminamos la conversación tomando una taza de café y regresó a su hotel como vino, a pie por la Avenida de Paseo para que viera mejor todo lo que sucedía a su alrededor.

Ricardo de Aungerville (Ricardo de Bury, 1345)² en referencia a la no salvación de los libros se pregunta: “¿Quién no se estremece de horror ante un holocausto tan funesto como el de la Biblioteca de Alejandría en el que se ofreció tinta en lugar de sangre? Uno de los Ptolomeos la creó; los bibliotecarios eran los más cultos; sus catálogos, al parecer, los que conducían al ‘canon alejandrino’. ¿Acaso no se salvaron todos?”. Así me preguntó, porque las transcripciones que se hacen en ediciones Aguilar suelen ser deficientes. Según Bury, allí conservaban la memoria de la humanidad y señala desde Adam el hombre, y la relación sobrepasa como perdidas “las leyendas de la más remota antigüedad”, “los destinos del cielo”, “la religión de los egipcios”, “la vetusta Atenas”, las observaciones de los caldeos, “los antídotos de Esculapio”, “Apolo y sus oráculos” y termina con lo que “pueda hacerse valer en el futuro”. Si el dios del Olimpo... “no im-

pide la guerra y que en tiempo de paz nos tomase bajo su protección”.

Muchos eran los frentes que tenían necesidad de renovarse y ofrecerles estabilidad y el más crítico era el de clasificación y catalogación. Para tomar una decisión se invitó a una reunión al doctor Alfredo Aguayo y a su ayudante Carmen Rovira, profesores de la materia. Al fin nos decidimos por el Sistema Dewey que tenían ellos en la Biblioteca Central de la Universidad.

Los catálogos heredados eran una mezcla del decimal europeo alterado por modificaciones y adaptaciones distintas. Carecían de un epigrafiario adecuado y se dio el caso de encontrar algunos epígrafes estrafalarios. En un muestreo que empecé yo misma a hacer no se me olvida el que encontré como “Arqueología criminal” y el libro se refería a Jack el destripador, el asesino de época pasada que ya en 1959 estaba olvidado.

Muy interesante fue cuando en un muestreo del catálogo provisional que se inventó por nosotras mismas, apareció otro fenómeno. Hechas de prisa las tarjetas en la idea de poner en catálogo provisional lo más pronto posible las nuevas adquisiciones, saltó a mi vista que Baudelaire y sus *Flores del mal* estaban ubicados bajo Botánica, y, por supuesto, las flores se sentían muy mal; este hecho mucho después se atribuyó a la subdirectora, quien precisamente había alertado sobre el peligro de la prisa.

De todo puede pasar en una biblioteca. En esos momentos ya se necesitó más atención a los servicios de limpieza y un día, a poco de haberse incorporado a su nuevo oficio, aparece en la oficina de la subdirectora el hombre grandulón, maduro y semianalfabeto que no tenía más que su nobleza y voluntad increíbles, en su celo por la higiene de los almacenes más todo aquello que se le solicitara. Un día, llegó alterado y muy asustado. Y al preguntársele “¿Qué pasa Zayas?”..., contestó: “Israel se ha puesto loco, loco, loco, está buscando entre los estantes ‘fantasmas’ y hasta grita de un lado al otro... ¿dónde están los fantasmas...?”.

Israel que fue un bibliotecario destacado en su cargo en Salas y Referencia, hacía uso de la quizás universal jerga del profesional en busca de los cartones o tablillas que representaban a los libros prestados.

De otros dos compañeros de Mantenimiento tengo también gratos recuerdos, y son dos de los veteranos del edificio, personas atentas y cumplidoras: Flores y el conocido “abuelo”, cuyo nieto todavía trabaja en la institución.

En el Departamento de Referencias se respondía muy bien a las consultas de los usuarios en sala, o inclusive los que con frecuencia hacía cualquier entidad administrativa que quería ampliar un concepto, un hecho o dónde encontrar más amplia información. El jefe tenía que informar mensualmente con una estadística a la dirección las consultas evacuadas y los temas de estas.

Desde Extensión Bibliotecaria, unidad que se ocupaba de la atención a las pequeñas bibliotecas obreras en unas cuantas industrias, me comunican que de una de ellas nos preguntaban de quién era la frase “Nada humano me es ajeno”. Ese pequeño equipo trabajaba en mi oficina y era atendido por la subdirección— y a María Álvarez, una joven ayudante— se le orientó que si bien Terencio era el autor, podía ofrecérsele la frase completa.

A las salas se les había dotado de todo tipo de obras de consultas y referencias y el que tomó el recado —abogado de oficio y estudios—, se situó en esa unidad por la cantidad de obras jurídicas que tenían los fondos, incrementados con las bibliotecas recuperadas de los grandes bufetes cerrados por abandono, y de las decenas de abogados que fueron saliendo del país al acabárseles sus negocios, le respondió a la joven: “María, esa frase es de Kuchilán...”.³

Insultada, la subdirectora llamó a Israel y advirtió que dijera a su subalterno que no estaba autorizado a responder absolutamente nada, sin consultar las obras que tenía para ello, y que su dedicación o trabajo se reduciría sólo a estudiar y analizar las obras jurídicas y que por favor pensara (investigara) en sus respuestas antes de decirlas por las trascendencia que tenía las que se ofrecían a nombre de la Biblioteca Nacional...

Un aumento en el servicio vino a tenerlo muy pronto la Hemeroteca, porque la prensa era muy requerida en búsqueda de informaciones de la pasada

década con la que se podía clasificar a determinados oportunistas o esbirros de la tiranía, sus secuaces y sus padrinos.

En esa etapa, a un año rasante de inaugurado el edificio, la dirección de la Biblioteca Nacional tenía un solo file de adquisición donde aparecía una cuenta única, que si mi memoria no falla, alcanzaba la cifra de ciento cincuenta pesos por la compra de una enciclopedia...

Sin embargo, en poco tiempo “la tumba faraónica” comenzaba a tener hábito de vida y atmósfera adecuada, habían comenzado las transformaciones administrativas que empezaron por cambiar la boleta de préstamo de libros, la cual tenía aspectos seguramente desconocidos por Fernando Ortiz: el lector tenía que anotar su “color de la piel”, lo que no tenía que ver con el servicio público y, nada, con la antropología.

Desde la primera mitad del año 59 las exposiciones de libros en la Biblioteca se sucedían constantemente: libros nuevos, de autores destacados, de países según su procedencia, que en muchas ocasiones llegaron por donaciones, que lo mismo podían ser de Francia, como de la URSS, Bulgaria o Hungría; de escritores cubanos las hubo, de Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Marcelo Pogolotti, las cuales se acompañaban del catálogo correspondiente y la bibliografía activa y pasiva. De esa manera se trataban muchas más, pero tampoco queremos caer en un inventario completo.

La primera exposición gráfica se puso en el vestíbulo de la Hemeroteca sobre la Prensa Clandestina 1953-1958 que más o menos se completó con préstamos de combatientes y después quedaron en los fondos de la Biblioteca. A esa, le sucedió la de Antonio Núñez Jiménez con ampliación de fotos del trabajo de su equipo de Arqueología.

Manuel Moreno Fragnals propuso una exposición de fotos dedicadas a la atención que el Comandante Fidel Castro daba a la enseñanza. El texto principal era el pensamiento de José Martí, que aparecía en una foto del Comandante hablando con un niño: “Hombres recogerá quien siembre escuelas”.

Nunca más las vidrieras empotradas, las grandes mesas con tapa de cristal, los espacios del primer piso entre el vestíbulo, las salas de lectura y el salón de “Azúcar, café y tabaco” (actualmente “El reino de este mundo”) dejaron de ser una muy apropiada sala de exposición, y esos espacios siempre tuvieron algo que decir.

Elio Dutras –brasileño residente en Cuba– propone a la Biblioteca una exposición de grandes fotos de su país donde se reflejaran monumentos y tomas de distintas ciudades importantes; se trataba de una iniciativa que bajo la dirección de Joao Goulart tendría carácter itinerante por América Latina y que empezaría en La Habana. Se aceptó, por supuesto, y quien ofició en su inauguración fue el embajador de Brasil en Cuba.

René Portocarrero en agosto de 1960 nos trajo “El Sueño”, poemas y dibujos salidos de su angustia ante las primicias

de la segunda guerra mundial (al término de la guerra millones y millones de muertos) y quería exponerlos al término de la nuestra (unos 20 000 para un pequeño país de unos seis millones). A “El Sueño” añadió una colección de sus dibujos que cubrió la sala y resultó un magnífico evento. El cuaderno de sus poemas se editó y distribuyó a los participantes de la apertura, y aún guardo la nota que dejó al finalizar la inauguración: “Por el tiempo que nos conocimos...”, cuyas palabras dicen mucho por lo que valieron esos tiempos...

Se continuó con Samuel Feijóo y Ernesto González Puig, ambos con acuarelas. Al segundo le robaron del Salón uno de los cuadros y cuando lo supo quedó encantado y dijo que por lo menos “a uno le había gustado su pintura...”. Feijóo, no conforme con la primera, trae también otra, en este caso, de los pintores populares de La Villas.

Tampoco es de olvidar la de Marcelo Pogolotti con algunos dibujos de carácter político, y de su obra literaria acompañada de la bibliografía.

Los problemas del país han sido de todo tipo y entre ellos hubo gran falta de juguetes y sobre todo de muñecas. Supimos que Josefina Barreto de Curí podía ofrecer un cursillo para hacer muñecas de trapo, nos acordamos de la foto de Korda de aquella niña campesina cuya pobreza se veía en su triste mirada, mientras en sus brazos apretaba tiernamente como muñeca un pedazo de madera, y se decidió que el cursillo se diera, y resultó un éxito. Las mejores fueron expuestas en el vestíbulo de las oficinas del tercer piso.

Sin llegar a espacios atiborrados, en este edificio siempre hay algo que ver. El Departamento de Arte se esmeraba en la promoción de las artes. Prestaba buenas reproducciones, las nuevas adquisiciones de libros y diapositivas. A las reproducciones se añadía la exposición de libros afines al nombre, época y estilo, y se situaban al alcance del interesado. Estos servicios para las artes plásticas llegaron a extenderse a charlas y comentarios que algunas escuelas, centros de trabajo y grupos de la Federación de Mujeres Cubanas y de los Comité de Defensa de la Revolución solicitaban in situ.

Otras exposiciones fueron también las de Rosgart y Morales y la de los originales de afiches del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfico (ICAIC) y las de marquillas de tabaco.

En una ocasión al ya disponer de una colección importante de muy buenas reproducciones de los grandes pintores europeos principalmente, la exposición cubrió todos los espacios posibles de los tres pisos.

De alguna manera nos dimos cuenta que algo faltaba y se decidió dedicar parte del presupuesto a traer obras de pintores cubanos, entonces más baratos que cualquier diccionario enciclopédico para ni hablar de una gran enciclopedia, y ya teníamos todas las posibles por los menos en español, inglés y francés. De ese modo también se enriquecía el patrimonio de la Biblioteca Nacional que sólo tenía cuatro retratos al óleo de los directores más importantes antecesores, y un gran óleo, copia de los grabados de la anti-

gua Habana en la Sala de Reuniones de la Junta de Patronos. Al mismo tiempo se beneficiaba a los pintores que estaban vivos y en el pináculo de su arte, y que apenas podían vender su obra, la cual era y sigue siendo muy buena. Amelia Peláez, Cundo Bermúdez, Mariano Rodríguez, Eduardo Abela y Servando Cabrera fueron privilegiados.

Años después, el director Julio Le Riverend entendió que estarían mejor guardados en el Museo de Bellas Artes.

Pero ahora, la subdirectora que algunas veces relata y otras veces es casi protagonista cuando el trabajo es hacer de cicerona. Enviados por la Academia de Ciencias y el Instituto de Historia, un joven que quizás aún estudiaba historia, se me presentó como acompañante de dos historiadores de la República Democrática Alemana. Después de haberle dado algunas explicaciones los llevé por todas partes, terminamos junto al Departamento de Arte, y de momento, Morales se lanzó a intervenir señalando una reproducción de la vanguardia europea: “No me explico, cómo en una institución oficial, se exhibe un cuadro como este”. Y sin acalorarme –he ahí la intolerancia por desconocimiento y falta de educación–, digo: “Mira joven, yo no entiendo nada de la teoría de la relatividad, pero la respeto y mucho”. El alemán de mayor edad, me coge la mano y dice: “Señora, ojalá muchos funcionarios de nuestro país pensarán como ustedes”.

Hubo bastantes personajes ocurrentes en la Biblioteca y la principal no dejó de serlo la propia directora, a quien la subdirectora llegó a decir que debíamos tener una especie de tornillito que “cerrara” su sentido del pensar para que descansara mejor; pues cuando iba a almorzar, reposaba y dormía no más de diez minutos y regresaba con una nueva iniciativa. Pero María Lastayo casi le ganó...

Jefa del Departamento de Selección, Adquisición y Canje de libros, no pudo desde un momento X, tener recursos ni vueltas que dar al presupuesto de las importaciones en la medida que más férreo era el bloqueo de Estados Unidos contra este país. De momento, nos llegamos a ver sin libros extranjeros en librería ni como adquirirlos, salvo en los países socialistas de Europa, en la URSS, y España –desde donde se hubieran podido adquirir a precios insostenibles–; a lo que puede añadirse la burocracia del Instituto del Libro...

En 1959 un equipo del departamento se introducía en las librerías, buscaban hasta en los “contra fondos” y seleccionaban lo que grosso modo se sabía que no se tenía en los viejos catálogos, ni en los fondos sin catálogo. Sencillamente en años y décadas nunca pudo haber un surtido equilibrado del mismo modo que no había presupuesto para adquirirlos. Pero también a medida que esa extorsionadora y deshumanizada medida –el bloqueo– apretaba, el canje, por vía de un correo difícilísimo para obtener algo a partir de los sesenta, se fue perfeccionando no tan rápido como bastante seguro para la Biblioteca.

Primero se sintió la gestión de Regina Trobo, bibliotecaria con alguna experiencia y graduada de Filosofía y Letras –y Graziella Pogolotti a su lado– que en 1967 pasó a dirigir la biblioteca de Marianao “Enrique José Varona”, y después María Lastayo –abogada y también graduada de Letras– quien la sustituyó en el cargo y ya tenía experiencia de trabajo en el departamento.

Para María, el intercambio llegó a ser el medio principal para adquirir, y lo mismo lo hacía con las bibliotecas más famosas del mundo como con las universidades e institutos superiores, editoras y hasta librerías. Ella ofrecía sus listados de libros y publicaciones cubanas; lo editado por la propia Biblioteca y pedía lo que viniera bien a la institución para ese momento o para el futuro, y hasta llegó a pedir para centros de información y bibliotecas de otros organismos.

De esa forma la institución burló el bloqueo. No hubo biblioteca importante norteamericana, pública, del congreso o de universidad que se negara al intercambio. Ellos más que los europeos le contestaban. Sus ofertas en modestas listas eran bien recibidas en cualquier país. Llegó a escribir a continentes lejanos. Escribió a Etiopía pidiendo la biografía de Haile Selassie; y también la de Joseph Mobuto (Zaire), o Francois Duvalier (Haití). Ellos aceptaban las revistas y ediciones de la propia Biblioteca; los libros recién editados en Cuba, sobre todo de escritores cubanos, los cuales pedían mucho.

Por supuesto, para ella el patrimonio era sagrado e intocable, sin embargo, llegó a la obtención de elementos o informa-

ción del Tercer Mundo muy importantes como la correspondiente a los por menores de la lengua swahili.

El catálogo de sus catálogos de editoriales extranjeras lo venían a ver usuarios de otros organismos interesados por obras que tenían que adquirir de cualquier manera. Descontado su interés por las inquietudes de carácter intelectual, no dejaba de lado nada que significara algo nuevo para el desarrollo del país.

Su celo por lo universal, llevado como ella lo llevaba, le trajo incompreensión y dificultades, mucho antes de su fallecimiento inesperado, el 24 de enero de 1998, mientras trabajaba en el centro de información del Teatro Nacional con la misma entrega. Ella tampoco podía controlar sus incompatibilidades, porque las hacía sentir con todo el peso de una autosuficiencia menos real que lo se creía ella misma. Su alma era de generosidad extrema con el débil cuando lo veía noble; si no era así su indiferencia también se hacía sentir.

Humor tenía, aunque no podía cantar ni bailar por lo imposible que le era el tono a pesar de lo mucho que le gustaba la música. Era de gran divertimento por sus salidas espontáneas, lo que llevaba a los trabajos voluntarios en el campo y recuerdo una de ellas.

La subdirectora también fue a esas escapadas y refrescantes tareas, como una recogida de caña o limpieza de yerbas, aunque la espalda doliera. Así templamos un poco más el cuerpo y el alma con las “mataduras” de los huesos.

Siempre me gustó el campo y su paisaje, pero respetaba y me horrorizaba el trabajo del campesino.

Siendo aún una niña, mi madre, que gustaba mucho de la música y la poesía, me consiguió una guitarra, porque había vendido su piano, instrumento que desde niña quise estudiar. Ella me enseñó los acompañamientos más sencillos y cantábamos juntas una décima campesina:

*Levántate Baldomera
A tomar café sabroso
Hecha con agua de pozo
Arrimado a la candela...*

Puede que sea tonto y simple, pero se me ocurrió entonar esta otra –en tono también desbalanceado– en pleno campo de caña:

*A María le gustó
del gusto le fue al canto y
casi el campo enmudece
de lo mal que lo cantó;
Pero a partir de ahí,
Y en honor a María, la brigada
llamóse Baldomera...
Si señores, así se llamó.*

Un domingo no fui al campo. Al día siguiente, en el Salón de reuniones, provisionalmente oficina de unas cuantas bibliotecarias, hubo un escarceo inusual; mi oficina colindaba con él y supe su causa: una de las más jovencitas, inexperta y sin malicia oyó cuando contaban el desentono de María y las risas que provocaba, y esa risa en ese momento de lunes temprano, al coger más fuerza logró que la jovencita expresara con un suspiro su ausencia al trabajo voluntario, y dijo:

“No simpatizo con esas cosas del campo... me quedé en mi casa”, y luego confesó no haberse divertido nada en el fin de semana... a lo que el escarceo subió, mientras otra arengaba: se acabó, es hora de trabajar.

Cuando la crisis del agua se hizo aguda María pregonaba que el personal de la Biblioteca era de “ángeles ceráficos” porque no necesitaban el agua pues “carecían de los órganos idóneos...”.

El almacén de libros de los siglos XVIII y XIX con que se inició la Biblioteca Nacional en 1901, nutrieron los fondos organizados que dieron lugar a un sinnúmero de investigaciones en lo que a partir del 14 de diciembre de 1961 se llamó Colección Cubana, cuyos trabajos han sido publicados por la institución.

Allí mismo Juan Pérez de la Riva, además de su trabajo en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, fue el ponente y redactor de un valioso prólogo que hizo al cuaderno de los grabados de la Flota inglesa en la bahía de La Habana, al cumplirse el bicentenario de la toma de La Habana por los ingleses. A la par de otras publicaciones se consagró al buceo en busca de mapas y creó y desarrolló la mapoteca que probablemente no hay otra igual en el país.

Cintio Vitier y Fina García Marruz dieron brillo a las primeras investigaciones literarias en la Biblioteca Nacional, y prueba de ello son sus obras sobre Mozart ensayando su *Requiem*, *Temas martianos*, y tantas otras que proyec-

taron, desarrollaron y publicaron mientras trabajaron en ella hasta 1977.

Los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí, también tenían algunas partituras que nunca se habían dado a conocer del mundo de las artes. El cubano siempre tuvo un gusto especial por la música; se le pega el ritmo y suele gustarle el baile y el guateque, sin ser ajeno al folklore nacional y sus componentes humanos y sonoros. En ningún momento de la historia de Cuba dejó de haber conjuntos y orquestas populares ni ritos religiosos.

No han faltado creadores, buenos intérpretes y compositores de fama internacional a las canciones y boleros, al son cubano y a la rumba. Tres violinistas importantes hubo: José White (1836-1918), muy conocido en la Corte de los Braganza de Brasil; Claudio Brindis de Salas (1800-1872) y Claudio José Domingo Brindis de Salas, el Paganini de ébano (1852-1911), también mestizos, que supieron de la miseria a pesar de sus habilidades, a consecuencia del racismo y de la sublevación de negros a principios de la República de injustas implicaciones.

La música popular aún está rezagada en cuanto a su estudio, aunque tuvo en el siglo xx brillantes compositores e intérpretes como Eduardo Sánchez de Fuentes (1874-1944), Manuel Corona (1880-1950), Sindo Garay (1867-1968), Moisés Simons (1889-1945), Eliseo Grenet (1909-1988), Miguel Matamoros (1894-1971); Rita Montaner (1900-1958) y Benny Moré (1919-1963), a

quienes sólo se les recuerda cada año; Ignacio Villa, Bola de Nieve (1911-1971). Hay libros sobre ellos o que sólo se refieren a ellos con comentarios sin suficiente análisis.

Compositores muy destacados y prolíficos, fueron Ignacio Cervantes (1847-1905) y sobre todo Ernesto Lecuona (1895-1963). A escala mayor pertenecen al siglo xx Alejandro García Caturla (1906-1940) y Amadeo Roldán (1900-1939), a quien le supera Harold Gramatges (1918), Premio Iberoamericano de Música Tomás Luis de Victoria, 1996, y Leo Brower (1939), afamado guitarrista, director sinfónico y compositor a quien se le vio alguna vez en aquellos tiempos, muy joven de visita en la Biblioteca Nacional.

Esos antecedentes y sin apoyo oficial, dieron lugar a que la nueva directora de la Biblioteca pensara que era hora de crear un grupo o equipo de musicólogos que se pusieran a investigar y promover lo que también era un esencial componente de nuestra identidad. De inmediato convocó a concurso la plaza de jefe del Departamento de Música; Argeliers León lo gana por su expediente, y en poco tiempo integra su equipo de trabajo.

Por supuesto, la obra de don Fernando Ortiz había sentado una sólida base. Alejo Carpentier en 1946, publica *La música en Cuba* en la editorial Trópico del Fondo Cultura Económica de México. A favor del nuevo departamento estaban esos estudios musicológicos y, en ese momento, se podía incrementar la investigación en los diversos géneros y espe-

cialidades salidas de distintas raíces. Institucionalmente sólo existía el Museo Antropológico Montané en la Universidad de La Habana, dedicado a los atributos e instrumentos musicales para los ritos afrocubanos. No había ni museo de música, ni instituto de alto nivel de estudios, ni un Consejo Nacional, aunque sí habían existido algunos conservatorios, sobre todo particulares, principalmente en La Habana.

En las ciudades más importantes siempre hubo profesores particulares de piano y alguno de guitarra. El primer instrumento constituía, sobre todo, una virtud más para una muchacha joven. El violín y los instrumentos de viento eran casi por completo llevados por la tradición familiar.

Como ayudantes, Argeliers trajo a un músico joven, Gonzalo Roméu, y a un musicólogo en ciernes, Antonio Acero, que pasó al Ejército Nacional poco después. María Teresa Linares siempre fue su ayuda principal. Zoila Lapique, muy entendida en la música y a quien yo le decía “la bibliotecaria erudita” por la rapidez con que encontraba el más escondido enigma histórico, le fue propuesta por la directora que bien la conocía por haber sido su alumna.

En realidad el departamento se convirtió en esos momentos en el centro para los intercambios importantes y necesarios de los músicos. Ellos ofrecían además de algún concierto, su experiencia, lo que antes tenían que agradecer al club privado Lyceum Lawn Tennis. A partir de esta nueva situación y atmósfera creadora, si algo sonó en la Biblioteca fue la música y su diversidad.

Argeliers dirigió el primer concierto en la Biblioteca Nacional en primera audición de las *Rítmicas* de Amadeo Roldán, a treinta y dos años de su creación. Le siguió el septeto Típico Habanero, al cual él mismo reagrupó e hizo el análisis de su trayectoria en la presentación. Le siguió la orquesta de Félix González, el conjunto de Claves y Guaguancó, así como el Conjunto de Cámara. El pedagogo alemán Kurt Phalen ofreció un cursillo a maestros de música sobre la educación musical del niño a invitación del departamento.

La promoción a los conciertos, cursillo o historia de la música que se ofrecían se hacía oportunamente. En algunas ocasiones un vehículo con altavoz también anunciaba en la zona las actividades que se efectuarían, y el público respondía a sala llena.

Las investigaciones dieron lugar a variadas ediciones modestas o más modestas, pero muy bien documentadas. Entre las publicaciones estuvo la *Revista de música*; la serie de folletos de música yoruba, batu, abakuá, guajira, condoneros, y rumbas, más una guía para informar, las peculiaridades locales de la música en las distintas regiones del país. El *Catálogo de canciones cubanas*, del siglo XIX, coedición con el Consejo Nacional de Cultura con referencias a las comentadas en el *Papel Periódico de la Havana* entre 1791 y 1793 y la *Havana Artística* en 1800. En 1964 sale *Música folklórica cubana* también de Argeliers León. Zoila Lapique ya por el año 1979 publicó en la edito-

rial Letras Cubanas *La música colonial cubana* salida de su experiencia en la Biblioteca. Se realizaron las grabaciones de danzas y danzonetes a partir de las partituras originales de la Biblioteca, y un disco del Departamento de Juvenil.

Por otra parte, la Sala de Servicio al Público no sólo presta libros y publicaciones, también facilita audífonos, para disfrutar o estudiar el disco solicitado.

Usualmente nos topábamos con Juan Blanco, con sus primeras experimentaciones de la música electroacústica, o con algún otro miembro de la pléyade de folkloristas, compositores, intérpretes o ambas cosas que entraban o salían del departamento, o realizaban colaboraciones en las actividades del Salón de acto; muchos de ellos también ensayaban en dicho salón. Así pasaba con Carlos Fariñas, Jesús Ortega, Edgardo Martín, Rolo Rodríguez, Lid Juárez, José Bidot, Alberto Marín, Miguel Barnet y Rogelio Martínez Furé.

Con avatares y todo lo demás, si la cultura tuvo tropiezos, salió del subjetivismo y subió su nivel y exigencia. Ante las nuevas alternativas se crea la dirección de Etnología en la Academia de Ciencias y Argeliers León pasa a su dirección. A Zoila Lapique se la traslada al Departamento de Colección Cubana donde también es eficiente y hace falta. Surgen los cambios de dirección, y se agudiza la debilidad en algunos departamentos. Sin embargo, se había rendido un buen ejemplo de trabajo creador porque existía la voluntad de entendimiento junto a

la motivación constante a los que se consagran a su trabajo.

De igual manera puede decirse que lo mismo pasó en el Departamento de Arte; en este caso se presentaron alternativas de trabajo ampliadas en museos y galerías en todo el país; se crea el Instituto Superior de Arte (ISA) y las Escuelas de Instructores de Arte, y por lo tanto nuevas plazas para profesores de esa especialidad en las escuelas nuevas y en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, adonde se integran María Elena Jubrías, Luz Merino y Oscar Morriña. Al mismo tiempo se encarecía –sin suficientes divisas– el costo de los libros de arte, las publicaciones y las reproducciones. No obstante, a los principales centros de estudio pasó la semilla de un buen trabajo por la cultura. Aunque no sólo el Departamento de Arte de la Biblioteca Nacional dio su aporte en este aspecto, pues no puede obviarse a la cátedra de la Escuela de Filosofía y Letras, verdadera matriz de los destacados profesores Luis de Soto y la muy estimada y querida Rosario Novoa.

En las mismas dos oficinas de la subdirección trabajaban la secretaria y el equipo de Extensión Bibliotecaria, compuesto por unas cuatro bibliotecarias, alguna técnica y se prestaba atención a las pequeñas bibliotecas obreras y a su responsable voluntario.

Muy difícil era conseguir una buena colección para entretener y a la vez superar, por lo menos en historia a traba-

jadores cuyo nivel educacional no sobrepasaban el tercer grado de primaria, pero que tenían sus cursos de superación y querían leer. Una vez nos encontramos que en una venta de libros editados en México por el Fondo de Cultura Económica, una fábrica de 600 obreros había comprado por su cuenta la *Utopía*, de Tomas Moro, a Adam Smith y a David Ricardo... Nosotros, por supuesto, tratábamos de completarle sus propios libros con pequeñas dotes de libros en préstamo que se podían cambiar cuando ellos lo estimaran oportuno. Alguna obra apropiada se les comentaba, a veces, con algún escritor que conmigo se decidió a ir, y en los comentarios finales uno de esos obreros estaba consternado porque no entendía cómo personas de buen vivir podían tener conductas no aceptadas por la sociedad.

El caso es que una noche nos invitan a una gran asamblea que se desarrollaba en La Lisa y allí fui con la intención de hablar del papel de la lectura personal, fue algo muy breve y sin pretensión alguna. Al terminar, un hombre de unos cuarenta años decide preguntarme, para mi absoluta consternación, que cómo habían permitido publicar el libro *Paradiso*, de José Lezama Lima por inmoral. Respirar lo hice dos veces para contestar que por qué aferrarse a determinadas páginas solamente y no se fijaban en las que trataban de la familia y sus comidas, las relaciones familiares y las de amistad, sus comidas y su entorno. Con mis pobres palabras se acabó la asamblea.

En este homenaje a la Biblioteca Nacional José Martí por su primer centenario –que bien se lo merece después de tantas vicisitudes–, deseo referirme a la perduración de algunas expresiones de la ética profesional indispensable que he podido apreciar. No siempre el tiempo que pasa se hace tan distinto al precedente por mucho que hayan cambiado el hombre, su ambiente y sus instrumentos de trabajo. Si en este homenaje se ha hecho alusión a los fundadores de la institución con sus avatares, no es menos que en ello va también el reconocimiento a las personas que desde los oficios más humildes y servicios de mantenimiento también han sido leales a su cuidado; conocí a algunos de ellos que aún respeto; dejaron un hijo o un nieto que heredaron su condición de incondicional respeto a su tarea, y cuando no eran verdaderos herederos, contagiaban al nuevo trabajador. Como en toda realidad del hombre a cualquier nivel puede surgir el o la que sólo le interesa el provecho propio y por mucho daño que hagan, y lo han hecho, los que se apegan, los que se encariñan y consagran a un trabajo por lo que sea, son más; yo, no esperaba tanto como Nicolás Guillén en el mensaje que nos dejó. En las salas, en Referencia, en Información al llegar. En los almacenes cuando fui a ver el espacio de la tribuna improvisada del 26 de julio y los campesinos, en la oficina de la bibliografía y todo lo que ha tenido que ver con este trabajo, he sentido la mejor atención y el deseo de cumplir con su servicio, que no creo sea sólo para mí, porque sería una gracia a una mujer de ochenta y un años que hacía mucho

tiempo que no tocaba la pluma más que para hacer alguna carta.

Por cierto, poco antes del período especial –del que estamos despegándonos más aprisa de lo que en un momento se pensó– y desprendida de toda obligación laboral, me dirigí al Consejo de Estado por medio del ministro de Cultura, Armando Hart, para recordar a las autoridades más altas del Gobierno los requerimientos de climatización para los Fondos de la Biblioteca Nacional y fueron bien acogidos. Pero el proyecto y ajuste necesario no se pudieron realizar debido al acoso del norte, con guerra bacteriológica inclusive, pues llegó el período especial entre apagón y apagón y restricciones sin cuento, ¿qué podía hacerse, sino esperar a salir de esa coyuntura y terrible que cayó de sorpresa?!

Por el año de 1950 cuando hacía el curso de especialización en bibliotecología, la doctora Freyre de Andrade recomendó como una de las lecturas la *Misión del bibliotecario*, de José Ortega y Gasset donde este decía que no sólo el libro había traído al mundo su desarrollo, sino también que el bibliotecario era el filtro entre el libro y el lector en la biblioteca. Y nada hace sentirse mejor que el deber cumplido con el servicio que nos toque sobre todo cuando lo hemos elegido –el de la Biblioteca desde cualquier lugar que se ocupe en ella, o el de cualquier otro servicio.

Un día, cuando realizaba una cooperación con el Instituto de Historia de la Revolución, tuve que venir a la Biblioteca y fui atendida hasta el punto de prestarme periódicos que ya no se po-

dían ofrecer al público debido a su deterioro. Todas las premoniciones que habíamos hecho en los años sesenta eran pálidas en cuanto al referido deterioro, pero este también se veía en los muebles. Grandes y pequeños, todo organismo de esta naturaleza necesita el presupuesto que pueda cubrir constantemente el desgaste de libros que hay que renovar, sin descontar las novedades que cubran el nivel correspondiente; equipos e insumos más el mantenimiento higiénico de su entorno, dentro y fuera de su edificio, sin descontar, por supuesto, el personal capacitado para su trabajo interno y el servicio al público, porque si los fondos son sangre y corazón, el bibliotecario es el oxígeno que le impulsa y como decía Ortega y Gasset, los filtra.

Y basado en todo esto, quiero destacar el papel del Departamento Juvenil y del poeta Eliseo Diego, laureado con el premio Juan Rulfo, cuya labor realizaba allí muy a gusto.

El periódico *La Jornada* de México publica una entrevista –entre otras muchas a Eliseo Diego– cuando recibe ese premio y la primera pregunta que le hace la periodista Ana María González es “¿Cómo se le ha tratado en Cuba”...? Según Eliseo había entrado a trabajar durante los primeros años de la Revolución en la Biblioteca Nacional José Martí, y hace y reitera su elogio a la directora, María Teresa Freyre de Andrade, y continúa expresando cómo en el Departamento Juvenil sintió una felicidad muy grande, porque allí recordó lo feliz que había sido en su in-

fancia por los libros que sus padres podían regalarle y que los niños pobres de Cuba nunca pudieron tener, pues el dinero sólo rendía para comprar el alimento... Critica las traducciones españolas de los clásicos y afirma cómo le dio por incentivar la edición de libros para niños. En ese departamento adaptaba los cuentos para su narración y contribuyó a formar narradores junto a la compañera María del Carmen Garsini. Junto a María Teresa, allí se editó un manual sobre la literatura infantil. También se refiere a una observación que él hace sobre la prensa en México: “Es justo hacer notar aquí, sobre las acusaciones tan severas que se decían en las Naciones Unidas contra Cuba y que no eran verdaderas como que la Revolución cubana había abolido las editoriales, pero mal podía abolir algo que no existía... las editoriales cubanas las creó la Revolución...”.



El Departamento Juvenil llegó a ser ejemplar y sus servicios se extendieron desde 1962 a cada una de las bibliotecas públicas que se iban creando o fortaleciendo en las otras provincias. Su salón llegó a ser muy acogedor por la presencia de alguna buena reproducción de pintura, el mapa de Cuba, y un mapa mundi esférico al lado del

“burrito verde” –artesanía mexicana de fibra– que posaban sobre el estante que agrupaba un buen diccionario y las obras de consulta especializadas; las plantas, una aquí y otra allá; los niños o jovencitos viendo una cosa o la otra, haciendo sus tareas de la escuela o leyendo algo, mientras otro buscaba un libro y, una bibliotecaria atenta, enseñaba y observaba a otro de los visitantes a usar el catálogo. Realmente era estimulante observarlo...

El trabajo interno se prodigaba entre las obras nuevas y la atención a las que se podían arreglar: se usaban mucho y pronto había que sustituirlas.

Las narraciones, agrupaban a los niños sentados en el suelo, y sin escenografía alguna, sólo se sentía la voz de la narradora, y se realizaban, no recuerdo bien, si dos o tres días a la semana. El espacio del coro para las prácticas y conciertos era el Salón de actos de la Biblioteca, que también contribuía a incrementar la disciplina de los integrantes del coro y de los asistentes. Se llegó a grabar un disco, pues Carmen Valdés era genial por la forma, rigor y conocimiento que les transmitía sin grandes esfuerzos. En algunas ocasiones especiales sus conciertos llegaron a llevarse a algunas escuelas.

Otros muchachos, entre siete y diez años, tirados al suelo del vestíbulo del departamento, aprendían a usar colores y pinceles y en el papel que se podía encontrar, pintaban bajo el estímulo que les ofrecía Ulises Cruz –fechas patrióticas, un huracán, etcétera– y llegaron a ganar algún premio internacional. En estos momentos, él dirige el Centro de

Estudios José de la Luz y Caballero, que cubre distintos círculos de estudio para niños y jóvenes, cuyos padres también asisten, porque además hay una biblioteca. El ámbito es uno de los palacios restaurados en La Habana Vieja.

La Juvenil de la Biblioteca Nacional también desarrolló otro instrumento de ayuda a los maestros de primaria para estimular algunas clases: “el archivo vertical”, que lo hizo y atendió otra bibliotecaria de experiencia, Mercedes Meneses, para quien no había revista duplicada y vieja que desechara sin sacar la lámina que mucho podía completar cualquier clase en el aula. Muy cercanas al interés de la propia directora, María Teresa, eran todas estas actividades que en sí dirigía otra bibliotecaria consagrada y de experiencia como Audry Mancebo.

Sin dejar de lado su poesía, Eliseo editó una obra curiosa y elocuente sacada de los Fondos propios de la Biblioteca, que no era su poesía pero está llena de ella. Ese libro, *Muestrario del mundo o libro de las maravillas*, es un homenaje a don José Severino Boloña, famoso impresor del siglo XIX que en gráfica y décimas sobre sucesos “memorables” que según Eliseo quizás provenían del “Patíbulario adorno de sus patillas adelantadas en parentesco con “su bestiario” para la edificación del miedo... y esa baraja cruel de sus esquelas mortuorias? “...registro de sus entrañas para uso y regalo del sueño... mientras simula relatar la historia de la imprenta...” y, cuando llega al sumario Muestrario de La Habana, yo cito uno de sus asuntos “Apoteosis del papalo-

te”; como se ve, puesto a saltos del delicioso prólogo de Eliseo.

El Departamento Juvenil tuvo su momento crítico. Alguien empezó a pensar y presionar que no era propio para una Biblioteca Nacional, y además su espacio podría ocuparlo una emisora vinculada al Departamento de Referencia que pudiera ser tribuna de los intelectuales extranjeros que nos visitaban, y además desde ella se podían responder consultas. Por supuesto, hubo oposición y, discutido el asunto decidióse hacer un muestreo de los asistentes al Departamento para saber cuántos y de qué zonas eran. Todos los servicios tenían su estadístico, así que sólo hubo que contar. El resultado fue tan elocuente, que la iniciativa se frustró.

Desde 1961 a 1967 el Departamento fue “piloto”, pues a él llegaba personal desde las bibliotecas públicas de provincias y municipios para su entrenamiento, así como de los estudiantes de la Escuela de Técnicos Medios, también fundada por la Biblioteca Nacional José Martí. El entrenamiento comprendía las narraciones, las artes y la atención directa a los más pequeños lectores e inclusive a los más grandes.

Extensión Bibliotecaria dio atención a tantas pequeñas unidades, como asientos tiene el salón de actos que se llenó de obreros responsables de pequeñísimas bibliotecas en industrias y otros centros de trabajo; la intención era ofrecerles una información general de nuestros servicios, intenciones y dificultades, así como conocer las de ellos.

Las palabras finales las dijo la directora, María Teresa, sobre el tema de la importancia de la lectura y el papel que desempeña la Biblioteca en su comunidad. Terminado el acto se les ofreció un modesto bufet junto a un gracioso búho de papel, símbolo del boletín de la Biblioteca Nacional, como recordación del acto.

En el campo de la cultura y sobre todo cuando se pasó de la Dirección de Cultura al Consejo Nacional, las plenarios fueron asambleas generales celebradas en las provincias y ello sirvió para sondear su situación en el país. Lo que se sabía era pobre y había que calibrarlo en sus necesidades perentorias.

Dentro del sector de las bibliotecas, la Nacional, autónoma en los primeros dos años, pasó del Ministerio de Educación al CNC bajo la presidencia de la doctora Vicentina Antuña, respetándosele su especificidad.

Desde los primeros momentos, la Biblioteca Nacional había tomado el camino del humanismo en función de la cultura, y así llevar por delante la educación y sensibilidad humana, o sea, el servicio del hombre al hombre: elementos que deben ir juntos y lo más parejo posible.

En la década de la dictadura, cumpliendo al parecer con la Constitución del cuarenta, se hicieron intentos para situar bibliotecas en cada municipio, aunque con precarios recursos. Sin embargo –por excepción– quizás funcionó realmente alguna, pero la experiencia y curiosidad me llevó al análisis de lo que conocí directamente en el entonces municipio de Holguín, con

más de cien mil habitantes, e importante y rica región, a pesar de los pobres menesterosos que en ese tiempo pedían limosna de casa en casa y de “café en café”. En el ayuntamiento de esa ciudad, donde un alcalde auténtico, García Benítez, crea una escuela nocturna para trabajadores, conocí la biblioteca: unos doscientos libros estaban apretujados en un estante cerrado con puertas de cristal, y oxidada cerradura, que no tenía a nadie que se ocupara de ella.

Unos años después, por ser fundadora y ejecutiva del Colegio Nacional de Bibliotecarios Universitarios en los años cincuenta, sabía que al triunfo de la Revolución, no había más de cincuenta bibliotecarios profesionales en el país. Dos o tres de ellos estaban situados en Santiago de Cuba como Aida Quevedo, y en Matanzas, Guillermina Harvest. Técnicos había algunos en La Habana salidos de cursos ofrecidos en la Sociedad Económica de Amigos del País que llegó a tener su revista. Los demás empleados en las bibliotecas eran estacionarios, algunos con la vocación siempre en ciernes y otros de plantilla; su estabilidad era irregular por lo nada estable que resultaba una plantilla de cualquier dependencia del Estado, donde se podía quitar y poner trabajadores según los cambios de liberales y conservadores en su vicisitudinario andar y la búsqueda de votos electorales.

Si la Biblioteca Nacional tuvo que tener una ley de impuesto para su edificio, imaginémosnos qué significaba una biblioteca pública de entonces.

Sólo dos de las seis provincias las tenían: Santiago de Cuba por su benefactor Emilio Barcardí, patriota que se propuso que la ciudad tuviera primero el Museo, que después llevó su nombre para en él recoger la memoria de las guerras de independencia, y después la Biblioteca Elvira Cape; la otra biblioteca, la de Matanzas, fue también de origen patriarcal: la Guiteras; esta última con edificio moderno, la primera en uno neoclásico cuyo sótano sombrío –entrada de coches– dio cobija a la de Santiago.

En la ciudad de Santa Clara, al parecer existía una pequeñísima colección reducida a un rincón del Palacio de Gobierno Provincial. En Pinar del Río no había y en Camagüey si la hubo no nos la enseñaron. Las había en las sociedades de recreo, en logias masónicas y centros teosóficos muy privados. Sólo la del Centro Gallego de La Habana y la del Lyceum Lawn Tennis Club del Vedado ofrecían servicios para adultos y para niños. Ignoro si los de Santiago de Cuba y Camagüey –también de mujeres profesionales de la mediana burguesía– prestaban iguales servicios.

Martí, el inspirador de nuestra Revolución, se refirió en alguna ocasión a la necesidad de satisfacer los placeres intelectuales, mientras que Fidel Castro planteó: “No vamos a decir cree, vamos a decir lee...”. Por eso, todos a uno estuvimos de acuerdo en llevar la lectura al pueblo y, ahora, a 42 años se vuelve con mucha más fuerza y razón para incrementar los esfuerzos de un pueblo más instruido, con el reinicio de una verdadera campaña por el libro junto al hombre y al niño más la computadora.

Actualmente, quizás cueste mucho más la restauración del ejemplar muy usado que sustituirlo. No obstante, los clásicos de siempre, aunque haya que adquirirlos a precios muy altos, son indispensables al igual que las novedades editoriales. Al mismo tiempo ya estamos más conscientes de que no hay biblioteca si no hay sede y personal idóneo. Pienso, inclusive, que quizás fuimos más aprisa de la cuenta en esa época: lanzar al país una red de bibliotecas y a la vez fomentar la escuela de técnicos medios, en tanto el acoso permanente de nuestros enemigos pesaba sobre todo en lo que requiriera divisas y más divisas... Podrán fomentarse en relativo tiempo, pero el costo de su mantenimiento y desarrollo es muy alto cuando la estrategia del país tiene sus áreas preferenciales y hay que comprender que la realidad nos impone en cada etapa más altos los costos de los libros. Impulsar, y crear una biblioteca y un buen servicio depende de cómo se desarrolla este que empieza por el bibliotecario, le sigue la novedad editorial y su promoción para que no decaiga el incremento de sus lectores.

En aquellos efervescentes tiempos se realizó el aspecto fundacional que empezó como una verdadera campaña de conquista de los edificios indispensables, en función de la biblioteca pública en el país. Se consiguió al máximo la expectativa para las capitales de cada provincia y se llegó prematuramente –me cuestiono ahora– a los municipios, antes de crear la conexión y dependencia de los últimos a las primeras y, que luego todas dependan del apoyo al poder popular local, el cual sólo en algunas ciudades tenía un poco más de recursos.

Los viajes a provincia se hicieron sistemáticos cuando se traspasó, correctamente, a la Biblioteca Nacional José Martí la responsabilidad de su atención, y también lo que se llamó Organización Nacional de Bibliotecas Populares del MINED (ONBAP). Años después dichos viajes no pudieron continuar.

Marta Vesa, todavía por la vía del MINED, es quien ubica, habilita y organiza la de Cienfuegos, “Roberto García”; en presencia de la subdirectora se inaugura en 1961 y ha sido nombrada como su directora Olga Hernández, que por su eficiencia fue luego directora provincial cuando se funda la de Trinidad. Estas dos bibliotecas tuvieron también el privilegio de contar con las bibliotecas viajeras y su eficacia pudo ser constatada por la doctora Graziella Pogolotti que vivió personalmente la experiencia: los campesinos y sus niños esperaban en fila el día de su llegada para devolver los libros y quedar con otros, hasta el próximo viaje.

En ese mismo año 1961, el Consejo Nacional de Cultura convoca en Camagüey a una Plenaria donde se plantean las distintas vertientes del trabajo para el desarrollo de la cultura en el país. Allí la subdirectora de la Biblioteca Nacional se refiere al Plan de la Red de Bibliotecas para el país: clase A, B, y C según las posibilidades de cada territorio y sobre todo del edificio que pudieran ofrecer las autoridades locales, a las que pondrían el nombre que determinarían. Para ello se darían facilidades de materiales, muebles y, por supuesto, apoyo para la adaptación del inmueble si se quería. También se les explicó que era necesario que se-

leccionaran un personal para pasar el curso de capacitación en la Biblioteca Nacional. Las bibliotecas tipo A tendrían servicio de consulta y referencia, así como colecciones de libros y publicaciones para leer en la sala y otra para préstamo a domicilio, la sala para niños estaría aparte; se realizaría también el análisis de la prensa y de libros que allí se editaran, y se confeccionaría la bibliografía retrospectiva. Tendrían además libros de arte y reproducciones, así como una sala para reuniones y comentarios de libros; para ello podrían tomar la idea de lo que se hacía en el Departamento de Circulante de la Biblioteca Nacional cuando se presentaba el libro de algún escritor, o cuando un escritor o crítico podía comentar una obra recién editada; de todo eso se pondrían notas de anuncio en la prensa local y en el mural de la institución para que los usuarios se enteraran de las actividades culturales de la ciudad.

En el Departamento de Circulante de la Biblioteca Nacional esas actividades se hacían informalmente con un ambiente de conversatorio en la antesala, donde se reunían los asistentes, si eran quince se hacía y si eran diez igualmente. Por allí pasaron, entre los que recuerdo, Salvador Bueno, a la salida de la última edición de *Cecilia Valdés*; Eliseo Diego comentando *Hijo de hombre*, de Augusto Roa Bastos; Onelio Jorge Cardoso y Félix Pita Rodríguez con sus cuentos respectivos; Jaime Sarusky y su primera novela. Las bibliotecarias de este Departamento también ofrecían comentarios sobre las novedades. En alguna ocasión se pudo ofrecer café.

La Circulante, como la llamábamos, poseía una colección abierta bien compuesta de todo los géneros literarios e históricos. Allí se ofrecía y se ofrece un magnífico servicio. El lector podía escoger directamente en el estante, su género preferido, así como a través del catálogo o ayudado por las bibliotecarias, muy bien preparadas para la atención y conocedoras de la colección a disposición tanto como en qué momento estaría a la disposición una obra prestada porque sería devuelta en tal día. Por otra parte tenían la virtud de la complacencia cuando el usuario necesitaba una ayuda para el trabajo que hacía. Inclusive se dio más de un caso en que a algunos lectores autodidactos, con ideas de escribir, mucha inteligencia y disposición, los fortalecían en la ortografía y la gramática. Mucho contribuyeron a ello Elena Giraldez y Rebeca Fuentes.

Puede decirse que al mismo tiempo que se iniciaba el trabajo con la red de bibliotecas del país, cuando ya se está preparando la colección destinada a una biblioteca pública, se tenía algún personal que venía de la provincia y se capacitaba pasando por todos los servicios que ofrecía la Nacional, así muy poco a poco se fue preparando algún personal cuando se decide fomentar la Escuela. Esta, que primero fue de capacitación, llegó a ser la de técnicos medios que hoy en día ha graduado a unos cuantos cientos de jóvenes —en una época estaba prohibido a los varones por decirse que hacían falta en el campo— y cuyo título permitió el pase para pasar a la licenciatura de Informática mezclada con la Bibliotecología, cuando el alumno no entraba con nivel

de secundaria básica, sino con el equivalente a la enseñanza media superior.

Los planes de estudio, por supuesto, los revisaba la propia María Teresa, inclusive el último que atendió ya no estaba en la Biblioteca Nacional. La primera directora de la Escuela fue Adelina López Llerandi, cuyo origen era de maestra normalista y que había sido alumna de la propia directora, que mucho la distinguía. La subdirectora, con quien ella trabajaba en Extensión Bibliotecaria fue la que la propuso y fue de mucho acierto debido al nivel que Adelina le infundió a la Escuela. En secuencia lógica, al cabo de unos veinte años pasó a otra bibliotecaria de condiciones semejantes al jubilarse Adelina. El orgullo de ellas es que un número considerable de sus alumnos ha llegado a tener importantes cargos en centros de información, lo que la subdirectora pudo constatar cuando celebraron un aniversario en que fue invitada a un cierre de curso o aniversario especial de la Escuela que han querido llamar con mucha razón María Teresa Freyre de Andrade.

A esta altura de los reconocimientos en el primer centenario de la Biblioteca Nacional José Martí me parece que también hemos de referirnos al personal de la institución que contribuyó en todas las etapas, inclusive en la de la alfabetización, que sin tanto nivel educacional, si lo hubo fue a partir de tercer y cuarto grado, alcanzaron el sexto trabajando aquí; uno de estos Raúl Carballea, llegó a tener el nivel de Técnico Medio y ocupó la jefatura de los almacenes. Muchos fueron los que pasaron a la Escuela; y las que más se

lucieron en esa etapa como profesoras fueron Primitiva Rodríguez y María Luisa Gil que luego pasó a la Escuela. Así pues la docencia fue parte de la actividad interna y de extramuros y creo justo destacar sus nombres en el año que se festeja el centenario primero de la Biblioteca Nacional José Martí.

María Álvarez, una de mis ayudantes en aquella etapa, que pasó el cursillo de tres meses, el cual daba los conocimientos indispensables para trabajar en bibliotecas –capacitación–, y que después alcanzó el título de técnico medio, me ha ofrecido todos los nombres de los profesores:

María Luisa Gil: Administradora

Juana Zurbarán: Historia

Bella García Marruz: Letras

María Luisa Antuña: Letras

Israel Echevarría: Referencia

Primitiva Rodríguez: Referencia

Salvador Bueno: Literatura

Juana Hernández: Catalogación

Caridad Lara: Catalogación

Aida Quevedo: Bibliotecología

Blanca Rosa Sánchez: Organización de bibliotecas

Francisco Calle: Composición

A su vez, la Biblioteca contactó a profesores de inglés, francés y ruso para

la enseñanza de estos idiomas al personal profesional.

No en todas partes nos recibieron de igual manera. En extramuros se apreciaba alguna dificultad en la comprensión del plan que se llevaba desde la capital al conjugarlo con el que tenían allí y para el cual ellos requerían una solución particular. No era igual cuando nos invitaban a una unidad militar que cuando se llega a un pueblo a proponer un plan.

En varias ocasiones acompañé a la doctora Freyre. Algunas veces los soldados llegaron a la Biblioteca en servicio como en Girón y la crisis de octubre, y en otras la invitación también era de ellos –sus unidades– porque la más alta jerarquía quería que los soldados se instruyeran.

Un día llamaron de la fortaleza de la Cabaña para que la directora ofreciera una charla y allá fuimos en el jeep que nos vino a buscar y ella, por supuesto, se refirió al papel que la lectura significaba para todos.

En Pinar del Río –no hubo discurso– las autoridades fueron acogedoras y al final de la conversación, después de todas las explicaciones necesarias, se consiguió el edificio del mejor club de la ciudad, que siguió funcionando como tal, porque corrían las mesas, sillas y estantes para celebrar reuniones y hasta fiestas, lo que era difícil controlar. En Isla de Pinos se consiguió con el apoyo del comandante William Gálvez una casa, ni pequeña ni grande, para la biblioteca de Nueva Gerona. En su buena y gentil acogida el comandante

nos invitó a un almuerzo que le ofrecía al doctor Salvador Allende cuando aspiraba a ser presidente de Chile. En alguna ocasión supe que la biblioteca había sufrido avatares por fenómenos meteorológicos, entre otras cosas.

Después de obtener el edificio o casa, el sustento de libros y sus fichas de catálogo más la preparación del personal quedaba a cargo de la Biblioteca Nacional José Martí, mientras que el presupuesto lo ponía el CNC; posteriormente las bibliotecas pasaron al Poder Popular en cuanto al mantenimiento e insumos, sin que existieran las conexiones naturales entre la provincia, sus municipios y sus bibliotecas lo suficientemente fortalecidas.

Al hacer estas notas en conmemoración me doy cuenta que aquella subdirectora llegó a tener una oratoria estratégica de la que antes no se había dado cuenta, y las casualidades la ayudaban. Cuando al faltar la casa para la Escuela se enteró que en el Vedado, en Calle 11 y 4 había una de las residencias de Julio Lobo cerrada, y que quien respondía por ella era Xiomara Lancis, directora administrativa del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX), ya que este organismo había tenido allí su primera escuela para cuadros jóvenes. Fue a verla rauda y veloz y de allí salió con las llaves.

Después fui a la provincia de Oriente y en recorrido de una semana con sede en mi propia casa (en Holguín), visité Santiago de Cuba, Bayamo y Manzanillo y por supuesto como en todas partes visité a las autoridades

de Holguín. De Las Tunas también supe que las autoridades aceptaban el plan, pero que lo decidirían más adelante. Los clubs sociales, por sus espacios y grandes salones –estaba bien claro que no se podía pensar en nuevos proyectos arquitectónicos– eran los más apropiados para su adecuación. Pero el caso era que las organizaciones de masas aspiraban a ellos por la misma razón, pues se prestaban para conmemoraciones patrióticas, la recreación, baile y reuniones. En esos lugares enarbolé el lema que me acompañó a los otros lugares que visité como Camagüey y Sancti Spíritus, acompañada por Blanca Rosa Sánchez, quien era realmente experta en la distribución de los espacios.

A la subdirectora se le oía decir con gran firmeza que la biblioteca estaría a al servicio de adultos, jóvenes y niños, esto es, de todo el pueblo con sus mujeres y sus trabajadores; quienes podrían llevar el libro a su casa, y que además contribuiría con su servicio al desarrollo de la cultura. En ella se podrían celebrar reuniones de otros sectores, siempre y cuando se pidiera autorización.

Solamente Guantánamo en aquel momento fue reacio a enseñar un edificio con distintas justificaciones, sin dejar de hacer sentir que ellos esperaban a la directora María Teresa Freyre de Andrade. De pie, sin dar lugar a sentarse, la conversación con Rita Díaz y Ramón Nuño se dio por terminado el encuentro. Por lo tanto, la subdirectora tuvo que volver al transporte que le había prestado el representante del CNC,

Miguel Ángel Botalín, para regresar a Santiago de Cuba. El empeño de ellos –y de los arquitectos– era una nueva construcción, porque no había otra opción por el deplorable estado de los edificios, inclusive se refirieron a que allí había suficientes materiales de construcción.

En Bayamo, Efraín Montoya apoyó la propuesta para rescatar el edificio que tenía grabado y bien destacado al frente y que por sí solo se imponía, 1868; fecha del Grito de Yara, cuando Carlos Manuel de Céspedes dio la libertad a sus esclavos y comienza la gran Guerra de los Diez Años por la independencia de Cuba ¿Cómo pues desecharla? Ni muy grande y nada chico, aquel edificio así marcado pero utilizado como almacén se convirtió en su destino. En Manzanillo también visitamos y nos reunimos con distintas autoridades, Norma Villiers nos atendió junto a Roque González, de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y Reinaldo Somoza, de la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI). Las Tunas también se hizo eco del compromiso para fundar su biblioteca y contribuir a su adaptación y equipamiento, pero en ese momento no podían todavía pensar en el inmueble.

Santa Clara resultó un caso especial; su biblioteca no fue ni de las primeras ni de las últimas de aquella etapa en nacer como era debido. María Teresa se empeñó en ser ella la que fuera a discutir el problema del edificio con las autoridades de la ciudad. Como en todas partes, existían las conocidas aspiraciones respecto al Palacio Provincial, pero no tuvo problemas y lo consiguió con todas las prerrogativas y el apoyo

de sus propias autoridades. Cuando se empezó a escribir este trabajo, la subdirectora, buscando papeles de ese tiempo, dio con unas palabras propias, escritas a máquina con correcciones de su propia letra a lápiz que fueron las de inauguración de la biblioteca Martí de la ciudad de Santa Clara.

Ella casi sufre un shock, porque no las recuerda. En primer lugar excusa la ausencia de la doctora María Teresa Freyre de Andrade en aquella inauguración, cuyo proyecto impulsó directamente, pero en la misma fecha había sido designada para participar en una reunión de la UNESCO en México. Las palabras terminan hablando de Martí y su amplísima cultura por las constantes lecturas que le permitieron ser el vocero de todo lo nuevo que surgía en el mundo, y de la presencia de V. I. Lenin en todas las bibliotecas importantes en su exilio. Y al final siendo estas mis palabras, sigo sin recordarlas.

Los que me atendieron en Holguín, fueron Víctor González, de las ORI y Adenis Sarmiento, de la JUCEI. Allí no me fue difícil el entendimiento y hasta se llegó al cómo equipar de mobiliario y equipos al antiguo Liceo para convertirlo en biblioteca B con todo lo necesario para su funcionamiento. Su nombre también lo pusieron ellos “Alex Urquiola”.

Así mismo ocurrió en Camagüey donde en otra fecha, Luis Suardíaz y Joaquín Torres representaban al CNC. Ellos nos citaron a Blanca Rosa y a mí para el día siguiente después de la Plenaria. Muy temprano llegamos a sus oficinas radicadas en la aristocrática Sociedad de los Terratenientes. Cuan-

do llegaron, ya nosotros habíamos recorrido todo el edificio. La intención que tenían era mostrarnos algunas cosas a disposición de la biblioteca, y apenas llegaron les expresamos que no había que ver ningún otro emplazamiento porque ya lo habíamos visto todo. Blanca Rosa –muy expresiva y gozosa como siempre de la disposición de espacios–, tomó la palabra y apenas me dejaba hablar, dando una explicación certera sobre dónde iba esto y aquello: el trabajo interno y los servicios, fondos y salas; referencia y biblioteca infantil y hasta creo que allí mismo se le preguntó como la llamarían, ahora sólo sé que ha sido una de las mejores y su nombre es “Julio Antonio Mella”.

De la subdirectora también había que decir que cuando tenía el compromiso de decir unas palabras, para no fallar y salirse del tema, llevaba escrito sus decires. Pero a veces sí le daba bien a la discusión en las reuniones, dándose cuenta además que en general en las ciudades y pueblos de provincia existe una especie de reserva con la “injerencia” de la capital. Los planes nacionales como la red de bibliotecas, me di cuenta que en algunos lugares había que plantearlos como sugerencias, y a veces las reticencias venían de los lugares más olvidados y no por el pueblo en general, sino por personas en particular...

Para abril del Año de la Liberación estaban reinstalados en Cuba, procedentes de Venezuela después de catorce años de residir en ese país, Alejo y Lilia Carpentier.

No creo que pasaran más de unas semanas cuando Alejo llegó a la dirección de la Biblioteca Nacional a saludar a María Teresa –en mi presencia–. Él, expresaba el gozo de su regreso y se congratuló con la oportunidad de María Teresa para echar a andar planes no soñados para una institución como lo era la Biblioteca Nacional que renacía.

Bien se sabe lo grata y expresiva que era la conversación del ya destacado escritor cubano. Esa visita, no fue la única.

A mediados del año se apareció en mi oficina, vociferando como solía hacer, moviendo de arriba-abajo los brazos: “Chica, no encuentro el libro de Mañach sobre Martí. Debe estar presente en la colección para el Festival del Libro Latinoamericano dedicado a Cuba. Sólo me falta ese para completar la Colección ¿Cómo pudiera encontrarlo? La Biblioteca no lo tiene. Te prometo la primera edición cubana...”. Y yo lo tenía, así que le riposté que no se agitara más que le traería el mío.

El primer lanzamiento se hizo en el Salón de Reuniones de la Biblioteca que nosotros aún no habíamos usado. Era el Primer Festival del Libro Cubano con la Revolución en el poder. Las fotos de ese día recogen la solemnidad de los rostros, tanto de Carpentier y José Antonio Portuondo como de la directora y subdirectora que recibían la donación.

A posteriori, en 1966, otra vez Alejo estaba más que nunca presente en la Biblioteca. Frisaba sus 62 años y 45 de trabajo intelectual cuando había tenido un rotundo éxito editorial por *El siglo de*

las luces, y la dirección de la institución acordó hacer una bibliografía activa y pasiva de su obra a nuestro alcance.

Él aportó toda la documentación que le valió el acondicionamiento y atmósfera del desarrollo de su obra, que en exposición, resultó ser del mayor interés al público. Graziella Pogolotti escribió la introducción al catálogo y a la bibliografía con bisturí por pluma, y no por breve, dejó de ser un análisis acucioso de la esencia de su obra en general, hasta ese momento. Recopilada en aquella ocasión por Marina Atía esa obra siguió incrementándose tanto como su bibliografía pasiva. Ediciones y reediciones se sucedieron en todas las lenguas universales, lo que da lugar a una de las bibliografías más amplias de autor, que en seguimiento constante se actualiza por Araceli García Carranza, la responsable de la bibliografía nacional.

Alejo sabía que sus papeles son patrimonio; por eso, sin alarde alguno, hizo la entrega de su mayor tesoro en varias etapas hasta terminar la entrega cuando ya lo habían elegido primer Premio Cervantes de Cuba y primer Premio Cervantes de América Latina, en reconocimiento a lo que representaba para él la Biblioteca Nacional de Cuba.

Ese gesto reafirma algo de su mayor interés, pues así hace gala de su más auténtica realidad: su cubanía.

El campo de una parte, “la ciudad de las columnas” –La Habana– de otra, le dejaron de la España vetusta, la picaresca –que nunca fue vetusta– y el Cervantes mismo; y del parque, cuyos bordes tam-

bién vivió, recogió los decires de nuestro pueblo ya mestizo en su cultura.

Otro decir guardo, para un punto final de mi memoria sobre la Biblioteca Nacional José Martí y del hombre que siempre aprecié como nuestro escritor mayor. Al verlo en el hogar junto a Lilia, en la oficina de Caracas, en Cuba, en su casa de París y en su oficina de la Embajada cubana como Ministro Consejero, donde con gran celo de consagrado diplomático cumplió en algunos momentos la máxima autoridad y responsabilidad cuando le tocó hacerlo, bien comprendí, su entrega completa...

Este último período, el llamado período especial ha afectado a todo el país y a algunos frentes más que a otros. Faltó la luz eléctrica con apagones diurnos y nocturnos; hubo que reducir horarios; el transporte se hizo imposible para los trabajadores de todas partes; el correo y la correspondencia con la Biblioteca se afectó más; la falta de colaboración externa impidió las operaciones mercantiles y no mercantiles y en ello iban los libros de nueva edición sobre Cuba y extranjeros en general, por lo que disminuyeron al máximo las librerías, la prensa y las revistas, mientras que las divisas también disminuían, y las urgencias y prioridades eran muchas. Todo fue peor de momento por la caída de los países de Europa del este y la propia Unión Soviética, y en resumen no hubo cómo adquirir equipos e insumos faltantes, lo que en aquel momento empezaba a hacerse realidad.

Sin embargo, también puede decirse que si no había bombillos, la Biblioteca no cerró del todo, aunque su horario se restringió. La clasificación y catalogación continuó, a pesar que el personal de experiencia se jubiló en la medida de lo posible. El servicio en las salas se demoraba mucho. Hubo un estancamiento real y general entre tres y cinco años. La recuperación empezó; lenta y sin dar marcha atrás se hace sentir también en la Biblioteca Nacional José Martí.

Sin embargo, hemos de confirmar que es mucho más difícil la recuperación que la creación, cuando se pierden algunas conexiones indispensables. Aparte, es hora también de revisar los métodos de trabajo cuando además es época de adelantos tecnológicos que enriquecen las posibilidades infinitas para la actividad informática. No es el tiempo de Martí. Tampoco el de cuarenta y dos años atrás.

También es hora de reconocer con más quilates a la profesión del bibliotecario; el que quiera puede hacerse además informático o viceversa. El resultado de su trabajo es tan indispensable como el del médico. Estos profesionales son tan indispensables al lado de los científicos, investigadores, como al lado de los humanistas en general, aunque ni el médico ni el bibliotecario ofrecen dividendos materiales, su trabajo, en un caso salvar vidas y en el otro la historia y la actualidad de las ciencias, las técnicas y las artes.

Esta profesión, en Cuba, no tiene más que unos sesenta años de vida. Recordemos que teníamos muy pocos profesionales y unos menos, “los estacionarios”, con ex-

periencia de servicio y control de libros y publicaciones según llegaban a la institución, cuando ya había bibliotecas importantes en el mundo.

Nuestra Biblioteca Nacional y las de provincias y municipios, a esta altura, requieren mayor presupuesto y acceso a insumos, acorde con el adelanto y desarrollo en Cuba de las escuelas y el nivel de instrucción alcanzado.

Anteriormente sólo a nivel personal, los integrantes de la clase media profesional, podían tener todos los libros a mano en su casa. Ahora ni a los millonarios les caben en sus distintos palacios, porque las opciones son también millonarias tanto de libros importantes, como de publicaciones seriadas, hasta el grado, de que la computadora se hace también indispensable. Por todo ello entiendo que en el centenario de la Biblioteca Nacional José Martí, y dada la supervivencia del organismo, llegó la hora de hacer valer sus necesidades materiales. Ya marchan... pero hay que apurarlas.

Notas

¹ Sejourmé, Laurette. *Testimonio. La mujer cubana en el quehacer de la historia*. México: Siglo XXI, 1980. p. 227.

Contiene discursos de los primeros años del Comandante Fidel Castro y múltiples testimonios.

² Aungerville, Ricardo de (Ricardo de Bury 1345). *Filobiblión*. Madrid, Aguilar, [194] “Crisol” pág. 131-133.

³ Kuchilán era el seudónimo de un periodista popular del periódico *Prensa Libre* y esa frase era su “excorta”.

La maravilla en los predios de Boloña

Graziella Pogolotti

Ensayista, profesora de la Universidad de La Habana y vicepresidenta de la UNEAC

A la memoria de Regina Trobo

Era una mañana de marzo del cincuenta y nueve. Decidí pasar por la Biblioteca Nacional para testimoniar mi felicitación a Maruja Iglesias, recién nombrada subdirectora. Al verme, me preguntó si quería saludar también a María Teresa Freyre de Andrade, que se estrenaba al frente de la institución. Vacilé. Apenas la conocía y pensé que ella no recordaba nuestros escasos encuentros. En mis días de estudiante, cuando el parloteo rompía los límites de lo permisible, la había visto asomarse a la puerta de la hemeroteca universitaria para recla-

mar, severa, el silencio necesario. Luego, en los meses que siguieron al golpe de estado de Batista, compartimos la redacción de un periodiquillo clandestino, de breve circulación, nombrado *El cubano libre*. Supe después de su renovado exilio —el otro había sido en la época de Machado— cuando entre tantas víctimas, cayeron sus tíos, los hermanos Freyre de Andrade. Ahora, pensaba, habían transcurrido cerca de siete años desde nuestro último encuentro.

Para mi sorpresa, María Teresa me recibió efusivamente. Sin preámbulos, me ofreció trabajo. Confundida, le dije que no era bibliotecaria. No importa, respondió tajante y añadió una frase que escuchaba por primera vez y le escucharía repetir a través del tiempo con una frecuencia casi obsesiva: tú lees. Una biblioteca es, ante todo, un centro de cultura. Insegura, yo seguía vacilando. Podemos probar durante tres meses, añadió. En pocos minutos, todo estaba arreglado. A la mañana siguiente, a partir de las ocho, yo empezaría mis funciones como asesora del Departamento de Selección y Adquisición de libros. En un abrir y cerrar de ojos, casi



De izquierda a derecha: María Teresa Freyre de Andrade, Juan Pérez de la Riva, María Teresa Linares, Argeliers León, Israel Echevarría, Sara Fidelzait, Dolores Rovirosa, María Iglesia, Tauler.

por azar, se iniciaba para mí un intenso aprendizaje. Descubrí la inmensa alegría alentada por el trabajo creador forjado en la cohesión de un equipo heterogéneo, unido por propósitos comunes. Mi admiración por María Teresa no ha dejado de acrecentarse. Al verla tan frágil, comprendí el poder multiplicador de la pasión. Sólo ella puede remover montañas. Maruja Iglesias me comentó en alguna oportunidad que, cuando el primer hombre pisara la luna, detrás llegaría María Teresa para instalar una biblioteca. Su padre, el general Freyre de Andrade, a quien veneraba, había contribuido a fundar patria. En el amanecer de la Revolución, a ella le tocaría fundar bibliotecas.

La impaciencia suele acompañar a la pasión. De salud precaria, inmersa en una época en la que la historia parecía andar a golpe tendido, María Teresa quería inundar de libros y de vida aquel edificio marmóreo, erigido como un mausoleo destinado a honrar una cultura petrificada. En las librerías de la ciudad encontré almacenes abarrotados con obras que nadie había estado en condiciones de comprar. Así empezamos a cubrir inmensos vacíos existentes en nuestros fondos bibliográficos. Mientras tanto, arrumbados en la estantería de la Biblioteca aparecían documentos valiosos. Cada hallazgo era una sorpresa. Cada sorpresa ofrecía el regalo de una íntima celebración. Y yo no dejaba de evocar el viejo Castillo de la Fuerza, donde José Antonio Ramos padeció la angustia infinita de su impotencia, carente de patrocinio en su intento desesperado por preservar el patrimonio de la nación.

Poco a poco se fue articulando el peculiar equipo intelectual al que correspondería participar en el diseño cultural de la institución. No recuerdo ya con precisión las fechas y las circunstancias, quizás tan azarosas como las mías, que determinaron la llegada de cada uno. Cintio Vitier y Fina García Marruz se entregaron a la exploración del siglo XIX. Eliseo Diego orientó el modo de acercar a los niños a la afición por la lectura. Preparó personalmente el espacio en semipenumbra para las narradoras entrenadas por él. Allí en una atmósfera propicia, la imaginación de los pequeños, sin reconocer trabas ni fronteras, se desataría a plenitud. Para organizar el Departamento de Música, una convocatoria pública invitaba a formular proyectos. El más interesante resultó ser el de Argeliers León. Junto a María Teresa Linares, promovió audiciones musicales, publicó partituras y una revista especializada. María Elena Jubrías tuvo a su cargo libros, reproducciones de arte y diapositivas, todo ello complementado con la sistematización de cursos y conferencias sobre historia del arte. Zoila Lapique se sumergía en el estudio minucioso de fuentes documentales, sin renunciar por ello a su gusto por la música y, en particular, por la ópera italiana. Mientras preparaba sus *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, René Méndez Capote intervenía en casi todo. Polígrafo, dueño de un saber que parecía abarcarlo casi todo, Juan Pérez de la Riva proseguía sus indagaciones históricas y demográficas, atendía la revista y rescataba hermosos mapas antiguos. Cascarrabias aferrado a su sempiterna pipa, en diálogo íntimo con María Teresa dejaba caer alguna ácida observación. Ya

a solas, ella se limitaba a acotar: “la Biblioteca lo necesita y mi deber es escucharlo”.

Heterogéneo por origen, edad y hasta por vínculos con tradiciones intelectuales e ideológicas diferentes, el grupo logró singular coherencia y organicidad en la articulación y puesta en práctica de las estrategias requeridas para la proyección cultural de la institución. Compartíamos una vocación de servicio y aspirábamos a contribuir, con los medios a nuestro alcance, a la configuración del sueño, siempre postergado, de una república justa y soberana. Pero, la capacidad desplegada por María Teresa en el empeño de aglutinar voluntades desempeñó un papel decisivo. Supo establecer el equilibrio exacto entre el talento particular de cada uno y el diseño de una plataforma hacia la que convergían los esfuerzos individuales. Trabajar dejaba de ser un deber para convertirse en una fiesta. En cada éxito individual reconocíamos, intangible, una parte de nuestra obra. Disciplina y libertad coexistían en plena armonía.

Como un general en campaña, de cuando en cuando, María Teresa hacía sonar una clarinada. Una convocatoria urgente nos reunía, en círculo apretado, en su despacho. “Estamos en crisis”, afirmaba tajante. Cada cual se apresuraba a explicar lo que se venía haciendo, lo previsto para las próximas semanas, los planes en ejecución. “Es cierto”, afirmaba. Y añadía: “pero estamos demasiado satisfechos. Nos vamos quedando dormidos y el que se duerme, muere”. Con ese estímulo, empezaban a multiplicarse las ideas. Se

definían proyectos. Oxigenada, la sangre parecía estallar en las venas.

Formada profesionalmente en Francia, donde pudo conocer las grandes colecciones patrimoniales, María Teresa Freyre de Andrade estudió también el trabajo de las bibliotecas públicas norteamericanas. Conjugó esas experiencias con una concepción lúcida de las necesidades culturales y sociales de un país subdesarrollado en el que se estaba llevando a cabo un dinámico proceso de transformación. El impulso renovador de la Revolución y la quiebra de las estructuras establecidas implicaban, en términos reales, el acceso a derechos hasta entonces calculados y, entre ellos, la posibilidad de adueñarse de zonas del saber, siempre vedadas para las grandes mayorías. Un público nuevo, ansioso por aprender, empezaba a llenar el salón de conferencias. Algo más tarde, campesinos recién alfabetizados acudirían, de la mano de sus hijos, a solicitar libros de las bibliotecas viajeras.

Atenta a este contexto, María Teresa elaboró una concepción original del trabajo que habría de corresponderle a una Biblioteca Nacional. Constituye, a mi entender, un modelo para cualquier país en vías de desarrollo. Era indispensable, en primera instancia, defender, rescatar y preservar los bienes patrimoniales. Por desidia o por irresponsable venta al mejor postor, mucho se nos había ido entre las manos, tal y como seguía ocurriendo en muchas zonas del tercer mundo. Así lo comentaba entonces, en sus frecuentes visitas, Ángel Rama quien había visto, desde la Nacional de Montevideo, escapar mu-

chos tesoros bibliográficos de su país. El Departamento de Colección Cubana se dedicó a una intensa labor de salvaguarda y de búsqueda para recuperar lo perdido en tiempos de abandono.

Esa obra esencial se unió a un programa de acción, típico de una biblioteca pública moderna, dirigido a sembrar hábitos de lectura y a fomentar el interés por la música y las artes plásticas.

A todo ello se añadía que la Nacional se convertía en matriz generadora de una red extendida paulatinamente a lo largo de la isla. La centralización garantizaba, en aquellas circunstancias, el aprovechamiento óptimo de la escasa fuerza de trabajo disponible. Según el modelo establecido, en cada capital de provincia, una biblioteca cumplía, a ese nivel, la doble función, a la vez patrimonial y socializadora.

Como si pensara que el tiempo se le estaba acabando, la impaciencia la devoraba. Un mapa de Cuba tenía señalados los puntos de la geografía donde se proyectaban zonas de desarrollo agrícola e industrial. A las necesidades de cada una de ellas se acomodaría el di-

seño de las futuras bibliotecas. Pero el momento reclamaba también la rápida incorporación de los avances de la ciencia y la técnica a las necesidades del crecimiento económico. María Teresa se propuso abrir un nuevo departamento destinado a ofrecer información actualizada a los especialistas vinculados a la investigación en las áreas emergentes de la producción. La indispensable solicitud de un aumento de personal técnico dedicado a esos fines coincidió con una etapa caracterizada por las medidas dirigidas a frenar el aumento de la burocracia estatal. Le pedí un tiempo de espera. Insistió en su propósito. Relevada del cargo, recogió en pocas horas sus escasos papeles y salió sola, en silencio.

Un breve ensayo de Fina García Marruz contrapone las personalidades de Gracián y Martí. En el primero, afirma, dominaba la cautela; en el segundo, la pasión. María Teresa Freyre de Andrade era de estirpe martiana. Indoblegable, siempre fiel al destino de su país, prosiguió su tarea de servicio como profesora de la Universidad de La Habana.

El escritor y la Biblioteca*

Cintio Vitier

Investigador martiano, poeta y ensayista

La patria de bibliófilos tan ilustres como Antonio Bachiller y Morales, de quien José Martí dijera que es “el autor que más materiales ha allegado acaso para la historia y poesía futuras de un pueblo”,¹ o Carlos M. Trelles, “considerado con razón –apunta Ambrosio Fornet en su precioso estudio *El libro en Cuba*– uno de los grandes bibliógrafos de la humanidad”,² se enorgullece y alegra de recibirlos a ustedes, servidores mundiales de la lectura que dignifica, enriquece y hermana a los hombres.

Por eso lo que se refiere a la praxis específicamente bibliotecaria, también podemos los cubanos mostrar un honroso expediente, desde la fundación de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País en 1793 hasta nuestros días, con figuras de relevantes méritos, como las de Domingo Figarola Caneda,³ primer director de nuestra Biblioteca Nacional, y María Teresa Freyre de Andrade,⁴ refundadora de esa institución desde el triunfo revolucionario,

quien logró convertirla, con sus múltiples y concertados departamentos, en una biblioteca coral o polifónica, no obstante su impecable silencio.

Durante los quince años que, en compañía de mi esposa, trabajé como investigador literario, y después también como responsable de la Sala Martí en el entonces flamante edificio alzado frente a la Plaza de la Revolución, pude acercarme íntimamente a dos realidades de las que tenía muy vagas referencias: cómo es una biblioteca pública por dentro y cuáles son las características de la profesión bibliotecaria.

El trato con los libros, incluso como objetos atractivos antes de ser legibles, me resultaba familiar desde la infancia, pues la casa en que me crié en Matanzas era una escuela, como la biblioteca personal de un maestro de la cultura cubana. En efecto, mi padre, Medardo Vitier,⁵ desde la perenne modestia de sus recursos económicos, había acumulado una escogida colección de libros preferiblemente cubanos e hispanoamericanos, con no pocos clásicos españoles y de lengua inglesa, muchos de ellos procedentes de la legendaria colección del bibliógrafo José Augusto Escoto,⁶ esposo de la inolvidable memorialista matancera Dolores María Ximeno.⁷

Intuitivamente empecé a distinguir, en aquellos mis primeros años de cuadernos escolares y convivencia oscura y diaria con los volúmenes de mi padre, que al estar en sus manos, entrar por

* Este trabajo apareció publicado en el *Booklet* Cero de la 60ª Conferencia General de IFLA, celebrada en La Habana del 21 al 27 de agosto de 1994. pp. 5-9. [N. de la E.]

sus ojos y viajar por su alma, ya no eran iguales a los que, aunque con idéntica apariencia, quedaban solos y como desolados o expectantes en las vidrieras y los mostradores de la Casa Mercado, la librería principal de Matanzas; ni debían ser tampoco iguales a como habían sido en las manos del amigo coleccionista y anticuario, cuyas conversaciones con Lola María —la de *Aquellos tiempos...*—, en las mecedoras de la Biblioteca Municipal según contaba mi padre, le hacían pensar que todas las figuras, mayores o menores, de la cultura cubana, eran para ellos como parientes de su familia personal.

Iba descubriendo así los distintos modos de ser y actuar del libro, de los libros que ya en nuestra casa de La Habana establecerían diálogos nocturnos entre la biblioteca pensadora, en los bajos, de mi padre, y las estanterías poéticas de mi esposa y mías, mezcladas pero no idénticas, con sabores tenaces de sus casas de origen, en los altos.

Otras bibliotecas privadas me impresionaron, como la Enrique José Varona⁸ cuando, presidida por una estatuilla de la Victoria de Samotracia, fue trasladada al Ateneo de La Habana para candoroso orgullo de su presidente, José María Chacón y Calvo,⁹ curtido por soles de playas y serranías a la vez que doblegado por infolios e incunables; y la de José Lezama Lima¹⁰ en su casa-gruta de Trocadero 162, cuyas columnillas salomónicas parecían invitar a una sabiduría *otra*, como si allí pudieran estar reducidas alquímicamente las inmensas bibliotecas de los egipcios y los monjes medievales, pero lo que uno veía, contrastando con la de Varona, no

eran alineamientos de académica pasta española, sino estantes atestados por una hibridez tan indescifrable como fabulosa.

No me eran desconocidas ya, por otra parte, las emociones como iniciáticas de las primeras visitas de estudiante y de estudioso a la Biblioteca de la colina universitaria, donde tuve que extracar horribles mamotretos de las Cortes españolas; a la Municipal, dirigida por un valioso e infatigable bibliógrafo, Fermín Peraza Sarausa;¹¹ y a la más venerable de todas, la de la Sociedad Económica de Amigos del País, ya plantada en el espacio abierto de Carlos III con cierto aire griego, donde en parte compuse, desflorando ejemplares dedicados e intensos, mis *Cincuenta años de poesía cubana* (1952). Era el encuentro extraño y de pronto entrañable con los libros de nadie, los que sabemos que nunca serán nuestros, los que uno lee como despidiéndose, y que tiene que devolver a un silencio que desconocemos. Incluso creo recordar una visita, ya no sé si real o soñada, a una sala de lectura con ventanales marinos, y allí relampagueaba, pletórica y sarcástica, la amarga cubanía de otro fiero defensor de nuestros libros: José Antonio Ramos.¹²

Pero entrar a trabajar en 1962 en las celdillas llamadas cubículos de la Biblioteca Nacional José Martí bajo la dirección de María Teresa Freyre de Andrade, tener acceso a sus misteriosos almacenes levemente recorridos por los pasitos de Carlos Villanueva,¹³ duende tutelar de todos los bibliotecarios habaneros, con la compañía de un súbito y maravilloso grupo de amigos,

más bien amigos que se sumaban a los que ya la fortuna nos había regalado, como Eliseo Diego,¹⁴ Octavio Smith,¹⁵ Cleve Solís,¹⁶ y Roberto Friol,¹⁷ fue como salir de la habitación de estudiante solitario de cualquier instrumento y entrar a formar parte, según ya lo dijimos, de un conjunto polifónico, que en realidad era el hogar soñado de lo que Juan Ramón Jiménez llamara el “trabajo gustoso”.

Investigadores, poetas, referencistas, vigilantes de sala, catalogadoras, usuarios cotidianos de todas las edades, contadoras de cuentos para los niños, responsables de almacén, obreros de mantenimiento, bibliógrafos, colaboradores de la revista, empleados de Hemeroteca, de Información, de Humanidades, Ciencia y Técnica, Arte y Música, Publicaciones, Selección, Canje y Distribución, Taller de Encuadernación, todos aprendimos juntos en aquellos años que una biblioteca pública no es un depósito de libros sino un concierto admirable de vocaciones silenciosas, una especie de religión laica, y un organismo reproductor de cultura viva e irradiante para la comunidad. Al ponerse en contacto el escritor –no como usuario externo, sino como partícipe interno del quehacer bibliotecario– con fondos que en nuestro caso eran los de la entonces llamada Colección Cubana, surgen proyectos creativos que en la soledad de la propia Biblioteca no se hubieran propiciado. Esos fondos, que ya dejaban de ser “de nadie”, empezaban a actuar imaginativamente en el excitante tránsito del escritor al investigador. Así, mi esposa y yo, como nuestros amigos mencionados, nos convertimos rápidamente, saltando la-

guas de formación científica, en apasionados investigadores “internos”. Basten como ejemplos el trabajo de equipo realizado sobre nuestro primer periódico, *El Papel Periódico de la Havana*,¹⁸ o los estudios individuales llevados a cabo por Fina García Marruz¹⁹ sobre Domingo del Monte, por Octavio Smith sobre Santiago Pita, por Roberto Friol sobre Cirilo Villaverde y Juan Francisco Manzano, o la crítica en el siglo XIX cubano por quien les habla,²⁰ además de la inspirada dirección que tuvo en manos de Eliseo Diego el departamento de literatura para niños. Otros ejemplos mayores nos ofrecían cotidianamente –y no podemos aquí ser exhaustivos– Juan Pérez de la Riva,²¹ sabio escrutador del pasado colonial, y Renée Méndez Capote,²² desenfadada y encantadora memorialista de la seudorrepública.

Lo que he querido sugerir con estas rápidas evocaciones es que el escritor doblado en investigador, integrado a un trabajo bibliotecario común, constituye una especie de creador distinto que se enriquece con posibilidades inesperadas y puede rendir nuevos servicios a la comunidad intelectual.

Por otra parte, a mi esposa y a mí nos tocó la suerte de fundar, el 28 de enero de 1968, la Sala Martí, que prestaba un servicio especializado a investigadores y estudiantes, de la que fue órgano el *Anuario martiano*, publicación informativa y crítica que, según palabras del profesor Manuel Pedro González,²³ “serviría como punto de enlace y fuente entre todos los martianos del mundo y principales bibliotecas universitarias y públicas”. Para ello contamos, además

de la colaboración de estudiosos cubanos y extranjeros, con un trabajo bibliográfico sistemático que comenzó Celestino Blanch Blanco,²⁴ y continuó hasta nuestros días en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, nuestra prestigiosa bibliógrafa, alma de la hoy llamada Sala Cubana, y más tarde del Departamento de Bibliografía Cubana, Araceli García Carranza.²⁵ De no haber sido trabajadores de la Biblioteca Nacional, no hubiéramos podido realizar este proyecto, que ha llegado a significar un aporte serio y constante al estudio nacional e internacional de José Martí.

Inspirado en sus estudios de la milenaria cultura china, José Lezama Lima opinó en una conferencia memorable, titulada “La biblioteca como dragón” y leída en la Biblioteca Nacional en 1965, que “toda biblioteca es la morada del dragón invisible”, a la vez que “se apoya sobre la tortuga de espaldar legible”.²⁶

No nos asustemos demasiado. La tortuga aludida por Lezama es la legendariamente nombrada *Pei-hei*, cuyo espaldar interpretado por los sabios dio lugar al llamado *Libro de las mutaciones o de las metamorfosis*, especie de explicación simbólica y omnicompreensiva de la realidad universal, mientras el dragón en cuestión es el emblema de lo inapresable perseguido por el bibliotecario de los príncipes, el doctor Kung-tse (551-479 a.C). Lo que Lezama con estas evocaciones nos recuerda es que la inmovilidad de la Biblioteca edificada en medio de la ciudad, comparable a la tortuga legible como Libro, es meramente aparental, porque en ella mora

el dragón invisible de lo inapresable que esos mismos libros, cifrados en su infinitud como *Libro de las mutaciones o de las metamorfosis*, persiguen incesantemente desde el más remoto origen de la escritura humana.

Entrar en la Biblioteca, pues, viene a decirnos Lezama, no es entrar en un edificio, sino en una persecución, en una cacería sin fin que atraviesa los siglos, pero es también entrar –utilizando un término refuncionalizado por Ernest Robert Curtius– en un *thesaurus* visible de lo invisible, palpable de lo impalpable. Monumento a una final sabiduría que no sabemos dónde está, que simultáneamente es una ignorancia petrificada, irónicamente monumentalizada, y también única flecha –la de la utopía de una *gnosis* integral o cultura definitiva– que unos llaman todavía progreso, y otros apocalipsis de todas las creencias, y otros la eterna futuridad de lo desconocido, como gustéis.

La Biblioteca, en suma, aunque parezca el lugar más quieto del mundo, en las almas ejecutantes de sus servidores y usuarios, se mueve siempre hacia el este, hacia donde sale el sol, como el dragón inapresable del doctor Kunt-tse. Y cuando digo “almas ejecutantes” vuelvo a mi primera impresión de la Biblioteca como polifonía, “aquellas” misteriosas servidoras que conocen los códigos secretos de las escrituras, que oyen al visitante en consulta penumbrosa como de confesionario o de oráculo, que lo guían por laberintos de las que sólo ellos, o “ellas” más bien, tienen la clave, que caminan por los corredores eternos de la Biblioteca de Alejandría, que entregan son-

riendo el tesoro que ansía el príncipe, quiero decir, el niño, el anciano, el obrero, el científico, el campesino, el estudiante. Quiero decir, el único príncipe nuestro, el pueblo. Y más aún, que están dispuestas a ser misioneros y misioneras capaces de curar a mudos y ciegos allí donde el texto, ese milagro humano, no haya podido entrar todavía en la carne de los desposeídos, a los cuales pertenece como la estrella a la noche.

Estoy hablando, amigos, si me excusáis memorias que quisieran despertar las vuestras y metáforas que nos iluminan la vida, de los valores, objetivos y responsabilidades de la profesión bibliotecaria e informática, y de su papel en el contexto social y económico contemporáneo. No pierdo de vista que el tema central de esta Conferencia es “Biblioteca y desarrollo social”, y que el Preseminario de Matanzas, donde empezaron mis diálogos con el mundo de los libros, se ha ocupado del más conmovedor y útil de los proyectos de IFLA: el de las “Bibliotecas para la alfabetización en comunidades geográficas y socialmente aisladas”.

Hablar diferentes idiomas y tener que ser traducidas nuestras palabras, me parece que también justifica el recurrir al ámbito de las vivencias, que siempre actúan como vasos comunicantes, y al lenguaje de las imágenes, que son el Pentecostés de la poesía. Mi convicción más profunda es que la poesía, la *poiesis*, la creación, debe llegar a ser el centro de la sociedad planetaria, como ya es, de hecho, el centro del universo en que vivimos. Basta contemplar el cielo estrellado para convencernos de que la justicia existe. Trabajar

íntima y públicamente para que esa justicia exista y rija también en la Tierra, es el deber de todos los hombres de buena voluntad. La justicia es belleza. La belleza es siempre creación. Fijas o ambulantes, enormes o modestas, valoradas siempre como el legendario dragón hacia el este, hacia la región del nacimiento de la luz, las bibliotecas son templos de la creación humana, la que nos pertenece a todos.

“Un libro –escribió José Martí–, aunque sea de mente ajena, parece como cosa nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo”.²⁷ La novedad, por supuesto, no depende del libro solo, sino de la recepción personal de quien lo recibe. A ustedes, servidores y servidoras de la escritura humana, corresponde la delicada tarea de trabajar diariamente con esa siempre imprevisible relación del lector y su texto, el que la necesidad, el azar o el destino en cada caso le deparan. Pero todo texto útil forma parte del destino de los hombres, que inventaron la escritura y todas las tecnologías posteriores, no para ser esclavos de propios inventos, sino creadores, es decir, poetas de su propia libertad.

Contribuir a la poesía, a esa libertad, a esa justicia, sin salir de los silenciosos menesteres de vuestra abnegada profesión, es el mayor honor que les deseo desde nuestra común aspiración a una cada vez más invencible fraternidad.

Notas

¹ Martí, José. *Obras completas*. t. 5, p. 149.

El mayor aporte de Antonio Bachiller y Morales (1812-1889) a la bibliografía cubana figura en

sus *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba* (1861), en cuyo tercer tomo apareció el “Catálogo de libros y folletos publicados en Cuba desde la introducción de la imprenta hasta 1840”, con un total de 1 020 títulos.

² Fornet, Ambrosio. *El libro en Cuba*. La Habana : Editorial Letras Cubanas, p. 17.

Dentro de la gigantesca labor bibliográfica de Carlos M. Trelles (1866-1951), se destacan su *Ensayo de una bibliografía cubana de los siglos xvii y xviii* (1907), *Bibliografía cubana del siglo xix* (1911-1915) en ocho volúmenes, y *Bibliografía cubana del siglo xx* (1916-1917), en dos volúmenes.

³ Domingo Figarola-Caneda (1852-1826). Fue delegado de Cuba en el Congreso Internacional de Bibliografía y en el de Bibliotecarios, celebrado en París en 1900. En Londres amplió sus estudios de biblioteconomía. En 1901 ocupó la dirección de la recién creada Biblioteca Nacional, cuya revista fundó y dirigió de 1909 a 1912. Se destacó por sus compilaciones bibliográficas, así como por la divulgación de nuestras figuras literarias.

⁴ María Teresa Freyre de Andrade (1896-1975). Doctora en Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana. Participa activamente contra la dictadura de Gerardo Machado. Crea en París el Comité de Jóvenes Revolucionarios Cubanos. Cursa estudios bibliotecológicos en la Universidad de la Sorbona. Funda la Asociación Bibliotecaria Cubana y es profesora de la Escuela de Servicios de Bibliotecas, auspiciada por esta Asociación. Trabaja en la Biblioteca General de la Universidad de La Habana. Imparte clases de Técnica Bibliotecaria (Escuela de Verano) en dicha Universidad, donde figura desde su creación en el claustro de profesores de su Escuela de Bibliotecarios. Lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista y por ello vuelve al exilio. Al triunfo de la Revolución cubana, regresa a su patria y reorganiza la Biblioteca Nacional José Martí. Crea la Red Nacional de Bibliotecas Públicas. Funda la Escuela de Capacitación Bibliotecaria (1962), hoy Escuela de Técnicos de Bibliotecas. Fue directora de la Biblioteca Nacional desde 1959 hasta febrero de 1967.

⁵ Medardo Vitier (1886-1960). Educador y ensayista. Entre sus obras principales se destacan

Varona, maestro de juventudes (1937), *Las ideas en Cuba* (1938) y *Martí, estudio integral* (1954).

⁶ José Augusto Escoto (1864-1935). En 1900 sucedió a Carlos M. Trelles como director de la Biblioteca Pública de Matanzas. En esta ciudad publicó su *Revista histórica, crítica y bibliográfica de la literatura cubana* (1916).

⁷ Dolores María Ximeno y Cruz (1866-1934). Autora de *Aquellos tiempos... Memorias de Lola María*, publicado con prólogo de Fernando Ortiz en dos tomos (1928-1930).

⁸ Enrique José Varona (1849-1933). Filósofo, conferencista y crítico. Una de las figuras cimeras de la cultura cubana, con vasta bibliografía activa y pasiva.

⁹ José María Chacón y Calvo (1892-1969). Humanista, filólogo y crítico de gran relieve. Como director de Cultura (1934-1944) de la Secretaría de Educación, creó la *Revista Cubana* y la colección *Cuadernos de Cultura*. Fue presidente de la Academia Cubana de la Lengua y del Ateneo de La Habana.

¹⁰ José Lezama Lima (1910-1966). Poeta, ensayista y novelista. Fundador, con José Rodríguez Feo, de la revista *Orígenes* (1944-1956). Una de las figuras capitales de la literatura cubana contemporánea.

¹¹ Fermín Peraza Sarausa (1907-1969). Entre otras muchas, a él se debe la *Bibliografía martiana* publicada en 1954. Dirigió la Biblioteca Municipal de La Habana desde 1933 hasta 1959.

¹² José Antonio Ramos (1885-1946). Dramaturgo, novelista y crítico. Hizo estudios de técnica bibliotecaria en la Universidad de Pennsylvania. Atendió la dirección de la Biblioteca Nacional (1938-1946), para lo cual tradujo y adaptó las tablas de clasificación Dewey, que fueron aceptadas por el I Congreso Internacional de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe, celebrado en La Habana en 1942. Ese mismo año aparecieron sus *Cartillas del aprendizaje de bibliotecario*, en tres tomos.

¹³ Carlos Villanueva Llamas (m. 1982). Fiel custodio de los primeros fondos de la Biblioteca Nacional de Cuba, donde inicia sus labores el 17 de julio de 1903. Su historia laboral es parte de la historia de la Biblioteca. Ocupa cargos de vigilante, estacionario, encargado de materiales y bibliotecario a partir de 1925. Transmite

ejemplarmente su pasión bibliotecaria a las generaciones que le sucedieron hasta que, vencido por la edad, se retira, después de 66 años de labor, el 31 de octubre de 1969. Fue director de la Biblioteca Nacional desde 1946 hasta 1948.

¹⁴ Eliseo Diego (1920-1994). Poeta, narrador y ensayista. Miembro del grupo Orígenes. De 1962 a 1970 dirigió el Departamento de Literatura y Narraciones Infantiles de la Biblioteca Nacional José Martí. Editados por este Departamento, aparecieron sus ensayos “Los cuentos y la imaginación infantil” y “Los hermanos Grimm y los esplendores de la imaginación popular” (1966). Obtuvo el Premio Nacional de Literatura (1988) y el Premio Juan Rulfo (México, 1933).

¹⁵ Octavio Smith (1921-1987). Poeta, dramaturgo, narrador y crítico. Miembro del grupo Orígenes. Fruto de su trabajo como investigador literario en la Biblioteca Nacional, es su estudio sobre el primer dramaturgo cubano: *Para una vida de Santiago Pita* (1978).

¹⁶ Cleva Solís (1926-). Poetisa. Cursó estudios de bibliotecología en la Sociedad Económica de Amigos del País y en la Universidad de La Habana. Trabajó en los Departamentos de Selección de Libros, Metódico, Ciencia y Técnica y Bibliografía Cubana, de la Biblioteca Nacional. A ella se debe la catalogación del archivo de Dulce María Loynaz, Premio Miguel de Cervantes (1992), así como su bibliografía activa y pasiva.

¹⁷ Roberto Friol (1928-). Poeta y crítico. Como investigador literario de la Biblioteca Nacional, se dedicó principalmente a estudiar la novelística cubana del siglo XIX –especialmente a Cirilo Villaverde– y la vida y obra del poeta esclavo Juan Francisco Manzano, sobre el cual publicó en 1977 *Suite para Juan Francisco Manzano*. También compiló y prologó *Narraciones* (1990) de Tristán de Jesús Medina.

¹⁸ *La literatura en el Papel Periódico de la Havana, 1790-1805* / Textos introductorios de Cintio Vitier, Fina García Marruz y Roberto Friol. La Habana : Editorial Letras Cubanas, 1990.

En este trabajo, realizado en la Biblioteca Nacional durante los años 1962 y 1963, colaboraron también Celestino Blanch y Teresita Batista.

¹⁹ Fina García Marruz (1923-). Poetisa, ensayista y crítica. Integrante del grupo Orígenes. Sus *Estudios Delmontinos* (1965) permanecen

inéditos, aunque de ellos se han publicado capítulos en revistas. Juntos publicamos *Estudios críticos* (1964), *Temas martianos* (1969) y *Flor oculta de poesía cubana* (1978). También, como trabajo en equipo con Roberto Friol, Celestino Blanch y Feliciano Menocal, la Biblioteca Nacional, nos editó *Bibliografía de la poesía cubana en el siglo XIX* (1965). Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1990.

²⁰ *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano* / Prólogo y selección de Cintio Vitier. La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1968-1974, 3 t.

²¹ Juan Pérez de la Riva (m. 1976). Demógrafo e historiador cubano. Publicó, entre otros títulos, *El barracón y otros ensayos*, valiosa contribución metodológica y analítica a la investigación de las ciencias sociales. Asesoró la dirección de la Biblioteca Nacional José Martí en el período 1959-1967, y dirigió la revista de esta institución desde 1964 hasta su muerte.

²² Renée Méndez Capote (1901-1989). Escritora y periodista especializada en literatura para jóvenes. Durante los años que trabajó en la Biblioteca Nacional, tradujo del inglés *Documentos inéditos sobre la toma de la Habana por los ingleses en 1762*, con introducción, notas y cartografía por Juan Pérez de la Riva y bibliografía por Juana Zurbarán, a la vez que escribía sus *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1963), que ha merecido varias ediciones.

²³ Manuel Pedro González (1893-1974). Profesor en la Universidad de Los Ángeles. Crítico especializado en el estudio de la obra literaria de José Martí. Con Ángel Rama y Carlos Pellicer, propuso en el Congreso por el Centenario de Rubén Darío (Varadero, noviembre de 1967), la creación de la Sala Martí en la Biblioteca Nacional. Las palabras que se citan a continuación forman parte de las que pronunció al inaugurarse dicha sala el 28 de enero de 1968.

²⁴ Celestino Blanch Blanco. Bibliotecario de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional y de la Fragua Martiana. Publicó la *Bibliografía martiana 1954-1964* y fue colaborador del *Anuario Martiano*.

²⁵ Araceli García-Carranza. Bibliógrafa de la Biblioteca Nacional José Martí, institución en la que trabaja desde 1962. Ha publicado

repertorios bibliográficos y otras investigaciones sobre la especialidad. Entre otras bibliografías, ha compilado la obra de grandes figuras de la historia y la cultura cubana: José Martí, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Carlos Rafael Rodríguez, Fernando Ortiz, Cintio Vitier, y otros; es actualmente jefa del Departamento de Bibliografía Cubana. Para tener una idea cabal del trabajo bibliográfico realizado en Cuba desde los orígenes de nuestra cultura hasta 1975, véase el

epígrafe “Bibliografía”, en el *Diccionario de la Literatura Cubana*. La Habana : Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Letras Cubana, 1980. t. 1, pp. 118-124.

²⁶ Lezama Lima, José. “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón”. En su: *La cantidad hechizada*. La Habana : UNEAC, 1970. p. 140.

²⁷ Martí, José. *Obras completas*, t. 16, p. 420.



Sala de lectura de la Biblioteca Nacional
José Martí

Regla Peraza Sarausa: la estirpe

Franco Salazar

Investigador y doctor en medicina

Hija del General de la Guerra de Independencia, Francisco Peraza Delgado. Con semejante ascendencia, no necesitamos encomios. Viuda del doctor Víctor Llanos, médico excelente y caballero sin tacha. A sus ochenta y seis años trabaja de la mañana a la noche enseñando idiomas: inglés, alemán, francés, italiano, y es el tronco familiar de varias personas.

Durante años trabajó en nuestra Biblioteca Nacional, en la que dejó huellas imborrables y pertenece a una estirpe de cubanos de tal estatura moral e intelectual que admite muy pocas comparaciones. Alguien tenía el deber de rendirle tributo. Su hermano Fermín fue un bibliógrafo notable, continuador de la tradición de Bachiller Morales y Trelles Govín.

La conocí hace muchos años, junto a otra cubana ilustre, la doctora María Teresa Freyre de Andrade, entonces directora del máximo centro cultural y muy respetada en nuestros medios intelectuales.

Inquieta, extrovertida y muy expresiva, honesta hasta el sacrificio, dotada de

una maravillosa facilidad para el aprendizaje y la enseñanza de lenguas ajenas a la propia, valerosa y digna, amante de su patria cubana y dolorida de su destino.

En su más reciente visita me relató los sucesos que llevaron a su padre a la muerte. Son cosas lastimosas y expresivas de las grandezas y miserias que han enturbiado nuestra historia en forma alternativa durante casi dos siglos.

Ese día, temprano en la mañana escuché su voz, que es una delicada combinación de fortaleza de carácter y nobleza personal. Se sentía muy mal y quería verme con premura. Ella, como muchas personas, pertenece al grupo de quienes obtienen consuelo y alivio en una conversación, más que de los fármacos, de los que abusamos sin advertir que el primer medicamento de la historia es la palabra.

Después de examinarla, nos sentamos, ella frente a mí y comenzaron a fluir tristes y conmovedores recuerdos de su vida. Del más desgraciado de todos, parte importante de nuestra historia, obtuve detalles esclarecedores, que arrojaron luz sobre hechos que tuvieron lugar en agosto del año 1931, sangrientos, como casi siempre en nuestros avatares.

A principios de 1925, el general Gerardo Machado Morales inició la campaña presidencial para llegar a la primera magistratura de la nación. Le había precedido el doctor Alfredo Zayas Alfonso, gobernante venal pero extraordinariamente celoso de los derechos y virtudes de una sociedad civil y democrática, a extremos que durante su man-

dato no se derramó una gota de sangre cubana. Buscando apoyo a su candidatura el general Machado se aproximó al general Peraza y le pidió que lo acompañara durante la campaña electoral; este accedió con una condición: “te ayudaré a ser Presidente, pero te retiraré mi apoyo y lucharé contra ti si te apartas del camino correcto”. Ellos fueron amigos y compañeros durante la lucha por la independencia, pero el general Peraza se reservaba el derecho de criticarlo y le advertía que nunca sería un incondicional.

El general Machado ganó las elecciones y gobernó ejemplarmente durante cuatro años (1925-1929), pero, vencido su mandato, dejándose llevar por los consejos interesados y la lisonja de sus más allegados colaboradores, extendió su mandato mediante una prórroga de poderes.

Como es lógico, la oposición inició de inmediato la lucha contra la reelección y por desalojarlo del poder. Uno de los instrumentos utilizados para esos fines fue la creación del Partido Unión Nacionalista bajo la jefatura del coronel Carlos Mendieta; otro, el llamado Consejo de Veteranos, institución que agrupaba a los viejos combatientes por la independencia y estaba liderada por hombres notables, que habían obtenido alta graduación en el ejército mambí y gozaban de gran prestigio.

El general Peraza honró las palabras que había dirigido al entonces aspirante presidencial general Machado y fue de los primeros en participar en la organización de un movimiento de oposición al gobierno establecido en el que

se comprometieron muchos altos ex-oficiales del Ejército Libertador.

Ni los Veteranos ni el Partido Nacionalista dirigido por el coronel Mendieta tuvieron éxito; el periódico de dicho Partido fue clausurado una semana después de su primera tirada. Fracasados los intentos por derrocar a Machado por vías pacíficas, el camino quedaba abierto a la insurrección. El General Peraza asumió la responsabilidad de tal propósito en la provincia pinareña.

Sorprendido en Hoyo de Majagual, fue ametrallado junto al estudiante Chacho Hidalgo. Estaba sentado en su hamaca cuando llegaron las tropas del ejército regular al mando de un oficial recién graduado, hijo de otro oficial de mayor graduación, que se había comprometido en el alzamiento.

Traicionando ese compromiso, las fuerzas militares fueron guiadas por el mismo práctico que había conducido al general Peraza hasta el sitio en que cayó mortalmente herido. Su vida terminó a los 76 años.

Había cometido el error de situar como centinela a un amigo noble y patriota, pero sin experiencia militar, quien se durmió en su posta, y también fue asesinado. El cainismo que tanto daño nos ha hecho, casi siempre indulgentemente soslayado por nuestros historiadores, hizo que los jefes militares comprometidos en el alzamiento, lejos de unirse a él marcharon en su contra y lo asesinaron.

Las pertenencias del General Peraza, un anillo, su revólver, la camisa y una

faja con hebilla de plata le fueron arrebatadas al cadáver y entregadas como trofeo de guerra al entonces gobernador de Pinar del Río.

Cuando llegó a La Habana la noticia de la muerte del general Peraza, el general Herrera, jefe del Estado Mayor del Ejército, pasó aviso a Reglita, entonces una jovencita de 18 años de edad, quien haciendo gala de la entereza y la dignidad que orlan su vida y enaltecieron la de su asesinado padre trató de trasladarse al lugar de los hechos en Los Palacios con la finalidad de reclamar el cadáver paterno.

Ese noble objetivo no pudo lograrse porque las fuerzas militares habían sitiado la ciudad de La Habana impidiendo la entrada y la salida de ella a quien no poseyera un permiso o salvoconducto firmado por el jefe de la guarnición habanera, brigadier Lores.

Rechazado su primer intento, con la celeridad y energía que caracteriza sus actos, Reglita acudió al Castillo de la Fuerza, que fue entonces la sede de dicha autoridad militar y solicitó una entrevista, que se le concedió de inmediato. Después de escucharla, el brigadier Lores le respondió que ella era una niña y no podía autorizarle semejante empeño.

Regla Peraza Sarausa, con sus 18 años de edad, le respondió al militar “Si usted no me autoriza a recoger y enterrar a mi padre, yo llegaré hasta el cerco militar, me bajaré del automóvil y caminaré hasta donde está papá. Si me tiran, que lo hagan, pero me llevo a papá o muero en el intento”.

El brigadier Lores debió mirarla con respeto y admiración, porque de seguidas le entregó la deseada autorización y Reglita llegó hasta el cadáver del general Peraza, su padre.

Dejo a nuestros historiadores la tarea de divulgar la figura honesta y valiente del General Peraza.

A mí, me enorgullece el privilegio de ser amigo y médico de su hija doña Regla Peraza, quien honra la memoria de su padre con su propia vida escribiendo una hermosa página de cubanía y trabajo honesto, más allá de lo que permiten su edad y su maltrecha salud.

Así son los hijos de la Cuba que añoro. Puede tratarse de un error de apreciación de mi parte, pero sería un noble error porque la talla humana de Regla Peraza Sarausa y de su valeroso padre justifican con creces mi evaluación de nuestro pasado.

Mis años felices en la Biblioteca*

Regla Peraza

Bibliotecaria

Llegué a la Biblioteca Nacional, porque la doctora María Teresa Freyre de Andrade, al ser nombrada directora, me pidió que la ayudara. Yo no sabía de bibliotecas, antes había trabajado como secretaria del médico e historiador Benigno Souza.

En mi familia sí había una persona que amaba mucho esa profesión. Me refiero a mi hermano, Fermín Peraza, quien dedicó su vida a formar bibliotecarios y a desarrollar los estudios bibliográficos.

¿Cómo conocí a María Teresa? Muchos años antes, cuando Eduardo Chibás estaba organizando el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en 1947.

Eddy Chibás visitaba mi casa (en la calle Industria 41) desde los tiempos de la lucha contra Machado. Mi padre, el general Francisco Peraza, que peleó en las tres guerras de independencia, se oponía a la reelección de Machado.

Entonces, él fue uno de los fundadores del Partido Unión Nacionalista (1927), donde se reunieron profesionales y veteranos contrarios a la dictadura.

Después del asesinato de mi padre en agosto de 1931, Chibás mantuvo relaciones con mi familia.

Cuando creó el Partido Ortodoxo, me vino a buscar. Mi marido, médico, el doctor Víctor Manuel Llanos Buides, me llevaba a los mítines. Tuve el honor de firmar la solicitud de inscripción al Tribunal Supremo Electoral del Partido Ortodoxo, con Eduardo Chibás por ser la secretaria de actas de su Comité Organizador .

Chibás también era amigo de María Teresa y la enroló para el Partido. Un día me llevó a conocerla. Nos dijo que necesitaba que una de las dos se convirtiera en aspirante para las elecciones. Yo le dije que María Teresa sería la candidata y yo la ayudante.

Después de la muerte de Chibás, las dos nos fuimos del Partido Ortodoxo; pero, conservamos la amistad.

Al triunfo de la Revolución, trabajé con Pastorita Nuñez en el Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas (INAV). Pastorita pertenecía a los fundadores del Partido Ortodoxo.

María Teresa me pidió que fuera la administradora de la Biblioteca. Al poco

* El viernes 10 de marzo me fui a casa de Regla para conversar. Ella hablaba y yo escuchaba. Esta es una versión de sus palabras. Ana Cairo.

tiempo, ella, que había estudiado en París y tenía muy buenas ideas, me dijo que en los países desarrollados existían los departamentos para buscar información sobre ciencia y técnica.

Yo no sabía; pero decidí aprender. Con un pequeño grupo comenzamos a establecer relaciones con instituciones, como la Universidad de La Habana, o el Centro Nacional de Investigaciones Científicas, o con ministerios, como el de Industrias. Nosotros le preguntábamos a los especialistas (recuerdo al doctor José Altshuler, entonces vicerrector de la Universidad de La Habana) qué libros comprar, qué tipo de bibliografía necesitaban, qué revistas adquirir.

María Teresa había conseguido que la Biblioteca tuviera un buen financiamiento para comprar libros. Nos esmerábamos en servir los encargos. Recuerdo que con el Ministerio de Industrias establecimos magníficas relaciones. Todavía me acuerdo de la visita de Ernesto Che Guevara a la Biblioteca. Acompañado de María Teresa la recorrió completa; yo le expliqué sobre los servicios del Departamento de Ciencia y Técnica, del cual era la jefa. Se mostró muy complacido y sé que se comunicaba frecuentemente con ella.

María Teresa creó los departamentos en la Biblioteca. El de Ciencia y Técnica era nuevo en todo el país. Todos aprendimos muchísimo y estábamos obligados a mantener y desarrollar los vínculos con todo tipo de instituciones.

A través de la red de bibliotecas se nos encargaban bibliografías, pedidos de libros y revistas. Cuando llegaban los

materiales, por la vía del préstamo interbibliotecario, se situaban para que las personas que habían solicitado los servicios fueran las primeras en recibirlos. Me hice bibliotecaria en estos afanes. Aprendí de todo. Me gustan los idiomas y tengo facilidades. En el colegio de María Luisa Dolz dominé el inglés; en la Alianza Francesa terminé el francés. En la escuela Abraham Lincoln, estudié ruso, alemán, italiano y chino. ¡Sí, chino! Mi marido y yo fuimos a una excursión a China y él se pudo convencer de que yo sí sabía chino. Tengo fotografías con Chou en Hai y Mao Tse Tung.

Por supuesto, saber idiomas me facilitó mis labores en Ciencia y Técnica. María Teresa, también, había impulsado la creación de centros de documentación en organismos y empresas. Yo la ayudé hasta su muerte en esa labor. Cuando ella fue forzada a dejar la Biblioteca, se dedicó por entero a seguir preparando trabajadores (que quisieran aprender) para esos centros. Ella se murió creo que de tristeza al dejar la Biblioteca.

Cuando me jubilé, me fui a colaborar en el centro de documentación del plan porcino. Desde hace años y hasta hoy, enseño el inglés a amigos y vecinos del barrio. Atiendo alumnos todos los días. Me siento útil y acompañada.

Desde que me jubilé, no he regresado a la Biblioteca; pero siempre recuerdo los años felices en que allí trabajé. He sido invitada a los actos del centenario de la Biblioteca. Ya decidí que allí estaré para recordar.

El caballero de Boloña

Mercedes Santos Moray

Investigadora titular, escritora y periodista



Eliseo Diego

Tenía la respiración entrecortada. Alguien me había dicho que las manecillas de su reloj latían al compás de sus pulsaciones. Era asmático, hablaba con dificultad, como si le costara mucho trabajo hilvanar las palabras. Fumaba en pipa, creo que la mordía con cierto grado de sensualidad, aunque en verdad a mí me parecía un duende, entre aquel bosque de libros donde se le perdía la barba y sentíamos cómo nos decía sus versos.

Era un mago para muchos de nosotros, desde la hora del cuento, espacio donde nos sembró el amor por la lectura a

cuantos acudíamos a la biblioteca juvenil, sólo armados con nuestra adolescencia, mientras María Teresa Freyre de Andrade conducía la barca, tocada por la gracia de su inteligencia.

Pero ahora, no lo veo en el último peldaño de la estructura del edificio de la José Martí, sino que me lo vuelvo a encontrar, con la breve sonrisa en la comisura de sus labios, y el gesto amistoso de sus manos, en uno de aquellos cubículos cuajados de misterio de Colección Cubana y donde nos recibía doña Teresita Proenza con sus preciosas tarjetas, y adonde llegamos, imberbes e inéditos, a fines de los sesenta, mis compañeros y yo, con nuestros ripios, temblorosos, angustiados, pero igualmente deseosos de que el poeta nos escuchara.

Fue Raúl Fernández quien me llevó hasta

Eliseo, como lo hizo con su tocayo, el otro Raúl de esta memoria, Hernández Novás, siempre tímido y taciturno, pero pletórico de metáforas e imágenes, hasta que arribó, minutos después, a aquel despacho convertido en singular cenáculo, Ramón Cabrera Salort, con sus poemas y sus ilusiones, como una tromba marina, y otros días se sumaron Emilio de Armas, Aramis Quintero y Humberto Castro, el grupo que entonces formábamos, sin saberlo y sin proponérselo estudiantes de segundo y primer años de la Escuela de Letras y Artes, que pretendíamos ser escritores, y entonces también cono-

cimos a Cintio, y gozamos de su calidez, y vimos por primera vez a esa luminosa mujer que es Fina, hermosa desde su sencillez y su talento.

Antes, los veíamos a todos esos poetas, como astros de otra galaxia a la que nunca podríamos acceder mientras escuchábamos, con la diligente complicidad de Ferrer, en el Departamento de Música, los discos con los que Schumann nos llenaba de sus fantasías, y Chopin de polonesas, mazurkas y estudios, y el sorbo nos abría el infinito con sus nueve sinfonías, para atraparnos y hacerse dueño de nuestra espiritualidad, como si viviéramos en su época y fuéramos sus coetáneos, ya en Bonn o en Viena.

Pero regresemos a las maravillas del caballero de Boloña, libro que entonces corría de mano en mano, y que nos sorprendía tanto como lo hizo la lectura de su Calzada, y después los esplendores más oscuros e irradiantes que haya tenido la poesía cubana.

Eliseo era un hombre paciente y generoso, dador de su tiempo a nuestra juventud. Y oía, con una mansedumbre que hoy me asombra, (y que sólo encontré, además, en Camila Henríquez Ureña y en Félix Pita Rodríguez) aquellas pretenciosas estrofas en verso libre o aquellos inciertos sonetos, donde se confundían los acentos, y el ritmo se perdía aunque nuestra voluntad de ser poetas intentara atrapar el *corpus* de la lírica, envalentonados con nuestra autosuficiente insuficiencia, como hubiera gustado escucharnos decir a Mirta Aguirre, y a Vicentina Antuña.

Estábamos en los dorados sesenta de la Biblioteca Nacional José Martí y, por

extensión, de toda la cultura cubana, cuando el teatro era un ser vivo y múltiple, el cine crecía a pesar del subdesarrollo de la novela de Desnoes, con el aliento poético de las tres *Lucía* y se rompía el fuego, gracias a *la primera carga al machete* y, en la literatura, a pesar de las pugnas y los ismos, había espacio para todos, y se experimentaba y se escribía sin temores.

No sabíamos que, a la vuelta de la esquina, tanto el *Anuario Martiano* como la Sala Martí dejarían de ser el espacio creativo de aquellos hombres y mujeres de Orígenes, y hablo en plural de las féminas, porque no quiero que el silencio continúe cubriendo la memoria de Cleve Solís, igualmente dueña de esta Biblioteca a la que entregó su existencia. Pero no voy a recordar las sombras ni los grises lunares de los setenta.

Quiero retornar a aquellas mañanas cálidas del 68 y del 69, fuera otoño, invierno o primavera, cuando Eliseo se nos abría como un pozo sin fondo, para que vertiéramos en él todo cuanto nacía de nuestros corazones, con la escritura incierta del aprendizaje, porque de nosotros *nadie parecía* ni, todavía, calzábamos *espuelas de plata* ni nuestro *verbo* tenía mérito alguno. Y las anécdotas brotaban de sus labios, y aparecía Bella, su mujer y los almuerzos de Bauta, y el padre Ángel Gaztelu y Gastón Baquero y Lorenzo García Vega y Octavio Smith y, como era lógico, José Lezama Lima y escuchábamos la risa traviesa del poeta entre las volutas de humo y el ahogo y con nosotros volvía a vivir su propia juventud.

Muchas veces volví, después, a Eliseo Diego, y lo entrevisté en varias oportunidades, incluso en los últimos tiempos de su estancia terrestre, y cada vez que llegaba hasta su hogar me lo reencontraba con esa misma encarnadura humana que siempre le conocimos, incluso cuando ganó el Juan Rulfo y cuando, en un aparte de sincera nostalgia, me habló de su madre quien fundó las escuelas nocturnas para enseñar inglés en Cuba, y pasábamos de los miles de dólares del premio a su jubilación de ciento noventa y dos pesos, de laborioso editor de la UNEAC.

Entonces, con más años y más vida acumulada, seguía siendo aquel duende de Boloña que nos recibía en los salones de la Biblioteca Nacional,

como un caballero de gótico florido y hacía sentir a los muchachos como si fuesen pares de Carlomagno, émulos de la espada de Roldán, y a nosotras, nos acogía como si fuéramos doncellas dignas del amor de Dante y de Petrarca.

Algunos de mis amigos se han ido como él y han emprendido, con exceso de impaciencia al remontar los cuarenta, ese viaje de donde no se regresa, aunque yo creo que *el alma es inmortal* y que Eliseo me observa y me escucha, con benevolencia, hacer este recuento íntimo, en el que la memoria no me traiciona, porque se nutre del amor.



Caricaturas de (Rapi) Diego



Primeros años del Departamento de Arte

María Elena Jubrías

*Investigadora y profesora de arte de la
Universidad de La Habana*

Hay lugares de imprescindible mención cuando la memoria pasa revista al tiempo vivido. Podrá ser el barrio de la niñez, la playa que frecuentábamos hace ya muchos años o esa “escalinata”, metáfora de cultura, que no necesita apellido. La Biblioteca, que tampoco requiere mayor identificación para mí, es uno de esos lugares privilegiados en el recuerdo, no por los años trabajados al frente del Departamento de Arte –sólo seis– sino por la intensidad de una experiencia formadora en aquellos días de cambios trascendentes.

Pensaba en eso, sentada en la Sala de Arte, cuando, casualmente, solicitaron mi contribución al aniversario de la institución con unas cuartillas que rememoraran aquellos primeros años del Departamento.

El día era propicio para la evocación. Hacía tiempo que no visitaba la Biblioteca y el impacto con el pasado fue considerable. Las imágenes son poderosas. En el recorrido del portal al tercer piso se iban precisando escenas,

nombres, situaciones de todo tipo en ese desorden de los estímulos variados. Las madrugadas de guardia en el portal, a veces sola en la inmensidad de la noche en la Plaza de la Revolución; el tra-siego por el vestíbulo cuando creamos la sala de exposiciones; las memorables *Palabras a los intelectuales*. Al entrar en el elevador noté cambios en el linóleo del piso –ya no era gris claro, ya no estaba desgastado en una esquina; en la satisfacción de compartir el secreto del segundo piso, que no aparece en el control, marqué el tercero, escenario más evidente de mi paso por la Biblioteca Nacional. Atrás quedaban las oficinas de la doctora Freyre y Maruja Iglesias y el Departamento de Selección, para siempre identificado con Regina. Y no sigo dando nombres, son tantos los compañeros de esos preciosos años sesenta que en la medida de mi avance por el pasillo, tomaban cuerpo y voz en Colección Cubana, Catalogación, Arte y Música y tantos otros departamentos y pisos, rehabilitando los rincones de ese enorme edificio que en aquel entonces conocía tan bien.

A derecha e izquierda los cubículos conminaban a pensar en los investigadores y asesores. Con sabia visión, María Teresa dio acogida a un grupo de intelectuales de gran significación para el desarrollo del centro y nos permitió el contacto con ese aspecto de la cultura que no recogen los libros. Me refiero al ambiente, a ese diálogo cotidiano surgido en cualquier momento del día que deja huellas profundas, como cuando Eliseo me llamó para enseñarme el catálogo de Boloña y leerme algunos de los poemas inspirados por sus viñetas. Cómo olvidar a Pérez de la

Riva, el sabio amigo de María Teresa; a su otra amiga, Renée, la Méndez Capote, que nos hacía reír o llorar con anécdotas de la otra historia, esa tejida por quienes la han vivido; a Cintio, Fina, Cleva y, rodeado de informantes y discípulos, hoy día destacados etnólogos, a Argeliers. Esas personas excelentes, con quienes tuvimos el privilegio de compartir el café cotidiano, eran de imprescindible mención para conocer el espacio donde los jóvenes trabajadores anónimos crecimos profesionalmente.

Ya en Arte extrañé los paneles con las reproducciones, el cuadro de González Puig, la figurilla Art Nouveau de la bella joven a quien bautizamos como “la dulce Ofelia” y extrañé a mis compañeros, excelente grupo, mayoritariamente de jóvenes como yo sin ninguna o poca experiencia, mas con una dedicación y un entusiasmo difíciles de igualar. Su trabajo queda recogido en datos que avalan esfuerzos, logros, pero estos suelen ser fríos; permítanme el relato evocador de vivencias.

Decir Biblioteca es decir libros. En pocos años reunimos una notable colección mediante compras al extranjero y por el gran aporte de las bibliotecas “recuperadas”, donde había de todo. Fueron muchas horas entre el polvo revisando libros, anaquel tras anaquel de los doce pisos de la torre, y poniéndolos a circular lo antes posible con una clasificación provisional que se iría perfeccionando posteriormente. Lo importante era dar el servicio en la Nacional y en los departamentos de arte que fueron creándose a lo largo de toda la isla.

Como muchos de los usuarios del Departamento eran profesores o instructores de artes plásticas, creamos paralelamente la colección de diapositivas, que tuvo gran demanda de inmediato. Técnicamente ideamos un sistema de catalogación y clasificación que, por lo visto, constituyó un aporte ya que aún funciona.

Importantes fueron, asimismo, las colecciones de reproducciones en forma de cuadros y láminas de pequeño formato, todos montados adecuadamente. Los primeros, destinados a llevar el arte a las viviendas y centros de trabajo; las láminas, para apoyar la labor del profesor que no contaba con proyector en el aula.

Pronto se colmó la sala de estudiantes, profesionales de la cultura y personas que venían a llevarse cuadros, aunque poco sabían de arte. El esfuerzo se dirigió entonces a convertir el Departamento en centro cultural mediante las actividades, desplegando diversas estrategias. Comenzamos con la tradicional conferencia a cargo de personalidades. No dio grandes resultados, en parte por dificultades de tiempo de los especialistas y, fundamentalmente, por falta de hábito del pueblo no conocedor que queríamos atraer. Probamos con cursos de divulgación que ofrecían certificados de asistencia y la respuesta fue inmediata. La gran demanda obligó a duplicar las frecuencias en el mismo día, una por la tarde y otra por la noche. Inventamos también los “Jueves de arte”. Todos los jueves el público sabía que alguien le hablaría en la Biblioteca sobre disímiles aspectos de la plástica, organizados por períodos,

grandes figuras, géneros, culturas, etcétera.

Esta labor sistémica fue conformando un público que pudo ya recibir ciclos de conferencias a cargo de especialistas como las de Sergio Benvenuto sobre el entonces novísimo libro de Hauser, *Historia social de la literatura y el arte*; o las de Nuevas tendencias de la arquitectura latinoamericana por Roberto Segre; Introducción a la crítica de arte por Graziella Pogolotti; Documentales cubanos comentados por sus directores; otras sobre escenografía; apreciación de la gráfica, evolución de la moda, historia y técnica del grabado, etcétera. Ofrecimos cursillos de apreciación a solicitud de centros y dependencias de ministerios (Ballet de Cuba, Guiñol Nacional, MINFAR, MINED). E intentamos también una labor más dirigida a sectores específicos de la plástica; así convinimos con la Litográfica de La Habana un cursillo de gráfica impartido por el diseñador Ayala. No faltaron charlas en centros de trabajo auspiciados por los sindicatos o la FMC. Hasta creamos grupos de aficionados a la pintura con Portocarrero como maestro, y a la fotografía con Mayito como colaborador.

La juventud nos permitía ser arriesgados. Los cursos, “Jueves de Arte” y demás actividades de divulgación eran impartidos por los compañeros más capacitados del Departamento, aunque jamás hubieran dado una charla. Participar se convirtió en compromiso. Algunos no se atrevieron y otros sólo dieron una sola charla por no poder superar el miedo escénico, mas algunos como Luz Merino, Oscar Morriña,

Lucila Fernández e Ileana Sanz, actualmente destacados profesores de nivel universitario, se estrenaron en la docencia en el salón de actos de la Biblioteca Nacional.

Las exposiciones no podían faltar. Acondicionamos la sala del vestíbulo y la inauguramos con una muestra de dibujos de Portocarrero, apoyada por una visita dirigida y la publicación de *El sueño*. Entre las exposiciones más destacadas recuerdo las de: pinturas de González Puig, acuarelas de Feijóo, dibujos de los pintores populares de Las Villas, dibujos de Venturelli, tintas de Manuel Vidal, arte op de Rostgaard y Morales, dibujos de Pogolotti, grabados de Lam, carteles del ICAIC con sus originales, marquillas de tabaco, grabados y dibujos europeos de la colección de Julio Lobo, grabados coloniales cubanos. La mayoría de figuras o temas exhibidos en La Habana por primera vez.

En las vidrieras del sótano montamos en una ocasión una muestra de piezas vinculadas a las religiones afrocubanas (facilitadas por Argeliers) que causó un gran impacto entre creyentes y no creyentes. El tercer piso lo dedicamos a pequeñas exposiciones con las reproducciones organizadas de acuerdo con un tema, que luego llevábamos, a petición, a los centros de trabajo.

De ahí surgió la necesidad de llenar con obras originales el vacío de las inexistentes reproducciones de arte cubano. Contactamos con los artistas más representativos y coleccionistas para que nos vendieran cuadros a un precio asequible y logramos una pequeña colección

de obras de Víctor Manuel, Amelia, Mariano, Cundo, Servando, González Puig, Acosta León, Mijares. En definitiva, por el riesgo del traslado y custodia, optamos por darle otra función igualmente importante: la ambientación de las paredes de la Biblioteca, donde permanecieron colgadas hasta que, por el valor que adquirieron con el tiempo, se decidió su incorporación a los fondos del Museo Nacional. Hoy, esa preciosa *Mujer con pajarera* de Mariano, que le compramos a la viuda de Guy Pérez Cisneros en sólo cincuenta pesos por estar muy deteriorada, puede admirarse en la sección dedicada al pintor.

La atención a los departamentos de arte de las provincias, ayudando a montarlos, proveyéndolos de libros y diapositivas, capacitando compañeros, dando conferencias cuando los recorriamos; la colección de carteles; la facticia de artículos sobre arquitectura cubana; el “archivo vertical”, que ponía a disposición del público catálogos y fichas de artistas cubanos; pequeñas publicaciones de divulgación con la biografía y la bibliografía existente sobre las figuras motivo de charlas; la colección de diapositivas grandes sobre arquitectura doméstica de La Habana colonial, alentada por la idea de conservar las imágenes y los datos (recogidos en fichas) de un patrimonio que se estaba perdiendo; un concurso de ilustraciones para cuentos infantiles; la publicación a gran formato de un dibujo de Servando Cabrera; el trabajo en colaboración con otros departamentos, como las exposiciones bibliográficas y catálogos de

Guillén y de libros editados en el año; publicaciones y documentos en las vitrinas del vestíbulo con motivo de conmemoraciones y la gran exposición de la colección de reproducciones para préstamos, que llenó los tres pisos, son otras vertientes menores del trabajo desplegado por Arte hasta 1966.

Este tono entre apologético y nostálgico que puede pecar de inmodesto merece una aclaración. No son pocos los que suelen acercarse para elogiar aquel momento comparándolo con períodos posteriores. Siempre respondo con consideraciones sobre la importancia del contexto en que tuvo lugar ese momento catalogable de esplendoroso. Afortunadamente vivíamos la etapa de una revolución casi virgen. El cambio movía a las gentes a superarse ante la posibilidad de un futuro mejor. Románticamente, con la honestidad como bandera, se creía que el presupuesto podía ser generoso con la cultura y dispusimos de recursos que posteriormente decrecieron, entre ellos una plantilla promedio de diez personas. Sucedió, además, que eran pocos los centros culturales, las galerías, los museos, lo cual permitió que la Biblioteca se destacara en una función que hoy descansa en un centenar de centros especializados; o sea, había muy poca competencia. Esta historia no habría sido igual de no haber ocurrido en los inolvidables años del surgimiento de nuestra Revolución. El único mérito del Departamento fue saber responder a esa coyuntura histórica.

¿Y cómo ha podido ser?

Araceli García Carranza

Bibliógrafa y jefa del Dpto. de Bibliografía Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí

En los primeros años de la década del cincuenta visitaba, llevada de la mano de mi padre, la Biblioteca Nacional, situada en aquel entonces en el Castillo de la Fuerza. Su atmósfera húmeda, con olor a polvo, aireada un tanto por la brisa del mar, me atrapó para siempre, sin saberlo. Por esos años, también en compañía de mi padre, vi alzarse, poco a poco, dentro de un tupido andamiaje los dieciséis pisos del edificio que ocupa hoy nuestra centenaria institución. Recuerdo a mi padre señalándome, premonitoriamente, aquel edificio que ya se empinaba para atesorar e impulsar nuestra inmensa cultura cubana. Y esa visión también quedó en mi subconsciente, sin imaginar que iba a trabajar en la Biblioteca Nacional durante cuarenta años ¿o más?



Un día de enero de 1962, una compañera de estudios, en el elevador de la Escuela de Filosofía y Letras, le decía al doctor Fernando Portuondo del Prado que me recomendara para ser aceptada en la Biblioteca Nacional como bibliotecaria. El doctor Portuondo se negó alegando que los buenos se recomiendan solos. Yo había sido una alumna estudiosa y disciplinada, y en esos días me examinaba por última vez.

Rompiendo, no sé ni como, con mi timidez de siempre, fui a la Biblioteca y pedí ver a la doctora María Teresa Freyre de Andrade, ella me recibió, no recuerdo exactamente el diálogo, pero me aceptó. A los dos o tres días, el 1º de febrero de 1962, empecé a trabajar en la Biblioteca. Unos años después, la doctora Freyre quedaría satisfecha con mi *Índice de la Revista Bimestre Cubana*, y en 1970 me felicitaría por la *Biobliografía de don Fernando Ortiz*.

A partir de 1962 busqué autoridades en el Departamento de Catalogación y Clasificación, y pronto haría analíticas en el Departamento Colección Cubana, el cual llegué a dirigir a instancias de Sidroc Ramos, quien siempre confió en mí, y quien me llevaría de la mano al universo de la investigación bibliográfica, cuando al morir don Fernando Ortiz me pidiera que en menos de tres meses compilara su obra.

En Colección Cubana trabajé cerca de grandes e ilustres de la literatura y la historia cubanas y paradójicamente fui jefa de alguno de ellos: Cintio Vitier, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Renée Méndez Capote, Roberto Friol, Octavio Smith, Zoila Lapique, Juan

Pérez de la Riva, y conocí a decenas de historiadores, investigadores, creadores, especialistas y profesores universitarios cubanos y extranjeros. Ese año también conocí a mi compañero de siempre, mi cómplice Julio Domínguez, quien también trabajaba en ese Departamento. Luego, entre otras tareas compilé para los historiadores la *Bibliografía de la Guerra de Independencia* la cual se consulta frecuentemente en la Sala Cubana.

En 1972 publiqué la *Biobibliografía del doctor Ramiro Guerra*, mi primera colaboración en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, en la cual, según Juan Pérez de la Riva, “no publicaba cualquiera” y lo logré después de diez años. Por estos años inicié la compilación de la obra de José Lezama Lima, retomada en los 90 y ahora recién publicada.

Entre índices analíticos, investigaciones bibliográficas, servicios y tareas de dirección transcurrieron los años siguientes sin olvidar el montaje de exposiciones que a veces lográbamos Elena Giraldez, mi hermana Josefina, Zoila Lapique y yo como por arte de magia.

La Sala Martí había sido inaugurada en 1968 por el profesor Manuel Pedro González exactamente “un domingo de mucha luz”, frase que exportó de la obra de Fina García Marruz, quien hizo de las visitas dirigidas a la Sala, un verdadero magisterio, un evangelio vivo.

Años después, en 1977, la Sala devendría Centro de Estudios Martianos. Ya desde 1968 Cintio Vitier me había pedido que fuese la bibliógrafa

de José Martí, y año tras año saldrían los Anuarios y después los Anuarios del Centro de Estudios Martianos con las correspondientes bibliografías, hasta la fecha 28 compilaciones, o lo que es lo mismo 28 años de bibliografía martiana, tratando siempre de que la última supere a la anterior.

En los años ochenta la doctora Marta Terry me haría ocupar la jefatura del Departamento de Bibliografía Cubana, nuevo desarrollo del Departamento de Investigaciones Bibliográficas, nomenclatura que vuelve a usarse en estos tiempos por así exigirlo el trabajo creador, y en los años 90 continuaría en la jefatura de ese Departamento y asumiría la jefatura de redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional* bajo el mandato del más joven de sus directores, el historiador y ensayista Eliades Acosta Matos, y en medio de investigaciones y servicios la satisfacción de una fuerte vocación posiblemente indicada por la mano de mi padre cuando me señalaba los andamios que atrapaban el esqueleto de futuro edificio de la Biblioteca Nacional.

Y siempre esa agradable realización que se siente cuando se logra un repertorio o se utiliza (porque es y será útil) o cuando se satisface una demanda. En especial cuando servimos a jóvenes y presentimos sus talentos y los vemos crecer hasta convertirse en historiadores, críticos, escritores o periodistas.

Así han transcurrido los años y como en una cinta cinematográfica recuerdo algunas figuras relacionadas con la investigación bibliográfica: la de Cintio Vitier, creciendo siempre como creador

e intelectual y dando fe constante de “ese sol del mundo moral”; la de Alejo Carpentier, quien llegaba cada verano acompañado de Lilia y sabía apreciar el significado de la bibliografía como instrumento de presente, pasado y futuro, así como su utilización dentro de la novela, dando fe de ello el uso de los títulos de ciertos asientos bibliográficos como recurso intertextual en *La consagración de la primavera*; la de Carlos Rafael Rodríguez, siempre sonriente y amable, cuando nos revisaba a mi hermana Josefina y a mí los datos con los que nos pretendimos acercar a su intensa trayectoria vital; y unos años antes recuerdo a la familia de Ramiro Guerra agradeciéndome su biografía; y unos años después alguien agradecería la de Elías Entralgo, la de María Villar Buceta, la de Loló de la Torriente, y tantas otras ... y más tarde los donativos de las colecciones de Roberto

Fernández Retamar y de Lisandro Otero, las cuales promoverían las compilaciones de ambos, y hace poco tiempo la compilación de la obra de Eusebio Leal precedida en el tiempo por la de Emilio Roig de Leuchsenring, historiadores de la Ciudad de la Habana; más recientemente aún vamos conformando el cuerpo bibliográfico correspondiente a la obra del poeta y ensayista Luis Suardíaz; y siempre el servicio y la satisfacción de la demanda, así como la identificación con cada figura y su obra. Y siempre ese examen diario que con abnegación y modestia sufrimos los bibliotecarios acibillados a preguntas, casi ocho horas diarias, tratando de buscar espacio y tiempo para pensar, leer, escribir... ¿Y cómo es posible que hayan pasado cuarenta años transcurridos en una de las más rigurosas universidades: la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba?



Juan Pérez de la Riva: confesiones de una secretaria

Luisa Campuzano

Profesora y vicepresidenta de la Cátedra Alejo Carpentier de la Universidad de La Habana



Recuerdo claramente, como algo inesperado, que tenía tanto de sorpresa como de desagravio, la tarde en que Sarah Fidelzait, directora de la biblioteca de la Escuela de Letras, me mandó a buscar para decirme que Juan, su marido, quería verme, porque necesitaba con urgencia una secretaria de redacción para la *Revista de la Biblioteca Nacional*, que le sirviera también de auxiliar de investigación. Un año antes, y enfundada en una versión libre de uniforme de milicias —es decir, pantalones verde olivo pero sabe Dios qué blusa, y posiblemente mocasines, que no botas—, me había entrevistado, en medio de una movilización de las que entonces irrumpían constantemente en nuestras vidas —y que para los universitarios significaban días y noches de entrenamiento y guardias—, con María Teresa Freyre de Andrade, porque quería trabajar en la Biblioteca. Pero ella no me había aceptado. Y si me referí antes a la ropa no es porque tenga ese tipo de memoria,

sino porque pese a que me habían advertido que la directora de la Nacional era muy exigente en cuanto al atuendo de sus empleados, no había tenido tiempo de ir hasta la Víbora para cambiarme, y estaba convencida de que por esa razón, por “mi torpe aliño indumentario”, no me habían admitido en el que por entonces era el más alto, vital y activo centro de cultura del país. Así que cuando Sarah me habló, se me abrieron los cielos.

Sin embargo, Colección Cubana —el reino de Juan—, no era precisamente el lugar soñado para alguien tan pedante como la muy joven Campuzano, que estudiaba tercer año de Clásicas y sólo leía literaturas europeas contemporáneas. Su Biblioteca ideal, el espacio donde había aspirado a trabajar, no tenía nada que ver con papeles viejos, y menos con Cuba. Pero era la Biblioteca, era una revista y, sobre todo, no era aquel sitio espantoso donde estaba trabajando entonces y del cual ni ella ni yo queremos acordarnos.

Todo intento por describir mis primeros tiempos con Juan, por decir clara y ordenadamente quién era, qué hacía, siempre resulta frustrado. Trataré en esta ocasión de ser menos emotiva. Así pues, me alejo de mí misma y digo que Juan Pérez de la Riva, hijo de una de las familias más encumbradas de la burguesía cubana, nacido y educado en Europa, había estudiado ingeniería en Grenoble; pero también por estudios, curiosidad y vocación llegaría a ser geógrafo, demógrafo, historiador, bibliófilo, o mejor dicho, para ahorrar palabras, erudito y polígrafo, en la línea de Saco y Ortiz. Marxista y casado con una judía francesa y comunista, tras escapar con ella de un campo de concentración, se había alejado tan drásticamente de su clase que había decidido instalarse y trabajar entre moneros y peones en una posesión familiar de la Sierra del Rosario. Después del triunfo de la Revolución y antes de la Reforma Agraria, entregó esas tierras, y vino con su hijo y su mujer para su apartamento de El Vedado, ocasión que aprovechó María Teresa para llevarlo a trabajar con ella a la Biblioteca.

El “mito Juan” se construyó, me imagino, en poquísimos tiempos, porque cuando yo llegué, a principios del 64, ya estaba plenamente desarrollado. Por una parte, Juan era no sólo la persona capaz de identificar los más variados documentos, impresos o manuscritos, que poco a poco se iban extrayendo de las bibliotecas recuperadas, sino también mapas, grabados, publicaciones seriadas, libros raros, encuadernaciones valiosas. Igualmente podía ayudar en la catalogación y clasificación de libros de ciencias,

atender en perfecto francés –como María Teresa y Graziella, que eran el club de París de la Biblioteca– a las visitas que se sucedían a diario, dirigir la revista o preparar la edición, por ejemplo, de importantes libros sobre la toma de La Habana por los ingleses –cuyo bicentenario se conmemoró por entonces–, y ser al mismo tiempo colaborador del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias y profesor de la Universidad de La Habana. Pero a primera vista y a primer oído era, sobre todo, exigente, extravagante, feo, descuidado, muy crítico y muy refunfuñón.

Lo recuerdo en pleno desplazamiento por el elegante y marmóreo gran hall del tercer piso, arrastrando los pies, envuelto en el guardapolvo verde billar que usaba para ir de pesca al piso catorce –el mayor depósito de bibliotecas recuperadas– en busca de libros valiosos –guardapolvo que, además, resaltaba el color de sus ojos más bien saltones–, con su calva reluciente y sus inmensos bigotes impregnados de nicotina, hablando con dos o tres estudiantes o amigos, mientras hurgaba con una uña larguísima y sucísima en la cazoleta de su pipa.

Durante semanas mis nuevas compañeras me miraban con una mezcla de curiosidad y lástima que yo no podía entender, porque, desde que lo conocí, Juan me había parecido fascinante. No bien lo veía llegar, abandonaba mi trabajo o mis conversaciones con Juana Zurbarán, Cortés, Friol o Blanch, y corría del amplio salón del ventanal norte donde estaban nuestras mesas, a su no menos mítica “perrera”, el diminuto y

gélido cubículo de Colección Cubana donde apenas cabía, en medio de todos los libros que iba acumulando para las distintas investigaciones en que estaba simultáneamente enfrascado. Yo me sentaba frente a él en un asiento esquinado entre su atiborrado buró y un estridente aparato de aire acondicionado, y le contaba qué había hecho o qué pasaba con la imprenta, qué colaborador no había entregado, mientras Juan abría su viejísima y casi infantil maleta de cuero y sacaba los papeles que estaba escribiendo –y que movía diariamente de su casa a la Biblioteca– y, antes de darme algo para mecanografiar o las más disímiles instrucciones, se dedicaba con una presilla o cualquier otro adnículo que considerara apropiado, a una limpieza en profundidad de su pipa, que de inmediato rellenaba con tabaco guardado en una bolsita siempre manipulada con muchísimo cuidado, pero que dejaba caer pequeñas porciones de su contenido sobre libros y papeles. A mí me gustaba demorarme, porque así daba tiempo a que entrara alguno de sus visitantes, para poder disfrutar de sus hazañas. Si se trataba de Ríos, que le traía algún mapa nuevo, Juan desenvainaba su lupa y nos daba una clase de cartografía, o de entelado y conservación. Si era Eliseo –también de guardapolvo, pero más o menos blanco–, con un hermoso libro recuperado, pues era una disertación sobre el origen de las marcas de agua o la economía del medio tafelete. Pero lo bueno era cuando llegaba Moreno, siempre estentóreo, a contar lo que acababa de descubrir, o a husmear en lo que allí se estaba cocinando, porque entonces Juan empezaba a recoger papeles, a tapar más o menos los libros, y sólo cuando el deli-

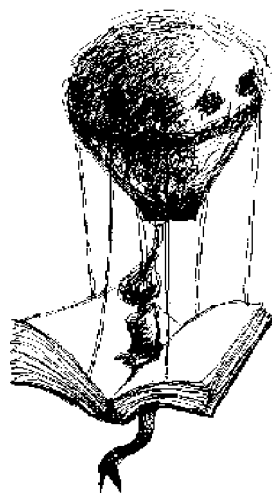
rio catalán llegaba al *summum*, hacía dos o tres comentarios de la mayor erudición o de la más rastrera simplicidad, y se levantaba invitándolo tácitamente a salir. Pero también recuerdo los días en que Juan llegaba arrastrando los pies más que de costumbre, con la mirada baja: eran los días de sus grandes depresiones, que a veces lo condujeron demasiado lejos.

A fines de 1966, cuando llevaba poco menos de tres años trabajando en la Nacional, una disposición igualitarista –aunque supuestamente bien intencionada– del Ministro de Educación, me obligó a optar entre esta plaza y mi flamante puesto de instructora graduada en la Escuela de Letras. Quizá porque Vicentina Antuña había llegado antes a mi vida y porque entonces creía –¡oh, inocencia dorada de la primera juventud!– que el saber y la vida estaban en la Universidad, me fui –literalmente llorando– de la Biblioteca. Pero antes le dejé a Juan, sobre su mesa –a riesgo de que la traspapelara–, una carta en que le agradecía todo lo que me había dado, que era nada más y nada menos que unos nuevos ojos con que mirar el mundo. Veinte años después dediqué a su memoria mi primer libro sobre Cuba. Con los años había descubierto que Colección Cubana había sido mi otra licenciatura y que Juan era también mi gran maestro.

Con él no sólo aprendí la asignatura Cuba –que no estaba incluida en el currículo de Clásicas–, sino que me hice consciente y definitivamente cubana, algo para lo que hay que tener mucho valor. Empecé a recorrer a punta de lápiz el verdadero y múltiple entramado

de nuestro fundante siglo XIX, más que en sus grandezas, en sus iniquidades y angustias, allí donde Juan escarbaba y escarbaba en su afán por desvelar el pasado que conformó esa sociedad asentada en la arrogancia y la dominación política, económica y cultural de una raza y una clase a las que había sabido renunciar muy temprano. Viví entonces los heredados “horrores del mundo moral” no como antítesis literaria, sino como revelación cotidiana, en el trabajo de revisión de las galeras de su monumental estudio sobre Tacón y su tiempo; en aquellas memorables investigaciones de demografía histórica, sobre la trata de esclavos y de culíes; en los sucesivos capítulos de su “historia de la gente sin historia” –en que colaboraba su tan querido Pedro Deschamps Chapeaux–; en los textos traducidos y anotados de los viajeros.

Después he tenido la oportunidad de trabajar con personas excepcionales en lugares excepcionales –como la Casa de las Américas–, de dirigir revistas, de pasarme semanas, meses, en algunas de las mejores bibliotecas nacionales, públicas o universitarias del mundo. Pero hoy, cuando soy más vieja que lo que era Juan cuando lo conocí, y puedo hacer una valoración sosegada y justa de mi pasado, estoy segura de que la experiencia de trabajar con él, de recibir de sus manos, a mis veinte años, toda una revista, de estar cerca de aquella constelación intelectual reunida por María Teresa en la Nacional, de crecer junto a mis queridas colegas y amigas de Colección Cubana, ha sido el fermento de lo mejor de mi vida intelectual y ciudadana.



Imágenes de un tiempo no perdido

Zoila Lapique

Investigadora de la música y de la cultura cubanas

No sé si podré poner en blanco y negro las ideas, los recuerdos que se agolpan en mi mente. Cuánto tiempo ha pasado, cuántos sucesos acaecidos, cuántos amigos y compañeros en el diario bregar han muerto y no estarán presentes como yo en este Primer Centenario de la Biblioteca Nacional de Cuba. Por supuesto, no se asuste amigo lector, porque a pesar de mi pasión por la historia, yo no les contaré los avatares de esta venerada institución en su siglo de vida. Sólo me limitaré a narrarles mi paso por ella durante mis casi cuarenta años de trabajo.

Era fresca la mañana del primero de octubre de 1959 cuando fui citada al despacho de la directora de la Biblioteca Nacional. En la antesala esperaban otras personas que aspiraban entrar en ese organismo. Los recuerdos vuelven a mi memoria después de tanto tiempo: pero aún los veo jóvenes, expectantes y animosos, con los que después compartiría largos años de trabajo. Así están Juanita Mont, Emilio Setién –quien llegó a ser mi jefe–, Gloria Pascual, Audry Mancebo. Algunos pasaron una prueba de ingreso, otros como Audry y yo no, pues

procedíamos de otra biblioteca y teníamos estudios especializados.

No era la primera vez que entraba en ese despacho, ni que hablaba con la doctora María Teresa Freyre de Andrade, una mujer que era casi una leyenda en el mundo de la bibliotecología. Yo era su alumna en la Universidad de la asignatura Bibliografía de Referencia y en muchas ocasiones ayudaba a María Teresa con el numeroso alumnado que invadía los predios universitarios después de varios años de permanecer cerrados. Una larga mesa centraba el amplio salón detrás de la cual se sentaba esa pequeña, delgada y frágil mujer que se caracterizaba por su tenacidad, cultura vastísima, y en ocasiones ríspido carácter que desarmaba a cualquiera que no la conociera profundamente. En una mesa a su lado, estaba la subdirectora, doctora Maruja Iglesias Tauler, alta y esbelta con sus ojos profundamente azules y su cabello prematuramente canoso.

Un binomio perfecto para dirigir esa institución, pues entre ambas se compensaban. Maruja había sido alumna de María Teresa y la respetaba plenamente. La entrevista con María Teresa –como yo usualmente la llamaba cuando me refería a ella–, entonces fue cordial. Porque aún no he dicho que en los primeros meses del 59 yo había concurrido a ese despacho llamada entonces por Maruja Iglesias. Yo la había conocido antes de la Revolución en una casa clandestina y allí nos presentaron. Desde entonces hemos mantenido una amistad nacida en los tiempos difíciles y peligrosos de la tiranía.

Pero volvamos a la escabrosa primera entrevista. María Teresa estaba expectante con mi persona, pues yo procedía de la Escuela Cubana de Bibliotecarios antes de entrar a la Universidad donde finalmente sería su alumna. Tengo que confesar que me porté un tanto malcriada e impaciente y terminamos la conversación sin llegar a una determinación sobre un posible trabajo en la Biblioteca Nacional. Para esta segunda ocasión iba avalada por mi trabajo en el aula con María Teresa. Pero sí me llena de orgullo decir que empecé desde abajo con un contrato por tres meses que podría prorrogarse por parte de la institución si lo consideraban satisfactorio. Y como ambas directoras sabían de mi pasión y gusto por la música, entré de calle a trabajar al Departamento de Música, entonces acéfalo, a clasificar literatura musical y discos. Otras personas de experiencia –Blanca Rosa Sánchez, Rosita Abella y Blanca Bahamonde– me ayudaron con gran gentileza tratando siempre de enseñarme cómo realizaba ese trabajo totalmente nuevo para mí. Así me pusieron en las manos el manual de la A/L.A. para clasificar todo material musical; todavía lo conservo. A las pocas semanas fuimos informadas que el día 14 de diciembre abrirían sus puertas al público nuevos departamentos: Música, Arte, Juvenil y Circulante. Recuerdo que llegué tarde a la inauguración pues había estado “echando hasta el final” por tratar de tener todo listo. Había una muchedumbre y me costó trabajo abrirme paso entre los funcionarios de otros organismos y público en

general que había acudido en masa. Este fenómeno de la masividad en el centro nos fue común a partir de entonces, llenándose cuanto curso, concierto, conferencia, clases etcétera que se convocara por la institución.



El recién creado Departamento de Música estaría a partir del 15 de diciembre bajo la dirección del profesor, compositor e investigador Argeliers León, después de una selección rigurosa hecha por la dirección de su expediente entre otros aspirantes. María Teresa me llamó a su despacho y tuvo la gentileza de comunicármelo y que esperara para conocerlo. Así, conocí al doctor Argeliers León, personalidad de la cultura cubana con el que trabajé varios años y con el cual aprendí mucho, por sus orientaciones, sus conversaciones, sus planes y por los numerosos informantes folklóricos que a diario venían a verlo a su oficina, así como otras personalidades del mundo musical. Y como tras de la sogá viene el caldero, también llegó su esposa y compañera en sus investigaciones y trabajos, la musicóloga María Teresa Linares, entonces primera directora del Conjunto Folklórico. Con ellos estable-

cí una relación de trabajo y afecto basados en un respeto mutuo que se consolidó con el tiempo y mantuvimos cuando ya no trabajamos juntos. Argeliers, con el apoyo de la dirección, supo transformar el adusto Salón de actos en una activa sala de conciertos de todo tipo de música. Allí se ofreció un concierto de música abakúa memorable donde los asistentes pudieron seguir la letra de los cantos impresos en un hermoso programa adornado con firmas abakúas y enjundiosas notas escritas por Argeliers, autor de además del diseño. Otra noche memorable fue el estreno de dos rítmicas de Amadeo Roldán, dirigida por Argeliers. El desbordante entusiasmo de este unido a la pasión de la dirección por crear una Biblioteca ágil, viva que fuera más allá de las paredes físicas del edificio, no tenía límite. Se creó una revista especializada además de la que publicaba la institución desde 1909. En la revista *Música* publiqué mi primer trabajo de investigación relativo a la música cubana: “*El Filarmónico Mensual*, periódico habanero de 1812”.¹ Recuerdo que una tarde me citaron al despacho de María Teresa. Allí estaba Argeliers para felicitarme por el trabajo y me pidieron que no abandonara la investigación musical, consejo que seguí al pie de la letra. Argeliers muy posteriormente, en una entrevista expresa su opinión sobre la necesidad de hacer trabajos sobre la bibliografía musical cubana y dice sobre mi persona: “Yo mismo hice trabajos, bueno, estaba Zoila Lapique, pero no fue por estímulo mío porque por sus propios intereses ella empezó a trabajar todos esos aspectos [...] y publicó ese libro [...] Este libro sobre la música en la prensa cu-

ba y otros trabajos que ha hecho muy valiosos. Para la bibliografía cubana, Zoila Lapique ha hecho aportes muy buenos [...]”.² En honor a la verdad yo empecé estos estudios sobre la música cubana estimulada por Argeliers, con su aprobación y con la dirección. Estudié y trabajé mucho. Después me salieron alas propias. En el Departamento de Música laboré con ahínco ayudada por unas jóvenes entusiastas: Sissy Sierra y Nancy López. Después entró como especialista José María Bidot, persona de la que guardo gratísimos recuerdos por su capacidad de trabajo, sus conocimientos, bondad y don de gentes. En estos primeros años entró a trabajar Lucio Solís, persona muy trabajadora y de gran refinamiento, y como sabía de música y de discos por su colección y vocación personal, entró a clasificar estos, y parte de la Colección de Ópera de García Montes. Su hija Teresita trabajaba con María Lastayo. Recuerdo en su diaria labor a dos jóvenes que indizaban las noticias de música en el *Papel Periódico de La Habana*: Antonio Acero y Gonzalito Roméu, miembro este de una familia de estirpe musical que desde Antonio María, “El mago de las teclas”, siempre han dado gloria a Cuba. Gonzalito no se quedó atrás. A Argeliers lo sustituyó Carlos Fariñas quien organizó conciertos de música culta con resonante éxito de público sin olvidar a Alberto Muguercia, investigador de música popular y organizador de ciclos de autores y obras, quien también llenaba de público nuestro Salón de actos. A Muguercia lo enseñé a hacer sus primeras fichas, de ello se sentía orgulloso.

Todos me ayudaron en mis labores del Departamento cuando asumí la

subdirección técnica. Con los colegas de los otros departamentos tuvimos estrechas y excelentes relaciones pero, muy especialmente trabajamos codo con codo con el de Arte bajo la dirección de mi “prima” la doctora María Elena Jubrías. Nos llamábamos así por nuestras familias gallegas. En el seminario del tercer piso celebrábamos los Jueves de Arte, donde se escuchaba música y se hablaba de arte y de música ante un público asiduo cada semana. También en este lugar se ofrecieron cursos, clases, conferencias... Recuerdo de Arte a la diligente Nellys Arrate, dulce y suave que hacía lo indecible por dar buen servicio y cuando ella no podía no vacilaba en pedirnos ayuda a mí o a Guillermo Sánchez. Este entró en la Biblioteca porque yo hablé con el director, Sidroc Ramos, sobre el Diccionario de artistas plásticos que Guillermo compilaba desde hacía tiempo y Ramos pensó, tal como resultó, que sería una valiosa adquisición. Siempre colaboramos juntos y nos ayudamos con la referencia de Arte. También Blanca Emilia Rodríguez ayudaba con la referencia por sus conocimientos. Culta, suave y dulce, gustaba de las óperas wagnerianas y conocer sobre su pueblo fundado por su familia los Martínez Fortún. Marta Garcíaarena, Julita, la secretaria servicial, Elba siempre temerosa de no dar el servicio adecuado. Pero aún no he dicho que a mí me decían “la referencista estrella” y que me consultaban de la Sala de Lectura y del recién creado Departamento de Colección Cubana. Mi rival más cercano en esta especialidad era Israel Echevarría, autotitulado “Sol de soles de la referencia”, quien trabajaba en la Sala de Lectura donde también

señoreaba Primitiva Rodríguez, una exmaestra, pequeña regordeta, de rostro afable, que siempre estaba corriendo, buscando y consultando alguna información para sus numerosos usuarios, ella junto con Marina Atía, y después con Azucena López y Yuya Castillo tenían la atención directa a los lectores en el primer piso.

Por razones diversas y complejas ajenas a mi voluntad, María Teresa con Argeliers decidieron que yo pasara a un nuevo departamento creado posteriormente a los inaugurados en diciembre de 1959, me refiero a Colección Cubana. Hoy debo confesar que fue una decisión sabia. María Teresa estimó que en este lugar yo sería más útil dado mis conocimientos de la bibliografía cubana de los siglos XVII al XIX, adquiridos cuando yo estudié y trabajé en esos fondos durante dos años en la Biblioteca de la SEAP. En Colección Cubana se habían concentrado los fondos cubanos y extranjeros relativos a Cuba más valiosos, además de los catorce incunables que heredamos de la colección de Néstor Ponce de León, erudito cubano, yerno del padre de la bibliografía cubana, el polígrafo Antonio Bachilles y Morales. Ellos dos juntos con Vidal Morales y Morales y Carlos Manuel Trelles y Govín, eran mis personajes más admirados por sus trabajos.

Yo venía en ellos el *summun* de todo conocimiento bibliográfico cubano. Todo esto contribuyó a que no me sintiera defraudada en el nuevo trabajo donde podía dedicarme más a la investigación, bichito que desde hacía tiempo me seguía aguijoneando. En este nuevo lugar estaban Amalia Rodríguez

y Aleida Placencia, como jefas e investigadora, y Juana Zurbarán Pelayo— quien procedía de la Oficina de Emilia Roig. De allí yo la conocía y me había ayudado con una investigación sobre la litografía en Cuba desde antes de la Revolución. Lamentablemente enfermó y tuvo que retirarse hasta su prematura muerte. Ernesto de los Ríos trabajaba en la Mapoteca, dirigida por Juan Pérez de la Riva; en la actualidad la joven especialista Nancy Machado recoge la experiencia anterior y desarrolla la tarea del presente y del futuro. Juan, culto y erudito, tenía una cabeza calva con unos largos bigotes, nariz ganchuda y una eterna pipa en los labios. Era un conversador y conocedor de quien también mucho aprendí a valorar libros y documentos según su época, conocer encuadernaciones, grabados y que ningún material se debía tirar, pues todo servía para buscar información. Así, se me amplió mi horizonte como referencista, profesión y servicio que nunca abandoné y alterné con la investigación. Juan era asesor de la dirección y después de Renée Méndez Capote, y director de la *Revista de la Biblioteca*. Todavía hoy me llena de orgullo cuando me llaman a mi casa de la propia Biblioteca o un viejo usuario. Siempre trato de solucionar hoy día con Olguita Vega, quien entró mucho después al Departamento procedente de Circulante, realmente donde ella podía desarrollarse a plenitud era en Colección Cubana. Además, tenía interés por aprender.

La *Revista de la Biblioteca*, que salía cada mes desde 1909, se hizo desde 1959 en un cubículo del tercer piso, al lado de mi oficina. Allí laboraba la es-

critora Renée Méndez Capote, quien nos dejó una importante obra testimonial, *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*. Con ella compartí lazos de afecto y mutua simpatía que perduraron hasta su muerte. También trabajaba como traductora Sarah, su hermana, y como Renée, poseedora de una vasta cultura. Cuando Renée cumplió ochenta años fui invitada a su cumpleaños que le festejó Cultura de Plaza. Con ella compartí esa simpática tarde.

Con Juan en la revista trabajó un dentista que era además un excelente traductor del inglés y del francés, el doctor Aurelio Cortés, servicial y amigo, sabía siempre tender la mano a todos los que lo necesitaban con su trabajo. Como secretaria trabajaron Siomara Sánchez y Luisa Campuzano, esta antes de saltar a la Universidad como profesora de Latín con la *Magister* Vicentina Antuña, un encanto de profesora y persona. Yo trabajé por momentos en el Consejo de Redacción, donde aparece actualmente mi nombre.

En el Departamento de Colección Cubana compartimos horas de trabajo junto con Eudoxia Lage, vieja empleada de la institución conocedora de los fondos hasta por su formato. Con ella revisaba cuidadosamente los anaqueles para ver y saber el alcance de cada obra. Así podía estudiarlos y dar un mejor servicio a mis lectores. Pero, sobre todo cuando no tenía público revisaba página a página la prensa seriada y la fichaba, así, a pesar de no encontrarme en Música saqué cuanta información había sobre música en la prensa de los siglos XVIII y XIX. De esa forma encontré el establecimiento de la primera im-

prenta litográfica en Cuba dedicada a la música en la temprana fecha de 1822 en La Habana y no en Santiago de Cuba como se creía. Noticia que di a conocer junto con Juana y Guillermo en la *Revista de la Biblioteca Nacional* a instancias del director Sidroc Ramos, escritor a pesar de no ser bibliotecario, y poeta quien supo valorar el legado dejado por María Teresa Freyre y buscó mejorar el servicio al público, continuó la edición de la *Bibliografía cubana*, la *Revista de la Biblioteca Nacional* y otras publicaciones donde se dio cabida a trabajos de los empleados, además de otros colaboradores. Recuerdo a todos los compañeros sobre todo a aquellos que me ayudaban en mis investigaciones y me suministraban notas principalmente, Roberto Friol y después, Patricio Bosh. Roberto Friol, poeta e investigador, fue llevado por Cintio y Fina Vitier. Al principio era hermético y alejado, ¡tanta era su timidez! Pero poco a poco cobró confianza con nosotros y me suministró no pocas notas de la prensa referente a la música. Roberto ha hecho aportes a la literatura cubana, por lo que recibió el Premio Nacional de Literatura por su obra.

Mucho se habla del grupo de poetas que se nuclearon alrededor de Lezama Lima y su revista *Orígenes*. María Teresa Freyre llevó a todos a trabajar a la Biblioteca. Así entró como asesor en Juvenil, Eliseo Diego, y en Selección y Canje su esposa Bella García Marruz, la hermana de Fina. Eliseo se interesaba por los libros ilustrados con grabados y subía a los pisos para seleccionarlos por lo que un día osé mostrar a este dulce y erudito hombre mi libro sobre la litografía en Cuba. Me

lo devolvió con un simple comentario “me gustaría hacerle el prólogo”. Y cumplió con rapidez su palabra. Es un texto pleno de poesía y mucho agradezco a Eliseo –como yo lo llamaba– que a pesar de ser yo una joven y desconocida investigadora, no vaciló en dedicarle estas páginas tan bellas hechas expresamente para mi libro, hoy casi una realidad editorial gracias a la Editorial Boloña de la Oficina del Historiador Eusebio Leal, quien se preocupa por estos libros que tienen carácter patrimonial.

En un cubículo donde trabajó antes Juan Pérez de la Riva, trabajaba silenciosamente, el abogado y notario Octavio Smith, otro de los poetas de Orígenes, “el niño Octavio”, como yo lo llamaba y a su vez él me decía “La niña Zoila”. Era un alma cándida y buena incapaz de hacer daño. Revisaba y rehacía los trabajos de investigación una y otra vez y siempre insatisfecho, volvía a redactarlos hasta que se los sacaban de las manos.

Todas las tardes, camino al periódico donde trabajaba como revisor de estilo, visitaba a Octavio, Agustín Pí, también miembro y amigo del grupo de Lezama en Orígenes. En la oficina conversábamos de libros y de música mientras se tomaba el café del abuelo Pablo. Al faltar, Octavio siempre me visitaba de pasada, admiraba mucho a mi hermano Tomás con quien laboraba.

Cintio Vitier y Fina García Marruz, ambos poetas, ensayistas y fervorosos martianos formaban y son aún un sólido matrimonio. Inicialmente se ocuparon de la Sala Martí y además, como trabajaban como hormiguitas escribían

sobre literatura cubana. En la Sala, la referencia la ofrecía otra ferviente martiana, Teresa Proenza. La mecanógrafa de la Sala era otra hormiguita la siempre complaciente Elenita Cabeiro, fulminada al llegar un día a la Biblioteca por un derrame cerebral. Miguelina Ponte trabajaba el catálogo de la prensa seriada, escritora de cuentos y poesías, también es amante de los gatos por lo que intercambiábamos gustos afines. Martica García Hernández y la otra Marta, la Dulzaidez, entusiastas con sus trabajos, y la Elena Graupera, quien actualmente ofrece un cúmulo de experiencias a la (su) Bibliografía Cubana y recuerdo disfrutaba los esfuerzos míos y de Lázaro Jas al tratar de cantar óperas en las guardias obreras.

En Colección Cubana trabajaba internamente María Luisa Antuña, con ella tuve lazos de trabajo y afinidad gatuna al igual que con su sobrina Rosarito, quien con Audry Mancebo, directora de la Biblioteca Juvenil, y otros especialistas hicieron una bonita labor con los niños y adolescentes.

En Sala Cubana trabajaban dos hermanas con las que establecí gran afinidad: las García Carranza, Josefina y Araceli. Con ambas trabajé la referencia, pero Josefina se decidió por los grados –una de mis especialidades– y la referencia sobre Martí. Araceli trabajaba la Bibliografía cubana, otra de mis debilidades desde que era estudiante. Y yo, por mis investigaciones, caí de lleno en un Departamento creado para investigar la historia y la cultura cubanas, aunque no abandoné las referencias especializadas del Departamento, además de continuar trabajando en el Departamento la revi-

sión de prensa seriada, principal fuente de mis investigaciones junto con los documentos.

Después de Sala Cubana la dirección creó el Departamento de Ciencia y Técnica con la dirección recta e incansable de una trabajadora, Regla Peraza, mujer de interés enorme por aprender idiomas y tener comunicación con publicaciones de diversos países en esas esferas. Allí laboraban Elena Giraldez, María Teresa Trueba, María del Carmen Droop y Conchita Jaén, tan meticulosa en su trabajo, hoy realizada con la computación.

En otros departamentos como Hemeroteca trabajaban juntos el matrimonio amigo de Yago Bertot y Dania Condis, hoy ella es especialista en Normas y él en computación. También allí estaba un trabajador e investigador incansable, Tomás Fernández Robaina, amigo con quien siempre discutía los problemas más complejos.

Y en Catalogación estaba de jefa mi amiga y compañera de estudios, Celia López Capestany, persona muy cumplidora y amante de los gatos junto con su Larry. ¿Cómo olvidar a la animosa Aida Quevedo, Lesbia Orta, la Varona y Sara Sánchez? Amigas y compañeras.

Del Departamento de Selección y Canje no puedo dejar de mencionar a María Lastayo, trabajadora incansable que hizo de la Biblioteca su casa. Y María Elena Covas, con sus chistes y cuentos que sacaba de cualquier cosa.

Y de los directores quiero expresar que me ligaba una vieja amistad con Marta

Terry, “la terrícola”, aunque no pocas veces discrepé de su trabajo. Ella sustituyó al doctor Julio Le Riverend, amigo de mi hermana Rosa y al que yo conocía desde niña. Cuántas veces me invitaba con un afable “ ‘vamos doña’, ¿no se anima a subir conmigo a los pisos?”. Ese era mi mayor orgullo, pues yo mandaba a sacar libros de los altos anaqueles por el formato y el aspecto. Pocas veces fallaba, casi siempre se capturaba alguna obra buena.

En la Sala de lectura de Colección Cubana todas las tardes se reunía un grupo grande de profesores e investigadores, quienes consultaban nuestros fondos y materiales, y a la hora del café se intercambiaban opiniones, se indagaba sobre el trabajo de otros y los proyectos, y, en muchos casos, en momentos de apuro se ayudaban. Así recuerdo al doctor Luis Felipe Le Roy, historiador de la Universidad de La Habana y a su ayudante Hiram Dupotey, Manuel Moreno Fragnals, historiador del azúcar en Cuba con su obra *El ingenio*, libro investigado en nuestra Biblioteca y en el Archivo Nacional de Cuba y donde yo tuve el privilegio de colaborar junto al amigo Virgilio Perera, arquitecto e investigador. Recuerdo al autor de las biografías-documentadas sobre los generales de la independencia, Abelardo Padrón, a Panchito Pérez Guzmán, a quien considero mi hijo intelectual y afectivo, pues se formó en esas tertulias ayudado por nosotros, muy especialmente, por el Le Roy y por mí y después por Elena Giraldez y la anciana profesora Graciélita Sánchez, quien le daba clases casi diariamente.

También participaban en esas amables discusiones históricas el historiador Jorge Ibarra y Olga Cabrera, exalumna de mi hermana Rosa especializada en el movimiento obrero. Enrique López Mesa, “el gordo”, todas las tardes pasaba por la Sala. El arquitecto Enrique Fernández Figueroa venía a trabajar su tema sobre el desarrollo del territorio cubano auxiliado por Elena Giradez, quien se quedaba horas extras para ello. A veces, concurría mi hermana Rosa, metodóloga de historia a quien aprovechábamos para revisar documentos, pues sabía de paleografía. Era asiduo Rogelio Martínez Furé con sus investigaciones africanistas, amigo que me revisaba diariamente lo que yo escribía sobre música cubana.

¡Cuántos libros vimos nacer y terminarse en la Sala! Libros que son clásicos por sus aportes a la historiografía y cultura cubanas. Allí, enviados por sus profesores de la Escuela de Historia concurrían alumnos y egresados para hacer sus tesis. Muchos de ellos son reputados historiadores: Panchito, quien estudió como trabajador en el curso nocturno, Doria González, Mercedes García, Rolando Misas, Poey, Hernández Balaguer (hijo de Pablo), el hijo de Jorge Ibarra. También acudían los profesores encabezados por Hortensia Pichardo, así recuerdo a María del Carmen Barcia, Oscar Zanetti, Carmen Almodóvar, Alejandro García, Berta Álvarez. Venían investigadores de otros organismos como Fe Iglesias, Gloria García, Mildred de la Torre, Liliam Vizcaíno, Ana Cairo y Carlos del Toro, amigos e investigadores de la cultura cubana y del movimiento obrero respectivamente ... Acudían

desde un reputado especialista en teatro como Rine Leal, quien hizo su *Selva oscura* en esta Sala, o un joven que entonces se iniciaba en la historia del ballet en Cuba, Francisco Rey, autor de un hermoso libro. O Alicia García Santana, enviada por el historiador de Trinidad, el amigo Bécquer, hoy con una obra sobre arquitectura doméstica y coautora junto conmigo de un hermoso libro escrito también por María Luisa Lobo sobre La Habana. Y creo debo parar, pues sería interminable la lista de los autores y sus obras. Pero, antes, debo hacer menciones especiales de los historiadores locales: el doctor Cué, residente en Santiago de Cuba, quien me llamaba para avisar su visita y para que se le tuviera listo el material; mi inolvidable amigo, Gustavo Sed, de Camagüey, muerto recientemente; Raúl Ruiz y Juan Francisco González, de Matanzas.

Como referencista e investigadora asistí a una personalidad de la historia y la enseñanza, la doctora Hortensia Pichardo, quien fuera además mi inolvidable profesora en la carrera de historia. Colaboradora de su esposo, el doctor Fernando Portuondo, autor de uno de los mejores libros de texto sobre la historia de Cuba. Cuando este falleció la doctora se dedicó a trabajar incansablemente con sus alumnos en el Archivo y en la Biblioteca. A su casa, cerca de la Biblioteca, acudí muchas tardes para tener el privilegio de intercambiar con ella, oír sus nuevas pesquisas sobre las fundaciones de las primeras villas y que dio a conocer en nuestra *Revista*. Siempre la recordaré plena de entusiasmo a pesar de su avanzada edad

También sería imperdonable que no hablara del historiador de la ciudad, el doctor Eusebio Leal Spengler, a quien me unen lazos de afecto y respeto por su labor en el rescate de La Habana Vieja. A veces no podía acudir y llamaba por teléfono para confirmar o pedir una referencia. No pocas veces se le pidieron conferencias y charlas en nuestro centro y siempre acudió. Al igual debo mencionar a otra lúcida anciana, mi profesora, la doctora Rosario Novoa quien iba a nuestra Sala o al Departamento de Arte.

Los que me conocen bien o durante los años de trabajo quizás piensen que me he olvidado de las hermanas Giraldez, Hilda y Elena, y de las García Carranza, Araceli y Josefina, aunque a estas ya las he mencionado. ¿Qué puedo decir y que no me falten las palabras? Ellas son mis hermanas, mis amigas y mis compañeras de trabajo con las que compartí largas horas de entusiasmo por un proyecto, o el montaje de una exposición o una conferencia o viaje. Sobre todo, compartí más con Elena, Araceli y con Hilda. A esta la conocí primero en los años cincuenta junto con mi hermana Rosa. Después a Elena.

Araceli, Ara para mí desde los inicios de los años sesenta, era y es desde entonces mi confidente al igual que Elena Giraldez. Ellas dos me controlaban para que yo no me desbocara ante la falta de interés y la ignorancia, sobre todo, en la gente joven y graduada de alguna especialidad. Hoy, Ara es una experta bibliógrafa especialista en los más importantes autores cubanos y con ella compartimos el jurado de las categorías de investiga-

ción en Cultura. Elena nos abandonó sorpresivamente en 1989, dejando desolados a todos, familiares y amigos con su muerte inesperada.

A Colección Cubana entró a trabajar una persona muy especial por su personalidad, cultura y afán de ayudar a los demás. Con Martica Haya, pues ese es su nombre, me ligan lazos de afectos y de cariño, afición a los gatos y a las óperas. Con ella y con Elena Giraldez organizamos unos memorables ciclos de videos tomados en las grandes casas de ópera del mundo. Para estos contamos con el especialista José Vázquez Millares, quien gentilmente nos apoyó, y los videos originales que nos enviaba mi amiga admiradora del género, María Luisa Lobo. La video-casetera nos la envió nuestro Gonzalo Escalante, en memoria de su hermano Luis, trompetista de la Sinfónica de La Habana hasta su muerte. Gonzalo también nos enviaba las mejores puestas del Metropolitan Opera de New York. Ante el éxito de los ciclos que se llenaban de gente joven, incluso con óperas wagnerianas, un activo y eficiente subdirector nos consiguió un video-beam. Esto fue maravilloso, teníamos que poner en los pasillos silla,s pues cada vez venía más

público y eso que entonces no se hablaba de la masividad en la cultura pero era un hecho, ocurría.

Debo confesar que escribir estas vivencias me han estremecido ya lo expresé cuando comencé a narrarlas, pero creo que he tratado de recoger en ellas algo de la extraordinaria labor educativa que tuvo la Biblioteca Nacional en todos los años, casi cuarenta en que fui su humilde trabajadora. Pero, temo como casi siempre sucede, que he incurrido en involuntarias e inevitables omisiones, por lo que me siento culpable de ellas. Si tú, amable lector no ves escrito tu nombre cuando lo busques, espero me disculpes.

Notas

¹ Natalio Galán compositor y musicólogo cubano (1917-1985) Cuando lo conocí en 1960 supo de mis investigaciones sobre ese periódico. ¿Cuál no sería mi sorpresa? Cuando me expresó Natalio: “ese periódico yo lo tengo y te lo voy a regalar, lo, estudias y después lo dejas en la Biblioteca” Y así se hizo.

² Me refiero al trabajo de Marina Rodríguez López, investigadora titular del CIDMUD titulado: Argeliers León: la musicología en Cuba, donde Argeliers me cita en la p. 33.

En ocasión de un centenario

Luis Suardíaz

Periodista, poeta y escritor

Casi sin darnos cuenta hemos llegado al centenario de la Biblioteca Nacional José Martí. Apenas ayer me tocó coordinar los actos por el 75 aniversario. Eso fue en 1976 por eso solíamos decir: el 75 es en el 76. Las reflexiones que entonces propició esa efeméride y las peripecias propias del trabajo cotidiano en el centro y en la Red, así como en el sistema bibliotecario del país, pueden hallarse en algunos artículos publicados en la prensa de la década del setenta, señaladamente en: “Una graduación histórica”, en el número de enero-abril de 1975 de la *Revista de la Biblioteca Nacional*; en “Cada paso nuestro es un paso firme hacia el futuro”, y también en: “75 años de la Biblioteca Nacional”, título de una amplia entrevista del periodista y escritor Jaime Sarusky que originalmente apareció en el número 68 de la revista *Bohemia*, del 24 de diciembre de 1976.

Mi primera visita al majestuoso edificio de la Nacional se produjo a fines de 1959, cuando aún no conocía a María Teresa Freyre. Más, el destino de las bibliotecas nunca me fue ajeno. Como otros aspirantes a escritores de nuestras olvidadas provincias, en Camagüey sufríamos la ausencia de bibliotecas organizadas, modernas, bien equipadas.

Desde los siglos anteriores los príncipes pugnaban por formar sus propios fondos y estimulaban el préstamo entre amigos. Nuestra generación no fue una excepción. Como nuestra hacienda no era nada excepcional, acudíamos a las escasas ferias, a los remates, a las librerías de libros usados y poníamos en práctica un constante intercambio.

Es justo decir que siempre hubo bibliotecarios que intentaban suplir las deficiencias del sistema. Más de una generación recuerda con agradecimiento a Fefa, entonces una joven de sienas ligeramente plateadas que nos orientaba entre el desorden de la biblioteca del Museo Ignacio Agramonte, y otras y otros trabajadores de la información que se comportaban como misioneros anónimos.

La pequeña biblioteca del Lyceum, situada casi enfrente del museo, en la avenida de los Mártires, ofrecía tentadoras novedades. Allí encontramos a Sartre, Lagervkist, Huidobro y su Altazor, el Ulises de Joyce, Kafka, Camus. Debo mencionar la pequeña oficina de información (y por supuesto difusión de su política) de los Estados Unidos. Como me recordaba hace poco Gilberto Mediavilla, nos atendía una amable especialista, ganada por la filosofía del imperio, con la cual discutíamos de la invasión a Guatemala, el pragmatismo y otros temas, sin que la sangre llegara al Hatibonico, pero eso no nos impedía acceder a Mart Twain, Henry James, Steinbeck, Dos Passos, Pound, y aun a los nuevos cuentistas y ensayistas. Allí encontré un cuento de Truman Capote, *Niños en día de cum-*

pleaños, cuyo escalofriante final nunca olvidé.

En la colección de libros guardados bajo llave en la Logia Ignacio Agramonte de los Caballeros de la Luz, descubrí un tomo de ensayos de Engels, uno de los cuales examinaba y comentaba la segunda epístola de San Pablo a los Corintios y subrayaba su defensa de la voluntad comunal. También un tomo con los poemas de Rainer María Rilke. Yo tenía entonces 18 años y esos dos libros, de manera diversa, influyeron en mi trayectoria futura: el concepto de la poesía y el papel del hombre en la sociedad.

En 1961, en mi carácter de coordinador provincial de cultura, participé en reuniones de trabajo con María Teresa Freyre Pensaba y sigo pensando que fue un acierto designarla al frente de la Nacional. Era una mujer toda pasión, enérgica, a veces irónica, nada complaciente, justa. Sabía donde poner el énfasis y logró iniciar la organización de los fondos de aquel reluciente y casi vacío edificio sólo visitado por unos 35 usuarios que se atrevían a cruzar el umbral. Poco después se trazaron los planes para los centros rectores de cada provincia y llegamos a conocer las atractivas maquetas de los edificios que albergarían todos los servicios de las llamadas bibliotecas tipo A.

Ese fue un año llameante: el de Girón, el de la campaña de alfabetización, el de sabotajes, bandas armadas en el Escambray y otros puntos del país, ruptura con los imperialistas, tensiones de todo tipo. En la tarde del 10 de octubre, celebrábamos la fecha patria con un intercambio con los músicos de la

provincia en vísperas de un festival y con instructores de arte que debían partir para zonas apartadas del territorio, cuando me informaron que un grupo de dirigentes políticos de la ciudad querían verme en unión de un visitante....

El visitante era nada menos que el comandante Ernesto Che Guevara. Durante un rato hablamos de proyectos culturales y de otros asuntos. Elogió las condiciones del local donde nos hallamos –el antiguo Liceo, intervenido hacía pocos meses y que había sido una sociedad de ganaderos y terratenientes bien ajenos a la cultura– y criticó la tendencia del país de convertir a las instalaciones de sociedades burguesas intervenidas en oficinas, pues de ese modo impedíamos que el pueblo las disfrutara, también se extrañó de la oscuridad que reinaba en las noches sin que hubiese una crisis energética y me preguntó qué destino le daríamos al Liceo que en su criterio sería un local excelente para instalar la biblioteca provincial. Le respondí que existía el proyecto de levantar un edificio para esos fines y me dijo que él, desde luego, también lo conocía, pero que no había recursos y materiales y fue así que ese mismo día decidimos buscar otro local para la sede del organismo cultural y dos años después pudimos inaugurar la biblioteca provincial Julio Antonio Mella que ha sido remozada recientemente.

Esa anécdota es una prueba más de la sensibilidad del Che, de su concepto de la cultura como algo integral y al servicio de las mayorías.

Los que ahora tienen 40 o 45 años y han sido formados por la Revolución, no

podieron vivir ese momento. Todo era apasionante y no exento de contradicciones. Familias acaudaladas aunque no siempre cultas sí poseedoras de libros valiosos, abandonaban el país, ocultaban o trasegaban dinero y joyas, pero abandonaban los volúmenes atesorados de generación en generación. Desde la dirección de bibliotecas se orientaba recuperar esos títulos y documentos que pasarían a engrosar el patrimonio nacional, pero en no pocas ocasiones, bien intencionados e ignaros ciudadanos, víctimas del sistema que padecimos hasta 1958, quemaban o destruían ejemplares valiosos porque estaban escritos en inglés o por desconocer a sus autores. Contra eso también había que luchar.

A partir de 1963, cuando fui designado director general de literatura editoriales y publicaciones del Consejo Nacional de Cultura, mi colaboración con la Biblioteca Nacional y la Red se hizo más estrecha. Auspiciamos los Círculos de lectura, las tertulias, semilla de los talleres literarios para los cuales editamos decenas de folletos en coordinación con los estudiantes de letras de la Universidad de La Habana, garantizamos que cientos de ejemplares de todos nuestros títulos fueron enviados a la Nacional y de allí a toda la Red.

Uno de los ciclos más fructíferos que propició la Nacional – y que debemos retomar– fue *El autor y su obra*, lo que hizo posible que literatos establecidos que ya no están entre nosotros, contaran sus experiencias ante un público numeroso y participativo. Casa comparecencia se recogía en la *Revista de la Biblioteca Nacional* de modo

que pueden ser ahora consultados por los lectores e investigadores.

En esos años no pensaba que pronto tendría que desempeñarme como director de la Nacional y la Red, pero no me eran ajenos sus propósitos y sus dificultades. En el número tres de la *Nueva Revista Cubana* de 1959, había leído un fragmento dramático de las memorias de José Antonio Ramos, en esas páginas nuestro ilustre autor, en su carácter de asesor de la Nacional, se lamentaba del caos que reinaba en el centro y de la falta de recursos, de la indiferencia oficial, de la incomprensión. Luchaba por convertir el Centro en una gran enciclopedia viva y también, son sus palabras, por brindarle a la juventud pobre y rebelde de la patria la oportunidad de estudiar y leer por su cuenta en las bibliotecas públicas. Sufría por no lograr ese empeño.

Entre los logros de los sesenta, uno de los más relevantes fue la graduación de más de doscientos trabajadores de la Nacional y de toda la Red de Bibliotecas Escuelas y la Escuela de Técnicos Bibliotecarios y poco después, conseguir que treinta jóvenes graduados de la Escuela, y no dos como se proponía, ingresaran en la Universidad de La Habana para completar su formación. Ese fue un paso decisivo.

Otra tarea, lograda parcialmente, fue salvar los fondos, propiciar la tecnificación de la información, clamar por la climatización, extender los servicios, mantener las publicaciones, en especial la *Revista* fundada en 1909, y poner al día la edición de la bibliografía cubana, después de liquidar los lla-

mados *años huecos* del período republicano, vincular cada vez más los servicios a las artes y las ciencias, a la vida de la nación.

Entonces también se libraba una campaña para que cada título impreso en el país llegara a la Nacional, para eliminar las mutilaciones de obras de consulta y la sustracción de ejemplares valiosos. Pero no podíamos prever que la circunstancia de la crisis económica del período especial y la llegada al país de inescrupulosos coleccionistas y mercaderes, estimularía en todo el territorio, y especialmente las más significativas bibliotecas y centros de documentación, el robo de libros y documentos, una vieja práctica de los imperios y sus servidores a lo largo de la historia de la humanidad .

Seguir la historia de la Biblioteca Nacional desde su creación en 1901 es en cierta medida seguir las peripecias de la república sometida. Aquellos 3 151 volúmenes donados por su primer director, el persistente Domingo Figarola Caneda, no podían competir ni en cantidad ni en importancia con los más de 41 mil volúmenes atesorados por la notable biblioteca de la Sociedad Económico Amigos del País, fundada en 1973 (y que ha continuado creciendo y brindando servicios a nuestros investigadores y especialista y al público en general). Ni siquiera con algunas bibliotecas privadas. Pero fue un punto de partida.

Un dato harto elocuente de la orfandad de los lectores más explotados, y de la marca de fuego de la discriminación racial, es que según las deficientes es-

tadísticas de la década del veinte pasado siglo, cuando se clasificaban a los usuarios según el color de la piel y el sexo, podemos conocer que apenas el 20 % eran negros o mestizos y sólo el 0,3 % eran mujeres de la raza negra. En todo caso, las mujeres que hoy dominan los principales puestos de trabajo en nuestras bibliotecas y hacen uso de sus servicios de modo mayoritario, únicamente constituían el 10 % de los beneficiarios de los escasos servicios.

Entre los hechos más lamentables figura la amenaza del jefe de la policía, Eleuterio Pedraza, de apoderarse de la antigua Maestranza de Artillería, sede en ese momento de la Biblioteca Nacional, y echar los libros al mar. Pedroza se enfrentó al activo grupo de la Sociedad de Amigos de la Biblioteca –entre los que figuraba ya Nicolás Guillén– encabezado por el infatigable Emilio Roig de Leuchsenring, y los amenazó con la cárcel. De modo que la historia es larga y aleccionadora.

Pero si nos quedamos en el pasado, corremos el riesgo de convertirnos en estatuas –de piedra o de sal, da lo mismo– lo importante es hacer de este aniversario, no sólo un recuento sino un punto de partida para nuevos empeños. Pienso que todos los que de algún modo estamos comprometidos con el desarrollo cultural del país, debemos unir nuestros esfuerzos por dotar a la Nacional de los instrumentos necesarios a la altura de este siglo altamente tecnificado.

Todavía hoy no todos los materiales impresos llegan a la Nacional y menos aún a las capitales de provincia y municipios. Lejos de erradicarse los malos

hábitos de maltratar, mutilar y sustraer materiales de los centros bibliotecarios esta situación se ha hecho más crítica. Y la permanencia de trabajadores de la información experimentados no se logra en la proporción requerida, porque con sus conocimientos pueden acceder a plazas mejor remuneradas aunque no brindan servicio al público.

No puede negarse el desarrollo alcanzado, pero sería muy peligroso ignorar las dificultades viejas y nuevas cuya solución no puede ser responsabilidad única de los dirigentes y trabajadores del sistema bibliotecario, sino de la nación que es su razón de ser.



Dpto. de Fondos bibliográficos

Revistera de la Biblioteca: una forma de la felicidad

Carmen Suárez León

*Investigadora del Centro de Estudios
Martianos*

¡Cómo me gustaba ser editora de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí!* Me gustaban las mañanitas con café, con muchos libros y revistas en el buró y con las seductoras visitas a la imprenta, con sus linotipos, sus chivaletes y sus prensas. Veneré —dije venerar, sí, me encanta decirlo sobre todo ahora que está tan de moda la irreverencia—, veneré desde el primer día la colección de aquella decana de las revistas especializadas cubanas, aprendí a admirar las virtudes de cada una de sus épocas, y fue ella mi ventana especial para descubrir el siglo XIX cubano, y tuve dos guías amorosas para conocer las espirales de aquella especie de humilde prontuario del paraíso de la cultura cubana: Josefina García Carranza, de cuyas manos recibí el trabajo de edición de la revista, y Araceli García Carranza, cuyo apasionado magisterio bibliotecario irradió anchamente su experiencia sobre mí, hasta hoy.

Al doctor Julio Le Riverend, director entonces de la revista y de la Bibliote-

ca agradeceré para siempre ese modo sencillo y afable que tuvo de dirigirme dejándome las manos libres para decidir y armar los números, única manera de convertirme en una profesional de la edición. Y agradezco, en la imprenta a Ferrer, el hombre temible que siempre encontraba errores en las artes finales, y se sonreía irónicamente de nuestra suficiencia de pichones intelectuales, pero siempre nos ayudaba a resolver el entuerto con generosa tenacidad.

A pesar del título universitario que me acreditaba como filóloga y especialista en literatura, solo la *Revista* y la Biblioteca Nacional me enseñaron a valorar la inmensidad de todo lo que ignoraba, otorgándome así algún indicio de la única sabiduría posible: el conocimiento de mis límites.

Colaboré en números antológicos, como aquellos dos dedicados a realizar un balance de la historiografía cubana, o como el número dedicado a los manuscritos inéditos de José Lezama Lima, donde trabajé con la tierna asesoría de Cintio Vitier. Editaba, hacía la corrección, y hasta diseñaba cuando no había quién lo hiciera siguiendo los patrones que conocíamos de memoria. Escogía viñetas y citas y temblaba con cada errata, mientras el fotógrafo Francisco, noble amigo, luchaba por hacer fotos precisas con imprecisos y desvaídos originales.

Era en verdad un trabajo de equipo, porque en ella publicaban todos los miembros de aquella tropa de investigadores un tanto sabios y un tanto locos que dirigía el pintoresco y querido Ramón de

Armas, que ya no está entre nosotros: Zoila Lapique Becali, el poeta Roberto Friol, Patricio Bosch, Alberto Muguercia, Luis Ángel Argüelles, Walterio Carbonell y el benjamín, José Antonio García Molina. De todos aprendí y con todos sufrí los rigores de mi desdichada profesión de editora, que ya se sabe que siempre se trata de “palos porque bogas y palos porque no bogas”.

Aprendí también junto a otros revisteros, ilustres ya por entonces, haciendo deleitosas y “sonantes” tertulias –como los plátanos del poeta José María Heredia–, en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional, donde se hallaba la redacción de la *Revista* y donde los investigadores y revisteros intercambiaban, no siempre en decimonónicas “pláticas sabrosas”, sino que de vez en cuando se dirigían fuertes apóstrofes a cuenta de aquello de que si me publican o no me publican. En casos así siempre me podía acoger a la sagaz experiencia de Bernardo Callejas, hoy ausente y entonces editor de la revista *Universidad de La Habana* y a la no menos experimentada ciencia de Enrique López, editor de la revista *Santiago*. Ellos formaron parte de aquellas tardes deliciosas a veces y otras borrascosas de la Biblioteca, en las que tampoco faltó la Ana Cairo querida, y sus alumnos de la Facultad de Artes y Letras.

¿Y los bibliógrafos? Investigadores también, no poco aprendí junto a Tomasito Fernández Robaina, Elena Giraldez, Juanita Mont y Elena Graupera, por citar a los más cercanos colaboradores de la *Revista*. Y se me va el cariño de pronto hacia Tere-

sa Proenza, aquella señora elegante y que todo lo sabía de Martí como si no lo supiera, que es la forma más hermosa de saber. Descansa ahora en su tierra mexicana.

Si yo pudiera inventarme publicaciones y pagarlas –porque estas con las que sueño son bien caras–, proyectaría una colección para dar a la luz los manuscritos inéditos que atesora la Biblioteca y otra para hacer ediciones facsimilares de las revistas del siglo XIX. Me entristece pensar que *El Recreo* o *La Moda Semanal del Bello Sexo*, de Domingo del Monte, o *La Habana Elegante*, de Enrique Hernández Miyares, serán abolidas por el tiempo sin que podamos reproducirlas. En fin, sólo es un sueño deslumbrante.

Quise y quiero a tanta gente en la Biblioteca, que no puedo hablar de todos, pero hablando de la revista ya lo hago en cierto modo. *La Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, a los cien años de la institución que representa es ya un monumento en sí misma, uno de los más preciosos patrimonios de la cultura nacional cubana. Edité unos veintidós números más o menos entre 1983 y 1988 y eso me enorgullece, lo hice lo mejor que pude. Allí quedaron hermosos años de mi vida –mi hija nació en 1985–, de allí salí con una riqueza interior imposible de adquirir en otra parte con tanto placer. Ser editora de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* para mí fue un modo de ser feliz. ¡Gracias a todos, los que están todavía y los que ya se fueron! ¡Gracias a los que me permiten decirlo ahora! ¡Gracias!

Un guajiro en la Biblioteca Nacional

Francisco Pérez Guzmán

Investigador histórico

La reconocida bibliotecaria y bibliógrafa Araceli García Carranza y la prestigiosa intelectual Ana Cairo, conscientes de mis vínculos con la Biblioteca Nacional José Martí que abarcan más de 35 años, me han solicitado unas cuantas cuartillas con motivo del centenario de esta institución.

La invitación ha devenido en un verdadero *via crucis* de memoria y emociones impregnadas de nostalgia. Pero de este caudal voy a extraer algunas aristas que dimensionan la contribución de la Biblioteca Nacional José Martí en la formación y desarrollo de la intelectualidad cubana. Claro está que partiré de mi experiencia, pero mi caso no es excepcional, pues otros, como el afamado escritor Reinaldo Arenas y Tomás Fernández Robaina, autor de *Confesiones de dos mujeres públicas*, experimentaron situaciones muy similares en su trayectoria de formación profesional.

Un día del año 1965 o de 1966, llegué a la Biblioteca Nacional con mis grados de sargento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, sin recomendaciones de

personas influyentes ni cartas institucionales que me avalaran. Me acompañaban la ignorancia cultural y la audacia del joven que afrontaba un autorreto: escribir la historia de Güira de Melena, mi pueblo natal.

A la vista de un pueblerino, la Biblioteca, casi a un lustro de su instalación en la nueva sede de la Plaza de la Revolución, impactaba por sus vitrales, mármoles, iluminación, mobiliario y decoración. El piso brillaba y las paredes pintadas con colores armónicos en correspondencia a la naturaleza de la institución. También era agradable la cortesía de sus empleados, el silencio reinante en las Salas de lectura y, sobre todo, la alta profesionalidad de sus bibliotecarios. No recuerdo un *no* precipitado antes de terminar la solicitud de un libro, revista y periódico. Y *sí* recuerdo el interés por solucionar dificultades que rebasaban sus obligaciones de bibliotecarios. El ambiente era estimulante y alentador. Se respiraba cultura por todas partes.

En mi primera visita tuve la fortuna de conocer a Zoila Lapique Becali. Con esa generosidad y sabiduría que la caracterizan me tendió una mano que se alarga hasta hoy día.

Por aquellos años Colección Cubana (Sala Cubana hoy) era un centro de cita de intelectuales sólidos, los que estaban en proceso de formación y los que ni tan siquiera aspiraban a serlo. En ese grupo me ubicaba.

De forma espontánea se formaban verdaderas tertulias que se extendían hasta la cafetería. Se abordaban temas

historiográficos, las polémicas actuales, comentarios de libros, investigaciones históricas en curso, chismes, por qué no.

En estas tertulias informales vespertinas, Manuel Moreno Fragnals leyó muchísimas páginas de *El Ingenio* que construía día a día. Y también permanecíamos atentos sobre las visicitudes editoriales para su publicación. Hecho que la Editorial de Ciencias Sociales materializó en 1978.

Por su parte, Luis Felipe Le Roy y Gálvez –ilustrado y olvidado historiador– nos argumentaba acerca de su hipótesis sobre los ocho estudiantes de medicina fusilados en 1871 por el colonialismo español, acuciosa investigación que culminó en un libro que tiene en su haber posiblemente un récord negativo tipográfico, pues el propio autor le halló más de cien erratas. No sé si esta marca ha sido superada, de todos modos como se dice en béisbol es un buen average.

Hiram Dupotey Fideaux no cesaba de insistir sobre la trascendencia del *Diario del soldado*, de Fermín Valdés Domínguez y la necesidad de su publicación. Hoy este *Diario...* se ha convertido en una rareza bibliográfica, pues no llegó a publicarse el quinto y último tomo y muchos ejemplares de los cuatro anteriores se convirtieron en pulpa de papel por decisión de un inquisidor burócrata.

Guillermo Sánchez comentaba cómo se enriquecía su investigación acerca de los artistas plásticos, fotógrafos... Zoila Lapique, enfebrecida, además de ayudar a historiadores, escritores, cineastas,

músicos y a todos los que acudían a ella, trabajaba en investigaciones acerca de la música en la etapa colonial, la litografía en Cuba, entre otros temas novedosos. Aquí también fuimos testigos del proceso de gestación de obras biográficas de Abelardo Padrón Valdés como la de los generales José Maceo, Flor Crombet y Guillermo Moncada, sólo por citar algunas.

Sin hiperbolización podemos afirmar que el inventario de nombres que participan con cierta frecuencia en estos contactos –influían en nuestra formación cultural– en Colección Cubana llenaría unas cuantas cuartillas. A manera de ilustración mencionemos a la siempre bien recordada bibliotecaria Elena Giraldez, Juan Pérez de la Riva, Pedro Dechamps Chapeaux, Jorge Ibarra Cuesta, César García del Pino, Araceli García Carranza, Carlos del Toro, Olga Cabrera, Enrique Fernández, Carlos Fariñas (el compositor), Alberto Muguercia (el hombre del son y la Má Teodora), Rodolfo Sarracino, Enrique López Mesa, Siomara Sánchez (secretaria de la *Revista de la Biblioteca Nacional*), Ramón de Armas y Virgilio Perera.

La Biblioteca Nacional me facilitó la oportunidad de conocer y sostener instructivas conversaciones con Cintio Vitier, Fina García Marruz y Octavio Smith del grupo Orígenes. José Zacarías Tallet me relató vivencias como escritor y anécdotas no sólo de su vida intelectual y de su libro *La semilla estéril*, sino también sus relaciones con Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa y muchos más de la generación del 30.

En Colección Cubana se gestó mi investigación histórica sobre la guerra de la independencia en La Habana y la muerte de Antonio Maceo en el combate de San Pedro el 7 de diciembre de 1896. Libro que recibió la solidaridad de Elena Giraldez, Luis Felipe Le Roy y Zoila Lapique al financiar los gastos mecanográficos.

Sería un pecado imperdonable y una actitud desagradecida si no hago referencia a la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, que, dirigida por Juan Pérez de la Riva, alcanzara prestigio nacional e internacional. Reputación que continuó con Julio Le Riverend y, actualmente en su nueva época, comienza a ubicarse en lugar de vanguardia de la cultura cubana. Pues en esta revista recibí mi primera desilusión con un *no* de Pérez de la Riva cuando pretendí publicar un deficiente artículo sobre el alzamiento de Mario García Menocal en 1931 y su repercusión en el suroeste habanero. Pero fue en esta revista donde publiqué mis primeros artículos especializados por decisión de Pérez de la Riva.

Sin dudas me quedan tantas cosas por decir, pero la cuota de cuartillas que me asignaron me limitan. No obstante, me

quedo con la frustración de no extenderme en algo así como personajes célebres de la Biblioteca Nacional. Sin pretender competir con Escriba y Lea incursionaríamos desde el enigmático Isac René con sus enormes patillas y obsesionado con escribir, escribir sin saber que el pintoresco José Peñalver estaba enfrascado en su historia del circo en Cuba, hasta el ensayista Walterio Carbonell que aún da peculiar vida a la Biblioteca Nacional.

Al cumplir cien años la Biblioteca Nacional José Martí con profundos cambios, preserva su función tradicional de contribuir a la vieja formación y desarrollo de la intelectualidad cubana. Nuevas generaciones de bibliotecarios hacen vigente este legado en condiciones muy diferentes. Pues hoy llegan a sus Salas de lectura profesionales con oficio, pero que requieren del conocimiento imprescindible de los bibliotecarios.

Si algo tuviera que pedir a los bibliotecarios cubanos actuales, a propósito de este centenario de la Biblioteca Nacional José Martí, consistiría en que borren la palabra abominable e inexacta de usuario que ha sustituido a lectores, investigadores, estudiantes...

Tertulias en la Biblioteca

Ana Cairo

Ensayista y profesora de la Universidad de La Habana

En octubre de 1967, matriculé en la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana. Entonces se vivía sin calendarios docentes rutinarios. Por ejemplo el curso 1969-1970, comenzó en noviembre; se dio un mes de clases y se partió para la gran zafra, o el trabajo social y se regresó en mayo; se reanudó en junio el curso y se transitó casi sin vacaciones por los dos semestres.

En el curso 1971-1972, el profesor Roberto Fernández Retamar inauguró con mi grupo una asignatura monográfica sobre José Martí. La bibliografía esencial la constituían las *Obras completas* (veintisiete tomos). Además, cada alumno tendría que consultar otros tipos de libros para elaborar un trabajo investigativo. En los encuentros, él entregaba una lista de lecturas (siempre bastante extensa), por lo que resultó necesario prorrogar la duración de la asignatura a dos semestres, para cumplir los objetivos cualitativos.

Por la cercanía a la escuela de Letras, las ventajas del horario (de lunes a sábados de ocho de la mañana a once de la noche, y los domingos en la sesión matutina), la Biblioteca Nacional era muy visitada por nosotros.

Los estudiantes de los años 60-70 necesariamente desarrollaban múltiples habilidades, porque había pocos libros. Grupos completos debían leer las mismas obras en un mínimo de tiempo. Se utilizó la modalidad de “cooperativas” donde se hacía un inventario preciso de ejemplares en cada biblioteca pública, y se organizaba una cola estricta de turnos para leer. En ocasiones, para textos de consulta adicionales, se dividían los materiales a fichar y se intercambiaban; también se macanografiaban, conferencias (prestadas por los profesores) y se recirculaban dentro del grupo.

Todos los alumnos trabajaban cuatro horas diarias (de lunes a viernes) en prácticas profesionales y en la sesión contraria, o recibían clases o preparaban materiales para las asignaturas, sin contar el tiempo que se destinaba a reuniones y a otras “tiñosas” (en argot estudiantil).

Como yo realizaba una práctica profesional en la Casa de las Américas por las mañanas, solía utilizar su biblioteca por las tardes, para de esa manera ganar tiempo.

Las obligaciones de lectura del monográfico sobre José Martí, me llevaron a conformar una tercera sesión (la tarde-noche) en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional, donde estaban en un estante pequeño –en acceso libre– las *Obras completas* y una amplia gama de publicaciones y libros afines. Además, a pocos metros de la misma, se encontraba la Sala Martí, donde Cintio Vitier, Fina García Marruz y Teresa Proenza, laboraban con un entusiasmo permanente en ayuda de cualquier visitante.

En la Sala Cubana, descubrí una dimensión de la vida cultural inimaginable en mis experiencias previas. Después de las cuatro de la tarde, comenzaba el arribo de especialistas. El profesor Luis Felipe Le Roy (1910-1978) –historiador de la Universidad de La Habana– llegaba acompañado de Hiram Dupotey; Juan Jiménez Pastrana (1903-1987) saludaba con mucha cordialidad; Pedro Deschamps Chapeaux (1913-199?) sonreía y hablaba en voz baja; Emilio Godínez (1940-198?) seguía buscando textos de Ramón Emeterio Betances, sin dejar de conversar; Juan Pérez de la Riva (1913-1976) abandonaba su “perrera” (o cubículo) y se sentaba en las mesas. Francisco Pérez Guzmán venía de la redacción de *Verde Olivo*; Carlos del Toro (1936-2000) se escapaba del periódico *Granma*; Enrique López descansaba de los disgustos autorales en los textos para la revista *Santiago*; Olga Cabrera traía a Isabelita Ibarra de pocos años, la niña jugaba mientras ella leía; Zoila Lapique servía de ejemplar anfitriona; Manuel Moreno Friginals (1920-2001) podía aparecer con noticias ya ficcionalizadas; Rafael Cepeda –siempre bondadoso– facilitaba un manuscrito insospechado.

En los cursos de Literatura Cubana me habían explicado que las tertulias eran una modalidad de trabajo intelectual de gran importancia; siempre se ilustraba con la de Domingo del Monte (1803-1853), a finales de la década de 1830. Pero, yo no había participado en ninguna. Los contertulios –nunca habituales– podían traer los temas más disímiles; se comentaba la actualidad diaria; se organizaba una ronda de opiniones, a par-

tir de alguna noticia; se oían datos eruditos a propósito de una pregunta; surgía un consejo inesperado; o se veían, o leían, cuartillas de un libro en proceso de escritura.

Mientras fui estudiante universitaria, me limité a observar aquellos intercambios mágicos (verdadero regalo de un “cielo” para los intelectuales). Se aceptaba a los jóvenes, a los desconocidos; te atendían con generosidad. No obstante –con timidez– permanecía mirando de lejos.

A partir de enero de 1973, cuando ya trabajaba como investigadora y profesora en la Universidad de La Habana, comencé a acercarme. Juan Pérez de la Riva se encargó de presentarme, porque los dos laborábamos en el grupo de Estudios Cubanos y nuestro jefe era Ramón de Armas (1939-1977), quien tiempo después se trasladó a la Biblioteca y ya era otro contertulio.

También descubrí que en el Archivo Nacional, el profesor José Luciano Franco (1891-1989) animaba otra tertulia desde su mesa habitual (la cual siempre tenía un retrato de Lenin). Además compartí con investigadores que se nucleaban en la tertulia divertida, que presidía José Antonio Portuondo (1911-1996), en el Instituto de Literatura y Lingüística.

A veces, se estructuraba en los asientos de la galería que bordea la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, o en el despacho de Portuondo.

En las tertulias, he aprendido tanto que las considero verdaderos postgrados.

Por otra parte, me convencí que en estos diálogos informales y polifónicos se practica una generosidad colectiva, una solidaridad intelectual admirable.

En la Escuela de Letras, se sabía que los profesores (personalidades de estilos muy disímiles) tenían el hábito de ser muy generosos y solidarios ayudando a los alumnos y a los graduados. Se vivía con una noción de familia.

En las tertulias de la Biblioteca, del Archivo y del Instituto de Literatura, entendí la pervivencia de una similar noción de fraternidad. Comprobé que se trataba de una tradición cultural; por lo general, ya se ha renunciado a la idea de formar discípulos; más bien se ha aspirado a inculcar el afecto de amigos, o colegas, la sinceridad y el respeto.

En el diálogo cordial –a veces apasionado y hasta algo ruidoso– se armoni-

zaban experiencias intergeneracionales y se enriquecían gestos de colaboración altruista.

Zoila Lapique, Francisco Pérez Guzmán, Enrique López, Rafael Cepeda, Enrique Fernández, entre otros, pudieran testimoniar sobre los gratos recuerdos de las tertulias en la Biblioteca.

Esta modalidad de diálogo intelectual no debería perecer. Quizás hay que insistir más en que las tertulias, cuya eficiencia y fecundidad ha sido demostrada por más de ciento setenta años en la cultura cubana, deben ser estimuladas.

En la Biblioteca, en el Archivo, en las facultades de la Universidad, podrían ampliarse los pequeños espacios para que las tertulias se incrementen como un beneficio y placer colectivos.



De mis buenos recuerdos

Marta B. Armenteros

Editora de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Comencé a trabajar como insertada en 1977, mientras estudiaba Filología en la Universidad de La Habana, en la Biblioteca Nacional José Martí. El primer día me pusieron en la Sala General, prestando servicios al público. No sé si por mi carácter tímido o mi temperamento, pero no pude soportar esa labor, y hablé con la doctora Marina Atía, jefa del Departamento para que me cambiara, y así lo hizo. Por suerte, pasé a trabajar en la sección dedicada a los documentos de Naciones Unidas, en el piso once, digo por suerte, porque la encargada de realizar esa labor era Isora Rodríguez, hoy una de mis mejores amigas y jefa del Departamento de Adquisición.

A pesar de sentirme bien trabajando allí, le tenía miedo al elevador y a los ruidos que se sentían, sobre todo de noche. Gracias a ese miedo comenzó mi amistad con un trabajador intachable: Ángel Masó, desgraciadamente ya fallecido.

El trabajo como insertada fue mi primer acercamiento a la Biblioteca Nacional, pues nunca antes la había visitado, ya que desde niña utilizaba los servicios de la biblioteca pública ubicada en el parque Santos Suárez, biblioteca que por abandono se destruyó, y en la que du-

rante mis estudios universitarios encontré los textos que necesitaba.

Ya en marzo de 1981 comencé mi vida laboral en esta institución, al principio como ayudante de Fernando Guerrero, encargado de la promoción, pero ese trabajo, encerrada en una pequeña oficina y recogiendo recados, me hacía sentir mal. Al comentárselo a Isora, esta me dijo que en el Departamento de Información para la Cultura y el Arte había plazas vacantes. El jefe era Rubén Suárez con quien tuve muy buenas relaciones de trabajo. Logré entrar en el Departamento, el cual fue para mí una gran escuela, y donde tuve la suerte de que me enseñara la labor que allí se hacía Martha Haya, Martica, una de las personas más maravillosas que he conocido. Allí se confeccionaban fichas bibliográficas, factográficas y resúmenes de artículos de publicaciones seriadas sobre arte y literatura de Cuba y el mundo, y ello me ayudó a ampliar mi horizonte cultural.

Información para la Cultura fue el iniciador en la Biblioteca de la automatización del trabajo que se producía. Esta labor comenzó a realizarla Concepción Jaén, Conchita, con quien trabajé mucho, y a quien debo mis primeros conocimientos sobre las bases de datos y los procesadores de textos y que continúa dicha actividad en el Departamento de Automatización. Tanto Conchita como Martha Haya se convirtieron en verdaderas amigas más.

El Departamento era sui géneris dentro de la Biblioteca: en él casi todos los que trabajábamos éramos graduados de lengua extranjera, arte o literatura, sólo



Junto al diseñador Luis Garzón en el Dpto. de Ediciones

dos, Conchita y Elisa Brutau, eran de Información Científico-Técnica y Bibliotecología, y posteriormente Margarita León cuando asumió la jefatura. Allí existieron “personajes” recordados por los trabajadores más antiguos, como María Caridad García, Masha; Mayda Abreu (ya fallecida); Hugo Recio; María Antonia Wong, la China; y otros que recuerdo con cariño, pues hicieron que ese período sea inolvidable .

Por problemas internos y externos, el Departamento es desintegrado en 1991, entonces paso un período en el Departamento de Investigaciones, y posteriormente, ese mismo año, a la redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, cuyo jefe de redacción era Rafael Acosta de Arriba, un gran luchador porque la Revista se mantuviera y no desapareciera como sucedió durante varios años.

En 1997 comienza una nueva dirección en la Biblioteca con Eliades Acosta Matos, quien entre otros objetivos, lo-

gra revitalizar la *Revista*, la cual con su altas y bajas, ha salido con un nuevo formato y nuevos bríos. La publicación es atendida y apoyada por la subdirectora de Promoción y Desarrollo, Marcia Medina, quien pone sus energías al servicio de que salga con la mejor calidad posible.

Trabajar en la *Revista* en su nueva época con Araceli García Carranza como jefa de redacción, ha sido una experiencia maravillosa, pues ella, un personaje dentro de las investigaciones bibliográficas, es un ser lleno de dulzura, comprensión y conocimientos que emana a todos. En esta etapa ha sido insustituible el apoyo recibido por Ana Cairo, la profesora de la Facultad de Letras a quien casi todos los alumnos tenían miedo, en la búsqueda de buenos textos para ser publicados.

Desde que empecé a laborar en el Departamento de Ediciones he tenido varios jefes, y trabajar con Rafael Acosta, Magaly Silva, José Antonio García y

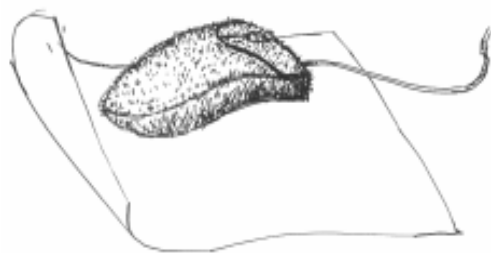
Eddy Rodríguez ha constituido un placer para mí, y también hacerlo con las mecanopistas Célida (la Ñeña), María Luisa, Sonia y Rosario Gutiérrez, quienes realizaban un trabajo excelente y muy profesional.

En el Departamento tuve el honor de trabajar con el editor Esteban Llorach en los dos primeros libros del Concurso Leer a Martí. Llorach, quisquilloso como buen editor, siempre me ha prestado gran ayuda y me ha enseñado algunas de sus experiencias, lo que siempre le agradeceré.

Actualmente agradezco mucho las enseñanzas y el apoyo recibido por Luis Juan Garzón, diseñador y especialista del complejo de galerías “El reino de este mundo”, sin cuya ayuda muchos de los trabajos que se han asumido

como el libro del concurso Leer a Martí, y la *Revista* misma, no hubieran podido publicarse.

No quisiera terminar estas palabras sin recordar a algunos de los que me han permitido sentirme unas veces bien y otras mal en la institución, pero a quienes quiero y recuerdo con cariño y que hicieron y hacen que la Biblioteca continúe siendo un valuarte de la cultura cubana: Elena Giraldez, Cleva Solís, Obdulia Castillo (Yuya), Alberto Muguercia, Roberto Friol, Walterio Carbonell, quien sigue siendo un personaje dentro de la institución, Israel Echevarría, Zoila Lapique, Tomás Fernández Robaina, Emilio Setién, Miriam Martínez, Elena Graupera, Tomás Fernández Robaina, Gloria Jovel (la salvadoreña), Máximo Díaz, Miguel Garrido (Miguelito) y tantos otros a quienes les doy las gracias.



Hace diecisiete años...

Concepción Jaén Basté

Analista del Dpto. de Automatización

Diecisiete años hace que la Biblioteca Nacional dio sus primeros pasos en la actividad de automatización. Diecisiete años de duro esfuerzo para mí, con alegrías, con tristezas, con angustias, con éxitos, conociendo a mucha gente que me ayudaron, y a otras tantas a las que ayudé. Al mirar hacia atrás me parece que ha sido un soplo el tiempo transcurrido en estas diecisiete primaveras.

Laboraba en el Departamento de Información para la Cultura y el Arte cuando un día en la primavera del año 1984 se me preguntó si me agradaría iniciar la actividad de automatización en la institución. No vacilé en responder afirmativamente.

Aceptar ese compromiso conllevó a prepararme con mayor rigor en los conocimientos preliminares sobre computación que había adquirido durante la licenciatura en Información Científico-Técnica y Bibliotecología concluida en 1979. Un postgrado sobre Sistemas Automatizados de ICT con una duración de dos años, impartido en el Instituto de Información Científico-Técnica (IDICT), dio inicio en septiembre de ese año 1984, a mi superación en la nueva actividad que asumía el centro. Concluido este, muchos cursos más se sucedieron.

El comienzo de la automatización en la Biblioteca Nacional se remonta, pues, a la llegada en 1984 de una pequeña computadora con su impresora, marca NEC PC-8001 mkII, de 8 bits, bajo sistema operativo CP/M 80. Por no disponer de disco duro se estudió en cuál proceso bibliotecológico utilizarse que no requiriera de mucha memoria. Se decidió entonces comenzar la nueva actividad automatizando la edición de un producto informativo bibliográfico: el boletín bibliográfico del Departamento de Información para la Cultura, que brindaba información sobre la cultura y el arte requerida por dirigentes, investigadores y creadores. A la aplicación, programada en el lenguaje de gestión DBASE II, se le denominó BOLCULT. Los programas elaborados para la obtención del cuerpo bibliográfico y sus diferentes índices fue realizado por el licenciado Eberto Castillo del entonces Centro de Informática Aplicada a la Gestión (CINAG-CEPES) de la Universidad de La Habana, el que recuerdo con mucho cariño y de quien aprendí en cada sesión conjunta de trabajo siempre algo nuevo.

Desde el inicio fui designada a asumir el control de la calidad del trabajo que se ejecutaba en cuanto a la presentación correcta desde el punto de vista técnico de la información especializada que se ponía al servicio de los usuarios, así como en la asesoría y entrenamiento a mis compañeros en el Sistema Operativo y diferentes programas que podían correr en la NEC de ocho bits, la que ya comenzaba a ser desplazada por computadoras de dieciséis bits.

No quiero dejar de resaltar el entusiasmo que tenía por aquel entonces el colectivo que laboraba en el ya mencionado Departamento, comenzando por la compañera que lo dirigía, Margarita León, y el resto de mis compañeras. Nos sentíamos orgullosos de ser el Departamento “pionero” en la automatización de la Biblioteca, actividad esta que ya estaba en casi todas las instituciones de información, pero que aún no había llegado a la Biblioteca Nacional.



La primera de mis compañeras que entrené en la computadora lo fue la “benjamina” del colectivo, Silvia Ibáñez. Después, poco a poco fueron pasando el resto del colectivo por el cubículo del tercer piso donde se encontraba la computadora. Algunas aprendían rapidísimo, recuerdo a Marta Beatriz Armenteros, la que por su capacidad habían escogido para dejarla al frente

de la edición automatizada de los boletines (año 1990), porque el diseño de nuevas bases de datos se incrementaba velozmente y no me era posible asumir tantas tareas. Pero, en contraste con Marta Beatriz había otras compañeras que eran un “dolor” entrenarlas, tenían, entre otras cosas, miedo a romper el teclado, entre ellas, una compañera muy “sui generis”, María Caridad García, más conocida por Masha. Fue una etapa muy especial para el Departamento de Información para la Cultura, una etapa de éxitos, de alegría.

Comenzaron a llenarse los primeros registros de BOLCULT con la temática de Literatura, y así poco a poco se fueron imprimiendo boletines con 150 registros. Por carecer de disco duro se almacenaron un gran número de diskettes. En ellos solo podían entrar 600 registros, lo que daba por resultado la salida de cuatro boletines. Este fue el inicio de la primera base de datos bibliográfica de la Biblioteca Nacional, compartimentada en diskettes de 5¼. Inicialmente en cinco temáticas: Literatura, Artes Plásticas, Música, Teatro y Danza, y Problemas Generales de la Cultura. Posteriormente se incorporaron Bibliotecología e Información Científica, y Edición y Comercio del Libro.

El trabajo ininterrumpido de la base compartimentada de Cultura y Arte engrosó su número de diskettes. Se contabilizaban más de 13 000 registros almacenados. Era necesaria ya la adquisición de un equipo con disco duro, que permitiese un almacenamiento diferente al que se tenía.

A finales de 1988 llega por fin una computadora IBM PC/ AT (marca LTEL) con sistema operativo MS-DOS. Una nueva tarea tuvo que acometerse: el traspaso de los registros almacenados en una NEC mkII (S.O. CP/M 80) para una IBM PC (S.O. MS-DOS). Para ello contacté (mayo del 1989) con el Centro de Computación del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX), que poseía el programa convertidor que se necesitaba.

Posteriormente, con los nuevos datos solicité trabajar con una IBM PC modelo XT en la Universidad de La Habana, para lograr el pase intermedio de la base de datos que sería introducida a nuestro equipo.

Otro cambio sustancial al que conllevó el nuevo equipo lo fue la nueva estructura del Boletín Bibliográfico que contemplaba además de los artículos de publicaciones seriadas, la inserción del tipo de documento conocido como analíticas de libros. Para ello Eberto Castillo confeccionó otro programa, pero esta vez en DBASE III.

Poco tiempo después el nombrado Sistema Gestor de Bases de datos Micro-ISIS apareció ante nosotros. Un total de 17 766 registros ya tenía la base de datos de Cultura y Arte. Nos dimos a la tarea de estudiar bien el ISIS para poder exportar los registros de DBASE III a ese sistema. Después de logrado esto, se continuó un tiempo más actualizando esa primera base, pudiéramos decir “antológica”, la que llegó a un total de 18 306 registros, y ahí se quedó. Ella aparece en la Red de la Biblioteca bajo el nombre de

CULTA1 y está diseñada usando las etiquetas del formato MEKOF-1, primer formato de intercambio empleado en la Biblioteca dado el compromiso que la institución tenía en participar en la formación de una base de datos colectiva del sistema SAI-INTERINFORMKULTURA, formado por países del CAME, cuya sede lo era la Biblioteca Lenin, de Moscú. En este formato fueron diseñadas, además de CULTA1, otras tres bases: BOLET que continuaba los trabajos de los boletines de cultura y arte con artículos de publicaciones seriadas cubanas; REFER, la cual almacena artículos de publicaciones seriadas extranjeras; y CUBA, que recogía los artículos publicados sobre Cuba en el extranjero.

En la actualidad dos de estas bases se han unificado bajo el nombre de PSAN (analíticas de publicaciones seriadas) y se ha mantenido aparte la de Cuba, renombrada ahora como CUBAEX, todas pertenecientes al Departamento de Publicaciones Seriadas.

La totalidad de las bases de datos que se crearon en la Biblioteca entre 1989 y 1997 fueron diseñadas siguiendo un formato local o propio, utilizando por supuesto el ISIS. Un total de más de setenta, según las especificaciones del Departamento que las solicitaba, y acumulan información valiosísima almacenada en la institución, entre ellas hay que destacar las bases que recopilan la Bibliografía Cubana tanto la del siglo XIX, como la de los años 1992-1993; 1994-1996 ; y 1997 del siglo XX, también la de la Bibliografía Mínima Cubana, de Araceli García Carranza, que dio lugar

en 1997 al primer CD Rom de la Biblioteca: *Cultura cubana: una aproximación bibliográfica*, y muchas otras de personalidades importantes como la de Ernesto Guevara, Félix Varela, Fernando Ortiz, José Raúl Capablanca, Manuel Cofiño... No puede dejarse de destacar el tipo de base terminológica EPIGR, que sigue actualizándose y contiene los encabezamientos de materias (epígrafes) utilizados en la institución. Así también son importantes la base de la colección Raventós, la correspondencia de José Lezama Lima, la cartografía cubana del siglo XIX, etcétera.

A partir del año 1999, un salto cualitativo se está dando en la Biblioteca Nacional: la aplicación del formato de

intercambio bibliográfico UNIMARC en el diseño de nuevas bases de datos. Este se conoció durante la 60 Conferencia de la Federación Internacional de Asociaciones Bibliotecarias (IFLA'94), que se celebró en La Habana, y fue interés de la institución su estudio y adecuación.

Ya la nueva estructura ha sido diseñada y se denomina BMAR. De ella se desprenderán nuevas bases. Comienza una nueva etapa donde el camino ya se ha trillado y el relevo está asegurado. Otras diecisiete primaveras sucederán a las que acabo de vivir...

Gracias a todos por la ayuda brindada.



Dpto. de Automatización

Impresos del siglo XIX en los umbrales del XXI: control bibliográfico y custodia de un fondo de carácter patrimonial

Olga Vega García

Investigadora de la Biblioteca Nacional José Martí



Tomado de: *Histoire naturelle des espèces nouvelles de singes*, de Johann Baptist von Spix, de 1823

El tema de la labor a realizar con las colecciones conformadas por ejemplares impresos en el siglo XIX no siempre

ha sido abordado con frecuencia en la bibliografía disponible a escala internacional, a pesar de que se trata de un siglo en el cual se manifiestan de forma paralela los productos de la imprenta manual y los de la mecánica. Como etapa de transición presenta contradicciones que se reflejan con mayor agudeza en la medida que transcurre el tiempo y motivan que haya que tomar urgentes medidas en lo que respecta al tratamiento diferenciado de las producciones de ese período, a pesar de no tener una gran antigüedad, pero sí en ocasiones un alto valor bibliográfico y comercial.

La Biblioteca Nacional José Martí durante la última década se dedicó a la investigación de las colecciones correspondientes a obras publicadas entre los

siglos xv-xviii, dentro de la temática de sus Fondos raros y valiosos, por tratarse de las más antiguas, no obstante, se estudiaron también otras de períodos posteriores y se hizo énfasis en perfeccionar su control bibliográfico y su caracterización partiendo del hecho de que el estudio de estas colecciones coadyuvan al descubrimiento de la singularidad de uno u otro tipo de libro hecho en una etapa determinada del desarrollo de la imprenta.

Un ejemplo de esta labor es el trabajo de diploma defendido en 1997 por la estudiante del Departamento de Bibliotecología y Ciencia de la Información, Ania Alfonso Alderete, titulado *Colección especial de libros del siglo xix atesorados en la Biblioteca Nacional José Martí*,¹ el cual se complementa con la labor llevada a cabo por el Departamento de Bibliografía Cubana tendiente a la actualización de la *Bibliografía cubana del siglo xix* de Carlos Manuel Trelles y Govín, valiéndose igualmente de estudiantes de la carrera antes mencionada, mediante la cual se logró llevar a cabo el control bibliográfico de lo publicado en gran parte de las décadas de ese siglo, consultando para ello no solamente los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí, sino de otras que se prestigian por contar con ricas colecciones de impresos cubanos: la de la Sociedad Económica de Amigos del País (Instituto de Literatura y Lingüística) y la Rubén Martínez Villena, de la Universidad de La Habana.

Este trabajo se complementa también con la primera parte del repertorio contenido en el CD-Rom *Cultura Cuba-*

na: una aproximación bibliográfica, editado por la Biblioteca Nacional José Martí,² el cual permitió acumular experiencias que sirvieron de punto de partida para trazar una serie de pautas a seguir en lo que respecta a la digitalización de títulos cubanos de los siglos xviii-xx, y, en lo que respecta al período 1801-1900 (que es de hecho el objeto de este artículo) ofrece una síntesis de los títulos más importantes producidos en la isla, acompañados de imágenes de sus portadas, ilustraciones relevantes, o cualquier otro elemento de interés.

Ahora, con la llegada de un nuevo siglo se hace imprescindible profundizar en las características de estos libros con vistas a poder identificar cuáles son las joyas bibliográficas que se destacan dentro de una colección de por sí voluminosa, y a priorizar las medidas a tomar para la salvaguarda de tan valioso patrimonio cubano.

Características generales de los impresos del siglo xix que se ponen de manifiesto en el estudio realizado

El siglo xix se caracterizó por conllevar profundas transformaciones técnicas en el arte de la producción de libros, sustituyéndose los métodos artesanales empleados hasta entonces por *sistemas mecanizados*: se inventaron las máquinas de componer: *linotipo* y *monotipo*; se perfeccionaron las prensas; se utilizó la litografía para ilustrar los libros, lo que unido a la fotografía permitió aumentar la calidad de las ilustraciones; se empleó la pulpa de madera en el proceso de fabricación del papel y se logró la casi completa me-

canización del mismo; incluido el proceso de encuadernación.

Por otra parte, los estilos imperantes en el arte de la época se reflejaron en las páginas de los volúmenes: neoclasicismo, romanticismo, realismo y art nouveau, puesto que no es posible desvincular el libro de su entorno. En lo que respecta a la ilustración, texto e imagen no se integraron tanto como en épocas anteriores, sino que se deslindaron las profesiones de tipógrafo y grabador. Renació la *xilografía*, obteniéndose resultados más novedosos; además, junto con el *grabado en cobre* se utilizó el *grabado en acero*. La *litografía*, por su parte, permitió al artista dibujar directamente sus imágenes, ayudó en la evolución de cubiertas artísticas de los volúmenes a la rústica. Luego la *fotografía* contribuyó a la reproducción de las ilustraciones y los primeros procesos fotográficos permitieron obtener una copia más exacta de la realidad, a la vez que el uso de los medios tonos.

En cuanto a la encuadernación se produjeron cambios debido a los nuevos procedimientos mecánicos que se comenzaron a emplear, a la variedad de materiales utilizados y a las tendencias del arte, que dieron lugar a una variedad de estilos en las mismas. Un interés por la encuadernación antigua provocó que se hicieran copias de producciones de épocas anteriores. En las últimas décadas apareció un nuevo tipo, la *parlante*, que daba a conocer el contenido del libro a través de imágenes en las tapas y ya a finales del siglo proliferó el uso de las *sobrecubiertas*.

En lo que respecta al papel, la sustitución del papel de trapo por el de madera permitió una mayor disponibilidad de materia prima coadyuvando a un abaratamiento de su costo. Sin embargo esta se hizo menos resistente y disminuyó por tanto su calidad, tendiendo a degradarse con más facilidad, lo que hizo disminuir el tiempo de permanencia de los documentos en buen estado de conservación.

Todas estas características se ponen de manifiesto tanto en los libros cubanos como en los extranjeros.

Ingreso de impresos del siglo XIX al fondo de la institución

La Biblioteca Nacional José Martí se funda con el siglo XIX, por decreto del gobierno interventor norteamericano y sobre la base de los fondos donados por su primer director, Domingo Figarola Caneda. Empobrecida durante los primeros cincuenta años de su historia, ya a partir de 1959 comienza a enriquecer su llamado Fondo antiguo con colecciones compradas, donadas o recuperadas. No todos los documentos pudieron procesarse en aquel entonces, concentrándose en depósitos de donde fueron extrayéndose en la medida que se contaba con personal capaz de catalogarlos y clasificarlos, ya que la llegada de la producción nacional, que comenzaba a incrementarse, había de priorizarse para llevar a cabo la compilación de la Bibliografía Cubana. Por otra parte, el desarrollo del país requería de un urgente procesamiento de los documentos científicos que con muchas dificultades se obtenían en medio del bloqueo a que estaba sometida Cuba.

La recepción de nuevas colecciones provenientes de personalidades de la cultura cubana, obtenidas por donación o por compra a los familiares, continuó engrosando ese fondo, de donde hoy pueden extraerse ejemplares muy valiosos en medio de muchos otros que no lo son tanto.

En el caso de los documentos cubanos siempre resulta más sencillo sentar las pautas de una política de formación de colecciones que ayude a la selección de libros del siglo que se estudia. Para la Biblioteca Nacional todos los impresos cubanos del XIX resultan relevantes, así como también los de autores cubanos producidos en el extranjero. Igualmente se atesoran los que tratan sobre el país y sus naturales. En lo que respecta a las bibliotecas públicas provinciales del país, tampoco existen dudas acerca de los impresos cubanos del siglo decimonono que deben ser atesorados en las Salas de Fondos raros y valiosos de dichas instituciones.³ No ocurre lo mismo cuando se trata de libros extranjeros, cuyo volumen en los depósitos es considerable y no siempre el personal está consciente de los parámetros a tener en cuenta para establecer la rareza bibliográfica de un volumen en específico.

En el trabajo de diploma de Ania Alfonso se profundizó en los aspectos a considerar cuando se necesitaba conformar una colección de impresos extranjeros producidos en el período 1801-1900, ya que si bien existen algunos estudios teóricos sobre el tema de Ezcurdia,⁴ Breillat,⁵ Pinheiro,⁶ Brun,⁷ entre otros, los bibliotecarios cubanos no siempre conocen las obras de esos

autores ni tienen a su disposición metodologías en castellano que ayuden a conformar este tipo de colecciones. Los especialistas deben interiorizar que a la hora de incorporar libros del siglo XIX a un acervo han de tener en cuenta además de la importancia del autor o el tema otros aspectos como la antigüedad del ejemplar, el número de la edición y de la tirada, si se trata de un ejemplar único, numerado o fuera de comercio, si ostenta la firma de su ilustrador, editor, autor, o cualquier otra personalidad relevante, la fama del impresor, la calidad excepcional o rareza del material escritórico, características particulares de su formato y de su tipografía, presencia de ilustraciones valiosas, de anotaciones escritas por personajes célebres, encuadernación y procedencia.

Un rasgo muy particular es la existencia de los llamados por Buonocore⁸ *libros truffés*, que no son más que aquellos volúmenes a los que se les insertan en sus guardas o páginas manuscritas, fotografías originales, grabados, otros impresos como folletos o volantes, recortes de época, muchos de ellos más valiosos por lo general que el ejemplar que sirve de soporte. En la mayoría de los casos, cuando los bibliotecarios se enfrentan a ellos por primera vez no saben qué hacer, por lo que se limitan a catalogarlos sin consignar los anexos que acrecientan su rareza. Ejemplos notables son los dos ejemplares del *Diccionario biográfico* de Francisco Calcagno publicado en New York entre 1878-1886, uno perteneciente a Vidal Morales y Morales y otro a Carlos Manuel Trelles y Govín, en el cual se mezclan recortes, fotos y ma-

nuscritos que los convierten en piezas únicas de gran valor. Otro ejemplo es el volumen de *Carta de un americano al español sobre su número XIX* de José Servando Teresa de Mier (Londres, 1811), que incluye apuntes manuscritos y un retrato calcado en papel de China, que también fue propiedad de Vidal Morales y Morales.

Igualmente se desconocen los factores que disminuyen el valor de un libro, tales como faltantes, márgenes muy cortados, deterioro del ejemplar debido a la incidencia de agentes físicos, químicos o biológicos, entre otros. En líneas generales no existe una preocupación por cotejar varios ejemplares de una misma obra y mucho menos de reflejar las deficiencias detectadas en el registro bibliográfico.

Como productos de la imprenta manual, ejemplares de un mismo título no siempre son exactamente iguales, aun cuando aparentemente estén completos. Es imprescindible, por tanto, controlar todos los que hayan llegado hasta nuestros días para poder seleccionar el más completo, que será el que deberá ser digitalizado y servirá de base para hacer una edición facsimilar si su valor lo amerita. En ocasiones esa elección se dificulta dada la riqueza de la información que se le ha insertado al original.

Control bibliográfico de ejemplares del siglo XIX

Como se ha comprobado en la Biblioteca Nacional José Martí a lo largo de un decenio de trabajo de investigación en el campo de los libros raros y valiosos, resulta imprescindible localizar en

una gran cantidad de obras de consulta la información sobre autoridades, epígrafes de materia, historia de una determinada edición, fechas o cualquier otro dato que deba consignarse en los campos que componen los registros. No debe olvidarse que un libro antiguo o uno moderno que se considere dentro de la categoría de los raros y valiosos no puede procesarse de manera simplificada, ni puede obviarse la acuciosa investigación que ha de formar parte de la descripción bibliográfica. Además del sinnúmero de repertorios de consultas tradicionales, en la actualidad se cuenta con la rica información en formato electrónico que está disponible mediante la consulta en Internet, que ayudaría grandemente a solucionar los tradicionales problemas de desactualización de obras de referencia que hasta el momento han venido confrontando los bibliotecarios cubanos, pero para ello es necesario un adiestramiento en el uso de las nuevas tecnologías y sobre todo un equipamiento idóneo para poder navegar con una determinada rapidez.

A nivel internacional, como parte de la labor desarrollada para la confección de las ISBD se han delimitado además de las ISBD(M) dedicadas a la descripción bibliográfica de los libros y folletos, tomadas como base para la redacción de la norma cubana empleada para la catalogación de ese tipo de documento, unas ISBD(A) destinadas a los impresos antiguos, pero como la frontera entre el libro producido en la etapa de la imprenta manual y la de la imprenta mecánica es tan imprecisa, se ha decidido tener en cuenta estas últimas cuando de ejemplares de una gran rareza se trata, con vistas a reflejar con el ma-

por nivel de minuciosidad aspectos que deben ser destacados en los registros. El empleo del formato UNIMARC a la hora de conformar las hojas de trabajo garantiza ampliar los puntos de acceso y enriquecer las posibilidades de búsqueda de la información, pero hace aún más complejo el procesamiento de estas obras.

Acceso a colecciones de libros valiosos del siglo XIX

La llegada del nuevo milenio ha hecho renacer una serie de problemas que se mantenían latentes durante el siglo XX vinculados con las colecciones de libros raros y valiosos, uno de los más importantes es el acceso a ejemplares que por su contenido o por su valor material resultan muy cotizados, y que por su escasez en el mercado son prácticamente irrecuperables y cada día lo serán más. Los curadores de colecciones de este tipo de documento deben resolver en los distintos países la contradicción que se presenta entre la necesidad de custodiar celosamente los ejemplares y la exigencia de los usuarios de acceder a ellos para su consulta. La adopción de medidas tendientes a solucionarlas no siempre satisfacen a unos y otros, puesto que ambos, desde sus puntos de vista, tienen la razón. Los primeros son los responsables de garantizar su preservación y por lo tanto de tomar todas las medidas tendientes a lograrlo, los segundos necesitan leer los textos contenidos en los impresos y para ello exigirán por todos los medios a su alcance que se les permita esto, aun a costa del deterioro progresivo de los originales.

Como ejemplos de volúmenes muy valiosos se cuentan:

· Un volumen traducido al inglés, *The Island of Cuba*, del barón Alejandro de Humboldt, el cual cobra excepcional valor por tener anotaciones manuscritas de su autor referidas a omisiones y modificaciones hechas por Thrasher durante su traducción, y luego otra inscripción de don Fernando Ortiz, propietario del libro, acreditando que los apuntes manuscritos son auténticos.

· *Lecciones elementales de la historia general de los animales*, de 1834, de Georges Cuvier, anotadas por Tranquilino Sandalio de Noda (1808-1859), el cual es considerado por Calcagno como “una de las inteligencias más fecundas que ha producido nuestro país”, y por su labor científica resulta una figura de primera línea dentro del siglo XIX cubano. Los dos librillos resultan muy curiosos porque hasta en los cantos tienen notas manuscritas, resultando de interés para cualquier especialista en la materia.

Si bien durante décadas en la Biblioteca Nacional José Martí estaba abierto el acceso a las colecciones de carácter patrimonial, limitándose en casos excepcionales a la presentación de cartas donde se hacía constar el carácter de la investigación que se llevaba a cabo, en los últimos años ha tenido que restringirse cada vez más la manipulación de originales considerados valiosos por determinada característica, material o de contenido. El abuso indiscriminado fue agravando el estado de conservación de éstas, a lo que se añadió la influencia de factores físicos, químicos

y biológicos que motivaron que muchos ejemplares no puedan ya ser ni legibles ni salvados. Por ello, a partir de septiembre de 1999 se inició un proceso de inscripción de usuarios que trajo como consecuencia la definición de categorías: investigadores, profesionales y estudiantes (de nivel medio y superior). Se estableció además como categoría especial la del usuario honorario destinada a personalidades cubanas o extranjeras que se han ganado esa distinción por la vinculación que durante años han mantenido con la institución.

Otra medida adoptada fue la elaboración de un reglamento para la consulta de los documentos especiales, esto es, de los libros raros y valiosos, los manuscritos, las fotografías originales, los grabados, los materiales cartográficos valiosos, las partituras manuscritas o cualquier otro que por su valor o rareza bibliográfica merezca ser consultado con un mayor cuidado para garantizar una mejor conservación. Aunque no se va a explicar al detalle dicho reglamento se pasarán a comentar algunos de los aspectos más importantes que contiene.

En primer lugar, se especifica la forma de acceder a los documentos mediante la presentación de una carta aval en la cual se precise el tipo de material que necesita consultar, el tiempo de duración de la investigación que ha de realizar, y el tema general que va a desarrollar. Además se regula el traslado de los documentos a otras áreas, prohibiéndose, salvo que lo autorice el bibliotecario por una razón particular. El préstamo siempre va a ser intransferible, lo que quiere de-

cir que el usuario ha de saber que el documento se le entrega a él y no a una tercera persona.

Otro aspecto que se trata es el concerniente a la manipulación de los libros o publicaciones periódicas, enumerándose una serie de recomendaciones sobre la base de las que se hacen en otras instituciones similares. Se precisa que en el caso de documentos sueltos que se encuentren conservados en sobres o cajuelas, debe cuidarse de que mantengan la ordenación establecida, evitando que se mezclen los pertenecientes a diferentes colecciones. Se enumeran igualmente las sustancias u objetos prohibidos en el área de consulta de los documentos valiosos.

Como detalle de sumo interés se determina no autorizar el acceso a los documentos especiales con otros fines diferentes a los de estudio, quedando prohibida la reproducción de los mismos en cualquier soporte sin la autorización expresa del director de la institución, en el marco de la Ley de Derecho de Autor. En el caso de que éste autorice algún tipo de reproducción, la misma estará sujeta a una tarifa y un contrato especial. Cualquier infracción del reglamento conlleva la suspensión del servicio. En los casos en que esta perjudique la integridad del documento, la dirección se reserva el derecho de tomar las medidas pertinentes, amparada en la legislación vigente en la República de Cuba.

Como un último aspecto a tratar sobre el tema se presentan una serie de consideraciones válidas no solamente para el personal de una biblioteca nacional, sino para cualquier especialista que ten-

ga a su cargo una colección de documentos raros y valiosos en los que se incluyan impresos del período 1801-1900, tanto en Cuba como en otros países.

Los especialistas han de continuar profundizando en el concepto de libro raro, valioso o curioso partiendo del hecho de que la carga subjetiva que conlleva su alcance motiva que lo que puede tener valor para un país resulte insignificante para otro. Esto se debe a que como patrimonio nacional el libro producido en un determinado país adquiere una relevancia que hace aumentar su demanda y por tanto su precio en el mercado en el marco de las fronteras del mismo, o en el extranjero, según el caso.

Hay volúmenes que indiscutiblemente resultan muy preciosos, tal es el caso de *Los ingenios*, de Justo Germán Cantero, el cual en cualquier lugar del mundo atrae la atención de libreros, bibliotecarios o estudiosos por su calidad tipográfica y la belleza de su material ilustrativo. A diferencia de él, un folleto aparentemente insignificante puede encerrar sorpresas, como por ejemplo el titulado *Habitantes en la Luna*, de sir John Herschel, impreso en Cádiz, en 1836. Antonio Palau y Dulcet, en su *Manual del librero hispanoamericano*⁹ no consigna esa edición, y además resulta muy curioso su grabado plegable de extraterrestres, construcciones y animales habitantes del satélite de la Tierra., representados tal y como lo concibió un ilustrador de aquella época.

Siempre debe tenerse en cuenta que una colección especial se forma no so-

lamente mediante la compra o canje de ejemplares raros y valiosos; en ocasiones entre los fondos sin procesar de una institución o en su mismo fondo general, existen volúmenes que por su importancia merecen recibir una atención diferenciada.

Debe continuar de forma permanente el perfeccionamiento de los reglamentos, tanto los dirigidos a los usuarios como los de uso interno para el personal en los que se indiquen procedimientos y limitaciones para la adecuada manipulación de los volúmenes, dándolos a conocer a otros especialistas como una manera de ir logrando un consenso a nivel nacional que contribuya cada vez más a su uniformidad, lo que evita en mayor medida el rechazo por parte de los usuarios y a veces por los propios bibliotecarios.

En países de clima tropical las condiciones desfavorables que agudizan el deterioro de las piezas influyen de forma decisiva en el número de ejemplares existentes y sobre todo en su estado de conservación. A eso se añade la carencia de recursos para hacer frente a otros factores que hacen peligrar la supervivencia de muchos libros, aunque algunos de los ejemplares que componen la muestra de impresos extranjeros del siglo XIX se encuentren en excelente estado de conservación por estar hechos con papel de cuba, en los casos en los que se ha empleado papel de madera no es así, observándose un soporte muy degradado que requiere un tratamiento ulterior a corto plazo.

Por lo general las encuadernaciones originales se han perdido por descono-

cimiento de los bibliotecarios o de los encuadernadores del valor que puede tener el conservar, al menos de forma fragmentaria, lomos, tapas o hasta cubiertas en rústica originales de libros y folletos del siglo XIX. Resulta imperdonable sustituir unas tapas ilustradas con imágenes vinculadas al contenido de las obras que reflejan toda una época y un estilo propio, por otras, limpias, resistentes, pero sin ningún valor bibliológico.

Se ha comprobado que dentro de la colección de impresos del siglo XIX una serie de libros se han conservado de forma excelente en cajuelas de cartón, mientras que otros que no contaban con ellas, presentan las tapas deterioradas por el roce y afectadas por otros agentes. Esto demuestra la necesidad de disponer de suficientes estuches o cajuelas, de ser posible confeccionados con cartulina o cartón libre de ácido, para ayudar a preservar mejor los volúmenes.



En la colección del siglo XIX de libros extranjeros se detectaron algunos libros muy pequeños, por ejemplo, una *Llavecita del paraíso* que mide seis centímetros en contraposición con otros excepcionalmente grandes (*Histoire naturelle des espèces*

novelles de singes, de Johann Baptist von Spix, de 1823, ilustrado con bellísimos grabados de monos, murciélagos y cráneos de diversos animales), dentro de una media general que tiene un formato normal, lo que implica que haya que tomar medidas especiales al intercalarlos en la estantería, pues el primero pudiera extraviarse por su extrema pequeñez y el segundo desborda del tamaño establecido para una estantería normal, lo que motiva que haya que dedicarle un lugar especial, colocando en el lugar que le corresponde una señalización especial.

En el caso de los libros raros y valiosos se ha de tener un cuidado extremo a la hora de trasladar de un depósito a otro los ejemplares, al prestarlos para exposiciones o para reproducirlos, puesto que una incorrecta manipulación puede deteriorarlos aún más. Uno de los ejemplares más raros detectados es *Beautiful seaweeds* publicado en 1888 en Paisley, del cual ya se había hecho

una edición anterior en 1877, con 55 copias de pequeño tamaño que incluían cada una 35 ilustraciones. De esta edición no fue posible hacer más que un número limitado de ejemplares, ya que

contenían unas 40 especies de algas seleccionadas especialmente, a partir de su estado de conservación y buen desarrollo. Cada especie se acompaña de su descripción, apareciendo al final instrucciones para montarlas y una lista completa de algas marinas británicas.

En este caso, si el volúmen se deteriora, el restaurador tendría que darle un tratamiento particular al libro, ya que habría que tratar el papel y además a las propias algas. Es por ello, el especial cuidado que ha de dedicarse a algunas de estas piezas.

En todo momento se hace preciso valorarlos desde el punto de vista económico para trazar pautas a la hora de llevar a cabo labores vinculadas con ellos: encuadernación, restauración, digitalización, ediciones facsimilares, entre otras. No siempre se ha llevado a cabo un trabajo de conservación adecuado en el caso de una obra excepcionalmente valiosa, y por el contrario se ha dedicado una atención especial a un volúmen de poca importancia que puede ser fácilmente sustituido.

Debe priorizarse la digitalización u otras formas de reproducción de impresos cubanos y extranjeros que por su valor patrimonial o rareza bibliográfica así lo ameriten. Al hacerlo debe sentarse la pauta del objetivo de la reproducción, con vistas a obtener un producto estéticamente bello, pero a veces mixtificado, o una reproducción exacta del original.

Muchas veces los usuarios solicitan reproducciones de un determinado grabado, de una imagen de su interés. Indudablemente, el tocororo que aparece en la *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba* de Ramón de La Sagra es tan impresionantemente bello que resulta insustituible, pero deben sentarse las bases para que el grabado original se conserve ante todo en condiciones ideales. Es inevitable realizar buenas reproducciones para que

el usuario acceda a ellas y no a las obras patrimoniales.

Los estudiantes de la especialidad, tanto los de técnico medio como los universitarios han de conocer la forma de identificar y procesar un libro raro y valioso que por una razón u otra se encuentre entremezclado con otros que no lo son. Esto es aplicable al personal de las bibliotecas: selectores, catalogadores, referencistas, los cuales deben ser capaces de sintetizar los rasgos más significativos en las notas de las descripciones bibliográficas. Se precisa, por tanto, seguir profundizando sobre el tema y en particular desarrollar entrenamiento o cursos de posgrado que los adiestren en estos aspectos que resultan de vital importancia a la hora de tomar decisiones, tanto más que esos conocimientos no aparecen contenidos en los programas de estudio de pregrado de la carrera.

En conclusión, las expectativas de técnicas fabulosas que permitan el rescate de lo ya perdido: ejemplares mutilados, calcinados, hacen que muchos bibliotecarios guarden los libros, folletos o publicaciones periódicas muy deteriorados, esperando tiempos mejores, sin tener conciencia que cada año que transcurra el daño es irreversible. Otros, más previsores aún, se han volcado en el control bibliográfico a nivel analítico para tratar al menos de conservar el contenido del original si en caso extremo se perdiera éste.

La climatización de los depósitos de las bibliotecas, empresa a que está volcada la Biblioteca Nacional, si bien constituye un logro, no en todos los casos solu-

ciona las lagunas que inevitablemente se van a producir en algunos fondos en los decenios que se avecinan. Igualmente ocurre con la permanencia de la información contenida en microformas y formato electrónico. Junto a una política tendiente a la preservación de los originales se ha de seguir paso a paso el comportamiento del estado de conservación de las copias que se realicen para evitar el tener que enfrentarse al hecho de contar con reproducciones que cuando vayan a consultarse estén ya deterioradas. Además no se puede olvidar que las microfotografías e imágenes digitales salvan el contenido pero no la forma.

En ningún momento los curadores pueden confiarse, aun en el caso de que cuenten con las condiciones óptimas de almacenamiento y con recursos ilimitados de todo tipo. La responsabilidad de velar por el tesoro que está en sus manos es demasiado grande como para correr el riesgo de perder originales de un valor inconmensurable.

Originales que pasaron por las manos de Domingo Figarola Caneda, de Francisco de Paula Coronado o de otros bibliotecarios cubanos a lo largo de estos cien años merecen perpetuarse junto con los que enriquezcan progresivamente los depósitos constituyendo un tesoro que a la llegada del 2101 dé a conocer a las futuras generaciones un patrimonio de alcance nacional e internacional, pero para ello es imprescindible contar con un relevo cada vez más profesional, que sobre la base de las experiencias acumuladas, sea capaz de dedicar todo su amor y sus esfuerzos a dar a conocer la incalculable riqueza que se encierran dentro de las paredes de la institución.

Notas

¹ Alfonso Alderete, Ania. *Colección especial de libros del siglo XIX atesorados en la Biblioteca Nacional José Martí* / Ania Alfonso Alderete ; Tutora Olga Vega García . — 1997. — 1 vol. (s.p).

² Biblioteca Nacional Jose Marti. *Cultura Cubana : una aproximación bibliográfica*. — La Habana : Cronodata, 1998. — 1 disco compacto : col., son.

³ Vega Garcia, Olga. Formación de colecciones de impresos de carácter patrimonial en las bibliotecas públicas cubanas. *Bibliotecas* (La Habana) (1-2):4-12; en.-dic. 1996. [i.e. abril de 1998].

⁴ Ezcurdia y Vertiz, Manuel de. *Las Colecciones especiales*. / Manuel de Ezcurdia y Vertiz, Margarita Maass Moreno. — México : SEP, Dirección General de Bibliotecas, 1987. — 113 p. ; 21 cm. — (Temas de Bibliotecología ; 5)

⁵ Breillat, Pierre. La Sección de obras raras y valiosas en las bibliotecas. *Boletín de la Unesco para las Bibliotecas* (Paris) Parte 1 : 19 (4):178-200 ; jul.-ag. 1965. Parte 2 : 19 (5):259-272; sept.-oct. 1965.

⁶ Pinheiro, Ana Virginia Teixeira da Paz. *Que è libro raro? : unametodologia para o estabelecimento de criterios de variedade bibliografica*. — Rio de Janeiro : Presenca Edicoes ; Brasilia : INL , 1989. — 71 p.

⁷ Brun, Robert. La Constitution des reserves et les criteres qui peuvent servir a selectionner les ouvrages precieux. *LIBRI* (Copenhague) 4 (3):241-247; 1954.

⁸ Buonocore, Domingo. *Diccionario de Bibliotecología : términos relativos a la bibliología, bibliografía, bibliofilia, biblioteconomía, archivología, documentología, tipografía y materiales afines*. — 2ª ed. — Buenos Aires : Marymar , 1976. — 465 p. — (Colección Bibliotecología).

⁹ Palau y Dulcet, Antonio. *Manual del librero hispanoamericano*. — 2ª ed. corr. y aum. — Barcelona : Anticuaria de Palau, 1956. — 1022 p. : il.

Una enciclopedia de la cultura cubana

Rafael Acosta de Arriba

Investigador histórico y presidente del Consejo Nacional de las Artes Plásticas

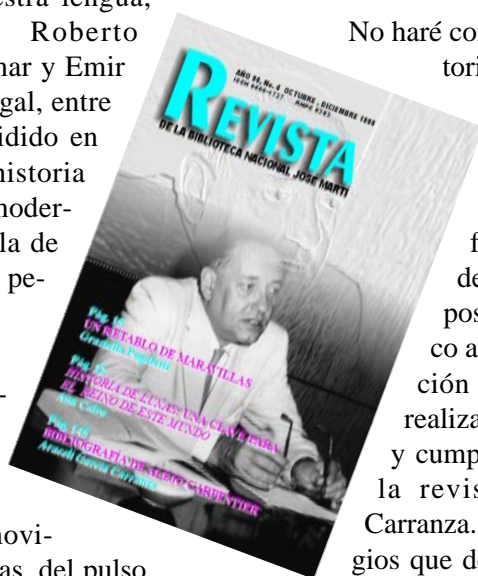
En distintos momentos, contextos y desde diferentes ángulos de análisis, algunos de los más eminentes críticos literarios de nuestra lengua, Octavio Paz, Roberto Fernández Retamar y Emir Rodríguez Monegal, entre otros, han coincidido en afirmar que la historia de la literatura moderna coincide con la de las publicaciones periódicas.

Es decir, las revistas han jugado, y juegan, un papel determinante en el estudio del movimiento de las ideas, del pulso a la creación literaria y de la crítica, por supuesto, concebida también la crítica como creación y como pensamiento. En el caso de Cuba es sumamente curioso cómo en un final de década signado por una severa crisis económi-

ca que determinó una gran depresión de la industria del libro, en ese mismo período han surgido y resurgido numerosas revistas culturales, como nunca antes en la centuria.

Muchas son las virtudes de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, la más antigua de las publicaciones especializadas del país (con el permiso de los colegas de la *Revista de la Universidad de La Habana*).

Entre esas virtudes que hace trascendente una publicación periódica una de las más importantes es, sin duda alguna, su permanencia en el tiempo. Si esta permanencia alcanza virtualmente la centuria se puede decir con todo derecho que se trata de una particular longevidad.



No haré con estas palabras la historia y el recuento que ya en la “Introducción al Índice de la revista de 1909-1969” hiciera de forma insuperable uno de sus directores y que, posteriormente, cada cinco años, en cada actualización de dicho Índice... ha realizado de forma acuciosa y cumplida, la bibliógrafa de la revista, Araceli García Carranza. Tampoco repetiré elogios que de manera muy sentida escribieron en el número del ochenta aniversario de la publicación hombres y mujeres muy vinculadas a su existencia como Graziella Pogolotti, Hortensia Pichardo, Salvador Bueno, Argeliers León, Francisco Pérez

Guzmán y Luis Suardíaz. De igual forma, no caeré en la tentación de citar las firmas más prestigiosas que han honrado la publicación en sus nueve décadas de vida, pues ¿quién puede discutir que en la nómina de la *Revista* está lo que más vale y brilla de nuestra intelectualidad a lo largo del presente siglo?

Por otra parte, ningún tema del amplio espectro cultural cubano y universal ha quedado fuera de las páginas de la *Revista*. Acaso algunos han sido menos abordados que otros pero siempre, en el peor de los casos, entrevistados. Sus secciones, crónicas y reseñas, han comprendido el acontecer cultural nacional e internacional, y por supuesto, el de la propia institución.

Más bien intentare anotar algunas ideas, garabatear un puñado de reflexiones, en un momento de recuento tan especial como el cumpleaños de secularidad de la Biblioteca Nacional José Martí.

La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* se adentra en una zona profunda en la que, por lo general, cuando se incursiona, sean obras artísticas, corrientes de ideas, costumbres u otra manifestación humana y social y social, lo

hace para quedarse en la cultura de sus pueblos: la tradición.

Y las tradiciones, como la savia de las naciones, son destino; su función es única e irremplazable en la personalidad de un pueblo, es *ser*. Más explícito, en el pensamiento cubano, en su historia literaria, la *Revista* ya es tradición, es un saber pergeñado por estilos, temperamentos, épocas, cambios políticos y sociales, tendencias artísticas y rupturas de toda índole en nuestra cultura; es conocimiento clásico, es historia.

Las tradiciones son búsquedas febriles que los pueblos hacen de sus propias huellas, de su ser mismo, una persecución consciente e inexorable de su sino. A su vez, en arte, las obras persistentes se convierten en algo inasible pero imposible de desdeñar: en tiempo.

En el panorama del pensamiento cubano actual, sea filosófico, antropológico, culturalológico, historiográfico, poético o político, son muy necesarias las publicaciones periódicas que exhiban la evolución y movimiento de ese pensamiento, su espíritu y hondura crítica, sus fuentes y afluentes culturales y su madurez.

En el mundo globalizado de la recta finisecular los pulsos y enfrentamientos de las ideas son esenciales para conocer por dónde se mueven procesos que en otras áreas, mercantiles, ¿más-mediáticos?, tecnológicos y de poder



político, se enrumban hacia un hegemonismo de unos pocos sobre la mayoría de la humanidad. Las ideas son pues, solitarios rayos de luz en la densa penumbra que ha significado el gran mito de Occidente: la idea del Progreso. En otras palabras, se desplazan las batallas de las ideas y, en estas discusiones y polémicas, las revistas de pensamiento tienen que actualizarse para no perecer entre urdimbres de telas de araña y mugres teóricos.

Esta publicación ha tenido un signo distintivo, el saber. En sus distintas épocas (o series) ha sabido –en unas más que otras– ofrecer un panorama de la cultura nacional fragmentado en el tiempo. Siempre con una tendencia a hurgar en el pasado, una suerte de vocación por ese tiempo que con frecuencia resulta el más impredecible de todos. Y es que, como ya se ha dicho, el pasado es función del futuro y esa voluntad de ir hacia las raíces de la publicación debe ir acompañada, para no perderse en las raicillas, en el examen crítico del presente.

La publicación ya no es la misma de la primera década del siglo pasado. Ha cambiado porque han cambiado su entorno, la cultura cubana –su blanco por excelencia– y también sus protagonistas, los escritores, pensadores y artistas. El mismo hecho del abrupto cambio social y político de enero de 1959, provocó en la publicación una metamorfosis fácilmente apreciable en su itinerario. Hoy se impone producir un nuevo cambio.

Pienso que este debe estar dado por la necesidad de que la publicación se lan-

ce a la búsqueda y conquista de nuevos lectores, de nuevos colaboradores, de ganar, en fin, una nueva dimensión intelectual. Vista longitudinalmente, no admite discusión que es una publicación de primer orden en la familia de revistas cubanas y esto, vale subrayarlo, no es poca cosa, pues nuestro país se ha caracterizado desde el pasado siglo por gestar publicaciones periódicas de excelente factura.

Vista en el momento actual, la publicación está en una encrucijada que puede resultar decisiva para su presente más inmediato: o se transforma o duerme de vejez y bostezos.

Hace más de treinta años cuando Juan Pérez de la Riva en rico recuento celebraba las seis décadas de su existencia de la publicación, afirmaba: “La *Revista* ha llegado a su sexagésimo aniversario, más joven, vivaz, más prolífica que nunca; pero necesita cambiar [...] la historia de la *Revista* refleja en su propio cristal la evolución de la superestructura cubana del siglo xx”.

Es aquí donde está la clave del reclamo que hago un tercio de siglo después del realizado por Pérez de la Riva: es necesario cambiar ahora, en el 2001. Es necesario, pues, que la *Revista* no muera, que siga existiendo no sólo como publicación insignia de la Biblioteca Nacional de Cuba, sino como publicación de pensamiento que debe recoger en sus páginas lo mejor de las indagaciones, búsquedas y compilaciones de nuestros especialistas e intelectuales. No se puede permitir que muera porque ella posee su propia luz

y memoria, porque ella es tradición y testimonio, presencia y razón.

La *Revista* debe ganar en modernidad sin perder su carácter de publicación especializada y docta. Puede y debe seguir ilustrándose con viñetas y grabados de los libros raros y valiosos que atesora la institución, puede y debe seguir publicando bibliografías y repertorios elaborados por sus especialistas como forma principal de valorar el quehacer de la Biblioteca Nacional y de dar a conocer sus valiosos fondos documentales, puede y debe mantener su estilo austero y sobrio tanto en la forma como en el contenido, pero lo que debe cambiar y ganar no está en esos atributos sino en su audacia, en su valor crítico y polémico como expresión del pensamiento cubano en un momento tan delicado como el que vivimos.

El riesgo es parte esencial de nuestra historia por lo tanto debe caracterizar a su pensamiento en un minuto en que se transita por el filo de una navaja. Riesgoso fue en su momento el pensamiento de Varela, Céspedes, Martí y Mella; en su momento también el de Carpentier, Lezama y Guillén. Esencialmente cubana en su tronco, sus ramas se han nutrido de la mejor de la literatura universal, tal como quería Martí que fuesen nuestras repúblicas americanas.

En fin, la *Revista* puede y debe ganar un nuevo espacio intelectual y con ello nuevos colaboradores y nuevos lectores.

Fue Araceli García Carranza la que acuñó la frase de “enciclopedia de la cultura cubana” y, en efecto, eso es la *Revista* en su extensión, una suma de saber erudito, un caleidoscopio del quehacer cultural del país en el presente siglo.

Estoy convencido de la voluntad del actual director de la Biblioteca, Eliades Acosta Matos, de darle un nuevo impulso a la publicación. Gracias a ese tesón han salido los últimos tres números después de un largo vacío impuesto por la crisis económica iniciada en los noventa. Se hizo renacer a la *Revista* de forma modesta, en cuanto a su factura y presentación, pero con el mérito esencial de que sobreviviera.

Ahora corresponde insuflarle vitalidad en sus contenidos, gestar una nueva época, modernizarla, que sea vehículo del talento indiscutible que en materia de pensamiento, vitalidad intelectual, existe en nuestro país y en la propia Biblioteca Nacional José Martí.

Que esta nueva *Revista* sea el mejor regalo que a sí misma se otorgue la institución en su centenario.

El patrimonio documental: difusión, protección y defensa

Alicia Sánchez

Toda nación desea conservar los testimonios escritos de su historia, de su literatura y de su desarrollo cultural, en el sentido más amplio, ya que estos documentos transmiten de generación en generación el sentimiento de su unidad, de su creación y de su identidad.

La Oficina de Patrimonio Bibliográfico fue creada en el año 1998, entre las nuevas proyecciones de la Biblioteca Nacional José Martí, con el propósito de asegurar la protección y fomento de la cultura nacional, garantizar la perennidad de la herencia cultural y servir de custodio de los documentos de la cultura cubana.

Garantiza con su labor que todas las editoriales, instituciones y otras entidades nacionales, provinciales y locales envíen a la institución todas las publicaciones e impresos cubanos para garantizar el atesoramiento del patrimonio bibliográfico de la nación.

Con los autores, músicos, pintores, artistas, científicos, etcétera se lleva a cabo una intensa labor de promoción para que depositen sus obras y de esta forma garantizar que las colecciones más relevantes se atesoren en la Biblioteca, ya que como centro depositario, organizador y divulgador del patrimonio bibliográfico del país, es la encargada de desarrollar la colección cubana, en forma exhaustiva, para que refleje fielmente el desarrollo científico-técnico y cultural del país.

Por diferentes vías se adquieren libros, folletos, catálogos de exposiciones, programas de espectáculos, publicaciones seriadas, planos, mapas, guías turísticas, obras musicales impresas, materiales gráficos, fonogramas, CD Roms, publicaciones en Braille y otros portadores del conocimiento.



Primer impreso cubano conocido (1723)

Es necesario que los escritores y artistas cubanos se sensibilicen con esta labor y contribuyan permanentemente al enriquecimiento del patrimonio cultural con el envío de sus publicaciones a la Biblioteca Nacional.

Se ha instituido un homenaje a los autores que sean distinguidos con los Premios Nacionales de Literatura y de Ciencias Sociales, y se divulgan sus obras a través de exposiciones en el complejo de galerías El reino de este mundo.

Con una correcta valorización especializada la Oficina de Patrimonio Bibliográfico, asegura que no salga del país ningún impreso que pueda afectar el completamiento del Patrimonio Nacional y facilita que los decomisos por el incumplimiento de las disposiciones vigentes engrocen los fondos de la institución.

La Biblioteca tiene conciencia de que es depositaria de este patrimonio en nuestro país y de la responsabilidad que tiene de enriquecerlo por lo que solicita la cooperación de nuestros autores y de las instituciones culturales, en especial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Brigada Hermanos Saíz, y otras, para que contribuyan a su enriquecimiento y al cumplimiento de su papel principal como memoria viva de la cultura cubana y de lo más representativo de la cultura universal.

Centenario de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba: las lecciones de la historia*

Eliades Acosta Matos

Historiador y director de la Biblioteca Nacional José Martí

Uno de los más tristemente célebres capitanes generales españoles que gobernaron con mano de hierro a la isla de Cuba durante los 406 años y dos meses que duró el dominio colonial, lo fue, sin dudas, don Miguel Tacón y Rosiques, lúcido y eficiente servidor de la corona, especialmente en lo relacionado con cortar de raíz las ansias libertarias de la naciente nación cubana.

El mandato de Tacón se extendió entre 1834 y 1838 y coincide con él la aplicación por España del régimen de las facultades omnímodas en su levantisca colonia, o lo que es lo mismo, el tramo más oscuro de la larga noche que fue la opresión colonial; la negación de todas las libertades posibles; la aniquilación de los más tenues gérmenes de cultura o pensamiento propio. No por casualidad había experimentado en su persona este leal servidor de la corona, durante su anterior mandato como

Gobernador de Popayán, en la Nueva Granada, lo que significaba un pueblo decidido a ser libre.

Tacón fue uno de los militares derrotados por el empuje de las huestes de Bolívar. La imposibilidad de someter por las armas a los patriotas americanos lo llevó a concluir que el único camino posible para prolongar el dominio en la región pasaba por la necesidad de ahogar en la cuna cualquier intento para vertebrar un pensamiento y una cultura propios. Con especial lucidez y olfato represivo entendía Tacón que del autorreconocimiento como nación, al inicio de las luchas por la emancipación, mediaba muy poco. “Ya lo dicen las Sagradas Escrituras: –debió de pensar su Excelencia, el Capitán General– primero fue el Verbo...”.

La alineación de Tacón al lado de los sectores culturales más retrógrados y

* Palabras pronunciadas el 27 de mayo en la inauguración de la XXX Reunión Anual de la Asociación de Bibliotecas Universitarias, de Investigaciones e Institucionales del Caribe (ACURIL), celebrada en La Habana.

reaccionarios de La Habana de entonces lo llevó a apoyar, de buen grado y con júbilo, la prohibición de que se crease una Academia Cubana de Literatura. La lucha pública generada alrededor de este tema, nada literario por cierto, ha de decirse en honor a Tacón, provocó una orden de destierro de por vida contra José Antonio Saco, no sólo uno de los más profundos pensadores cubanos del siglo XIX, sino uno de los pocos que pudo haber ayudado a crear un pensamiento nacionalista conservador contrapuesto al aún incipiente pensamiento independentista cubano. En este caso, como suele ocurrir, la obcecación e intransigencia desde el poder absoluto y el hegemonismo, sólo condujeron al desastre. Precisamente con este término se asoció, en 1898, el fin del dominio colonial español sobre sus últimas colonias en América y Asia.

Si bien no pudo impedir Tacón el ascenso de los ideales independentistas de los cubanos, dejó para la posteridad una de las más exactas definiciones posibles del alma de los pueblos americanos, y muy especialmente del nuestro: “Que los naturales de América tienen, por lo general, una propensión irresistible, puede decirse innata e inusuada en la masa misma de la sangre, a sacudirse la dependencia de nuestro gobierno, es una verdad de la que nadie ha dudado sinceramente”.¹

El ascenso del ideal nacional, en el caso cubano, evidencia que el desarrollo del arte, la literatura, las ciencias, y toda forma del saber, son antecedentes inmediatos de la independencia; formas preparatorias para el ejercicio de la soberanía y el autogobierno. A un pueblo

capaz de producir, desde sí mismo, un pensamiento original y distintivo no hay fuerza humana capaz de mantenerlo bajo el yugo, ni medida, por coercitiva que sea, que pueda vetar su acceso a la libertad y la autodeterminación. No es casual en la historia de la humanidad que, ante la rotunda evidencia de estas verdades ancestrales, todo poder dominante asentado sobre la injusticia, haya intentado aplicar políticas discriminatorias sobre la educación y la cultura para perpetuarse.

Si en la creación, el arte y la literatura tiene la nación su reducto resistente contra toda dominación foránea, cuesta trabajo entender la historia del surgimiento de la Biblioteca Nacional de Cuba, suceso del cual conmemoraremos su centenario el próximo 18 de octubre. Las circunstancias que rodearon este hecho merecen ser recordadas.

En 1898, tras treinta años de lucha casi ininterrumpida contra España, los cubanos se encontraban a punto de quebrar la resistencia colonial. La metrópoli, desgastada por una guerra no sólo ruinoso, sino también impopular y carente de justificación moral, se hallaba a un paso del colapso final. Lo que no era más que una cuestión de tiempo, sufrió un cambio radical al entrar en escena un nuevo actor: con la extraña explosión del crucero acorazado *Maine* en la bahía habanera, el 15 de febrero de ese año, a las 9 y 40 de la noche, y con la pérdida de 266 vidas de marinos norteamericanos, el gobierno de William McKinley decretaba la guerra a España, no sin antes declarar a la opinión pública internacional, y en primer lugar, de su propio país, que “[...] el pueblo

de Cuba es, y por derecho ha de ser, libre e independiente [...]”. En estos términos exactos recogió la Resolución Conjunta del Congreso de los Estados Unidos, fechada el 19 de abril de ese año, y refrendada con la firma del Presidente esa misma madrugada la conducta a seguir ante la isla rebelde, cuya epopeya tantas simpatías levantaba entre el pueblo norteamericano.

El 25 de abril de 1898 comenzaba una guerra corta, de apenas tres meses de duración, pero cuya larga sombra no ha dejado de proyectarse desde entonces sobre la relación que une a los países involucrados. En ella pelearon juntos, codo con codo, cubanos y norteamericanos, derramando su sangre por lo que era, según se repetía incansablemente, por la prensa de la época, una guerra justa. Y en rigor lo era, sólo que para los que tomaban las decisiones finales en este asunto; para los defensores de la expansión imperial a cualquier precio, aquel conflicto no significó más que un medio lícito para apropiarse de Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

La Guerra Hispano-Cubano-Americana concluyó con la ocupación militar de Cuba por tiempo indefinido. El Ejército Libertador cubano, a cuyo esfuerzo se debió gran parte del éxito de la campaña contra España, no sólo fue impedido de entrar a las ciudades que había contribuido a tomar, sino que fue desmovilizado sin haber culminado la labor redentora a la que lo había convocado el pensamiento martiano, y el genio militar de Gómez y Maceo. El 1 de enero de 1899 fue definitivamente arriada la bandera española en Cuba; al izarse la norteamericana no se cum-

plían los sueños del pueblo cubano, sino que comenzaba un período de incertidumbre y angustias ante el futuro, y muy especialmente, ante la propia supervivencia de la nación y la identidad cultural de los cubanos.

La labor de desmantelamiento de la cubanía, en aras de facilitar la labor de americanización progresiva de la sociedad y las costumbres del país encontraron obstáculos mucho mayores que los esperados. El sueño de los anexionistas nacionales y foráneos, a pesar de que todas las instituciones de la vida social se hallaban en manos de militares extranjeros, no se veía cercano. De nada valió llevar a grandes contingentes de maestros cubanos a pasar cursos de verano en Harvard, ni excluir de la vida pública a todos los patriotas que se negaban a dar su concurso al entreguismo. La visita fugaz de José Ignacio Rodríguez a Cuba, en funciones de proselitismo para su ideal anexionista, y su estrepitoso fracaso, despreciado e ignorado por la opinión pública nacional, constituyeron una prueba más de que la inmensa mayoría del pueblo seguía aferrado al ideal independentista, como a una frágil tabla de salvación en medio de la borrasca.

Tras las tropas de ocupación norteamericanas llegó un verdadero ejército de aventureros y negociantes, mucho más temible y mortífero que el otro, decidido a lucrar a cualquier precio con las riquezas nacionales. La paulatina marginación de los cubanos de todas las esferas de la vida social se reflejó también en la vida cultural; baste decir que los programas de estudio de las escuelas fueron reformados de acuerdo al

patrón norteamericano. Se estableció el estudio obligatorio del inglés y de la historia de los Estados Unidos, antes que el de la historia universal o de Cuba. Repitiendo procedimientos que los cubanos creyeron desterrados para siempre al concluir el dominio colonial español, las autoridades del Gobierno de ocupación no sólo clausuraron y censuraron periódicos que se oponían a sus intereses, como ocurrió con el periódico *El Reconcentrado* de Ricardo Arnautó, por la Orden Civil del 1 de agosto de 1899, firmada por el Ayudante general H. L. Scott, sino que decretaron el arresto de todos sus periodistas “[...] por ofender a las autoridades establecidas en la ciudad y a las mejores personas de La Habana”, forma delicada para definir a quienes se oponían al ideal patriótico.

En medio de tales circunstancias, en 1901, un grupo de intelectuales patrióticos, muchos de ellos colaboradores cercanos de José Martí y que en su mayoría había regresado del exilio en los Estados Unidos, fundaron la Junta Organizadora de la Biblioteca y Museo Nacionales de la isla de Cuba. Entre estos precursores se encontraban Diego Tamayo, Vidal Morales, Julio Ponce de León, José Dolores Poyo, Néstor Carbonell, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Los esfuerzos de dicha Junta no lograron la movilización de la opinión pública nacional alrededor de un tema de candente importancia como era este, pero sentaron el precedente de que los más esclarecidos patriotas y pensadores cubanos del momento se encontraban ocupados en el estudio de medidas concretas que impidiesen la absorción

cultural de la nación cubana y la anexión que se cernía sobre la isla. La idea de crear instituciones nacionales, encargadas de la custodia y promoción de la herencia histórica y cultural del pueblo cubano, adquiriría, de esta manera, un significado tan valioso y patriótico, como lo había sido cargar al machete contra las huestes enemigas durante los largos años de la lucha por la independencia.

En medio de este panorama amenazador para nuestras esencias nacionales, y muy especialmente para la perdurabilidad de nuestra cultura, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el discípulo querido de Martí y su albacea literario, quien se había desempeñado como representante de Cuba en Armas ante el Gobierno de Washington, y como buen conocedor de la forma de pensar y actuar de los políticos y militares norteamericanos, logró una promesa verbal del Gobernador Militar de ese país en Cuba, encaminada a crear la tan anhelada Biblioteca Nacional. En esto debe verse un servicio a la patria de una magnitud similar a todos los que Gonzalo de Quesada rindió como secretario del Partido Revolucionario Cubano en los tiempos gloriosos en que Martí era su delegado.

El general y doctor en Medicina, por la Universidad de Harvard, Leonard Wood era en aquel momento el gobernador militar de los Estados Unidos en Cuba. Ex médico personal del presidente McKinley, y en consecuencia, muy vinculado a los círculos de poder que habían desatado la guerra, era Wood un hombre ilustrado, lo cual lo hacía especialmente peligro-

so por su decidida defensa a la anexión de la Isla por los Estados Unidos. A pesar de haber estado entre los desembarcados por Daiquirí, al oriente del país, en la primera oleada del Quinto Cuerpo, bajo la protección de las tropas mambisas, Wood no simpatizaba para nada con los cubanos, a quienes consideraba un pueblo degradado e incapaz de autogobernarse. No fue casual que la tropa puesta a su mando en aquella conflagración haya sido la de los Rough Riders, una especie de legión extranjera formada por vaqueros, indios, estudiantes de las principales universidades norteamericanas y aristócratas, y cuyo segundo al mando era, nada menos que Theodore Roosevelt.

La política seguida por los gobernadores militares norteamericanos en Cuba, con algunas excepciones, había sido la de esperar pacientemente a que estuviesen creadas las condiciones para realizar el traspaso del país a la jurisdicción de los Estados Unidos. La existencia de sentimientos mayoritarios entre la población cubana contrarios a la anexión; la presencia de miles de patriotas que habían peleado contra España, y que en consecuencia, se hallaban preparados para combatir; la existencia de grandes cantidades de armas ocultas, que no se entregaron cuando ocurrió el licenciamiento del Ejército Libertador, y el inicio de la guerra entre los Estados Unidos y los patriotas filipinos, en febrero de 1899, fueron algunos de los factores que se conjugaron para aconsejar a las nuevas autoridades de ocupación que debían obrar con prudencia y cautela.

Junto a los inversionistas foráneos arribó también una gama de representantes de las más variadas iglesias norteamericanas, deseosos no sólo de salvar almas, sino también de asegurarse un espacio en una isla ubicada a 180 kilómetros de la costa de los Estados Unidos, y que había estado cerrada durante siglos a otras iglesias diferentes a la Católica. Los misioneros que arribaban a Cuba por entonces, venían imbuidos, en su mayoría, por el deseo de contribuir a lo que un humorista norteamericano de entonces llamó, irónicamente, “la asimilación benévola”, o lo que es lo mismo, la transmisión de valores y actitudes que marchasen en la misma dirección que los deseos de los círculos anexionistas estadounidenses.

A pesar de tantas influencias dispersivas y lesivas a la identidad cultural del pueblo cubano, la resistencia a esta invasión de terciopelo, enmascarada frecuentemente en obras de saneamiento y creación de infraestructuras que se pagaban con las rentas de las aduanas cubanas, fue enconada. Cuando en el propio año de 1899 el periodista norteamericano José de Olivares escribió un texto para el libro *Nuestras isla y sus pueblos vistos por la cámara y la pluma* (N. D. Publishing Co, 1899) tuvo que reconocer, con amargo acento, que “[...] los turistas norteamericanos que llegan a Cuba perciben que la isla no ha sido americanizada como ellos creían. La gran masa de los habitantes hablan español, y esto es un obstáculo para los visitantes que llegan de los Estados Unidos”.

En este contexto de reñida lucha entre los planes para el logro de la anexión

voluntaria de Cuba a los Estados Unidos, y la resistencia patriótica de los cubanos a tales planes, nace la Biblioteca Nacional de Cuba, signada desde entonces por la firme decisión del pueblo cubano a perpetuarse como lo que es, una nación viva y tenaz, celosa de su libertad, independencia e identidad cultural; abierta al mundo y a la cultura universal con la misma vehemencia con que se halla y se mantendrá cerrada a todo intento por conquistarla o anularla.

El 18 de octubre de 1901, mediante Orden Militar del Gobernador Leonard Wood, publicada el 30 de octubre de ese mismo año en la *Gaceta de La Habana*, es nombrado como director de la Biblioteca Nacional de Cuba, con un sueldo anual de \$1 800 pesos (a razón de \$150 pesos mensuales, que era el salario de un traductor norteamericano de entonces) el gran patriota y bibliógrafo cubano Domingo Figarola Caneda, de quien escribió José Martí, al dedicarle un ejemplar de su traducción de la novela *Ramona* “[...] para Domingo Figarola, que tiene su fuerza en el corazón”.

Realmente poco importaba, comparado con lo que estaba en juego, el salario escaso, ni la falta de local y libros, pues no se contemplaban tales gastos en la Orden de Wood. Tampoco que se destinara salario para contratar el personal requerido para esta tarea. Poco importaba que el señor gobernador militar, con tales “olvidos”, estuviese demostrando el escaso interés y ninguna simpatía por una labor de carácter cultural como aquella, ni que esperase el fracaso de aquella empresa, a la que

había condenado a morir de inanición al nacer, al negarle los auxilios más elementales. Lo importante, lo que debió de llenar de emoción y entusiasmo a los cubanos de entonces, y muy especialmente a quienes estaban conscientes de que la lucha por la identidad y la soberanía pasaba por el terreno de la cultura, las ideas, y la preservación de la memoria histórica y el patrimonio bibliográfico de la nación, habían logrado una importante victoria con la creación de aquella biblioteca.

Y si la creación de la Biblioteca Nacional fue una batalla importante ganada por los que esperaban y trabajaban por ver a Cuba definitivamente libre y soberana, la designación de Figarola Caneda como su primer director garantizó la derrota definitiva de los planes que encarnaba Leonard Wood. Nacido en Cuba, en 1852, año de gran agitación política en la lucha contra la metrópoli, sintió desde muy joven simpatías por la causa de la independencia, siendo, como fue, alumno de aquellos magníficos colegios cubanos al estilo de “El Salvador” de Luz y Caballero o el de Mendive, teniendo, como tuvo, entre sus compañeros de aula a Varona. Fue uno de los estudiantes de medicina sobrevivientes a la masacre donde murieron fusilados por las autoridades españolas ocho de sus condiscípulos, el 27 de noviembre de 1871, y a los que el joven Martí llamó, en uno de sus más dramáticos versos “[...] cadáveres amados los que un día, ensueño fuisteis de la Patria mía [...]”. Dedicado al periodismo, primero en La Habana y luego en París, mantuvo siempre su talento al servicio de los intereses cubanos, y se destacó por ejer-

cer una labor constante de defensa y promoción del ideario independentista desde el exilio. Encarnaba el espíritu de aquellos cubanos de claras luces y corazones encendidos por la libertad, que regresaron del exilio más cultos y más cubanos que cuando se vieron obligados a partir.

La Biblioteca Nacional fue ubicada, inicialmente, en un reducido espacio de 225 metros cuadrados, en el Castillo de la Fuerza, antigua fortaleza española, de muros gruesos y ambiente húmedo, muy apropiado para acabar con los pocos libros con que inició sus fondos. Y aun estos primeros tres mil volúmenes, debemos decirlo, fueron donados por el mismo Figarola Caneda de su biblioteca personal. Secundado por su esposa, la señora Emilia Boxhorn, y por su fiel compañero Carlos Villanueva, realizó Figarola Caneda una labor fundadora que aún asombra, propiciando que el pueblo cubano donase libros y otros materiales para su Biblioteca Nacional, como mismo había donado fondos destinados a comprar balas y rifles para el Ejército mambí, apenas unos años antes. Fundó y dirigió, desde 1909, la *Revista de la Biblioteca Nacional*, utilizando para ello una imprenta donada por una cubana (Pilar Arazoza de Muller).

No puedo dejar de imaginar el rostro feliz de Figarola Caneda al abrir cada mañana su Biblioteca a los cubanos estudiosos, a los niños y jóvenes que buscaban inspiración y orientación en las páginas gloriosas de nuestra historia, en los manuscritos de Saco, Del Monte, Heredia, Manzano, la Avellaneda, y tantos otros, en momentos de desaliento,

frustración y desorientación. La labor patriótica que desarrolló desde su espacio reducido e inadecuado, desde sus carencias de fondos y atención, desde su magisterio callado, merece ser mejor reconocida por el pueblo cubano. Como se demuestra con su ejemplo, también desde el silencio de las bibliotecas se levantan los pueblos, tanto o más que desde el estruendo de los campos de batalla. Imagino el rostro feliz de este precursor cada mañana, acariciando los tomos que guardaban la grandeza de la patria y demostraban todas las virtudes requeridas para ser libre y feliz del pueblo cubano. Lo imagino colocando sobre los estantes precarios de su Biblioteca, a manera de señalización del campo de batalla, una pequeña bandera cubana.

La historia posterior de la Biblioteca Nacional de Cuba es la historia reducida de la nación cubana. Sufrió olvidos e injusticias, como nuestro pueblo, en manos de gobiernos republicanos pendientes al mandato extranjero. Estuvo errante, de sitio en sitio, viendo perderse sus colecciones por falta de presupuestos y por el hacinamiento de sus colecciones. Mientras se construían lujosas mansiones y casinos, no había fondos para que los cubanos dispusiesen de bibliotecas dignas de su larga tradición cultural, de un pueblo que había dado de sí a creadores de la talla de Martí, Carpentier o, Nicolás Guillén o Lezama Lima, o de científicos como Finlay o Poey. Pero al igual que la nación cubana, la historia de la Biblioteca Nacional es una historia de luchas incesantes por la justicia, la cultura y la razón; por resistir los momentos oscuros de su devenir, y por la instauración de

un orden como aquel que pedía Martí para la futura república, una república con todos y por el bien de todos.

Cuando triunfa la Revolución, en enero de 1959, la Biblioteca Nacional disponía de un nuevo edificio, construido con dinero del pueblo cubano, y que había sido inaugurado en 1957, en medio de una feroz tiranía, como fue la de Fulgencio Batista, causante de la muerte de más de veinte mil jóvenes. En sus inmensos depósitos no había, prácticamente, libros; se sabía que los bibliotecarios que brindaban servicios recordaban con alegría días en los que habían podido servir a cinco usuarios en aquel majestuoso edificio de 18 pisos. No era de extrañar en una población que tenía entonces índices de analfabetismo de alrededor de un 30 %; que vivía agobiada por la subsistencia mientras los más ricos dilapidaban en lujos innecesarios la riqueza nacional, y no existía la industria nacional del libro, pero sí las de la prostitución y el crimen organizado, y el Malecón habanero empezaba a llenarse de hoteles y casinos de la mafia, administrados personalmente por Meyer Lansky. Al igual que al país, se necesitaba llenar de contenido a aquel cascarón dorado que era el bello edificio de la Biblioteca Nacional, y ponerlo realmente al servicio de todo el pueblo.

Durante estos años de Revolución la Biblioteca Nacional, bautizada a propuesta del sabio cubano don Fernando Ortiz con el honroso nombre de José Martí, ha acompañado a nuestro pueblo en todos sus momentos de alegría, y también de tristezas. Miles de cubanos que hoy son orgullo de nuestra pa-

tria en todos los terrenos del arte, la ciencia, la literatura y el deporte, por sólo citar algunos campos de la actividad humana, han sido lectores asiduos y han logrado renombre en sus especialidades respectivas, gracias también a los servicios de nuestra institución. Muy importantes escritores y artistas del país han trabajado, por períodos más o menos prolongados en sus predios. No pocas obras cardinales de la cultura cubana se han gestado a partir del estudio de nuestras valiosas colecciones. Desde entonces, liberada la patria de las injusticias, eliminado el analfabetismo, y desatada entre nuestros ciudadanos una auténtica avidez por adquirir cada día mayores conocimientos universales, ha asumido, con plena libertad y derecho, la Biblioteca Nacional, el espacio que siempre debió tener en el panorama nacional.

En tiempos como los que corren, donde la banalidad, la frivolidad y el analfabetismo crecen, aun en los países más ricos de la Tierra; en que el racismo, la violencia y la xenofobia invaden a las naciones reputadas cultas del planeta; en que millones de niños mueren cada día por enfermedades evitables o curables; en que el mercado del libro y las nuevas tecnologías de la información se tornan más inaccesibles cada día para las naciones del Tercer Mundo, que constituyen dos tercios de la humanidad; en que el mercado ejerce la más férrea de las censuras jamás vista, al desterrar como a géneros no rentables a la poesía, el ensayo y el teatro, generando un peligroso empobrecimiento de la capacidad crítica de los lectores; en que el patrimonio bibliográfico y documental de una buena parte de los

pueblos más pobres de la Tierra corre el riesgo de perderse para siempre, mientras los países ricos gastan miles de millones de dólares anualmente en perfumes y golosinas para perros; en que la globalización invade los espacios culturales de las naciones e impone paradigmas y formas de pensamiento único, de dudosa autenticidad y perdurabilidad, como recetas estandarizadas para todos los problemas, instituciones como la Biblioteca Nacional de Cuba pueden y deben prestar un servicio a la humanidad similar al que esta prestó, en los momentos más oscuros e inciertos de principios del siglo pasado, a la propia nación cubana.

En lo tocante a nuestra propia realidad, y a los desafíos de la nación cubana hacia el porvenir, sólo nos resta decir que la Biblioteca Nacional José Martí seguirá acompañando a nuestro pueblo en su larga marcha por el logro de toda la justicia; en su empeño por defender su derecho a construir el tipo y modelo de sociedad que considere más adecuado a las necesidades nuestro desarrollo y las pautas de nuestra historia; en la defensa, sin compromisos ni concesiones, de nuestra identidad nacional, de nuestro patrimonio bibliográfico, y de la herencia de lo mejor de la creación humana acumulado durante siglos de fecunda labor y enormes sacrificios; en

la solidaridad y la colaboración con los pueblos de la región que luchan por la integración cultural y económica, como eslabón inconcluso en la lucha por la independencia y la soberanía; contra todas las exclusiones y abusos que vengan de cualesquiera de los poderes hegemónicos existentes, y muy destacadamente, de los que tengan lugar en el terreno de la cultura y la información. Para participar en estas nuevas jornadas redentoras, hasta el silencio de las bibliotecas se hará escuchar como un grito renovado de libertad y unidad para los pueblos de la región.

Si algo demuestra el recuento histórico que hemos hecho hoy de los primeros cien años de vida de la Biblioteca Nacional de Cuba, es que sólo perdura el poder de quien sirve a su pueblo, y que nadie es débil ni está aislado si trabaja para una causa justa y noble. Nadie hubiese dicho a aquellos fundadores, casi visionarios y soñadores, que hace ya cien años supieron oponer el valladar infranqueable de las ideas y el patriotismo, de la cultura y el saber, al torrente desbordado de la expansión imperial, que más de 370 delegados de más de veinte países iban a tener para ellos un minuto de recordación y homenaje en este día. Hoy nadie recuerda a sus oponentes. Memorable lección para los tiempos que corren.

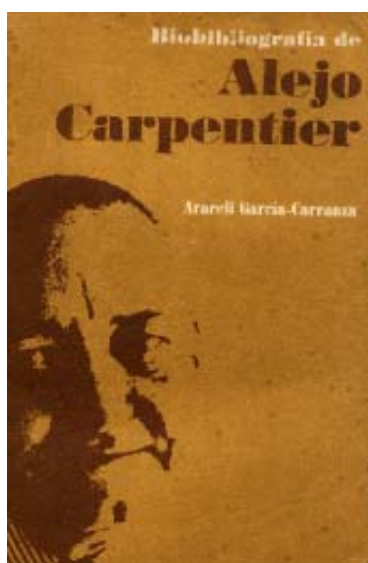
Colecciones de grandes figuras de la cultura cubana: Alejo Carpentier y Lisandro Otero (Adquisición y bibliografía)

Araceli García-Carranza

Bibliógrafa y jefa del Dpto. de Bibliografía Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí

Por ser Cuba la isla mayor del Caribe, sus colecciones también caribeñas pueden ayudar a académicos, investigadores y estudiosos en general, a conocer mejor nuestra cultura que es también parte de una cultura de esa mágica región que se conoce como El Caribe.

La Biblioteca Nacional José Martí atesora colecciones de figuras relevantes de la cultura cubana las cuales han promovido compilaciones bibliográficas, o sea, la creación de repertorios de consultas que



facilitan su acceso. Estas compilaciones tienen una estrecha relación con la adquisición de colecciones. En ocasiones repertorios bibliográficos basados en los fondos de la Biblioteca han promovido el donativo de colecciones, y en otros casos el donativo de estas ha promovido la creación de repertorios bibliográficos.

Entre otras colecciones la adquisición de la papelería de don Fernando Ortiz a fines de la década del sesenta, promueve la creación de un primer repertorio bibliográfico publicado en 1970, y que a fines de los ochenta se actualiza con un repertorio bibliográfico suplementario.

Por otra parte en los años setenta y en los ochenta las compilaciones bibliográficas de Alejo Carpentier y de José Lezama Lima, respectivamente, promueven en ambos casos, una labor bibliográfica muy especializada partiendo de los repertorios primeros. A fines de los ochenta y principios de los noventa Lisandro Otero y Roberto Fernández Retamar donan sus colecciones personales y estos donativos dan lugar a sus respectivas biobibliografías.

Pero, por supuesto, no me es imposible referirme a todas las colecciones de grandes figuras de la cultura cubana que atesora la Biblioteca, cuyas adquisiciones tienen una estrecha relación con la bibliografía, por ello sólo me referiré a dos grandes figuras sobre las cuales he realizado investigaciones bibliográficas: Alejo Carpentier y Lisandro Otero. Ambos creadores, de distintas generaciones, ejercieron el periodismo, y posteriormente escribieron novelas cimeras de la narrativa cubana del siglo xx.

Alejo Carpentier dona su papelería en 1973. Hasta esta fecha la Biblioteca sólo poseía el control bibliográfico de sus libros y folletos, en español y otros idiomas, y apenas un centenar de sus colaboraciones en la prensa periódica cubana y extranjera. En un breve estudio titulado "De la colección Alejo Carpentier Valmont: un inmenso y creciente donativo"¹ me refiero a esta papelería contentiva de documentos publicados y no publicados, así como a su voluminosa recortería, los originales de sus grandes novelas, sus ensayos, sus cuentos y algunos poemas. Con los documentos no publicados, (manuscritos y mecanoscritos), fotografías, ejem-

plares de revistas, impresos, programas y recortes confeccioné un catálogo diccionario, y de esta papelería describí y analicé los documentos publicados, los cuales incorporé al repertorio bibliográfico. La descripción, análisis y localización, mediante la recortería, de artículos y crónicas en la prensa cubana y extranjera aparece incluida en el repertorio bibliográfico primero el cual llegó a contener más de 4 000 asientos bibliográficos. Y en 1984 la Editorial Letras Cubanas publica la *Biobibliografía de Alejo Carpentier*, de esta autora.

El esquema biográfico cronológico que constituye la primera parte de esta obra no incorpora solamente datos biográficos y bibliográficos, sino reflexiones autobiográficas dispersas en artículos, entrevistas y conferencias. La obra contiene 4 937 asientos bibliográficos subdivididos en bibliografía activa o primaria, y en bibliografía pasiva, crítica o secundaria. La bibliografía activa incluye libros y folletos (en español y otros idiomas); colaboraciones y prólogos en libros, folletos y catálogos; colaboraciones en publicaciones seriadas cubanas y extranjeras; y más de la mitad de sus crónicas publicadas en *El Nacional*, periódico de Caracas. Secciones que se enriquecieron espléndidamente con la adquisición de la Colección Carpentier, muy especialmente sus colaboraciones en *El Nacional*, exactamente 1 849 crónicas de las casi 2 000 que publicara en el diario caraqueño desde 1945 hasta 1961. *Letra y Solfa* es su sección en este diario en la cual reseña innumerables obras literarias de gran significación, los inventos de la época, y la historiografía de

la música y el arte en el siglo xx. Esta reconstrucción bibliográfica delimita una etapa significativa del periodismo de Carpentier, al agrupar innumerables crónicas portadoras de la simiente de la gran novela latinoamericana, y de elementos definitorios de su obra posterior. En este caso la labor del bibliógrafo no se ha ceñido solamente a la descripción y el análisis, sino a la valoración y al rescate de una información dispersa y no localizada hasta entonces, ya que ninguna biblioteca cubana poseía la colección de *El Nacional* correspondiente al período 1945-1961. Además, la compilación de las colaboraciones de nuestro primer narrador en la prensa de su época trazan el itinerario de su labor como periodista, tarea que Carpentier calificara de insustituible escuela de conocimientos y gran experiencia humana enriquecedora de su obra novelística. De manera que parte de esta compilación da a conocer a nuestro primer narrador como periodista, función que desempeñó a la altura de su obra como novelista, independientemente que la identificación con la Colección permitió la localización de sus primeras crónicas cubanas publicadas, en las ya lejanas décadas del veinte y el treinta, en diarios habaneros como *La Discusión*, *El País*, y otros. Por tanto el periodismo de Carpentier, casi desconocido por especialistas e investigadores, a pesar de su trascendencia, y del paralelismo que guarda con su obra novelística, se reconstruye y recupera en el repertorio bibliográfico a partir del donativo de su inmensa Colección.

Cinco años después, exactamente en 1989, publiqué el suplemento que actualiza cuerpo primero y un segundo su-

plemento ha sido publicado por la *Revista de la Biblioteca Nacional* en su último número de 1999. Siempre partiendo de esta Colección que donó y enriqueció en vida el propio Carpentier, y que después de su muerte enriquece y completa su viuda, la señora Lilia Esteban de Carpentier.

Y de toda esta inmensa bibliografía surgida, en gran medida, de una espléndida Colección surgieron otras experiencias bibliográficas más complejas.

Se trata de bibliografías complementarias tales como la “Bibliografía de *El siglo de las luces*,”². trabajo que presenta un estudio previo con los antecedentes históricos y bibliográficos de *El siglo...* así como la reconstrucción de la bibliografía que utilizara Carpentier para escribir esta extraordinaria novela. Otra experiencia bibliográfica surgida de la compilación primera lo es la “Bibliografía de *Los pasos perdidos*,”³ la cual posee también un estudio previo que destaca fundamentalmente las crónicas escritas antes de la novela, o paralelas a ella, y contiene elementos que Carpentier incorpora a esta prodigiosa obra. La bibliografía complementaria no relaciona obras consultadas por el autor, sino crónicas propias con elementos contentivos de la gran novela latinoamericana, muy relacionadas con la creación de *Los pasos...*, además de las bibliografías activa y pasiva correspondientes.

Otra experiencia bibliográfica surgida del estudio y el análisis de esta Colección lo fue “Apuntes bibliográficos de una etapa precursora en los años jóvenes de Alejo Carpentier.”⁴ Con estos apuntes

reconstruyo la obra carpenteriana de las décadas del veinte y del treinta cuando Carpentier se iniciaba en el periodismo, y demuestro con una amplia base documental cómo estos años fueron precursores de su obra posterior y de la reivindicación de la cultura afrocubana. Nuestro narrador mayor fue uno de los primeros cubanos que incorporan el ritmo de la música cubana a la poesía y a la prosa, y además propuso desde 1926 el conocimiento de la cultura negra por ser esta elemento constitutivo de nuestra identidad, lo cual prueba esa etapa joven de Carpentier, como precursor dentro de su inmensa creación.

En otro trabajo titulado “La *Bibliografía de Alejo Carpentier* como punto de partida de nuevos repertorios complementarios”,⁵ hago un recuento de los repertorios bibliográficos surgidos de la compilación principal hasta la fecha, para demostrar que la reconstrucción bibliográfica complementaria confirma el valor de la bibliografía como investigación, y como instrumento de consulta imprescindible a los especialistas, que pretenden desentrañar la información que precisan, hasta llegar al deslinde estricto y riguroso de donde brotó lo literario.

Otras experiencias complementarias a la bibliografía mayor lo fue “La vanguardia en la obra de Alejo Carpentier”⁶ en la cual relaciono todo lo escrito por él sobre la vanguardia desde que este movimiento surge hasta 1989 en que aparece un cuento surrealista en *La Gaceta de Cuba* (diciembre) escrito por Carpentier a principios de la década del veinte. En esta bibliografía se sigue el paso a este mo-

vimiento dentro de la obra de Carpentier. Al final vuelve a su semilla al publicarse ese cuento influido por el surrealismo. Y también en el número cuatro de diciembre de 1999, en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* aparece “Itinerario editorial de la obra de Alejo Carpentier”,⁷ experiencia un tanto resumidora de todas las anteriores surgidas de la memoria bibliográfica primera.

Por último la Colección Alejo Carpentier me ha hecho aproximarme a la bibliografía consultada y utilizada por nuestro primer narrador para lograr su novelística y su obra periodística, con vista a promover los estudios de intertextualidad que merece la obra de ese gigante de las letras que fue y es Alejo Carpentier. Porque Carpentier utiliza una inmensa bibliografía, asimila materiales ajenos y acude a distintos procedimientos de adaptación-reducción, ampliación, desmembramiento, redistribución, combinación, contradicción, cambio de intención y de tono, procedimientos que podrían reducirse a uno fundamental, tal como expresa la norteamericana Speratti-Piñero en su obra *Los pasos hallados en el reino de este mundo*: “alteración constante y libérrima, aunque nunca gratuita e injustificada”. Este último y extenso trabajo lo publiqué en *la revista Bibliotecas* (La Habana, 1991).

La otra colección a que quiero referirme es la de Lisandro Otero. En este caso, el donativo de esta papelería promovió la compilación de su Biobibliografía. Las posibilidades de información que ofrecía esta papelería respecto a la vida y la obra de Otero, en especial su

extensa labor periodística, innegable precedente de su obra novelística, y en muchos casos paralela a su cuentística, justifica plenamente la compilación de un repertorio mayor que se acercara a la exhaustividad ya que tenía como antecedente la *Cronología y bibliografía de...*⁸ compilada por el colega Tomás Fernández Robaina (publicada por la Biblioteca de Ayacucho, de Caracas, en 1993). La brevedad de esta cronología y el carácter selectivo de esta bibliografía, sin lugar a dudas, respondieron a los requerimientos de tan prestigiosa Colección dirigida por José Ramón Medina. También la “Bibliografía de *La situación*”,⁹ del mismo bibliógrafo, publicada por la *Revista de Literatura Cubana*, obviamente más específica, y un tanto más exhaustiva al referirse a una sola novela de Otero, resulta otro valioso antecedente. De manera que se hacía necesario un repertorio que definiera las peculiaridades de la trayectoria vital de Otero, así como la descripción analítica de su obra, en especial de periodística. Su Colección, integrada al igual que la de Carpentier, por recortes, mecanuscritos, manuscritos, y otros documentos, requirió de una cuidadosa lectura para recuperar los datos necesarios, y descubrir, analizar y clasificar los distintos textos. Con los datos biográficos y algunos bibliográfico-críticos reconstruí en detalles la trayectoria vital, y con los textos previamente localizados y procesados creé el sistema o cuerpo bibliográfico. (En muchos casos por no poseer los recortes los datos necesarios fue preciso tener en cuenta los tipos de letras, títulos de secciones fijas, anuncios en

el reverso, y otros indicios que permitieran el completamiento de datos).

Las distintas etapas que determinaron el desarrollo de esta tarea se interrelacionaron hasta lograr una rica trayectoria vital y un cuerpo bibliográfico de unos 2 000 asientos. La necesaria recuperación de datos y la descripción de textos exigió la organización de esta Colección por tipos de documentos, en activa y pasiva, y en orden cronológico.

El orden cronológico por décadas en los años ochenta requirió una mayor precisión teniendo en cuenta que la publicación de las novelas más exitosas de Otero generaron una considerable bibliografía crítica. La organización de esta Colección se hizo paralela a la compilación bibliográfica. En este caso no se confeccionó un catálogo diccionario por carecer esta Colección de originales y otros documentos no incluíbles en el cuerpo bibliográfico. En la compilación se describen y analizan todos los documentos que contiene la Colección y el cuerpo del repertorio presenta un sistema de su obra activa por tipos de documentos, y para la bibliografía pasiva otro sistema que tiene en cuenta la valoración crítica de su obra (Novelas y Cuentos, Periodismo, Obras Teatrales, y otras valoraciones y datos diversos) en orden cronológico. Una indización auxiliar permite la recuperación de materias específicas y datos más precisos.

Por tanto existe una identificación con la organización de la Colección y el cuerpo bibliográfico, ya que en ambos casos la gran división de sus sistemas

es en activa y pasiva, y en ambos casos se utiliza el orden cronológico, lo cual facilita la recuperación de la información, no sólo en la bibliografía como tal, sino también en el domicilio donde esté ubicado cada documento. O sea, el repertorio bibliográfico presenta un análisis considerable de la información y su organización interna se reitera en la ubicación de la Colección en su domicilio, y viceversa.

Y aunque la Colección Carpentier enriqueció el trabajo bibliográfico basado en los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí, y el donativo de la Colección Otero promovió la investigación bibliográfica, en ambos casos de una inmensa tarea periodística, surgen estos prosistas reales, con decoro estético y fluida imaginación, y se conjuga la creación del periodista y del novelista. Ambos repertorios bibliográficos resultan puntos de partida de otras investigaciones literarias e históricas en torno a la gran novela cubana y latinoamericana, y en especial a la historia del periodismo cubano y su incidencia en la

creación literaria. Otros estudios literarios podrían comprobar cómo el ejercicio del periodismo influiría o devendría en una obra novelística. En Latinoamérica no podrá ser ajena a esta investigación la obra del Premio Nobel Gabriel García Márquez.

Notas

¹ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 75(2):37-39; mayo-ag. 1984.

Incluye carta de Carpentier al señor Howard B. Gotlieb, director de Special Collections, Boston University.

² *Ibídem*, 73(1-2): 235-255; en-ag. 1982.

³ *Ibídem*. 74(1):133-156; en.-abr. 1983.

⁴ *Ibídem* 76(2):73-91; mayo-ag. 1985.

⁵ *Ibídem* 80(2):239-245; mayo-ag. 1989.

⁶ *Ibídem* 84(1):147-166; en.-jun. 1993.

⁷ *Ibídem* 84(1):167-177; en.-jun. 1993.

⁸ En: Otero, Lisandro. *Pasión de Urbino...* — [Caracas: Talleres de Arauco Ediciones, C. A., 1993]. — pp. 331-351. — (Biblioteca Ayacucho)

⁹ *Revista de Literatura Cubana* (La Habana) 7 (12):[105]-116; en.-jun. 1989.



En familia y como hermanos

Rosa Báez

*Bibliógrafa y jefa de redacción y editora
de La Polilla*

Un famoso slogan televisivo me sirve de título para presentarles un pequeño boletín, hermano menor de esta importante revista, que quiere venir hoy a hablarles de su labor, tal vez sencilla y efímera, pero no por ello realizada con menos amor, dedicación y apasionamiento.

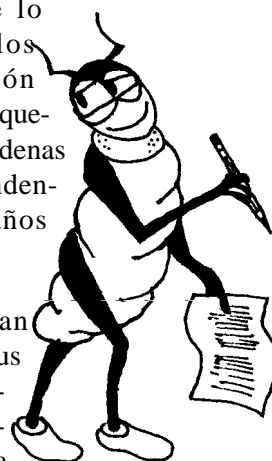
La Polilla, que tuvo su semilla original en un pequeñísimo boletín del Departamento Juvenil, allá por los años setenta, no es más que unas cuantas hojas realizadas con mucho amor por un grupo de trabajadores de esta Biblioteca Nacional, las cuales intentan llevar a nuestros compañeros informaciones del ámbito bibliotecario, cultural y artístico.

Desde sus páginas, toda la Red Nacional de Bibliotecas Públicas ha establecido lazos de intercambios: a través de la sección “Desde las Provincias” conocemos la labor de nuestros colegas y a la vez, ellos conocen de nuestros esfuerzos “En la BNJM”.



Los últimos avances tecnológicos, las más importantes noticias de figuras literarias cubanas y extranjeras, los sitios web que pueden resultar útiles a nuestros compañeros, son algunos de los temas que reflejamos en *La Polilla*, que también se convierte en herramienta de trabajo cuando publica las series sobre UNIMARC o sobre el uso del correo electrónico, o advierte sobre lo dañino de los spam, versión moderna de aquellas cursis cadenas de correspondencia de los años cincuenta...

También han pasado por sus páginas recuerdos y vivencias de la



fundación de las diferentes bibliotecas cubanas; de figuras señeras como Villita o la doctora Olinta Ariosa; sentidos homenajes a trabajadores que como Ángel Masó forman parte indisoluble de la historia de la Biblioteca.

Los jóvenes tienen su espacio en “Abriendo puertas”, y para los hijos de los trabajadores “La Polillita” trae siempre un alegre mensaje educativo.

Y por último, como divertimentos, la cartelera cultural de la institución, la página del humor, algunas reflexiones sobre el amor, la amistad, la voluntad y por último un espacio para la creación artística: “Dando taller”, el cual nos ha traído y trae obras no sólo de los trabajadores de la Biblioteca Nacional

José Martí, sino de amigos del mundo entero que han resultado nuestros solidarios colaboradores, así como de niños, jubilados, usuarios y de todo aquel que ama la Biblioteca... y la poesía, que es, a fin de cuentas, una misma cosa.

La Polilla aquella que como bien dijera nuestro director “llegó para quedarse”, se une a quienes, con su diaria labor, con su esfuerzo, con su tenacidad, hacen a nuestra institución un poquito mejor cada día y se dan un gran abrazo por este centenario, que no es más que el primero... Ya se verán, en los siguientes, de nuevo unidas la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* y *La Polilla*, ¿no lo creen ustedes así?



La Biblioteca y el diseño de libros

Roberto Casanueva

Diseñador gráfico e ilustrador

Sean mis primeras palabras para agradecer a la dirección de la Biblioteca Nacional, y a los compañeros que en ella trabajan, por permitirme expresar en esta publicación algunas de mis experiencias como artista gráfico, así como mis consideraciones sobre el vínculo entre el diseño del libro y esa institución.

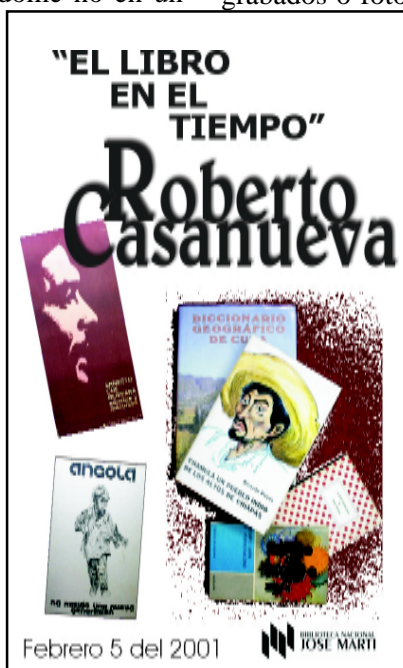
Durante más de veinticinco años asistí asiduamente a la Biblioteca Nacional José Martí, convirtiéndome no en un consultor habitual, sino en alguien que pertenecía a ella. En la Biblioteca he buscado y encontrado los elementos necesarios para la realización de mis proyectos. He realizado exposiciones personales del conjunto de mi obra gráfica e impartido conferencias sobre el diseño del libro.

Los años dedicados a mi trabajo me permitieron conocer a distintas personalidades

de nuestra cultura, y trabajé incluso con algunos de ellos. Más que el diseñador de sus libros en ocasiones era considerado un amigo, así conocí a Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva, Zoila Lapique, Guillermo Sánchez, Moreno Fragnals, Salvador Morales, Ibarra, Le Roy, Pastrana, Olga Cabrera, Panchito Pérez, Juan Marinello, Hortensia Pichardo, entre otros muchos.

Durante mi trayectoria como diseñador enfrenté libros de diversas temáticas, pues trabajar en una editorial como Ciencias Sociales así lo exigía. A pesar de eso siempre me resultaron atractivos dos temáticas: la historia y las culturas precolombinas. Trabajar en libros de historia convierten al diseñador en un investigador más de la materia. Hay que buscar información que incluye todo un trabajo de recopilación de documentos, imágenes de una época específica, en algunos casos, rehacer grabados o fotos de próceres legendarios, esto, desde luego, conlleva a una labor importante en el campo creativo, utilizando técnicas de las artes plásticas como plumilla, tempera, acuarela, iluminación de grabados, etcétera.

Es inimaginable el valor y la ayuda que representa para un diseñador tener a su disposición los datos necesarios para realizar un trabajo serio y profesional, es ahí



donde la Biblioteca entra a jugar un importante papel. Además de proporcionar el contacto con la gráfica de otras culturas y países, tanto de épocas pasadas como de la actualidad, y de ampliar la información puede sugerir nuevas ideas, al evocar o combinar las experiencias anteriores con las más modernas, interpretando el espíritu de una época o de una obra en específico, de este modo, se complementa el conocimiento sobre un autor o movimiento artístico y podemos decodificar mejor sus mensajes. Esta experiencia, es decir, la forma en que el conocimiento hacía notar mi pequeñez intelectual, me obligaba a entregarme cada vez más a navegar a través de la investigación, contemplando cientos de imágenes y documentos que ejercían sobre mí una fascinación indescriptible. Al final, cuando el proyecto iba tomando forma, aparecían aspectos insospechados en el acercamiento primario al tema, impulsados, claro está, por el trabajo de búsqueda realizado.

Hay anécdotas que ejemplifican esta relación entre el diseñador y la obra, existen actitudes que se asumen a la hora de enfrentar un trabajo, una es pasiva o neutral y otra más activa y participativa, pertenezco al segundo grupo –guardando, por supuesto, la distancia y el respeto que debemos al autor–, donde una sugerencia es válida si con ella se enriquece el proyecto que es todo libro.

Trabajaba en el libro *Los escribanos cubanos* de César García del Pino cuando me percaté de que, pese a la estrecha relación que guarda la caligrafía con el origen del logotipo –véase las

firmas de los pintores como Durero o la propia firma de los escribanos en los documentos, que llegan a ser logotipos caligráficos– este aspecto no se mencionaba en su obra. La sugerencia llevó a incluir un acápite sobre el tema. Quiero destacar que en este trabajo las cinco actas de Cristóbal Colón fueron realizadas a mano con tipos góticos de caja, una labor de tal envergadura que, por primera vez, se le dio crédito al cajista.

Otro caso fue el de *La moneda en Cuba* de Pulido, bellissimo proyecto que aun terminado, nunca llegó a publicarse. En él se hacía un recuento histórico del uso de la moneda en nuestro país, sin embargo no mencionaba la ya existente Casa de la Moneda donde se confeccionaban medallas y condecoraciones, así como toda la moneda fraccionaria en circulación en la Cuba actual. Al comunicárselo al autor nos dimos a la tarea de hacer una investigación al respecto, finalmente se incluyó un último capítulo al libro con textos e ilustraciones que le daban un final actualizado.

Con Ezequiel Vieta, en el proceso de diseño de su obra *Pailock*, ocurrió algo interesante, después de entrevistarme con el editor del libro, el ya fallecido compañero Tajés, y tras analizar el manuscrito original, me reuní con el autor y le manifesté que –dedicado a Frank Kafka como “entrañable amigo”– era una obra kafkiana y como tal iba a diseñarla, Vieta se sintió complacido con la idea y el resultado definitivo fue aceptado con mucho agrado por todos.

No puedo dejar de contar una anécdota acerca del libro que más premios nacionales e internacionales me ha

proporcionado a lo largo de mi carrera, me refiero a *El ingenio* de Manuel Moreno Friginals. En un inicio el proyecto se concibió para un solo tomo y en él volqué toda mi creatividad, después resultó que debía diseñar dos tomos más, era un reto lograr una unidad coherente y lógica para los tres tomos. Tras varios meses de trabajo emplanado —que en aquel entonces era un acto totalmente manual— en mi casa e inmerso en el sopor del trabajo, que se hacía cada vez más extenso, le dije a Friginals:

—Este trabajo me tiene hasta el último pelo —a lo que el autor respondió:

— A mí también.

Nos echamos a reír y continuamos el quehacer con alegría.

El crear libros es también una invitación, con el mismo espíritu de un investigador, a buscar, penetrar y descubrir el universo que lo rodea: el origen de la lengua, la transformación de los signos en el lenguaje actual, el origen del papel, desde el pergamino y el papiro, el tipo móvil, la imprenta, la encuadernación, y todo el legado de la civilización y su transformación hasta la actualidad. Es muy interesante el conocimiento de los diversos códigos que se utilizaron y se utilizan para definir el proceso de realización final de un libro: cubierta, color, texto, páginas. Es el diseño un espacio para crear mensajes paralelos al texto, con reglas y códigos diferentes, pero que igualmen-

te nos atraen, aunque sean imperceptibles, al deleite de la lectura.

No son muchas las oportunidades de hacer bellos libros, a veces sólo se queda en el proyecto o en las maquetas, algo que pudo ser y no fue por imponderables que no vale la pena explicar, pero aun en estos casos, siempre la idea que impulsa es el desafío a realizar la mejor obra de la vida, desafío que acompaña hasta el final.

Para un diseñador como yo, creado en las imprentas de tipo móvil, reconozco el avance que significan las nuevas tecnologías, la computación aplicada al diseño de esta especialidad, entre otras muchas, pero estas sólo significan un instrumento más, como lo fueron en su época el grabado en piedra, la fotografía, el color, el linotipo. Es el hombre quien guarda los tesoros del conocimiento y quien sabe utilizarlos. A pesar de todos los avances, el libro seguirá existiendo, como no han dejado de existir el teatro, el cine, la radio, la televisión, el ballet y las bibliotecas. Estas últimas no son sólo un lugar para la lectura o la búsqueda de documentos, sino que su alcance es mayor, es donde confluyen las manifestaciones culturales de todas las comunidades, pueblos y naciones del mundo.

Gracias una vez más a la Biblioteca Nacional por la posibilidad de exponer mis criterios, justo en la conmemoración de tan señalada fecha, honor que creo no merecer.

Cuarenta años después*

**Roberto Fernández
Retamar**

*Ensayista, poeta y presidente de la Casa de las
Américas*

La invitación del compañero Abel para leer hoy estas líneas, al mismo tiempo me ha honrado y perturbado, y supongo que ambas cosas se entienden con facilidad. Lo menos que puedo decir es que, aunque me enorgullece la solicitud, no me resulta fácil hablar aquí cuarenta años después de haberlo hecho el compañero Fidel, cuando, luego de tres días de reuniones entre miembros del Gobierno Revolucionario y un grupo de escritores y artistas, él pronunció el fundamental discurso suyo que sería publicado con el título *Palabras a los intelectuales*: si bien, como sabemos, dichas *Palabras* no se referían a los intelectuales en su conjunto (de cuya naturaleza y diversidad nos enseñaría tanto Antonio Gramsci), sino a esa zona de los intelectuales formada por escritores y artistas. Reiteradamente Fidel

habla en su discurso “de los artistas y de los escritores”, o de “los artistas y los escritores cubanos”, añadiendo más adelante un distinguo entre “todos los escritores y artistas revolucionarios, o [...] todos los escritores y artistas que comprenden y justifican a la Revolución”, y “los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sienten tampoco revolucionarios”. Y si alguna vez menciona a “un artista o intelectual”, o a “un artista o intelectual mercenario, [...] un artista o intelectual deshonesto”, no parece que en estos casos se trate de sinónimos: la disyuntiva apunta más bien al señalamiento de quienes desempeñan tareas afines, pero no idénticas. Y refiriéndose a sí mismo, dirá con modestia: “[...] nosotros, que hemos tenido una participación importante en esos acontecimientos [los propios de la gestión revolucionaria], no nos creemos teóricos de las revoluciones ni intelectuales de las revoluciones”. Sin embargo, para Gramsci los dirigentes políticos son también sin duda intelectuales, por supuesto de un tipo particular, criterio que comparto, como tantos otros del gran revolucionario italiano.

Una de las primeras cosas que se me ocurrieron al comenzar a esbozar estas líneas fue que en aquellas tres re-

* Leído en la Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, el 30 de junio de 2001.

uniones de junio de 1961, memorables para los que tuvimos el privilegio de participar en ellas, no hubiera podido estar presente nuestro ministro de Cultura, pues (quizá por desdicha) no había allí niños ni niñas de diez u once años, que es la edad que a la sazón tenía Abel. Otro tanto puede decirse de quienes también nacieron, como él, en el nutrido 1950. Por ejemplo, el presidente de la UNEAC, Carlos Martí; el de la Asociación de Escritores, Francisco López Sacha; el de la de Artistas Plásticos, José Villa, sin el cual John Lennon no tendría su estatua mediatubunda en un visitado parque de El Vedado; el del ICAIC, Omar González; mi compañero de aventuras en la revista *Casa de las Américas*, Luis Toledo Sande; otros artistas y escritores de la jerarquía de Roberto Fabelo y Senel Paz. Añádase que en las cuatro décadas y pico que median entre las vísperas de los cuarenta y los comienzos de los ochenta del pasado siglo nació la gran mayoría de quienes son hoy escritores y artistas cubanos (incluyendo desde luego a los actuales miembros de la Asociación Hermanos Saíz), y a ellos, a causa de su edad, no les fue dable ir a las reuniones de junio de 1961. Con raras excepciones, como la de quien acaso fue el más joven de los asistentes, Miguel Barnet, quien no obstante tendría que esperar aún dos años para publicar su poemario inicial. Digamos, para no fatigar con nombres, desde gentes como Eduardo Heras León, Nancy Morejón o Silvio Rodríguez, hasta gentes como Kcho, Elsa Mora o Rolando Sarabia. No pocos y pocas (como me consta directamente en un caso que ustedes adivinarán, pues su madre y yo la

dejábamos en su cuna para venir a las reuniones) tenían apenas unos meses entonces, y muchas y muchos nacerían después. No en balde nos separan ocho lustros del acontecimiento que hemos venido a conmemorar. Y como no tiene demasiado sentido que me dirija a los sobrevivientes, ya más bien escasos, de quienes estuvimos en la Biblioteca Nacional aquel junio de 1961 y hemos formado nuestro criterio, hablaré sobre todo para los más, aquellos que saben de los acontecimientos por versiones, a menudo hartamente diversas, que les han llegado.

El discurso de clausura de Fidel ha sido leído con frecuencia, y sin duda seguirá siéndolo. También ha sido objeto de numerosos comentarios, de algunos de los cuales me valdré. E incluso se lo ha citado sin habérselo leído, o alterando sus líneas, o desgajándolas del conjunto, con las intenciones por lo general aviesas que se supondrá. Para apreciarlo debidamente, no sólo es imprescindible remitirse a él con fidelidad, sino que es útil recordar los contextos en que se produjo: contextos que no son siempre círculos concéntricos, y a menudo se mezclan entre sí.

En primer lugar, el discurso fue precedido por un número grande de intervenciones de escritores y artistas. Tales intervenciones, improvisadas como lo sería el discurso de Fidel, no se han publicado aún (ni siquiera sé si existen grabaciones o transcripciones suyas), y los asistentes que quedamos conservamos recuerdos cada vez más desvaídos de ellas, sin excluir las propias: al menos, esa es mi experiencia. Sin embargo, Fidel las comenta a cada rato en sus

Palabras, que probablemente ganarían de conocerse con precisión a quiénes o a qué se refieren en cada caso. Al evocar treinta años después tales experiencias, Graziella Pogolotti dijo con vivacidad:

Hoy, sentada aquí, de este lado, no puedo dejar de recordar aquellos días intensos, en que pasábamos juntos las horas, en este mismo local, en un agitado y controversial desorden, donde se dijeron cosas profundas, cosas brillantes, cosas que no lo eran tanto, como ocurre siempre cuando muchos hablan. Recuerdo que entrábamos y salíamos, que conversábamos por los pasillos, que nos veíamos allá abajo, en el sótano y en la cafetería, donde proseguían el diálogo y el debate.

En segundo lugar, lo que en lo inmediato provocó aquellas reuniones fue el hecho, sobredimensionado, de haberse impedido la exhibición de un documental. Yo no me encontraba entonces en el país, sino en la hoy inexistente República Democrática Alemana, adonde había ido para asistir a un congreso de escritores. Era la primera vez que visitaba un país llamado socialista de Europa, y ello despertaría en mí inquietudes en las que no voy a detenerme ahora. Me limito a decir que durante mi ausencia se celebró en la Casa de las Américas una reunión de escritores y artistas para abordar la cuestión del documental. Tal reunión, que sólo conozco de oídas, resultó un prelude de las que ocurrirían algún tiempo después en la Biblioteca Nacional, esta vez con la presencia tam-

bién, ya aludida, de miembros del Gobierno Revolucionario. Pero estas últimas reuniones iban a tener lugar de todas maneras, tarde o temprano. Era algo previsible, y Fidel lo aclaró sin ambages al decir: “[...] esta discusión [la de junio de 1961] –que quizás el incidente a que se ha hecho referencia aquí reiteradamente contribuyó a acelerar–, ya estaba en la mente del Gobierno”.

Abultar aquel incidente, como a menudo se ha hecho casi siempre con mala sangre, no es apropiado. Pero tampoco lo es pretender esfumarlo. Lo justo es hacer mención de él, y tratar de darle una explicación. Contamos en este sentido con un testimonio excepcional: el de uno de los protagonistas de la vida cultural en la Cuba revolucionaria, Alfredo Guevara, presidente del ICAIC al ocurrir dicho incidente, quien ha asumido su responsabilidad, y aportado sus razones, en entrevista publicada en *La Gaceta de Cuba* en diciembre de 1992. En aquella ocasión, el entrevistador le planteó:

En un clima de intensos debates ideológicos, la realización del documental *PM* en 1961 desató una polémica que desembocó en su prohibición por parte de la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas, considerándola “nociva a los intereses del pueblo y su revolución”. A la distancia de treinta años, ¿cuál es su punto de vista sobre aquella decisión?

Aunque la respuesta de Alfredo fue muy extensa, y por descontado polémica,

ca, es útil recordarla en su totalidad. Hela aquí:

De aquel instante quedan la noticia lejana y confusa, las interpretaciones diversas, lo que han dicho algunos protagonistas, y nuestro silencio.

PM no es *PM*. *PM* es *Lunes de Revolución*, es Carlos Franqui, es una época convulsa y de extremas contradicciones en que participaban múltiples fuerzas. No creo que *PM* mereciera tanto revuelo, y la reacción del naciente ICAIC fue muy matizada. De acuerdo con el texto de su pregunta quedamos reducidos a una simple, calculada y también graduada prohibición. Pero convendría recordar que en esos días se esperaba ya el ataque armado y que por todas partes se emplazaban ametralladoras y antiaéreas. Que el pueblo todo se movilizaba para repeler la agresión y que el espíritu guerrillero y de combate estaba en su más alto grado de exaltación. No soy ajeno al mundo que recoge *PM*. Titón, Guillermo Cabrera Infante y yo, con Olga Andreu y alguna que otra vez con Billo Olivares, estuvimos en El Chori, un cabaretucho de la playa que impregna con su experiencia el hilo conductor del documental; los bajos fondos, la embriaguez (y la mariguana), la música quejumbrosa que acompaña al alcohol y el abandono de sí mismo.

Pero la revolución abrió un abismo en aquel grupo de amigos; unos quedaron indiferentes ante la conmoción transformadora que se desencade-

naba, para ellos no pasaba de ser un trastorno bananero que perturbaba sus vidas; para otros era la culminación potencial de la independencia nacional.

Reduces el tema a *PM*. Tengo las de perder ante el audaz periodista. Prohibir es prohibir; y prohibimos. No entraré en los detalles pero sí diré que el film quedó en manos de sus autores, y que cuando salieron pudieron llevárselo. Lo que no estábamos dispuestos, y era un derecho, era a ser cómplices de su exhibición en medio de la movilización revolucionaria. A ellos parece que les sucede lo que a nosotros con *El Mégano*, prefieren cultivar el mito y dejar la obra en la oscuridad. Fue el ICAIC quien la presentó recientemente en el Centro Georges Pompidou, en París, en un panorama “casi” exhaustivo del cine producido en Cuba.

Si ahora, en las condiciones actuales, me tocara aprobar o prohibir *PM*, simplemente dejaría que siguiera su curso porque aunque las circunstancias no nos son favorables, no vivimos un instante de tensión y exaltación; y tampoco yo lo vivo de aquella manera. Pero si combatiente revolucionario volviéramos —y eso ya sabes que no es posible— treinta años atrás, no vacilaría seguramente en enfrentarme a los que comenzaron a usar todos los medios de comunicación para servir a su objetivo, el de Franqui en la época: impedir el socialismo. Acaso *PM* no sería la chispa, pero una chispa habría; y treinta años después alguien,

ahora, preguntaría no qué estaba sucediendo contextualmente en el país, sino [si] la chispa era o no apagable con este u otro método.

Aquel grupo, persecutor de Alejo Carpentier y Alicia Alonso, de Lezama Lima y de todo el Grupo Orígenes, no salió triunfador. Por eso es catalogado factualmente como “la víctima”, pero no estamos, amigo entrevistador, revisando una historia de ángeles. Sé que estas palabras pueden ser sospechosas de pasión. Pero en estos días me divierto leyendo el *Herald* [...] de Miami. En sus páginas el periodista ya de aquellos tiempos Agustín Tamargo, y tras él otros exiliados nada revolucionarios, recuerdan a Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante su historia de persecutores intolerantes; y no callan casi nada. Le haré llegar copia de esta polémica. Tal vez le resulte más creíble que mis palabras. Y lo digo porque las tuyas reflejan cuando menos poca información. Las inquisiciones son muchas. Pero sólo quedan como tales las que producen víctimas. De aquellos victimados sálveme Dios.

El periódico *Revolución*, dirigido por Carlos Franqui, era órgano del Movimiento 26 Julio; y *Lunes de Revolución*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante, su suplemento cultural. En consecuencia, no podían aparecer como más oficiales. Con posterioridad a las reuniones de 1961, tanto Franqui como Cabrera Infante, consecuentes con la conducta denunciada, abandonaron el país y se desenmascararon como contrarrevolucionarios viscerales. Pero,

si bien no es este el momento de dilucidar la cuestión, hay que decir que, a pesar de oportunismos políticos y mezquindades de varia índole, no todo lo publicado en el periódico ni en su suplemento era desdeñable. Sin duda hubo valores positivos en uno y otro que el tiempo, ese autor por excelencia de antologías de que habló Borges, se está encargando de poner en su sitio. Parte de la propia obra literaria de Cabrera Infante tiene méritos, aunque él sea un resentido calumniador de oficio y beneficio. En todo caso, importa subrayar que las reuniones de junio de 1961 y el discurso de Fidel, cuyo cuadragésimo aniversario celebramos, estuvieron lejos de agotarse en la querrela en torno a *PM*: querrela ciertamente de raíz política, como ha explicado Alfredo.

Y político, en el más amplio sentido de este término, fue el contexto mayor en que estuvieron situados aquellos acontecimientos. Pues ese contexto era la Revolución Cubana que había llegado al poder, tras combates heroicos, en enero de 1959. Quizá hoy para muchos sea difícil comprender en plenitud el clima de esperanza, fervor y lucha que entonces se vivía, aunque es bien conocido el conjunto de hechos históricos desencadenados a raíz de aquella fecha. Baste recordar que en abril de 1961 había sido derrotada en sesenta y seis horas la invasión enviada por el imperialismo estadounidense; y que la víspera de iniciarse dicha invasión Fidel había proclamado el carácter socialista asumido por nuestra Revolución. Además, ese año 1961 se estaba llevando a cabo la extraordinaria campaña que erradicaría el analfabetismo de

nuestro país, e iba a constituir una realización cultural de primera magnitud.

Sin embargo, para numerosos escritores y artistas de izquierda, no sólo en Cuba sino en todo el mundo, un fantasma lo recorría: el de esa monstruosa deformación encarnada en el realismo socialista, que causara incalculables daños en países que se decían socialistas y aun más allá de ellos. No me gusta patear a un mulo muerto, ni dejo de reconocer virtudes en el país nacido de la gran Revolución de Octubre de 1917, ni de agradecer la ayuda material que prestó a nuestra Revolución sobre todo en sus difíciles momentos iniciales. El haber contribuido decisivamente a la derrota del nazifascismo, menos de veinte años antes de 1961, fue sin duda una de las virtudes mayores de la Unión Soviética. Pero los graves errores políticos, las arbitrariedades y las deformaciones intelectuales que acabarían por dar al traste con aquel grandioso experimento ofrecían a los escritores y artistas un rostro particularmente cercano en el realismo socialista, del que se ha dicho que tenía, entre otros, dos defectos ostensibles: no ser realista y no ser socialista. Su fantasma es el que explica la reacción de tantos ante el fenómeno sin duda menor de *PM*. Declarada socialista nuestra Revolución, lo que no podía sino llenar de júbilo a cuantos desde la más temprana edad nos considerábamos socialistas, así fuera por la libre, no parecían enteramente desencaminadas ciertas inquietudes ante el hecho de que la más joven de las revoluciones de ese carácter en el planeta pudiera incurrir en errores similares a los que

habían dañado, en este campo, a los otros países que se decían tales, siguiendo el mal ejemplo soviético.

Resulta más que comprensible la reacción de Fidel ante preocupaciones expresadas por varios de los asistentes a las reuniones. Como figura principal de una revolución que había mostrado una y otra vez su originalidad, su independencia, su autoctonía, la sorpresa de Fidel ante dichas preocupaciones era bien explicable. Pero al menos algunas de ellas no dejaban de tener razón de existir, desde una perspectiva que tomara en cuenta numerosas experiencias de otros países. Cuatro años después de 1961, en “El socialismo y el hombre en Cuba”, el Che iba a escribir:

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista

“la libertad”, porque esta no existe todavía, ni existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

En sus *Palabras* de 1961 Fidel afrontó la cuestión candente que ya le habían planteado (dijo) visitantes como Jean Paul Sartre y C. Wright Mills, al decir: “El problema que aquí se ha estado discutiendo y vamos a abordar, es el problema de la libertad de los escritores y artistas para expresarse”. Y más adelante:

Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que se respete la libertad formal. Creo que no hay duda acerca de este problema.

La cuestión se hace más sutil y se convierte verdaderamente en el punto esencial de la discusión cuando se trata de la libertad de contenido. Es el punto más sutil porque es el que está expuesto a las más diversas interpretaciones. El punto más polémico de esta cuestión es si debe haber o no una absoluta libertad de contenido en la expresión artística. [...]

Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al

país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, [...] esa preocupación es innecesaria, [...] esa preocupación no tiene razón de ser.

Como carece de sentido, no obstante la tentación grande de hacerlo, que continúe citando textualmente de aquellas *Palabras*, me limitaré a las líneas que en cierto modo resumen lo esencial del texto:

[...] dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir, y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie, por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella.

Creo que esto es bien claro. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho.

Naturalmente que estos juicios, como casi cualesquiera otros, son susceptibles de más de una interpretación, y así ha ocurrido en este caso. Me cuento entre aquellos para quienes “dentro de la Revolución”, lejos de ser un llamado a

la obsecuencia, incluye la crítica, desde perspectivas revolucionarias, de los que se estimen conflictos o errores en que hemos incurrido. Es algo que ejemplifican filmes de nuestro admirable cineasta de ficción Tomás Gutiérrez Alea como *Memorias del subdesarrollo*, *La muerte de un burócrata* o *Fresa y chocolate*. Por cierto, no está de más recordar que este artista rebelde secundó en su intervención de junio de 1961 la medida tomada por el ICAIC en cuanto a *PM*.

Una de las primeras consecuencias de las reuniones de junio de 1961 y del discurso de Fidel fue el cese de la publicación de *Lunes de Revolución* y la convocatoria a un amplio y movido congreso que se celebró en agosto de ese año, y de donde nacería la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). A su frente se encontró desde el primer momento Nicolás Guillén, junto a un Secretariado de escritores y artistas cuyo promedio de edad era bajo. Entre sus integrantes, Lisandro Otero y José A. Baragaño tenían veintinueve años; yo, treinta y uno. Las *Palabras a los intelectuales* iban a ser la línea rectora de la flamante institución, es decir, el sentido de unidad, la amplitud de criterios estéticos, el rechazo a todo dogmatismo o sectarismo, el carácter multigeneracional. Pronto empezó a dar forma a sus publicaciones periódicas, que verían la luz al año siguiente: *La Gaceta de Cuba* y la revista *Unión*. En ambas desempeñaría papel capital Guillén, acompañado en *La Gaceta* sobre todo por Lisandro; y en *Unión* por Alejo Carpentier y por mí, a quienes se uniría José Rodríguez Feo. A

fin de abreviar estas líneas (pues los cuarenta años de la UNEAC merecen trabajo aparte), transcribiré, como mero ejemplo, en su orden de aparición, la lista de autores que colaboraron en el primer número de *Unión*: Carpentier, Navarro Luna, Labrador Ruiz, Lezama Lima, Piñera, Fayad, Nivaria Tejera, Marinello, Martínez Estrada, Augier, Ardévol, Portocarrero, Feijoo, Baragaño, Díaz Martínez, Lisandro, Rodríguez Feo, Rine, Loló de la Torriente, Graziella. También había unos versos míos. Y como “Documento”, la “Segunda Declaración de La Habana”.

Fecha en París el 21 de septiembre de 1967 (es decir, cuando aún no se vislumbraban la desaparición del llamado campo socialista europeo y la implosión de la Unión Soviética), recibí una carta que era testimonio elocuente de la enorme trascendencia de aquel texto de Fidel. La carta era del firme comunista y amigo de los países socialistas que fue Juan Marinello, quien me escribió allí: “He creído siempre que el discurso del compañero Fidel en 1961, dirigido a los intelectuales, tiene un relieve capital: nos salvó de caer en los feroces dirigentismos que ensombrecieron en otras latitudes la tarea creadora”. Si así opinaba una criatura como Marinello, se comprende fácilmente lo que el discurso implicó para muchísimas otras personas, para el destino de la vida cultural de la Cuba revolucionaria.

Pero aquel mismo 1967 nuestra realidad histórica comenzó a variar, y no para bien. En octubre de ese año fue asesinado el Che, y con tal asesinato, que hizo posponer de nuevo hermosos y au-

daces proyectos de hacer avanzar la Revolución de nuestra América, se clausuraron nuestros años sesenta. Hechos posteriores, como el malhadado “caso Padilla”, el incumplimiento de la zafra de los diez millones, no obstante el esfuerzo realizado, o ciertas consecuencias del Congreso de Educación y Cultura de 1971, pusieron al país en situación difícil: todo ello unido a un aislamiento recrudescido. El ingreso de Cuba en el CAME, en 1972, no contribuyó a mejorar las cosas. Nos habíamos sentido orgullosos de merecer la observación de Mariátegui según la cual el socialismo no podía ser en América calco y copia, sino creación heroica. Pero aunque no faltaron, como no lo han hecho nunca, creaciones heroicas de nuestro pueblo, asomaron su oreja el calco y la copia. Aludiendo al ambiente cultural de la época, Ambrosio Fornet acuñaría más tarde la expresión “Quinquenio gris”. Es bizantino discutir sobre si fue sólo un quinquenio o si fue más o menos gris. Lo cierto es que algunos peligros que se daban por conjurados amenazaron entonces con empobrecer nuestra vida cultural, si bien no se llegara nunca al ejercicio de uno de esos “feroces dirigentismos” a que aludió Marinello. Pero se dio entrada a prejuicios absurdos, escritores y artistas valiosos fueron marginados, la mediocridad encontró terreno abonado y se debilitó en parte el impulso creador. No temo evocar las dificultades o las equivocaciones de la Revolución, porque el proceso del aprendizaje, y hasta el del crecimiento, implican lo que se ha llamado ensayo y error. Y además, porque sólo el ejercicio franco y valiente de la autocrítica (no el regodeo, que puede ser interesado, en las mataduras)

nos permite volver a encontrar la ruta correcta.

Aludiendo a esta época ingrata, escribió en 1991 Armando Hart, a quien se le había encomendado en 1976 crear y dirigir el Ministerio de Cultura:

Es cierto que ha habido reveses, algunos dolorosos y bastante amargos, pero ninguno de ellos estratégico ni con el peso necesario como para nublar la obra de la Revolución en la cultura. Hemos dicho, una y mil veces, que lo mejor, más depurado y de más alto nivel intelectual del país permaneció fiel a *Palabras a los intelectuales* y se mantiene al servicio de la Revolución Cubana.

Cinco años más tarde, en 1996, añadiría Hart:

Cuando se creó el Ministerio de Cultura, en diciembre de 1976, entendí que se me había situado en esta responsabilidad para aplicar los principios enunciados por Fidel en *Palabras a los intelectuales* y para desterrar radicalmente las debilidades y los errores que habían surgido en la instrumentación de esa política. Consideré que sólo era posible hacer más efectiva mi gestión promoviendo la identidad nacional cubana, que se había articulado en nuestro siglo con el pensamiento socialista. Aprecié que para este empeño era necesario emplear, en el campo sutil y delicado del arte y de la cultura, los estilos políticos de Martí y Fidel.

Armando, un histórico de la Revolución Cubana, tras realizar una encomiable

tarea al frente del Ministerio, y hacer posible la extinción del “Quinquenio gris”, ha sido continuado por uno de aquellos niños que tenían diez u once años cuando Fidel pronunciara su discurso orientador. Me refiero, naturalmente, a Abel Prieto. Si he destacado desde el primer momento la cuestión de su edad, que es también, más o menos, la de muchísimos de nuestros escritores y artistas, de nuestros dirigentes en el área cultural, es porque veo en ello una señal llena de esperanza. Al concluir sus *Palabras*, Fidel se refirió “a las generaciones futuras que serán, al fin y al cabo, las encargadas de decir la última palabra”. Mientras exista la humanidad, se sucederán las generaciones como las hojas de los árboles, según el viejo poema, y en consecuencia volverá a decirse la última palabra. Pero para quienes un día inolvidable escuchamos de labios de Fidel aquel discurso, nuestras generaciones futuras inmediatas son las que llevan hoy la voz cantante: lo que en modo alguno supone desconocer la valía de los mayores, como lo muestra, por ejemplo, el caso de Compay Segundo y sus muchachones.

A pesar de realidades muy duras, de descalabros, de tristezas, las promociones recientes tienen ante sí un país con más posibilidades que las que nos fueron deparadas: un país alfabetizado, donde se ha puesto el énfasis en la cultura al punto de decir Fidel que es lo primero que hay que salvar, y que está siendo difundida cuantiosamente en sus

más altas producciones; un país que en circunstancias muy adversas, de recrudescimiento del bloqueo, ha conservado, fortalecido y multiplicado sus instituciones culturales; un país que perdió el apoyo material de naciones europeas que se decían socialistas, pero a la vez está liberado de la sombra que las estrecheces espirituales de tales naciones echaban sobre él, a nombre de una deformación teratológica del marxismo; un país libre, independiente y soberano que piensa con su cabeza y siente con su corazón, no obstante estar rodeado de vergonzosos ejemplos de “pensamiento único”, cinismo, corrupción y desaliento. Es natural, es útil que los nuevos critiquen. “Los pueblos han de vivir criticándose”, decía Martí, “porque la crítica es la salud; pero, —añadía el Maestro—, con un solo pecho y una sola mente”. Y es imprescindible que sean fieles a otro consejo, también del programa radical, hermoso y vigente que es “Nuestra América”: “Crear, es la palabra de pase de esta generación”.

Se nos pregunta con frecuencia cómo será nuestro futuro. Pero el futuro no empieza con un hachazo, como tampoco lo hace el alba, según experimentamos quienes hemos contemplado el glorioso espectáculo del amanecer en medio del mar; ni la primavera, que “ha venido”, escribió Antonio Machado, y “nadie sabe cómo ha sido”. Hay que ser muy poco perspicaz para no reparar en que nuestro futuro ya ha comenzado, cuarenta años después.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSE MARTI"

Ciudad de la Habana, Jueves, 13 de Septiembre de 2001
English Version



*1901 - 2001
¡cien años de historia!*

- ACERCA DE LA BIBLIOTECA
- COLECCIONES
- SERVICIOS
- PUBLICACIONES EN LÍNEA
- BIBLIOTECA VIRTUAL
- RED DE BIBLIOTECAS
- REFERENCIAS POR EMAIL
- AGENDA CULTURAL
- NOTICIAS

Inaugurada en la Galería Lobby de la Biblioteca Nacional José Martí la exposición "60 Aniversario del Teatro América"

[Listado de Canje](#) | [Recursos de Interés](#) | [Paseo Virtual](#) | [Libro de Visitas](#) | [Mapa del Sitio](#) | [Contacto](#)



Buscar en el sitio

©Biblioteca Nacional "José Martí"
Ave. Independencia y 20 de Mayo, Plaza de la Revolución, Apartado Postal 6881, La Habana, Cuba
Teléfonos: (537) 555442 - 49 Fax: 816224 / 335938

www.lib.cult.cu

Boleta de suscripción de la Revista



Nombre / Name:
Dirección / Address:
Ciudad / City:
Provincia / State:
Pais / Country:
Teléfono / Phone:
Fax:
E mail:

MN MLC _____ Moneda / Money Cheque
Efectivo

TARIFAS Y CONDICIONES DE PAGO

Cuba 30.00 pesos / 20.00 USD directamente en la institución

Para las suscripciones desde el exterior:
América Latina y el Caribe: 25.00 USD
Canadá y Estados Unidos: 30.00 USD
Europa: 35.00 USD
Resto del mundo: 40.00 USD

El pago es por anticipado y puede realizarse mediante un cheque en cualquier moneda convertible, preferiblemente en *Marcos alemanes, Francos suízos, Francos franceses, Peseta española, Dólar canadiense, Corona sueca, Libra esterlina, Yen japonés, Lira italiana* a nombre de: Ministerio de Cultura, cuenta # 32101128400 (BICSA)

Para cualquier información llamar a los teléfonos:
(537) 81 7657
Fax: (537) 81 6224 o (537) 33 5938
E mail: revbnjm@jm.lib.cult.cu

C O N C U R S O



leer a
MARTÍ

Homenaje de los niños,
adolescentes
y jóvenes cubanos
a nuestro Héroe Nacional,
a su pensamiento
patriótico, a su
obra literaria y
a su permanente
desvelo por fomentar
la lectura y el saber.

Cultos y libres



Lo mejor de la literatura
contemporánea cubana
e internacional usted podrá
leer si se abona al

Club Minerva

Información: (537) 81 7657
Email: danays@jm.lib.cult.cu



Estudiar y crear

Es un fondo bibliográfico formado por materiales novedosos y clásicos que abordan problemas teóricos e históricos de la sociedad. Se propone permitir el acceso de los lectores a una selección de revistas y libros que mostrarán los fundamentos de una tradición intelectual y los debates contemporáneos sobre la misma.

Puede encontrarlos en:
Bnjm@jm.lib.cult.cu

